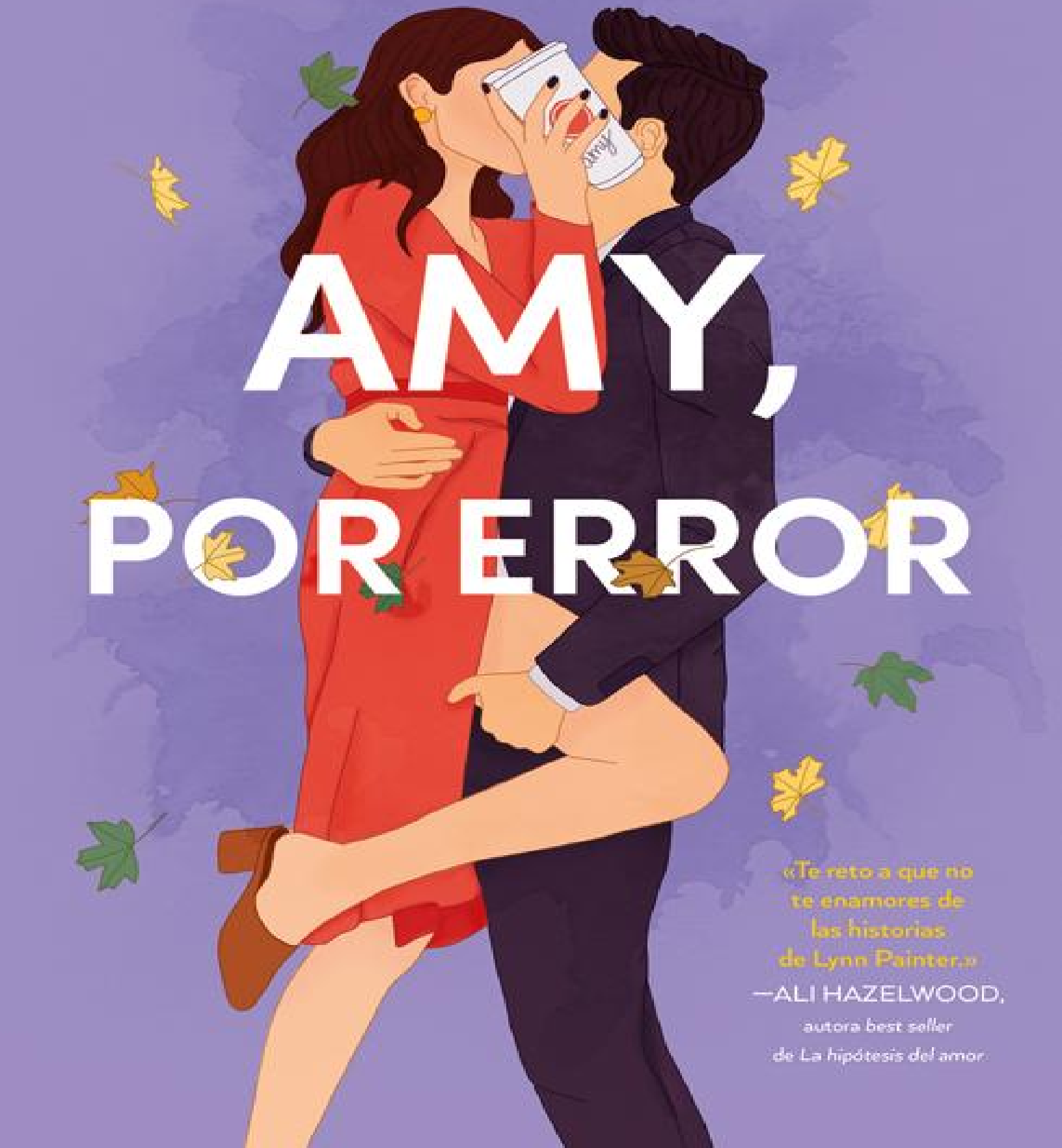
LYNN PAINTER

Autora *best seller* del *New York Times* de *Felices para nunca*



AMY, POR ERROR

«Te reto a que no te enamores de las historias de Lynn Painter.»

—ALI HAZELWOOD,
autora *best seller*
de *La hipótesis del amor*

AMY, POR ERROR

LYNN PAINTER

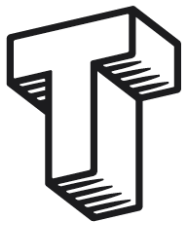


AMY, POR ERROR





Traducción de Mónica Campos



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Accidentally Amy*
Editor original: Berkley Romance, un sello de Penguin Random House LLC
Traducción: Mónica Campos

1.ª edición: septiembre 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2022, 2025 *by* Lynn Painter
© de la traducción 2025 *by* Mónica Campos
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Esta novela se publica en virtud de un acuerdo con Berkley,
un sello de Penguin Publishing Group,
una división de Penguin Random House LLC.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-87557-98-0

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para Kevin:

Además de todas las cosas
por las que tengo que darte las gracias,
gracias por la idea de este libro.

Nota de la autora

Este libro nunca estuvo destinado a ser un libro.

Amy, por error empezó como una novela por entregas. Era mi forma de darle algo a los suscriptores de mi *newsletter* por ser tan amables de dejarme colarme en sus bandejas de entrada. Cada mes (más o menos), les enviaba un nuevo capítulo de la comedia romántica de Izzy y Blake. Era lo más divertido que había escrito nunca, porque era como «elige tu propia aventura» (para mí). Cuando me sentaba a escribir nuevos capítulos, no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían los personajes ni de lo que iban a hacer; simplemente me colaba en sus travesuras y disfrutaba del viaje.

Una vez concluidas las entregas, autopubliqué el «manuscrito» para ponerlo a disposición de los suscriptores que así me lo habían pedido. Pero me había picado el gusanillo. Siempre quise volver a esos capítulos redactados a toda velocidad y cambiar algunas cosas, así que cuando Berkley me ofreció publicarlo, ¡me alegré muchísimo de tener esa oportunidad!

Disfruta de esta versión actualizada, que tiene diez mil palabras nuevas, un punto de vista diferente, nuevos personajes, sin erratas (espero) y mucho más Blake e Izzy.

¡Feliz lectura!

1

Izzy

—¡¿Amy?!

Suspiré con impaciencia mientras el camarero gritaba el nombre (no el mío) y dejaba el vaso sobre el mostrador. Vi que era un *latte* de especias de calabaza grande, el mismo café que yo había pedido, y me sentí muy celosa de Amy, quienquiera que fuese.

Porque quería (no, necesitaba) hacerme con mi café y largarme de allí.

«Por favor, llama a "Izzy"». «Por favor, llama a "Izzy"».

Si fuera una adulta responsable, habría visto la larga cola que había en Scooter's Coffee y habría decidido no tomarme un café esa mañana. Pero era el primer día del *latte* de especias de calabaza, así que no pude negarme mi capricho de cada año, sin tener en cuenta que empezaba un nuevo trabajo en menos de treinta minutos.

Sí, era una estupidez correr ese riesgo.

Mi nueva empresa, Ellis Enterprises, era una gran tecnológica conocida por ser respetuosa con el medio ambiente y con los empleados. Disponían de gimnasio, guardería, cafetería gratuita y *happy hour* cada día a las 16:00. Ellis tenía fama de ser un buen lugar para trabajar.

Lo que significaba que me daría un puñetazo en mi propia cara si por mi falta de autodisciplina llegaba tarde el primer día.

—¿Amy? —El camarero volvió a preguntar y miré alrededor de la concurrida cafetería. Había un grupo de mujeres sentadas a una

amplia mesa al otro lado del local, todas ellas vestidas con ropa deportiva y con aspecto de modelos; quizá una de ellas era Amy.

Sentí que Amy se estaba convirtiendo rápidamente en mi enemiga.

«Ven por tu café, Amy, cabrona con suerte».

Consulté el reloj y ahogué un gemido. «Mierda, mierda, mierda». Si no me llamaban en los próximos tres minutos (y no creía que lo hicieran, porque había muchos vasos vacíos delante de la máquina de café), iba a tener que despedirme de aquella bebida tan cara y abortar la misión.

—¡Amy! —El camarero lo dijo de nuevo, más impaciente esta vez, y antes de que tuviera tiempo de pensar, me oí decir…

—Yo soy Amy.

Y… alargué la mano y agarré el vaso.

Sabía que estaba mal, de verdad, pero necesitaba irme y necesitaba ese café que ya había pagado, así que no lo estaba robando, ¿verdad? Y, obviamente, Amy no tenía ninguna prisa. Lo más probable es que hubiera cambiado de opinión y ya se hubiera ido. Sin duda esa era una posibilidad.

¿Verdad?

Puse la palma de la mano sobre el nombre de «Amy», agarré el vaso con los dedos y me di la vuelta, dispuesta a salir corriendo de la cafetería antes de que un vigilante de seguridad de Scooter's me lanzara al suelo por haber robado un *latte* o apareciera la propia Amy.

Pero entonces me estrellé contra una pared.

—¡Ay! —¡Dios mío! No era una pared en absoluto, sino un pecho duro como una roca, enfundado en una almidonada camisa de vestir blanca y una corbata gris marengo. Vi horrorizada cómo mi vaso se aplastaba por el impacto, la tapa saltaba y el *latte* de calabaza le

salpicaba todo el pecho—. ¡Lo siento mucho!

Levanté la mirada y… ¡Vaya!

¿Recuerdas que en las películas todo se detiene cuando un personaje ve algo importante? Pues eso me pasó a mí cuando establecí contacto visual con el señor Pectoral. Me miraba con sus ojos oscuros; unos ojos oscuros que no eran tanto marrones como del tono más intenso del ámbar quemado. Sus cejas eran negras, su pelo era negro, su barba perfectamente recortada era negra, e incluso su traje era negro, formando todo ello una especie de marco que contrastaba con la preciosa estructura ósea de su cara y una boca de labios perfectos.

Era como el hermano estadounidense y más alto de Roy Kent, y no me creía físicamente capaz de cerrar la boca en ese momento.

Hasta que noté que el café caliente se estaba filtrando en mi propia camisa.

Eso hizo que el momento se descongelara por sí solo. Murmuré otro encantador «¡Aaaay!», tiré mi vaso arrugado (RIP *latte*) a la papelera y agarré un montón de servilletas del mostrador.

—No puedo creer que me haya tropezado contigo —balbuceé, pasándole las servilletas sobre la camisa con una mano mientras me limpiaba la mía (gracias a Dios era negra) con la otra. Puse las servilletas sobre el pecho del hombre y se las restregué, dándole pequeños toques e intentando hacer cualquier cosa para que desapareciera la enorme mancha de café—. No sé qué ha podido pasar. Justo acababa de recoger el *latte* cuando te lo he tirado encima…

—No pasa nada. —Su voz también era oscura, intensa y un poco ronca. Levanté la mirada y me dirigió una media sonrisa, como si le divirtiera el improvisado masaje en los pectorales, y algo en esa

mirada provocó que me diera un vuelco el estómago.

—De todas formas, odiaba esta camisa —dijo.

Dejé caer las manos.

—Yo también, pero no sabía cómo decírtelo. De ahí el *latte* con especias de calabaza —dije.

Soltó una pequeña carcajada.

—Sutil pero efectivo.

Dejé las servilletas sobre el mostrador y me mordí el labio inferior para no sonreír. «Porque debería sentirme mal por haber escaldado al hombre, ¿no? Sonreír no es la reacción apropiada en este caso, ¿verdad?».

—Lo siento mucho. Estaré encantada de llevártela a la tintorería… Una buena persona se ofrecería a comprarte una, pero tengo la sensación de que no puedo permitírmelo —dije tras aclararme la garganta.

Volvió a emitir un sonido que era mitad resoplido, mitad carcajada y que yo pude sentir hasta en los dedos de los pies.

—¿Por qué lo dices?

—Está empapada y todavía no puedo ver a través de la tela. Eso tiene que significar que es de buena calidad.

—¿Intentabas hacerlo? —preguntó.

—¿El qué? ¿Ver a través de la tela?

Asintió con la cabeza.

Me encogí de hombros.

—Para nada, pero soy una chica curiosa. Mentiría si dijera que no estaba buscando un tercer pezón.

No dijo nada durante un minuto. Aunque todavía sonreía, fruncía un poco el ceño, y supe que mis mejillas se estaban poniendo rojas. «¿De verdad acabas de decir “tercer pezón”, idiota?». A veces me

preguntaba por qué me costaba tanto mantener la boca cerrada.

Se aclaró la garganta.

—Te aseguro que no tengo un tercer pezón, aunque tampoco sería nada malo —dijo.

Entonces sonreí.

—Claro. Cuantos más mejor, ¿no?

Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa, que resultó poderosa de un modo extraño. Fue como si pasara por encima de mí, igual que el ardiente sol del verano calentaba la piel.

—¿Estás segura de que eso puede aplicarse en este caso?

—Claro que no, pero no podía dejar pasar la oportunidad de hablar —dije.

—Ya me he dado cuenta.

—Oye —dije, haciéndome la ofendida—, que te haya escaldado el pecho no significa que puedas insultarme.

—Pues yo creo que significa eso.

—Me parece justo. —Asentí con la cabeza y añadí—: Incluso te ofrezco uno más. Venga.

—Parece una trampa.

—Hazlo —dije, cruzándome de brazos y preguntándome si él también sentiría esa maravillosa química—. Venga. Insúltame, colega.

Entrecerró los ojos cuando me miró, como si le hiciera gracia que alguien se atreviera a llamarle «colega».

—Vale. Me sorprende que puedas ver con esas gafas tan sucias —dijo.

—¡Dios mío! —dije entre risas—. Me has insultado de verdad.

—Me has dicho que lo hiciera —dijo, y luego hizo un ademán con la mano para que le diera mis gafas. No me había dado cuenta de

que sus manos eran muy grandes.

—No. —Sabía que estaba frunciendo el ceño mientras negaba con la cabeza—. ¿En serio?

—Vamos.

—Vale —cedí, riéndome de la ridiculez de la situación mientras me quitaba las gafas y se las entregaba al tipo—. Aquí tienes.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta (un traje muy bonito, por cierto) y sacó un paño de microfibra. Miró las gafas (que siempre estaban sucias) mientras les sacaba brillo y me pregunté qué demonios estaba pasando.

¿En serio este modelo de revista masculina estaba limpiándome la roña de las gafas?

—No suelen estar tan… —dije.

—Yo diría que sí lo están —bromeó, sin levantar la mirada.

—Vale, sí lo están —coincidí con él mientras me las devolvía. Me las coloqué sobre el puente de la nariz, ladeé la cabeza y dije—: ¡Oh, vaya! Eres un hombre.

Durante una fracción de segundo me bendijo con una sonrisa por mi estúpida broma, pero entonces… La sonrisa desapareció y todo lo que quedó fue una expresión de interés salvaje, sin diluir, mientras me miraba a los ojos. Con la mandíbula tensa. El momento se prolongó y sentí que me acercaba físicamente a él. El mundo entero se quedó en silencio mientras una cuerda invisible tiraba de mí.

—¡Blake!

Los dos giramos la cabeza hacia el camarero, y puede que jadeara por la interrupción, pero no estoy segura.

—Ese soy yo —dijo, y me miró con los ojos entrecerrados durante una fracción de segundo (como si estuviera pensando algo sobre mí) antes de inclinarse hacia delante para tomar su vaso. Sentí un ligero

olor a perfume cuando agarró el café; un aroma sutil, fresco y amaderado, y sentí el inexplicable impulso de acariciarle el cuello.

«Contrólate, idiota. Tranquilízate».

Se acercó para que pudiera oírle sobre el ruido de la abarrotada cafetería.

—¿Quieres buscar una mesa…? —me dijo con voz ronca.

—¡Oh, no! ¿Qué hora es? —La palabra «mesa» me llevó a la vida real con una sacudida y, ¡maldita sea!, estaba metiendo la pata. «Mierda, mierda, mierda». Puede que dijera la hora, no lo sé, pero estaba demasiado ocupada sacando el móvil del bolsillo para oírle. Miré la pantalla y el pánico se apoderó de mí.

—¡Dios mío! Llego tarde, tengo que irme —murmuré.

Él seguía mirándome con la misma expresión mientras yo sacaba las llaves del bolsillo, y supe que tenía que decir algo antes de salir corriendo hacia el coche como una loca.

—Vengo todas las mañanas sobre las siete y cuarenta y cinco, así que si quieres que te pague la tintorería, o saludar y comer un trozo de tarta o… mmm… cualquier otra cosa, estaré aquí mañana.

—Vale…

—Tengo que irme. Encantada de haberte conocido.

Me dirigí hacia la puerta, corriendo literalmente alrededor de las mesas con mis zapatos de charol de cinco centímetros. Cuando abría la puerta, oí detrás de mí esa voz que provocaba mariposas…

—Supongo que te veré mañana, Amy.

«¿Amy?».

¡Oh, no!

2

Izzy

Me colgué el bolso al hombro y me dirigí a los ascensores, entusiasmada por cómo se había desarrollado mi primer día. Había pasado toda la mañana con mi equipo, siguiendo de cerca al generalista de Recursos Humanos cuyo puesto iba a cubrir, y había sido (no es broma) divertido.

En serio.

Todo el mundo parecía llevarse bien en el departamento, el trabajo parecía exigente aunque no demasiado estresante, y yo tenía un despacho (increíblemente pequeño) con mi nombre en la puerta.

Y sí, ya había hecho varias fotos.

Además de esa pequeña joya propia de mis fantasías, el Incite Fitness (el gimnasio de moda en la ciudad) estaba situado en la duodécima planta del edificio de al lado, y los empleados de Ellis podían utilizarlo gratuitamente. Gratis. Así que acababa de correr cinco kilómetros en la cinta y me había duchado y lavado los dientes, lo que me dejaba más que preparada para la segunda parte de mi increíble día.

Mientras caminaba por el pasillo, las puertas del ascensor empezaron a cerrarse.

—¡Espere! —grité, por si alguien estaba escuchando y quería ser amable. No esperaba nada, así que cuando una mano detuvo las puertas, casi grité de alegría.

¿Podía mejorar el día?

—Gracias —canturreé mientras me metía corriendo en el ascensor.

—De nada —dijo la persona que estaba dentro—. ¿Pero qué…?

—¡Dios mío! —Me quedé mirando al tipo, sin poder creer lo que veían mis ojos. Era el señor Pectoral de Scooter's. En mi ascensor. Creo que volví a quedarme con la boca abierta en su presencia mientras, sin aliento, articulaba las palabras—: Eres tú.

Aún llevaba puesto su elegante traje, pero tenía las puntas del pelo mojadas, como si acabara de ducharse, y olí el aroma de su jabón. Parecía tan sorprendido de verme como yo a él, pero entonces su boca esbozó una de esas genuinas sonrisas que siempre elevan a un hombre excepcionalmente guapo a la categoría de obra de arte.

—El mundo es un pañuelo —dijo con esa voz ronca.

Las puertas del ascensor se cerraron y señaló con el pulgar los botones del panel.

—¡Ay, sí! Vestíbulo, por favor —dije, aunque estaba tan sorprendida que apenas podía hablar. Me había estado obligando toda la mañana a no pensar en el señor Pectoral, no solo porque tenía que concentrarme en mi nuevo trabajo, sino porque tampoco había forma de que el encuentro en Scooter's se convirtiera en algo real.

Pero ahora, aquí estaba.

Dum, dum, duuuum.

—Así que… —dijo—. ¿Trabajas por aquí o vienes a este gimnasio?

—Estaba haciendo ejercicio porque… —empecé, pero entonces él asintió y me interrumpió.

—Vale, no suelo hacer este tipo de cosas, pero alguien entrará en el ascensor en cualquier momento, así que tengo que hablar rápido.

Tenía una expresión decidida e intensa, pero su boca estaba relajada, como si estuviera disfrutando de la situación. Vi cómo se iluminaban los números de la pantalla sobre las puertas a medida

que descendíamos.

«Once, diez, nueve…».

«Por favor, no pares. Por favor, no pares».

—Sé que somos unos completos desconocidos —dijo, con los ojos tan fijos en mí que tuve que contener el impulso de atusarme el pelo o juguetear con el brillo de labios—. Pero…

«Ocho, siete, seis…».

«¡Habla más rápido antes de que suba alguien!».

—No puedo dejar de pensar en…

«Cinco, cuatro, tres…».

Estiré la mano y pulsé el botón de parada de emergencia, que estaba detrás de él.

La cabina del ascensor se detuvo de repente, lo que provocó que el señor Pectoral dejara de hablar y yo me precipitara contra él. ¿De verdad acababa de hacer eso? Vi cómo sus ojos se entrecerraban y aparecía una arruguita en su entrecejo.

—No, no he parado el ascensor por ninguna extraña razón —dije rápidamente, mientras sacudía la cabeza y levantaba las manos—. Esto no es como el conejito hirviendo de *El silencio de los corderos,* intentando abusar de ti en un ascensor o algo así. Es solo que yo…

—*Atracción fatal* —me interrumpió.

—¿Qué?

—El conejito hirviendo salía en *Atracción fatal* —repitió, y la arruga de preocupación desapareció con el temblor de sus labios.

—¡Ah, claro! —asentí con un ademán de cabeza—. Bueno, tampoco estamos en la misma situación. Solo quiero escuchar lo que tengas que decir antes de llegar a la planta baja. De eso trata esta pequeña parada, te lo aseguro.

—Lo que quiero decir… —Se acercó un poco más, pero no de

forma intimidante. Fue más bien… íntimo. Me recordó a la forma en que Darcy decía «¿Sr. Wickham?», mientras se acercaba a Elizabeth para confesarle su amor bajo la lluvia en la versión con la escena de la mano de *Orgullo y prejuicio.* Me pregunté si iba a desmayarme por primera vez en mi vida cuando se metió las manos en los bolsillos de los pantalones del traje y dijo—: Tengo reuniones toda la tarde, pero ¿puedo llamarte después?

«Sí, sí, mil veces sí».

—¿Por teléfono? —dije—. ¿Como un psicópata?

—Bueno, soy un desastre con los emojis —dijo, con cara medio seria y un poco infantil.

—¿Envías muchas berenjenas por error?

—No —dijo riendo.

—¿Usas el mismo emoticono cansino del llanto y la risa para todo, como un pajillero?

—¿Eso hacen los pajilleros?

—Desde luego.

—Bueno, entonces… sí. —Posó sus ojos en los míos y añadió—: Pero, por favor, dejemos toda la pajillería aparte.

—Actitud pajillera —le corregí—. ¿O es pajilleril?

—Pajillería —repitió, poniendo fin a mis balbuceos—. Dejando la pajillería aparte, prefiero oír la voz de mi interlocutor.

En ese momento, sentí que necesitaba ajo o algún tipo de daga que pudiera clavarle en el pecho al señor Pectoral para protegerme, porque declaraciones como esa eran un ataque directo a mis ovarios. ¿Prefería oír la voz de la persona?

«Llévate mi corazón ahora mismo, guapo pajillero».

—Te daré mi número —dije, intentando disimular mi ansiedad—. Pero no te aseguro nada sobre lo de llamar por teléfono. Me temo

que empezaría a machacar el teclado numérico y enviar emojis al azar.

—¿Berenjenas? —dijo con cara seria.

—Nuestra conversación tendría que dar un giro muy radical para que ese fuera mi emoji favorito, pero nunca se sabe. —Miré su camisa—. ¿Tienes un armario lleno de camisas limpias en tu oficina, o tuviste que irte a casa después de que te empapara tu Calvin Klein?

—Me fui corriendo a casa.

Todavía me sentía mal por eso.

—Por favor, dime que vives cerca de Scooter's.

—Pareces muy interesada en mi información personal —dijo mientras sus ojos adquirían un brillo burlón que me hizo querer alborotarle el pelo—. ¿Seguro que no hierves conejos?

Ladeé la cabeza y me pregunté si tendría alguna mascota.

—¿Tienes un conejito?

Arqueó una ceja.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Me fascina saber qué mascotas tiene la gente —admití, recorriendo toda su cara con los ojos—. Y si me dijeras que tienes un conejito, me parecerías el hombre más interesante de este ascensor.

Sonrió un poco más y aparecieron unos hoyuelos.

¡Malditos hoyuelos!

«Voy a necesitar esa daga».

—No hay palabras para expresar cuánto lamento informarte de que no tengo ningún conejo —dijo.

Me mordí el labio inferior para contener la risa, preocupada porque mi interés por él era tan sutil como un cartel de neón en Times Square.

—Es una tragedia, pero tal vez podrías plantearte adoptar uno…

Se acercó un poco más y, de repente, el ascensor se llenó de electricidad. Nuestras caras estaban muy cerca y me volví consciente de que estábamos solos dentro de un ascensor parado. Mi oxígeno era ahora su olor a recién duchado, y quería respirarlo hasta hiperventilar.

—Si no tuviera ya un gato, ahora mismo te pediría que me acompañaras a la protectora para elegir un conejito —dijo con la voz un poco más ronca.

—¿Tienes… un gato? —pregunté en un susurro, derrotada al darme cuenta de que ni siquiera una daga en el corazón podría protegerme si el señor Pectoral era un hombre de gatos.

—De hecho, tengo dos —dijo, y luego sonrió.

Con una sonrisa malévola.

Él lo sabía. De alguna manera sabía que me estaba matando a mí y a mis partes femeninas con sus gustos felinos.

—Eres lo peor —dije, ya sin poder contener la sonrisa.

—Voy a necesitar ese número —respondió, sacando su teléfono—. Inmediatamente.

—Bueno, qué exigente, la cosa se pone seria. —Apenas había pronunciado los diez dígitos cuando el botón de llamada del ascensor empezó a sonar.

—Deberíamos volver a poner esto en marcha antes de que lleguen las autoridades —dijo, tensando la mandíbula de tal forma que la habría mirado durante horas.

—Sí —coincidí con él. Luego me alejé un paso, frotándome los labios—. No quiero verme obligada a dar explicaciones.

—¿Tienes miedo a entrar en pánico y gritar? —preguntó mientras pulsaba el botón de parada de emergencia.

—Entre otras cosas, sí.

La cabina del ascensor se tambaleó y empezó a moverse, y mientras veía cómo la pantalla numérica empezaba de nuevo la cuenta atrás, me pregunté qué haría él si yo lo pulsara de nuevo.

Es decir, nunca lo haría, pero era una fantasía muy tentadora.

3

Blake

Envié un correo electrónico y consulté el reloj por enésima vez. Eran las cinco y cuarto, justo había tenido mi última reunión y todavía debía acabar algunas cosas antes de irme a casa. Solía trabajar hasta más tarde, porque avanzaba mucho más cuando era el único en la oficina, pero no había podido concentrarme desde que me encontré con la chica de Scooter's en el ascensor durante la hora del almuerzo.

¿Cuántas probabilidades había de que sucediera algo así?

Lo último que estaba buscando era una relación sentimental, aunque fuera un rollo. Skye y yo habíamos roto nuestro compromiso hacía ya unos meses, pero aún me dolía y prefería seguir soltero por el momento.

«Para siempre» me sonaba de puta madre ahora mismo.

Pero había algo especial en la chica de Scooter's, Amy. Después de tanta falsedad con Skye, de tantas pequeñas mentiras que habían escalado como provocaciones hasta su Gran Mentira, era un soplo de aire fresco estar cerca de alguien que parecía tan sincero. Solo la había conocido durante cinco minutos, así que en teoría no sabía una mierda de ella, pero comparada con mi antigua prometida, que no hacía más que dar explicaciones, me parecía… auténtica.

Yo odiaba las conversaciones triviales (y a la mayoría de la gente) en general, pero hablar con ella había sido divertido. Después de separarnos frente al edificio de Incite, le envié un rápido mensaje de texto para que tuviera mi número.

Blake: Probando 1-2-3.

Ella había respondido inmediatamente. ¿Ahora quién es el que hierve conejitos? Acabo de salir del edificio y ya me estás enviando mensajes. ¿Estás muy obsesionado, Joe Goldberg?

Había dejado de caminar para enviarle: ¿Te dije que uno de mis gatos es ciego?

Porque la mirada que había puesto en el ascensor cuando le dije que tenía un gato era oro, joder.

Ella contestó: Es usted peligroso, señor Pectoral, y debería bloquearle por esa clase de guarradas. Por cierto, cuando me llames esta noche, asegúrate de tener a los gatitos cerca para que pueda oír sus maullidos.

Maldita sea si no me moría de ganas de llamarla.

Una puta locura.

Toc, toc.

Levanté la mirada y vi que Pam Carson, la directora de Recursos Humanos, se asomaba a mi despacho.

—Hola, Pam —dije, dedicándole una sonrisa, aunque lo único que quería era que se fuera.

—Hola. —Me devolvió la sonrisa y añadió—: Isabella Shay, que es nuestra nueva generalista, ha empezado hoy, y quería presentártela antes de que se vaya a casa. Si tienes un minuto.

—Claro —dije, aunque no tenía ningún interés en conocer a su nueva empleada.

No es que no me importara, pero Pam (y todo el Departamento de Recursos Humanos) funcionaba como una máquina bien engrasada. En teoría, en el organigrama, formaban parte de mi equipo, pero a menos que ocurriera algo inusual, el director de Recursos Humanos se encargaba de todo y yo tenía muy poco contacto con el grupo.

Excepto cuando Pam aparecía en mi puerta cada pocos meses para presentarme a un nuevo empleado.

—Isabella, este es Blake Phillips.

Pam se hizo a un lado en la puerta y una chica morena sonrió y levantó la mano con gesto despreocupado. Abrí la boca para decir «Encantado de conocerte», pero la chica que estaba en la puerta de mi despacho era exactamente igual a la Amy de Scooter's.

¿Pero qué demonios?

Izzy

—Tienes que estar de broma. —Sabía que estaba sonriendo como una niña mirando un helado, pero ¿qué otra cosa podía hacer sino sonreír? El destino me estaba arrojando literalmente a ese hombre. Un hombre grande, guapísimo y encantador—. ¿Tú otra vez?

—Esto se está volviendo ridículo. —El señor Pectoral parecía superimportante, sentado tras el enorme escritorio de su enorme despacho. Me sonreía, pero esa arruga había vuelto a aparecer en su entrecejo.

—¿Os conocéis? —preguntó Pam, paseando su mirada entre nosotros como si no hubiera nada más interesante.

—Le eché el café encima en Scooter's esta mañana. —«Y también le di mi número»—. El mundo es un pañuelo.

El señor Pectoral se reclinó un poco en la silla y se cruzó de brazos, con aspecto de ejecutivo. Un reloj que parecía muy caro asomaba bajo el puño derecho de su camisa, y creo que me distrajo, porque no le entendí muy bien cuando habló.

—Pam te ha llamado «Isabella».

—¿Sí…? —«¿Eso es un Rolex de verdad?».

—Pensé que habías dicho que te llamabas «Amy».

—Oh. —«¡Oh, noooo!». Había estado tan absorta en la belleza de su cara y el brillo de su reloj que me había olvidado por completo del incidente del café. Mi cara se calentó al instante mientras balbuceaba —: ¡Oh! Esto…

—¿Amy es tu segundo nombre? —preguntó.

De repente me sentí como si me estuvieran juzgando. Él parecía un severo fiscal (pensamiento excitante sobre el que volveremos más adelante) y Pam era como un miembro del jurado, observando en silencio el interrogatorio. Abrí la boca, a punto de soltar la excusa del segundo nombre como la mentirosa en la que aparentemente me había convertido, cuando Pam habló.

—No, su segundo nombre es Clarence. ¿Verdad, Izzy? ¿No es eso lo que me dijiste cuando rellenaste el formulario al ser contratada?

¡Dios! ¿Por qué? ¿Por qué le había dicho a mi jefa cuál era mi ridículo segundo nombre?

Pam se rio y le dijo a Blake:

—Creo que dijo que era el nombre de su abuelo. Isabella Clarence, ¿te lo imaginas?

Me mordí el labio inferior un segundo (mierda, mierda, mierda) antes de confesar.

—La verdad es que Amy no es mi nombre. Es… una historia curiosa.

Blake ladeó un poco la cabeza.

—Deja que te lo explique —dije.

Pam seguía sonriendo, mirándome como si estuviera esperando una historia desternillante, pero Blake estaba haciendo eso de tensar y relajar la mandíbula y ya no sonreía en absoluto.

Parecía molesto.

Parecía el hermano gemelo del hombre encantador con el que

había flirteado en el ascensor. Ahora era Bloke, el hermano gemelo gruñón de Buenorro Blake.

—Vale, iba con un poco de retraso y no quería llegar tarde a mi primer día en Ellis. Había pagado ya mi café, pero la cola era superlarga. Tan larga que iba a tener que irme antes de que me lo dieran.

Pam seguía escuchando con interés, pero Blake parecía impaciente, como si quisiera que me callara.

«Lo mismo digo, Bloke».

Bajé la mirada hasta mis pies y me lancé a confesar.

—Así que después de que llamaran a Amy tres veces y nadie fuera a por el café, yo… puede que dijera que era Amy.

—¡No puede ser! —dijo Pam riendo a carcajadas.

Intenté dedicarle a Blake una adorable sonrisa.

—Aunque no valió la pena, porque acabé tirándole el café encima a Blake.

—Mmm… —Se aclaró la garganta, impasible ante mi intento de parecer adorable—. ¿Estás diciendo que te quedaste con el café de otra persona?

Eso me recordó la escena de la reserva de la película *Noche loca*, pero tuve que guardarme tal pensamiento y centrarme en la tarea que tenía entre manos.

La tarea que aparentemente era… bueno… no parecer una ladrona en mi nuevo trabajo.

—Quiero decir… —empecé, intentando que me entendiera—. Yo había pagado y pedimos lo mismo, así que…

—¿Así que eso hace que ya no sea su café? —Me miró como si acabara de confesar que había decapitado a un cachorro—. El café de Amy es un blanco legítimo de cualquiera que haya hecho el mismo

pedido. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Miré a Pam, que de repente parecía incómoda con la conversación.

—No fue muy guay, lo reconozco —dije.

—No sé si fue guay o no —dijo Bloke, con los ojos clavados en mí como si él fuera un halcón y yo un ratón que le disgustara comerse, así que solo jugaría con él hasta que lo matara—. Pero sin duda fue deshonesto.

—Sí, muy deshonesto. —Apreté los dientes e intenté mantener la calma, porque quería más ese trabajo que regañar a ese imbécil superatractivo y lleno de prejuicios. ¡Pero qué idiota! Crucé los brazos sobre el pecho, tomé aire por la nariz y dije—: No tienes ni idea de cuánto lamento lo que ha pasado hoy con ese café. Si pudiera volver atrás y comportarme de otro modo, lo haría sin duda.

Mantuvo una expresión inescrutable mientras continuaba mirándome fijamente.

Pero yo sabía que él sabía lo que yo estaba diciendo.

—Te dejo trabajar —dije, intentando esbozar una sonrisa—. Ha sido un placer conocerte.

Él enarcó una ceja.

—¿Eso crees?

—Claro —dije, soltando una pequeña carcajada y sonriendo a Pam para asegurarme de que sabía que todo iba bien. Pero, en cuanto Pam apartó la mirada de mí, no pude contenerme. Estaba tan decepcionada por haber perdido mi oportunidad con el señor Pectoral que le dirigí a Blake un pequeño ademán de cabeza y pronuncié la palabra «nop».

Lo que le hizo tensar la mandíbula y entrecerrar los ojos.

Lo que me hizo sentir que había ganado un punto.

—Dejamos de molestarte, Blake —dijo Pam, y dejé que me sacara

de la oficina y me llevara a los ascensores. Tenía el corazón desbocado y la cabeza me daba vueltas mientras intentaba evaluar lo jodida que estaba con mi nuevo trabajo.

Yo trabajaba en una planta distinta a la de Bloke, así que eso era bueno. Y él no parecía alguien dado a los cotilleos de oficina (sobre todo porque sería un idiota arrogante que no tenía tiempo para los demás), así que, con suerte, nadie más en la empresa se enteraría de que había robado un *latte.*

En teoría, lo único que había pasado era que me había ganado la desaprobación de un empleado cualquiera de Ellis que trabajaba en la planta de arriba. Mientras Pam no tuviera ningún problema con mi terrible comportamiento, todo iría bien.

Pero, mientras esperábamos el ascensor, dijo lo peor que podía decir.

—Sé que Blake puede parecer un poco intimidante —dijo sonriendo mientras miraba la pantalla numérica que había sobre los ascensores—. Pero eso es solo porque es una persona muy centrada. Es un tipo muy agradable cuando llegas a conocerlo.

—Pues no lo parece —murmuré, aliviada de que no pareciera molesta por la incómoda conversación con Bloke.

Eso la hizo sonreír.

—Se toma su trabajo muy en serio, eso es todo.

Intenté recordar en qué trabajaba exactamente. ¿Me lo había dicho? Me había presentado a unas diez personas seguidas, así que había puesto el piloto automático, pero en cuanto lo vi sentado tras su escritorio, dejé de oír su voz.

—¿Cuál es su puesto?

—Es director de Administración —dijo cuando sonaba el timbre del ascensor.

—¿Director? —dije, con tanta tranquilidad como pude reunir, ya que mi cerebro estaba explotando y gritando «¡Noooooooo!» al mismo tiempo—. Así que eso lo convierte en…

—Nuestro jefe. —Las puertas del ascensor se abrieron, y Pam sonrió a las dos mujeres que estaban dentro mientras decía—: Blake es el jefe de todos los trabajadores de Administración en Ellis.

4

Blake

—¿Crees que no voy a echarte del partido?

—¡Es la puta liga recreativa! —le gritó mi hermano Jason al árbitro, acercándose demasiado al tipo (que era medio metro más bajo que él)—. Trágate el silbato y el ego, y déjanos jugar al baloncesto. ¡Por Dios!

—Jace —dijo AJ, agarrando el brazo de Jason y tirando de él hacia atrás—, ¿quieres cerrar la boca para que podamos acabar el partido?

AJ era un año más joven que Jason y un poco menos conflictivo. Yo quería a mis hermanos, pero eran demasiado competitivos cuando se trataba de los deportes.

—Me callaré si Chrome Dome deja de comportarse como si esto fuera la NBA.

«Spoiler: No llegamos a acabar el partido».

Porque, cuando Jason fue expulsado por el árbitro, AJ se encaró con este, lo que provocó que también lo expulsara. Y como solo teníamos siete jugadores en nuestro equipo, y uno de ellos no estaba allí porque su esposa acababa de tener un bebé, tuvimos que abandonar porque no éramos suficientes.

Así que estábamos comiendo alitas en Oscar's antes de que anocheciera.

—No me importa lo que ha pasado —dijo AJ, tomando su botella de Heineken—. Me estaba muriendo de hambre.

—Tú siempre estás hambriento —dijo Chloe, quitándole una

patata frita de su plato. Solía quedar con nosotros para comer alitas después del partido, pero evitaba verlos porque se ponían muy feos —. Lo que más miedo me da de casarme contigo es que nunca tendré comida suficiente para tenerte contento. —Sus palabras demostraban que encajaría perfectamente en esta familia.

—Bueno, aparte está el hecho de que tendrás que convivir con este pedazo de mierda —dijo Jason mientras se lamía la salsa de las alitas de los dedos—. ¿Sabes que solía hablar solo todo el tiempo? Y no me refiero a un poco, sino a todo el puñetero tiempo. Nuestros vecinos de al lado debieron pensar…

—Era mi mecanismo de supervivencia contigo —dijo AJ entre risas —. Una persona puede aguantar un cierto número de horas de cárcel de axilas antes de volverse loco.

—¿Debería saber qué es la cárcel de axilas? —me preguntó Chloe en voz baja.

—No, no deberías, y es exactamente lo que parece —le dije, alzando mi pinta de cerveza—. Si AJ nos molestaba, Jason lo castigaba sujetándole la nariz contra su sobaco.

—Era mucho peor de lo que parece —dijo AJ—. Él gritaba: «¡Cárcel de axilas!» tan alto como podía, una y otra vez, y juro por Dios que podía saborear el olor de esos hoyos.

—Es tan repugnante… —dijo Chloe, sacudiendo la cabeza—. Pero nada sorprendente. ¿Cómo pudiste vivir con estos dos animales, Blake?

—Mami siempre iba al rescate —dijo Jason con naturalidad mientras despedazaba un ala.

—Siempre —coincidí con él, encogiéndome de hombros—. Yo era su favorito.

—Solo porque eres el bebé —dijo AJ—. Maldito Blakey.

Eso provocó una fuerte discusión entre mis hermanos sobre quién era el segundo favorito, pero perdí el interés cuando vi a una mujer morena en la barra. No era ella, pero me la recordó.

«Amy barra Isabella».

Menuda decepción. No es que quisiera una relación sentimental con una mujer que había conocido por accidente en Scooter's, pero sí que me había parecido interesante en un momento en que yo no estaba interesado en nadie.

Hasta que demostró ser una mentirosa interesante y adorable.

Todavía no podía creer que me hubiera mirado a la cara y dicho la palabra «nop». ¿Quién hacía eso?

—¿Quién es? —escuché detrás de mí y, cuando me di la vuelta, vi a Kylie, la esposa de Jason, acercándose a la mesa. Hizo un ademán con la mano hacia la mujer de pelo oscuro que yo había estado mirando sin darme cuenta mientras pensaba en Amy (no, Isabella) —. ¿Te gusta?

Kylie era… Kylie. Perfecta para mi hermano. Fuerte, independiente y simpatiquísima, parecía que había nacido en nuestra bulliciosa familia.

—No —dije, agarrando mi cerveza—. Solo me ha recordado a alguien.

—Pues quiero saber a quién. —Kylie se sentó a mi lado, sin detenerse siquiera a hablar con mis hermanos mientras se acercaba y me robaba una de mis patatas fritas—. Porque no has mirado a ninguna mujer desde Skye.

—Claro que sí —dije—. Te estoy mirando a ti, ¿no?

—¡Anda ya! —contestó ella, poniendo los ojos en blanco mientras se metía la patata frita en la boca—. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí —asentí, apreciando que siempre estuviera pendiente de mí,

aunque yo no quisiera—. Pero estoy bien, Ky.

Llevaba seis meses soltero oficialmente, y era cierto que no me había fijado en ninguna mujer desde mi ruptura con Skye.

Era como si ella hubiera acabado con mi capacidad para preocuparme por eso.

—La vi en el gimnasio la semana pasada —dijo Kylie, buscando con sus ojos mi reacción—. Y me preguntó por ti.

—¿Sí? —dije con total indiferencia. Mi amor por Skye había muerto en cuanto me mintió a la cara, y solo le deseaba lo mejor.

—¿Quién, Skye? —Jason se acabó su cerveza antes de añadir—: No me lo habías contado.

—Eso es porque siempre te pones insoportable cuando se trata de ella —dijo Kylie, agarrando una servilleta y entregándosela—. Tu barbilla.

—Gracias —dijo, limpiándose la barba—. Y fue una idiota mentirosa con mi hermano; no se merece saber cómo le va. Se merece mi odio.

—A mí tampoco me gusta —dijo Kylie, señalando el lugar que le faltaba por limpiar con la servilleta—. Pero, cuando oyes su nombre, actúas como si estuviéramos hablando de un asesino con un hacha. Puede que sea una mentirosa, pero no mató a nadie, Jason.

Eso me hizo resoplar, porque era verdad.

Jason y Skye se habían llevado muy bien hasta que le conté lo sucedido, y en cuanto se enteró de su falta de honradez, se convirtió en su enemigo número uno.

Murió al instante para él.

—Si la viera en el gimnasio —dijo AJ con una sonrisa—, sería superamable con ella, en plan: «Holaaaa, Skye, ¿cómo estás?», con la sonrisa de un payaso de película de terror, solo para que se pusiera

paranoica.

—Tu hombre da miedo. Es un sociópata —le dijo Kylie a Chloe, señalándolo.

—Sí, pero está muy bueno. —Chloe estiró una mano para pellizcarle una mejilla a AJ como si fuera un niño—. ¿Ves?

—No lo veo.

La noche transcurrió viendo el fútbol y jugando al trivial de los deportes, lo que significó que, como siempre, nuestra mesa se volvió muy ruidosa. AJ y yo nos enfadamos con Jason por sus estúpidas respuestas, aunque nuestro equipo consiguió dominar el torneo, mientras que Kylie y Chloe se buscaron otra mesa a la que animar y gritaban como locas cuando nos ganaban.

Una típica noche de lunes.

Había conseguido olvidarme por completo de todo el asunto Amy/Isabella hasta que llegué a casa y di de comer a los gatos.

«Cuando me llames esta noche, asegúrate de tener a los gatitos cerca para que pueda oír sus maullidos».

En cuanto abrí el armario y saqué la comida para gatos, mi cerebro me recordó que en otro universo, uno en el que no fuera una mentirosa ni trabajara en Ellis, yo podría estar llamándola en ese mismo momento.

5

Izzy

—¡Iz, tu gato está en mi apartamento! —gritó Josh desde arriba mientras yo revisaba el buzón.

—¿En serio? —Suspiré y me pregunté quién habría estado en mi apartamento desde que me fui esa mañana. Miré hacia la puerta y sí, estaba entreabierta.

Menos mal que para entrar en el edificio se necesitaba llave.

Mis abuelos habían adquirido el edificio como una inversión. Era un edificio antiguo, situado en medio de un barrio de clase media de mediados de siglo, con cuatro apartamentos de un dormitorio. Pero en lugar de alquilar los apartamentos a estudiantes universitarios y a jóvenes profesionales para ganar un dinero con un alquiler más elevado, las cuatro viviendas del edificio se alquilaban con descuento a los nietos de Millie y Burt.

Estaba agradecida por el buen precio del alquiler y por los propietarios, que me adoraban. En primer lugar, había perdido la cuenta del número de veces que llegaba a casa y me encontraba a mi abuelo trasteando en el piso o a mi abuela «poniendo un poco de orden».

Además, para hacer las cosas «más fáciles para todos», mis abuelos nos habían dado a cada uno una copia de la llave maestra para que no tuvieran que complicarse la vida con cerraduras individuales.

A veces me sentía como si viviera en una casa grande con mis primos en vez de en mi propio apartamento.

A mi prima pequeña, Emily, que era guapa y simpática y vivía al final del pasillo, se la podía encontrar a menudo entrando en mi apartamento, tomándome ropa prestada y dejando notas que decían cosas como «Tengo tus zapatos negros, volveré más tarde».

Daphne, mi otra prima, vivía en la planta de arriba y solía ser una persona tranquila, aparte de las fiestas de *cosplay* que organizaba de vez en cuando para sus compañeros de juegos de rol en vivo. ¿Se dejaba caer por mi casa cuando se quedaba sin comida y no le apetecía ir a la tienda?

Sí, sí lo hacía.

Pero ¿reemplazaba la comida que se había llevado?

No, no lo hacía.

Josh era el mejor primo-compañero de edificio del trío. Era un informático adicto al trabajo, así que apenas le veía, aparte de alguna que otra visita a la lavandería, y solo se metía en mis cosas cuando se quedaba sin cerveza y no quería ir a la tienda.

Subí corriendo las escaleras y agarré al Oscuro, pidiéndole disculpas a Josh por los pelos negros que mi gato había dejado en su elegante sofá blanco.

—No pasa nada —dijo en medio de una enorme nube de humo, porque mi primo favorito también era un adicto al vapeo.

Cuando por fin entré en mi apartamento y me quité los zapatos, estaba preparada para no hacer nada.

Porque mi día, en sí mismo, había sido MUCHO.

Me puse el pijama (sí, a las seis y diez de la tarde), me hice con una Coca-Cola Light y me fui a la sala de estar. La bolsa de McDonald's que había comprado de camino a casa estaba empapada y había manchado de grasa el fondo del bolso.

Agarré el mando a distancia y encendí la tele; necesitaba evadirme

mientras sacaba la cena. El Oscuro caminaba de un lado a otro por el respaldo del sofá, pisándome el cuello y comportándose como un imbécil, por lo que tuve que suspirar una vez más.

¿Qué iba a hacer?

Desenvolví mi hamburguesa y me entraron ganas de llorar. Por fin había encontrado lo que parecía el trabajo perfecto, en una empresa que era considerada el mejor lugar para trabajar de todo el maldito mundo, y lo había fastidiado. Me las había arreglado para mentir e insultar a un director en mi primer día.

Por si eso no fuera suficiente marrón, me había decepcionado tanto el cambio que había visto en Blake que podría echarme a llorar. Había empezado el día como el apuesto héroe de una comedia romántica (encantador, atractivo y prometedor) para luego, en un instante, mostrarse como un idiota arrogante y criticón.

Un idiota que probablemente me despediría al día siguiente.

«¿Es posible solucionarlo?». Quería creer que había una posibilidad, pero él ya me había mirado con cara de asco antes de que me comportara como una niña. Era imposible que quisiera trabajar conmigo después de la mentira y el «nop».

De ninguna manera.

Se me formó un nudo en el estómago al pensar que tendría que buscar trabajo; odiaba la búsqueda de empleo. Si ya era malo en tiempos de bonanza, ahora que incluso los más cualificados competían para ser contratados, sería una auténtica pesadilla.

¿Y cómo iba a explicar lo que había pasado cuando buscara trabajo? Siendo alguien cuyas tareas profesionales incluían entrevistar a candidatos, era muy consciente del signo de interrogación que ahora figuraría en mi historial laboral.

Porque si eliminaba a Ellis de mi currículum (cosa que tendría que

hacer, ya que explicar que había sido un trabajo de un solo día no era una opción), iba a parecer que había dejado mi antiguo trabajo de dos años sin tener nada más preparado.

Lo que era una señal de alarma total.

Sugería cosas como que me habían despedido, que era una persona impulsiva o, en el mejor de los casos, que iba por la vida sin ningún tipo de plan.

Y, maldita sea, yo no era ninguna de esas cosas.

Me gustaba planificar, seguía las normas y era una empleada modelo que se dejaba la piel en cualquier puesto que le asignaran, ¡por el amor de Dios!

Sin embargo, nada de eso importaba ya.

«Felicidades, perdedora ladrona de *lattes*».

Me metí un puñado de patatas fritas en la boca antes de sacar el móvil y comprobar si había mensajes. Nada. Como era una persona hogareña que no tenía mucha vida social, no era raro que me quedara sin mensajes un lunes por la noche.

Pero esta noche me estaba haciendo más daño que de costumbre.

Porque, después de un día prometedor que poco a poco se había reducido a un nuevo trabajo que iba a perder, la falta de mensajes parecía un patético signo de exclamación en mi vida.

6

Blake

«¿En serio?».

No podía creer que fuera ella.

Había evitado ir a Scooter's para no encontrarme con ella, pero aquí estaba, la Amy de Scooter's, delante de mí en la cola de las 6:30 de la mañana de Peet's Coffee.

«Maravilloso».

No se había dado cuenta de mi presencia, gracias a Dios, así que mantuve la mirada fija en mi teléfono con la esperanza de seguir siendo invisible. Acababa de correr y quería llevarme un café a casa para tomármelo mientras me duchaba y me preparaba para ir a trabajar, pero ella ya parecía lista para ir a la oficina.

Tacones altos, coleta lisa, bolsa negra para el portátil.

Por otro lado, ¿por qué iba tan temprano al trabajo si solo era su segundo día? Sabía que Pam no solía aparecer antes de las nueve, así que lo único que podía estar haciendo con dos horas de más, era comprar zapatos mientras aparentaba ser muy trabajadora.

Lo cual era propio de la persona que yo creía que era.

Sin embargo, olía jodidamente bien, lo reconozco. El perfume que llevaba no era ni demasiado floral ni demasiado dulce, y yo estaba a punto de hiperventilar.

Mantuve los ojos fijos en mi bandeja de entrada hasta que hizo su pedido.

—¿Me pones un moca grande? —preguntó ella.

«¿Hoy no quieres un *latte*, Amy?».

—Claro —dijo la barista—. ¿A qué nombre?

—Amy, ¿verdad? —No sé qué me pasó, pero no pude evitar decirlo.

La coleta me dio tal latigazo que casi me sacó un ojo. Parpadeó sorprendida, miró mi ropa de correr y luego volvió a mirar a la mujer que sonreía detrás del mostrador.

—Me llamo Izzy.

Al instante me arrepentí de haber dicho nada, porque tenía cero ganas de hablar con ella, pero al parecer mi lado mezquino tenía voluntad propia.

—Y él tomará… —La barista se volvió y me miró mientras arqueaba las cejas.

—¿Qué?

Me señaló con la cartera y me dedicó una forzada sonrisa.

—Te invito a un café. ¿Qué quieres?

La miré y vi que la barista también me observaba con las cejas arqueadas, esperando mi pedido.

—No, gracias —dije, un poco desconcertado por la oferta.

—¿No has venido a por un café? —preguntó Izzy, frunciendo el ceño confundida.

—Bueno, sí, pero puedo pedirme uno. —Me aclaré la garganta y añadí—: Gracias igualmente.

Ella ladeó la cabeza y me miró como si yo fuera el mayor imbécil del mundo.

—¿No me aceptarías un café?

—No es eso —dije a la defensiva, sobre todo porque me miraba como si yo acabara de soltar el insulto más desagradable del mundo.

—Simplemente disfrutas pagando, ¿es eso? —dijo, y creo que

estaba siendo graciosa, pero no pude asegurarlo del todo—. ¿Prefieres gastar tu dinero en lugar de aceptar educadamente el café de alguien que quiere disculparse contigo?

—No puedes disculparte invitándome a un café… —dije, porque no podía permitir que un empleado de mi equipo me pagara nada.

—Entonces, ¿eso es un no? —me interrumpió. En su cara había desaparecido su presuntuosa sonrisa al ver la larga fila que había detrás de mí.

—No sería apropiado que me pagaras un café —la corregí en voz baja, apretando los dientes para contener la irritación de mi voz—. Pero te agradezco el detalle.

—Claro que sí —murmuró mientras me daba la espalda—. Supongo que es solo un café —añadió con la voz cargada de sarcasmo.

Pagó y se fue al otro extremo del mostrador a esperar su pedido, y yo caí en la cuenta de que iba a tener que hacer lo mismo. Tendría que quedarme a su lado mientras ambos esperábamos nuestros cafés.

—¿Qué desea? —me dijo la barista, mirándome como si acabara de hacer algo atroz.

Miré a mi nueva empleada, que miraba al suelo con las mejillas sonrosadas, y decidí salvarnos a los dos.

—Ah, creo que vendré luego —dije—. Gracias igualmente.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la salida, moviéndome tan rápido como me permitían mis piernas.

Iría a Scooter's, maldita sea.

Izzy

«Bueno, la cosa ha ido bien», pensé mientras le veía salir de la

cafetería.

Yo había pasado por las cinco etapas de la vergüenza desde que él puso un pie en Peet's, lo juro por Dios.

Etapa 1: ¡Oh, Dios! Por favor, que no me vea.

Etapa 2: Se está burlando de mí con la barista. ¡Qué maravilla!

Etapa 3: Sé una buena persona y discúlpate.

Etapa 4: Ha rechazado mis disculpas, el muy cabrón.

Etapa 5: Ponte a la defensiva y sé muy desagradable.

Me alegré de que se hubiera ido, porque no habría podido comportarme como una auténtica bruja mientras esperábamos juntos nuestros cafés, pero ahora estaba más nerviosa que nunca ante la perspectiva de ir a trabajar.

Porque ese hombre iba a despedirme sin ninguna duda.

Quiero decir, cuando le invité al café, me miró como un padre mira al hijo que más le ha decepcionado, como si mi mera existencia le pusiera enfermo.

Quería gritar: «¡Lo único que he hecho es quedarme con el café de otro, imbécil!», pero eso no iba a ayudarme en absoluto en mi situación. Aun así, me costaba creer que el café fuera lo único que hubiera provocado que pasara de ser un encantador desconocido al ejecutivo agresivo que me odiaba nada más verme.

Quiero decir, aparte de mi sarcasmo después de lo sucedido, pero eso había pasado después de lo sucedido, así que no pensé que contara.

Caminé hasta el edificio Ellis y me dirigí directamente a mi despacho porque tenía un montón de trabajo del que quería encargarme antes de que llegara Pam. Quería leer el manual del empleado, conectarme al programa de Recursos Humanos para orientarme y memorizar la distribución del edificio para no

equivocarme de planta y parecer una novata.

Mi empleo en Ellis podría estar en peligro, pero hasta que Blake Phillips me despidiera, iba a darlo todo.



—Esto no es algo en lo que tengas que participar normalmente, pero como me estás siguiendo, es tu día de suerte.

Agarré un bloc de notas y mi café antes de seguir a Pam hasta la sala de conferencias.

—¿Aburrido?

—Me sorprenderá que llegues al almuerzo sin haberte quedado dormida —dijo mirándome.

No tenía muchas ganas de asistir a una reunión aburrida, pero me interesaba conocer un poco el proceso. Se celebraba la sesión anual de estrategia de beneficios, en la que nuestro actual proveedor de seguros presentaría su plan para el año siguiente, que Pam a su vez presentaría al consejo de administración de Ellis, que en última instancia tomaría todas las decisiones.

¿Emocionante? No. ¿Interesante? Pensaba que sí, porque siempre me había gustado la burocracia administrativa; cuando era pequeña, me encantaba jugar a ser una mujer de negocios cargada de expedientes.

Pam me presentó a la agente, Kelli, antes de que nos sentáramos a la enorme mesa de conferencias. Llegamos pronto, así que Pam charló con ella mientras yo garabateaba en mi bloc de notas.

Justo antes de que empezara la reunión, oí su voz. Hablaba en voz baja, pero mis oídos captaron sin duda a Blake dentro de la sala, y necesité toda mi disciplina para no volverme y mirar hacia la puerta.

Kelli se lanzó a su presentación, proyectando diapositiva tras

diapositiva de análisis de costes y comparaciones de lo que había costado el plan el año anterior. Al principio tomé muchísimas notas, pero al cabo de un par de horas perdí el brío y me limité a escuchar.

Justo cuando se me cerraban los ojos, llegó una pregunta desde el otro extremo de la mesa de conferencias.

—¿Reflejan esas cifras el cambio, a mediados de año, al 505? No lo he visto en los datos.

Como todo el mundo miraba a quien había hecho la pregunta, dejé que mis ojos lo buscaran. Giré la cabeza y me dio un vuelco el estómago cuando vi a Blake.

¿Quién se creía que era, el maldito rey? Estaba sentado en una silla de la sala de conferencias, como todos los demás, pero había algo en él que gritaba «LÍDER». Tal vez fuera su postura, la envergadura de su estupendo pecho, como el de un superhéroe, o la arrogante inteligencia de halcón que tenía su mirada; no sabía qué era exactamente, pero el hombre desprendía un aura de poder.

Iba vestido de forma impecable, como ayer (traje perfecto que esta vez era de color gris marengo, camisa planchada y corbata), pero hoy llevaba gafas. Una elegante montura se asentaba sobre su fuerte nariz, haciéndole parecer el bombón más inteligente del universo. Tenía un aspecto tan elegante y atractivo que me pregunté cuántas mujeres de la sala estarían fantaseando con él en ese mismo momento.

Yo diría que todas.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, clavó sus ojos en los míos. Kelli respondió a su pregunta y él pareció escuchar, pero sus ojos estaban un poco a la izquierda de la posición de Kelli, totalmente centrados en mí mientras su mandíbula hacía ese pequeño movimiento de tensión.

«Sí, ya sé que me odias, no hace falta que me des la brasa».

Entorné los labios y me encontré con su mirada, levantando un poco la barbilla para asegurarme de que no pensaba que me intimidaba. Era alucinante que ese hombre me hubiera parecido simpático hacía veinticuatro horas y que hoy lo único que me inspirara fuera una irritación suprema.

—¿Eso responde a tu pregunta, Blake? —preguntó Kelli.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Gracias, Kelli.

Cuando por fin acabó la reunión, seguí a Pam hasta la puerta, preguntándome cuántas personas saldrían entre Blake y yo. ¿Seguiría al fondo de la sala de conferencias, hablando de datos con la gente a la que le importaban los datos, o saldría justo detrás de mí, con su enorme cuerpo a escasos centímetros del mío?

Un pequeño escalofrío me recorrió la espalda ante aquella idea, que era ridícula. «Contrólate, Iz», pensé mientras me dirigía a mi despacho. Por desgracia, una tira de mi suéter se enganchó en la bisagra de la puerta y me hizo retroceder.

—¡Ay! —Bajé la mirada hasta donde estaba enganchada justo cuando Blake se acercaba a la puerta hablando con otros dos ejecutivos. «No, no, no». Miré por encima del hombro y estiré una mano para desatarme lo más rápido posible.

—¿Izzy? —dijo Pam, deteniéndose y dándose la vuelta.

Blake y sus colegas llegaron a la puerta en ese momento, y vi cómo sus ojos evaluaban mi situación en una fracción de segundo. «Por favor, mátame. Déjame morir de vergüenza en este mismo instante».

—Espera —dijo esbozando una sonrisa.

Se acercó más y su perfume me envolvió, dejándome atontada como si fuera un somnífero.

—Parece que te has quedado atascada —dijo.

«¿De verdad? Vaya, gracias por el resumen, Bloke».

—Un poco —dije, sintiéndome la mayor idiota del mundo.

—Ya está. —Desenganchó la tira de la bisagra en medio segundo, dejándome libre.

Sin embargo, era como si las yemas de sus dedos me quemaran la piel a través del suéter. La química que había sentido en el ascensor volvió al instante.

Y me pareció sentir que su mano izquierda (solo la punta de sus dedos) se había colocado en la parte inferior de mi espalda durante el milisegundo que había tardado en desengancharme de la puerta.

—Gracias —dije, con las mejillas encendidas al encontrarme con su mirada.

«Parece que puede leerme la mente», pensé mientras sus oscuros ojos recorrían mi cara.

Le dediqué lo que esperaba que fuera una sonrisa antes de lanzarme a lo más parecido a un *sprint* con mis zapatos de tacón de diez centímetros.

El resto del día transcurrió sin incidentes y sin ver a Blake, por lo que respiré aliviada. Pam había insinuado el día anterior que no se le veía mucho por nuestro departamento, y me alegré mucho de ello.

Porque los hombres como Blake convertían a las mujeres como yo en idiotas, y yo no tenía ningún interés en interpretar ese papel. Ellis podría ser una plataforma de lanzamiento para mi carrera, una empresa donde podría resolver mi futuro, y no iba a dejar que el director Blake me lo fastidiara.

7

Blake

—Esto es lo que me preocupa. —Dejé mi taza de café y eché un vistazo a mis notas—. Me gusta mucho el producto, creo que encajaría muy bien con el personal de almacén y transporte, pero no veo cómo podrían beneficiarse el resto de nuestros empleados.

—¿Tienen que hacerlo? —preguntó Pam, cruzando los brazos sobre el pecho. Estaba de pie frente a la pared de la sala de conferencias donde estaba proyectando sus diapositivas—. Si podemos mejorar la seguridad en el trabajo exigiendo a todos los empleados que vean un vídeo diario de noventa segundos, ¿importa realmente que algunos días no se le exija a todos?

Pam era estupenda en su trabajo y fantástica a la hora de encontrar formas de hacer que la empresa funcionara de forma más eficiente desde el punto de vista del capital humano.

Lo que no se le daba tan bien era aceptar comentarios.

—Escúchame, creo que podría importar —dije, sonriendo porque no quería que se pusiera a la defensiva—. Porque si forjamos una cultura empresarial en la que más de la mitad de nuestros empleados piensan que está bien ignorar los vídeos de seguridad porque son irrelevantes, entonces corremos el riesgo de reducir el valor de la seguridad general como empresa. Por otra parte, si exigimos que solo los trabajadores de almacén y transporte vean los vídeos, les parecerá injusto, como si se les estuviera señalando, y el compromiso con la seguridad disminuirá. Así que, aunque estoy de

acuerdo con la idea del «bien mayor», sigo sin estar seguro de que sea la medida correcta.

Brad, mi jefe, asintió con la cabeza.

Lo que hizo que Pam frunciera el ceño.

—De todas formas, si no estás de acuerdo, contraataca —añadí.

—¿Y si lo personalizamos? —oí desde el otro extremo de la mesa.

Me volví para mirar en la dirección que había estado evitando desde que Amy de Scooter's entró en la sala. Había hecho un trabajo espectacular fingiendo que no existía, pero como ahora me estaba hablando a mí, no podía seguir ignorándola.

La había visto un par de veces en las últimas semanas, pero ambos habíamos hecho todo lo posible por evitarnos.

El viernes pasado, cuando vi que entraba en el ascensor, me quedé esperando al siguiente. Cuando ayer acabamos los dos en la sala de descanso a la misma hora, dejé de lado mis ganas de tomarme un café y volví corriendo a mi despacho.

—Nuestro representante nos aseguró que pueden personalizar el contenido, así que quizá podamos crear vídeos distintos para el resto del personal —dijo—. Vídeos que hablen de sus funciones específicas.

—¿Qué tipo de vídeos? ¿Cómo evitar los cortes con el papel? —dijo Jeff, el director de Seguridad, después de mirarla.

Eso me recordó a Darryl de *The Office,* pero me aclaré la garganta.

—¿En qué piensas exactamente? —le pregunté.

—En cómo evitar lesiones por movimientos repetitivos —intervino Pam, asintiendo con entusiasmo—. La importancia de la ergonomía, la seguridad en los aparcamientos…

Me di cuenta de que Pam iba a perder a Brad si seguía por ese camino. El programa tenía un precio demasiado elevado como para

justificar unos consejos para evitar el túnel carpiano. Su principal beneficio era que daría prioridad a la cultura de la seguridad dentro de la organización, pero no se trataba de eso.

—Perdóneme por ser tan presuntuosa —dijo Amy de Scooter's, mirando fijamente a Brad. Sus ojos brillaban, como si supiera que iba a tener suerte, cuando añadió—: Pero también podemos personalizar los vídeos para que cubran algo más que la seguridad física. Podemos utilizarlos para la ciberseguridad, para formar a los empleados en la detección de los ataques de *phishing*, por ejemplo. O para la contratación: cómo recomendar a un amigo para una vacante de trabajo. Incluso es una forma estupenda de difundir actualizaciones e innovaciones sobre bienestar.

Brad ladeó la cabeza y en su cara apareció una expresión de interés. Las cejas bajas, los labios fruncidos, los dedos acariciando la barbilla.

Pero había algo que me sacaba de quicio.

Tal vez fuera la expresión astuta de Amy de Scooter's, que pareciera estar saboreando la victoria. Me desagradaba porque debía de estar mintiendo sobre las capacidades del sistema solo para obtener la aprobación que le permitiera cruzar la línea de meta.

—¿Se puede hacer eso? —preguntó Brad.

—Por supuesto —respondió ella, asintiendo y sonriendo—. Incluso podríamos difundir nuestra ética empresarial a través de la plataforma, si quisiéramos.

Brad llevaba un tiempo entusiasmado con la idea de lanzar un módulo de ética, donde el equipo de formación crearía entretenidos vídeos que recordarían a los empleados los valores fundamentales de la empresa.

—Difundir nuestra ética empresarial —dije, mirándola fijamente.

«Es hora de hacerte sufrir, Amy»—. Ahora estoy intrigado. Háblame de ética, Isabella.

Izzy

Abrí la boca, pero no supe qué decir.

—Mmm… —Me aclaré la garganta e hice todo lo posible por no mirarle, pero era difícil. Sentí todas las miradas sobre mí mientras me ardían las mejillas—. Quiero decir…

—Sé que eres nueva, así que deja que te dé un ejemplo del concepto y tú me dices si encaja en la plataforma —dijo, y realmente odié la arrogancia de su tono. Tenía una sonrisa en los labios—. Digamos que queremos crear un vídeo sobre la integridad en el puesto de trabajo. El equipo de formación podría idear algún tipo de anécdota que mostrara a un empleado decidiendo si llevarse o no algo que no es suyo, o tal vez tomando la decisión de decir o no una mentira.

—Bueno… —dije mirando a Pam, que no parecía ser consciente de lo que estaba pasando. Me sentí como si me estuvieran apuñalando en una sala de conferencias llena de gente que no tenía ni idea de nada, mientras Blake me miraba como si estuviera disfrutando.

«¿Por qué no lo deja pasar? ¿De verdad está equiparando que me quedara con un *latte* con el robo por parte de un empleado?».

—Obviamente, el objetivo del vídeo sería mostrar que la integridad significa hacer lo correcto, incluso cuando nadie nos está mirando —dijo, y su cincelada mandíbula volvió a tensarse y relajarse—. ¿Crees que un vídeo de noventa segundos podría lograrlo?

—Creo que sería perfecto —dije, intentando concentrarme en la pregunta y no en su tono acusador. Me ardía la cara y sentía el sudor

en la frente, pero logré añadir—: Una pieza breve podría ser mucho más impactante que una larga.

—Continúa —dijo Brad, y aprecié el hecho de que no pareciera querer aplastarme. Parecía realmente interesado, lo que me dio el impulso que necesitaba.

Me encontré con la crítica mirada de Blake y sentí cómo yo misma esbozaba una sonrisa burlona.

—Bueno, Brad, el vídeo que ha descrito Blake podría resultar mojigato o hasta exagerado en un formato más largo.

Esta vez me sentí muy satisfecha cuando vi que se le desencajaba la mandíbula, como si hubiera conseguido un objetivo que no sabía que me había propuesto. Ladeé la cabeza y le sostuve la mirada a Blake.

—Pero creo que si el formato es corto puede suavizar el sermoneo de lo que Blake ha descrito y producir algo que impacte en los trabajadores —dije.

—Desde luego —dijo Pam, sonriendo mientras asentía con la cabeza—. Tenemos un control total sobre el contenido, así que podemos hacer lo que queramos.

Le devolví la sonrisa, sintiéndome muy bien por mi contribución a lo que básicamente era un argumento de venta. Necesitábamos que Blake y Brad aprobaran el gasto, así que, aunque no éramos vendedoras, nos estábamos dejando la piel para vendérselo y poder utilizar el producto para reforzar la seguridad.

Cuando acabó la reunión, Pam se estaba riendo con Brad y teníamos luz verde para seguir adelante. Me sentía tan entusiasmada y preparada para este nuevo trabajo que me daban ganas de dar saltos por el pasillo.

—Isabella —oí detrás de mí, y apreté los dientes—. ¿Puedes

esperar un minuto?

Me di la vuelta lentamente. Blake era la única persona que seguía en la sala de reuniones.

Y no parecía contento.

Llevaba otro bonito traje, esta vez azul marino, y las gafas de hoy eran de carey, pero todo ese atractivo estilo no cambiaba el hecho de que me mirara como si yo acabara de grabar mi nombre en la carrocería de su coche con una piedra.

—Claro —espeté, mirando por encima del hombro mientras los demás asistentes a la reunión abandonaban la sala. Empecé a oír en mi cabeza la voz de Rose en *Titanic* cuando los botes salvavidas partían: «¡Volved! ¡Volved!». Me di la vuelta y le dije—: ¿Qué pasa?

No sé qué me esperaba, pero no que cruzara la habitación, acortando la distancia que nos separaba hasta colocarse justo delante de mí. Era alto, así que se alzaba sobre mí con su estilo de revista masculina mientras me miraba con el ceño fruncido.

Toda esa situación era ridícula.

Él era ridículo.

Miró hacia la puerta por encima de mi cabeza y luego bajó la voz.

—Sabes que esperar un comportamiento honrado no es ninguna mojigatería, ¿verdad? Me gustaría aclararlo porque me ha parecido muy preocupante que un nuevo empleado considere que la ética profesional es una exageración.

Estaba demasiado cerca y estaba interfiriendo con mi capacidad de pensar.

Odiaba su actitud y todo lo que me estaba diciendo, pero mis ojos estaban clavados en su boca, mi nariz en su sutil perfume y mis oídos se perdían en el grave timbre de su profunda voz.

Me miraba desde arriba y sentí que el aire que había entre nosotros

se volvía denso y volátil, como el espacio entre un imán y el acero cuando ambos se acercan entre sí.

Mientras me observaba, se le formó una arruga en el entrecejo, y su nuez de Adán se movió como una golondrina, justo por encima de la corbata.

«Caray, eso es un cuello musculoso».

—Mmm… —dije con repentino nerviosismo.

—¿Mmm? —Su voz era aún más baja ahora, y juro que vi sus ojos bajar hasta mi boca.

—Mmm —repetí, aclarándome la garganta, y de alguna manera ese sonido despejó la neblina.

Al instante estaba de vuelta, mirando fijamente la impresionante cara del idiota que me había tratado como a una criminal por haber cometido un pequeño delito con un *latte.* Levanté la barbilla.

—Siento haberle preocupado, señor Phillips. Debe saber que no he despreciado la ética profesional, sino un vídeo mojigato que podría considerarse una exageración.

No dijo nada, solo me miró con desprecio.

—Tengo que irme —dije, rodeándole para dirigirme hacia la salida —. Que tengas un buen día.

Me sentía muy satisfecha conmigo misma mientras salía de la sala de conferencias, sintiéndome como una persona malvada que dice la última palabra, pero entonces él lo echó todo a perder.

—Cuidado con la alfombra.

En ese instante tropecé con la alfombra arrugada que había en el pasillo, justo enfrente de la puerta.

¿Y sabes que a veces dices cosas con el piloto automático en una situación que atañe al cuerpo, como murmurar «maldita sea» cuando te golpeas el dedo del pie con la mesa de centro? Pues esa es

la única explicación de que le dijera entre dientes, al jefe de mi jefa: «Muchas gracias, imbécil».

Justo cuando me caía de bruces en el pasillo.

8

Izzy

—Eso no pudo pasar, joder.

—Lo juro por Dios —dije mientras salía de la cocina con dos botellas de Heineken en las manos, sacudiendo la cabeza porque aún no me lo podía creer.

—¿El muy idiota al menos te ayudó a levantarte? —preguntó Josh, tomando una cerveza mientras sonreía como si mi vergonzoso relato fuera lo más gracioso que hubiera oído nunca.

—No tuvo que hacerlo, porque mi grito sacó a todo el mundo de su despacho —dije, dejándome caer en el sofá, aún mortificada por lo torpe que había sido—. Toda la planta salió al pasillo y me ofreció su ayuda.

—Lo siento, pero es divertidísimo. —Se rio, sacudiendo la cabeza —. Te has convertido en una leyenda.

—Fantástico.

Cuando llegué a casa, mi primo aún estaba en mi apartamento. Estaba viendo un partido de fútbol que, al parecer, no estaba en ninguna de sus plataformas de *streaming* pero sí en la mía, así que al menos tenía a alguien con quien desahogarme después de esa tarde de pesadilla.

—¿Crees que te oyó? —preguntó Josh antes de dar un largo trago.

—Es imposible que no lo hiciera —dije—. Aunque el alboroto se produjo en cuanto las palabras salieron de mi boca, con todo el mundo reunido en el pasillo, así que no pudo relacionarlo conmigo.

Cuando por fin estuve de pie y sin colegas alrededor mirando boquiabiertos mis rodillas ensangrentadas, ya se había ido.

Me miró por debajo de sus pobladas cejas.

—Sabes que te van a despedir, ¿verdad?

Suspiré y me dejé caer a su lado en el sofá.

—Sí, lo sé.

Vi el resto del partido con él, bebiendo unas cuantas cervezas más, aunque en realidad no lo estaba viendo porque todo lo que había pasado seguía reproduciéndose en mi cabeza.

Porque no podía entender cómo había salido todo tan mal en Ellis.

Por un lado, había encontrado un trabajo que sabía que se me daría bien. Que ya se me daba bien. Aquella tarde me había lucido en la reunión y, después de la gran voltereta, Pam se había pasado por mi despacho para decirme lo mucho que apreciaba mi rapidez mental y mi ingenio.

Sin embargo, estaba a punto de ser despedida.

«¿Cómo es posible?».

De una forma increíble y totalmente ridícula, todo se remontaba a aquel *latte.* Si no le hubiera robado el pedido a Amy, nada de esto habría pasado.

Era absurdo, pero cierto.

Mi robo había llevado al horriblemente íntegro Sr. Phillips a tratarme como a una delincuente, lo que me había llevado a comportarme como una adolescente furiosa y a la defensiva.

«Maldito seas tú y tus deliciosos cafés, Scooter's».

Fue difícil de digerir, porque nunca había sido el tipo de persona que se llevaba el café de otro (¿qué clase de persona hacía eso, verdad?), y menos aún era el tipo de persona que insulta a su jefe, aunque se lo merezca.

Sin embargo, me las había arreglado para hacer ambas cosas.

Y mientras estaba allí sentada, después de que Josh se hubiera ido, algo achispada y meditabunda, me di cuenta de que no me había disculpado con Blake por haberle mentido. Quiero decir, no le había mentido, pero como tampoco había desmentido su idea sobre mi nombre, era lógico que pensara que era falso.

Agarré el móvil de la mesita y entré en mis mensajes. Sabía que no era una buena idea, pero no tenía nada que perder.

Encontré el mensaje que Blake me había enviado después de lo que pasó en el ascensor hacía un par de semanas, antes de que todo se torciera, y escribí:

Amy: Hola. Borraré tu número después de esto, así que no te asustes porque una empleada te está enviando un mensaje. Pero tengo una pregunta.

Esperé una respuesta, pero después de un par de minutos, le envié otro mensaje: Vale, obviamente me estás ignorando, y lo entiendo. Porque eres un director. Aun así… ¿puedo hablar contigo un minuto?

Esperé un poco más.

Conté hasta diez y luego escribí:

Amy: Vale, voy a hablar, aunque hayas decidido ignorarme.

Siento

El

Malentendido

Del

Latte

Soy

Una

Persona

Muy

Honesta

Que

Simplemente

Perdió

La

Cabeza

Durante

Un

Segundo

Cuando

Entró

En

Pánico

Por

La

Posibilidad

De

Llegar

Tarde

En

Su

Primer

Día

Nunca he robado nada ni he mentido sobre mi identidad.

*Bueno, la verdad es que tuve un carnet falso en mi primer año de universidad que decía que era Connie Brockman, pero parecía tan falso que solo lo usé una vez porque, cuando el portero lo miró durante más de cinco segundos, confesé y me fui a casa.

Justo cuando pulsaba enviar, mi teléfono empezó a sonar de nuevo, lo que provocó que lanzara un grito. Miré la pantalla y era Blake.

«¡Aaaaaaaaah!».

Me acerqué el teléfono a la oreja.

—¿Diga? —dije lo más tranquilamente posible.

—Caray, no sabía que se pudiera ser tan irritante con mensajes de texto.

El hombre tenía la voz más ronca y sexi del mundo. Recordé cuando me había mirado en la sala de conferencias y había hablado

con aquella voz tranquila y retumbante. ¡Qué pena!

—¿Qué puedo decir? Soy una superdotada —dije.

—Por mucho que me guste oír el pitido de mi teléfono cada cinco segundos, debo informarte de que no voy a responder a tus mensajes.

Puse los ojos en blanco y agarré los Cheetos que Josh me había dejado en la mesita.

—¿Porque tienes los pulgares gordos y no puedes seguirme el ritmo?

—Porque sería muy poco profesional por mi parte que estuviera enviando mensajes a una empleada.

—¿Y si estuviera enviándote un mensaje diciendo que estoy enferma y no puedo ir a trabajar? —pregunté.

—Lo mejor sería que llamaras a la oficina —respondió.

—¿Y si te enviara un mensaje para decirte que los teléfonos de la oficina no funcionan?

Le oí aclararse la garganta y me pregunté qué llevaría puesto.

—Señorita Shay, ¿puedo ayudarla en algo? —dijo con un tono educado y profesional.

—¿Señorita Shay? ¡Uf! —Me volví a sentar en el sofá, contenta de estar un poco achispada, y dije justo lo que estaba pensando—: Escucha, solo quiero decirte que si vas a despedirme por la mentira y porque me porté como una idiota contigo, ¿podrías hacerlo ya, por favor? Las últimas dos semanas han sido bastante difíciles para mí, esperando que lo hicieras, y no puedo seguir con la angustia.

—No tengo intención de despedirte. —Parecía que pensaba que yo era una idiota, porque continuó—: Pam es tu jefa directa, así que ella es la que toma esas decisiones. Y la mentira ocurrió fuera del trabajo, así que tampoco va en contra de ninguna política de Ellis.

—Pero tú eres su jefe.

—Sí —dijo.

—Y yo te llamé «imbécil».

—Espera, ¿cuándo me llamaste «imbécil»?

«Mierda».

—Cuando me estaba cayendo de bruces esta tarde… —dije con un tono lento y de disculpa, maldiciendo mi bocaza.

Hizo una exclamación de sorpresa, como si no hubiera esperado que le hiciera gracia.

—Me lo he perdido —dijo.

—Soy muy rápida con las palabrotas. De hecho, es mi don.

—Eso parece.

—Vale. Entonces, para resumir —dije, incapaz de hacerme a la idea —, me estás diciendo que no vas a hacer nada con mi falta de profesionalidad.

—Correcto.

—Todavía tengo mi trabajo.

—Sí.

—¡Guau! —No me lo podía creer. ¿Este hombre era de verdad? Sabía que lo mejor sería cambiar rápidamente de tema, pero aun así le dije—: Siento que debo darte las gracias.

—Entonces…

—Gracias, supongo.

—Vaya, qué sincero.

Hice caso omiso, porque el sonido de su voz me hizo echar de menos al tipo que había conocido el primer día. Raro, ¿verdad?

—Ahora, ¿puedo hablarte como la Izzy de la cafetería un segundo, no como la Izzy del trabajo? —dije a pesar de todo.

—La chica que conocí en la cafetería no se llamaba «Izzy» —dijo

con tono seco—. Así que no sé cómo iría ese juego.

Me lo pensé un segundo, se me ocurrió una idea y pulsé el botón de fin de llamada.

Blake

«¿Acaba de colgarme?».

Antes de que pudiera entenderlo, el teléfono empezó a sonar.

—¿Hola? —respondí.

—Hola. ¿Estoy hablando con el señor Pectoral? —preguntó, y me molestó que me gustara el sonido de su voz porque ella no era de fiar.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Hola. Mmm… Soy Amy. Nos conocimos en la cafetería y luego en el ascensor hace un par de semanas…

—Sí.

Agarré el botellín de cerveza que tenía junto al portátil y di un largo trago, molesto por la ridícula situación en la que me encontraba. No solo Amy era una mentirosa que en realidad no era Amy, sino que estaba por debajo de mí en el organigrama de Ellis.

Era el tipo de situación en la que todo el mundo sale perdiendo.

Incluso si me pareciera bien mentir de vez en cuando (lo que no era el caso para nada), la chica de Scooter's era ahora mi empleada. Ni más ni menos.

—Yo no sé nada de tu carrera y tú no sabes nada de la mía. Esto es solo una llamada entre dos personas que se conocieron en una cafetería y en un ascensor. Nada de lo que digamos está relacionado con dos personas que puedan trabajar en la misma empresa. ¿Queda claro? —dijo.

—¿De qué va esto, Amy? —dije con un suspiro.

—Vale, estoy segura de que piensas que soy una persona horrible por la mentira del café, pero la verdad es que suelo ser honesta hasta la exageración. Así que, para demostrártelo, voy a contarte cinco cosas vergonzosamente honestas sobre mí.

—De acuerdo —dije, sabiendo que debía detenerla, pero esas cinco cosas me picaban demasiado la curiosidad. Goodyear se acercó al escritorio, se restregó contra él y empezó a maullar y a caminar en círculos hasta que lo levanté y lo puse en mi regazo.

—En primer lugar, deberías saber que, aunque soy una adulta, sigo durmiendo con la almohada de cuando era un bebé. No es nada friki (no me gusta ponerme pijamas de bebé y fingir que soy uno), pero mi madre nunca consiguió quitarme la almohada de mis pegajosas manos, así que sigo necesitando ese pequeño rectángulo para poder dormir en condiciones.

Estaba sonriendo, maldita sea.

—Mmm… Anotado.

—Segundo: aunque vivo sola, me traen una pizza familiar al apartamento al menos una vez por semana.

—Dime qué ves en la tele mientras te la comes —dije, preguntándome en qué tipo de apartamento viviría.

—Soy un animal de costumbres, así que una de dos: o pongo *Las chicas Gilmore* y vuelvo a ver episodios que ya he visto, o veo *La casa de la pradera.*

—Me estás tomando el pelo. —A mi abuela le encantaba esa serie, y por desgracia, yo había visto casi todos los episodios.

—Para nada —dijo—. A mi abuela le encanta esa serie, así que la veía cada vez que iba a su casa. Juro por Dios que Charles Ingalls ha echado a perder mi relación con todos los hombres por ser tan perfecto.

—Ha puesto el listón muy alto, ¿no?

—El monte Kilimanjaro de los listones para hombres —dijo.

Oí crujir algo y, no sé cómo, pero lo supe.

—¿Qué es eso? ¿Patatas fritas?

—Charles Ingalls nunca me pondría en un aprieto así, que conste —dijo riendo—. Pero casi lo adivinas. Cheetos.

—¡Qué suerte! —No recordaba la última vez que había comido Cheetos—. Yo he cenado una barrita de cereales.

—Eso es porque eres el señor Pectoral —dijo, recordándome que me había llamado así por mensaje de texto—. Tus pectorales no serían tan espectaculares si los llenaras de grasas saturadas y patatas fritas.

—¿Acabas de elogiar mis pectorales?

—Cálmate, señor Pectoral, es solo una observación. No es diferente a «ahí hay un libro, eso es un coche, esos son unos pectorales espectaculares».

No entendía cómo podía hacerme reír cuando, solo unas horas antes, había querido zarandearla.

—Me lo tomo como un cumplido, digas lo que digas —le dije mientras le rascaba la cabeza a Goodyear.

—Como quieras. Ahora una pregunta: ¿puedes hacer flexiones con una sola mano?

—Probablemente…

—Fascinante. Archivaré ese pequeño bocado de información para saborearlo más tarde. —Hizo un ruido con la garganta y añadió—: Vale, tercer dato sobre mí. Además, espero que estés preparando los tuyos.

—¿Mis qué?

—Tus cinco datos, idiota. Esto es importante.

—Yo no he dicho que…

—Número tres —dijo, utilizando el mismo tono que emplearía una profesora si un alumno la interrumpiera—. Estoy un poco obsesionada con los fanfics de deportes.

—Yo te seré sincero: no sé qué significan esas palabras —dije.

—¿No sabes lo que son los fanfics? —preguntó.

—Quiero decir, más o menos —dije—. Es gente inventando nuevas historias sobre obras existentes, ¿verdad?

—Sí. —Parecía bastante impresionada—. Y estas son historias ficticias sobre deportistas y equipos reales.

—¿Como los jugadores reales de la NFL?

—Sí.

—Ah, vale —dije, aunque en realidad no lo entendía.

—Es evidente que no lo entiendes, pero no pasa nada. Yo diré «Ah, vale» sobre tu número tres cuando te llegue el turno.

—No voy a…

—Número cuatro —espetó con diversión—. Me crie aquí, tengo un hermano (Alex) en Phoenix, y tuve mi minuto de gloria en octavo curso cuando un vídeo mío cayéndome por las escaleras del colegio se hizo viral.

—Si no me pasas un enlace, no me lo creo —dije, girando la cabeza para que Goodyear no me metiera la cola en la boca mientras caminaba en círculos sobre mi pecho para ponerse cómodo.

—Enviando ahora mismo —dijo entre risas. Mi teléfono vibró con una notificación—. Pero si te burlas de mi pelo, juro por Dios que te apuñalo con un picahielos.

—¿Tienes un picahielos? —pregunté.

—Claro que no. ¿Quién lo necesita? ¿Alguien ha necesitado jamás un picahielos, aparte de… los cosechadores de hielo?

—No creo que los cosechadores de hielo existan —dije.

—No estoy de acuerdo. ¿Estás listo para el número cinco?

—No lo sé.

—No puedes estarlo.

—Entonces no lo estoy.

—Muy bien. —Dejó escapar un sonoro suspiro y añadió—: Número cinco. El año pasado destrocé mi coche en la autopista por culpa de un estornudo.

No pude evitar sonreír. Otra vez, incluso con Goodyear clavándome las garras en el muslo.

—Voy a necesitar más información. Además, supongo que no te pasó nada…

—No, no me pasó nada. Pisé el freno cuando estornudé —explicó —, lo que provocó que un Honda CRV se me estampara por detrás, lo que hizo que yo colisionara con el lateral de un Ford Expedition.

—¿Es raro que me impresione que recuerdes las marcas y modelos de los vehículos implicados? —pregunté, riendo contra mi voluntad.

—En absoluto. Soy realmente impresionante.

—No es lo que he dicho —repliqué.

—Sé que querías decirlo —respondió ella—. Vale, ahora tú.

—No, gracias.

—Entonces te haré cinco preguntas.

—¿Tengo otra opción? —pregunté, sabiendo que tenía que finalizar la conversación y colgar el teléfono. Pero, maldita sea, había algo en ella que me incitaba a quedarme.

—Bien, número uno. ¿Dónde te criaste y a qué universidad fuiste?

—Me crie en Omaha —dije—. Y fui a la Universidad en Minnesota.

—¿Estuviste en una fraternidad? —preguntó.

—Jugaba al baloncesto.

—¡No me digas! ¡Yo también!

—¿En serio? —No me había parecido que fuera especialmente atlética, pero quizá era porque me había obsesionado con sus largas piernas sobre aquellos tacones y había estado un poco ciego al resto —. ¿Dónde?

—En el instituto La Vista.

Estaba sonriendo de nuevo, maldita sea.

—Cuéntamelo todo.

Me contó que en noveno curso había jugado al baloncesto porque su amiga Lindy quiso y que anotó la friolera de dos puntos en toda la temporada. Estuvo parloteando sobre las vueltas que había dado por fallar tiros libres y acabó la historia con «Sí, los entrenadores me odiaban, pero yo también podría haberles enseñado un par de cosas».

—Creo que simplemente te odiaban.

—Estoy de acuerdo, Pectoral. —Me pareció oír de fondo la canción de *La casa de la pradera*—. Vale, número dos. ¿Te enfadaste cuando te tiré el café encima? Solo respuestas sinceras.

«Respuesta sincera».

—La respuesta sincera (y solo voy a admitirlo porque no volveremos a hablar de esto y la conversación no tiene nada que ver con dos personas que trabajan en la misma empresa) es que fue una sorpresa jodidamente agradable que me tiraras el café encima —dije tras tomar mi cerveza.

—¿Ah, sí? —preguntó con voz tranquila.

—Claro. No suele pasar que una chica guapa, encantadora y simpática aparezca de la nada y empiece a sobarte el pecho en medio de una cafetería.

Su entrecortada risa hizo que deseara verle la cara.

—Yo sentí lo mismo, la verdad.

—Soy una chica encantadora, gracias por darte cuenta —dije—. Y no te sobé el pecho, que conste.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí —coincidí con ella.

—Bien. Mmm… Número tres —dijo—. ¿Cuál es tu…?

—Número tres: cuando entraste en el ascensor en Incite, me imaginé pulsando el botón de parada para ver qué ocurría. Así que cuando lo hiciste tú…, demonios, pareció cosa del destino.

Ella no se rio, no dijo nada, y yo eché la cabeza hacia atrás para mirar el techo y arrepentirme de haber dicho esas malditas palabras en voz alta.

—¿Estás ahí? —dije un instante después.

La oí aclararse la garganta.

—Entonces, ¿hay alguna manera de volver atrás…?

—No. —Miré las luces de la ciudad a través de la ventana que había sobre mi escritorio, y sentí la pesada carga de la decepción sobre mis hombros al añadir—: Hay reglas y yo tengo moral. Con independencia de lo de Amy, Isabella Shay está en mi equipo y, por lo tanto, está prohibida.

—Pero yo…

—De hecho, debería irme ya. —Alcé a Goodyear, me levanté y me dirigí a la cocina. Necesitaba dar de comer a los gatos y seguir con mi vida sin la chica de Scooter's—. Sabes que ya no podemos llamarnos ni enviarnos mensajes, ¿verdad?

—Mmm… —dijo, y algo en su tono hizo que me detuviera. Parecía como si estuviera a punto de contarme un secreto. Agarré el teléfono y me quedé quieto—. Isabella Shay es tu empleada, así que no deberías comunicarte con ella fuera del horario laboral. Pero si, de

vez en cuando, recibieras un mensaje de Amy, una chica que conociste en Scooter's, ¿sería tan malo?

«Mierda, mierda, mierda», pensé, porque sabía la respuesta correcta. No había zonas grises en lo que respectaba a la ética en el trabajo; lo creía de todo corazón. Así que no sabía qué coño me estaba pasando para decir: «Supongo que no».

—Vale, ahora tengo que irme. Adiós.

Antes de que pudiera decir palabra, finalizó la llamada.

Lo que no me sorprendió esta vez, porque Isabella Shay era un gran signo de interrogación.

Fui a la cocina y saqué una lata de atún del armario, sujetando a Goodyear contra mi pecho mientras me preguntaba quién era realmente esa chica.

Y, justo cuando estaba colocando el bol en el suelo y bajando a Goodyear, mi teléfono vibró.

Amy: Hola, soy Amy de Scooter's.

9

Izzy

«Ahí está él».

Me detuve en la puerta de la sala de descanso, sintiéndome nerviosa en cuanto le vi apretar el botón de la cafetera. No había visto a Blake en la oficina desde la semana anterior, cuando me había caído en el pasillo, y no estaba segura de cómo iba a comportarse cuando me viera.

Porque nos habíamos estado enviando mensajes todos los días.

Nada importante, solo algunas conversaciones triviales.

Pero nunca entre Blake e Izzy.

No, esas conversaciones las tenían el señor Pectoral y Amy de Scooter's; dos personas sin ataduras que ahora eran amigos por mensaje de texto.

—¿Entras o te quedas fuera? —dijo Ben de Informática mientras se detenía a mi lado—. No te interpongas entre mi cafeína y yo, Recursos Humanos. No va a acabar bien.

Sonreí y entré en la sala de descanso, obligándome a mirar solo a Ben y no al ejecutivo, que llevaba un precioso traje azul con una impresionante corbata a rayas.

—Ni se me ocurriría.

—Creía que no te gustaba el café —dijo mientras se dirigía hacia donde estaban alineadas las máquinas de café—. Pareces más una persona de té.

—Me ofende que pienses eso. —Yo estaba hablando con Ben, y

mirando a Ben, pero era muy consciente de que Blake nos había visto. No sé cómo lo supe, simplemente lo sentí—. Para ser sincera, me encanta el Red Bull.

Me acerqué a la máquina expendedora que tenía Red Bull y coloqué mi tarjeta de débito frente al lector, de espaldas a las máquinas de café.

—¿Qué tal, Blake? —oí decir a Ben.

—Aquí estoy, tomando mi dosis —dijo la profunda voz de Blake y me mordí el labio inferior, negándome a darme la vuelta.

—Igualmente —respondió Ben—. Me sorprende haber aguantado tanto.

—Con café se hace más fácil, ¿verdad? —escuché decir a Blake, y pude oír que caminaba hacia la puerta. Seguí sin darme la vuelta y solté el aliento cuando sus pasos salieron de la sala de descanso y se dirigieron al pasillo.

«¡Gracias a Dios!».

Porque no quería ver al director Blake Phillips y, desde luego, no quería hablar con él. Sabía que era ilusorio pensar que podría seguir así sin sentirme culpable, pero no estaba preparada para ser realista.

Solo quería apoyarme en esa solución temporal, lo que significaba que cuanto más lejos me mantuviera del director, mejor nos irían las cosas a mí y a mi amigo de los mensajes de texto, el señor Pectoral.

Sabía que tendríamos que relacionarnos de vez en cuando, pero no quería hacerlo por el momento.

Blake

Menudo imbécil.

Me senté tras el escritorio, muy molesto por cómo Ben había estado mirando a Izzy. Ella había estado concentrada en comprarse

la bebida energética, como debía ser, mientras aquel imbécil le miraba el culo como si no hubiera un mañana.

«¡Qué idiota!».

Quiero decir, ¿era muy atractiva y era difícil apartar los ojos de ella? Sí. ¿El sonido de su voz te incitaba a acercarte y escuchar todo lo que tenía que decir? Claro que sí.

Pero no era un trozo de carne, ¡por el amor de Dios!

Y estaba seguro de que él estaba casado.

«No es mi problema», me dije, abriendo la hoja de cálculo a la que debía prestar toda mi atención. El trabajo me absorbió por completo, y conseguí no pensar en ella durante el resto del día. Pero en cuanto llegué a casa, me encontré buscando mensajes de Amy de Scooter's.

Y, cuando no recibí ninguno al cabo de treinta minutos, le envié uno.

Blake: Acabo de limpiar vómito del gato, por si te preguntas cómo me está yendo la noche.

Me sentí inquieto después de enviar el mensaje y me senté en el sofá. No sabía si tenía que ver con el hecho de haber visto a Izzy en el trabajo, de no saber nada de ella desde que había llegado a casa o de que acababa de limpiar cuatro manchas de asqueroso vómito de gato, pero sentía que necesitaba hacer algo.

Mi teléfono vibró.

Amy: Consuélate con que estoy celosísima de que estés en tu cálida morada limpiando vómito. Suena de maravilla.

Escribí un mensaje: ¿Dónde estás?

Amy: Digamos que estoy dando un paseo.

Miré hacia las ventanas que había al otro lado de mi sala de estar. ¿Bajo la lluvia? ¿A oscuras?

Amy: No es lo que habría elegido, pero pronto estaré en casa y me negaré a salir jamás del chorro de agua caliente de la ducha.

Retumbaron unos truenos y vi relámpagos en el cielo. ¿Pero qué demonios…? No podía hablar en serio, ¿verdad? Le envié un mensaje: ¿Hablas en serio?

Amy: Mi coche ha muerto, pero estoy a punto de llegar a casa.

¡Mierda! No solo llovía a cántaros, sino que había toda una tormenta eléctrica.

Le envié un mensaje: ¿Por qué no llamaste a alguien? ¿O a un Uber?

Intenté hacerme a la idea de que ella estuviera caminando bajo una fuerte tormenta en ese mismo momento.

Amy: Llamé a un Uber, pero el primero lo canceló y al segundo le iba a llevar demasiado tiempo. Pensé que llegaría antes caminando.

Me quedé mirando el teléfono que tenía en la mano, incapaz de entender qué había estado pensando ella. Le envié un mensaje: ¿Cómo estás de cerca?

Amy: Llegaré a casa en veinte minutos.

«¿Veinte minutos?». Agarré las llaves de la mesita y me levanté.

Le envié un mensaje: Dame tu ubicación.

Amy: Estoy bien.

Fui al pasillo y saqué unas toallas del armario de la ropa blanca y una sudadera de la secadora. Voy para allá, así que no es problema. Solo dame tu ubicación.

Amy: El director Blake no puede venir a buscarme. Casi he llegado, así que no te preocupes. Gracias igualmente.

No sé por qué, pero mi estrés se disparó al imaginármela sola bajo la tormenta. Le envié un mensaje: El señor Pectoral va a ir a buscarte, no Blake. Dime dónde estás.

Después de los treinta segundos más largos de mi vida, me contestó.

Amy: ¿Conoces ese Burger King que está justo en la salida de la autopista de Dodge?

Blake: ¿Estás en el Burger King?

Amy: Debería estar allí en diez minutos.

Blake: ¿Dónde estás ahora mismo?

Amy: Caminando por el arcén de la autopista, entre las salidas de Dinker y Dodge.

No estaba seguro de dónde vivía ella, pero ese Burger King no estaba muy lejos de mi casa.

En cuanto salí del aparcamiento, me fue imposible ver a través de la intensa lluvia, incluso con los limpiaparabrisas a máxima velocidad. No me podía creer que ella estuviera caminando en esas condiciones. ¿Por qué no había llamado a alguien? Entrecerré los

ojos cuando empecé a acercarme a donde me dijo que estaba, reduciendo la velocidad e intentando verla a través de la lluvia y la oscuridad.

Y entonces la vi.

Era exactamente como ella me había dicho.

Caminaba por el arcén de la autopista como una oscura y encogida figura apenas visible. Puse el intermitente y reduje la velocidad, bajando la ventanilla para que viera que era yo y no un tipo raro mientras me detenía a su lado.

—¡Soy yo, entra! —grité.

No pude verle la cara por la lluvia, pero ella debió de reconocerme rápidamente, porque corrió hacia el coche. Abrió la puerta del pasajero, dispuesta a entrar, pero se detuvo en seco.

—Estoy empapada. No quiero estropearte los asientos de cuero —dijo mirando el asiento.

—Sube —espeté, a punto de agarrarla del brazo y meterla dentro —. No les pasará nada.

Entró y cerró de un portazo. Cuando se sentó, vi lo empapada que estaba. Le goteaba el pelo, tenía la ropa completamente mojada y se limpiaba con las manos mojadas una cara que también lo estaba. Temblaba con todo su cuerpo y metí la mano entre los asientos para agarrar una toalla.

—¡Dios mío, te quiero tanto! —jadeó, aferrándose a la toalla y frotándose la cabeza con ella. Luego se cubrió con ella como si fuera una manta—. Gracias.

—De nada —dije, deseando que dejara de temblar tanto—. También te he traído una sudadera seca.

—Estoy bien —dijo castañeando los dientes—. Mi apartamento está en la calle 50 con Sullivan.

Puse el coche en marcha y salí a la carretera, distraído por sus temblores.

—Estás calada hasta los huesos. Deberías quitarte esa camiseta mojada y ponerte la sudadera —dije.

Esperaba un comentario ingenioso, pero era evidente que estaba sufriendo una hipotermia.

—Mantén los ojos en la carretera o te parto la cara, señor Pectoral —fue lo único que dijo.

—De acuerdo —dije, incorporándome al otro carril. Subí la calefacción, intentando ignorar que se estaba quitando la camiseta. Tenía tanto frío que no le importaba la privacidad, porque ni siquiera intentaba agacharse u ocultarse de los demás vehículos. Aunque tampoco es que nadie pudiera ver nada, entre la oscuridad y el aguacero.

—Gira en el semáforo —dijo, metiéndose la sudadera por la cabeza —. Y luego toma la primera a la derecha, hacia la avenida Price.

—Entendido —dije, pulsando el intermitente mientras reducía la velocidad para girar.

—Mi edificio es el de ladrillo rojo, en la esquina; está a una manzana.

Se sacó el pelo de la capucha y se inclinó hacia delante para acercar las manos a la rejilla de ventilación del salpicadero.

—No quería que vinieras, pero ahora estoy muy feliz de que lo hayas hecho.

—¿Por qué no llamaste a alguien? —pregunté—. No me puedo creer que no te quedaras dentro del coche a esperar ayuda.

—Lo intenté con mi primo y no contestó —dijo, poniendo la cara a escasos centímetros de la rejilla de ventilación—. Y tampoco estaba tan lejos de casa.

—¿Que no estabas tan lejos? —Me parecía inconcebible que hubiera estado caminando por la autopista, donde podrían haberla atropellado—. Habrías tardado cuarenta y cinco minutos más en llegar a casa, si no te hubieran atropellado o te hubiera alcanzado un rayo antes.

—Oye, no puedes regañarme a menos que sepas mi segundo nombre. —Había un tono de burla en su voz—. Y ya que no lo sabes, señor Pectoral de Scooter's, deberías…

—Clarence.

La oí jadear, y cuando la miré estaba sonriendo con la boca abierta.

—Había olvidado que lo sabías.

—¿Es aquí? —pregunté, deteniéndome frente a un edificio de apartamentos. Parecía viejo pero bien cuidado, rodeado de muchos árboles altos, y, por alguna razón, me la imaginaba viviendo allí.

—Sí. —Se acercó a la puerta del coche con manos temblorosas. —Muchas gracias por venir a buscarme.

—De nada.

—¿Quieres entrar a comer un trozo de la pizza caliente que voy a pedir en cuanto se me descongelen los dedos?

No. NO. Claro que no. La única respuesta era no. Puse el coche en primera y tiré del freno de mano.

—Yo pido la pizza mientras tú te metes bajo el chorro de agua caliente. ¿Trato hecho?

—¡Y tanto! —respondió, complacida con mi estúpida respuesta.

«¿Qué estoy haciendo?».

Corrimos hacia la puerta, lo que no era muy necesario cuando ella ya estaba empapada, pero no pareció importarnos. Cuando llegamos a la puerta del edificio, le quité las llaves de sus temblorosos dedos y la abrí.

—Vale —dijo, con la luz de la entrada deslumbrándonos después de tanta oscuridad. Me miró, con la húmeda cara manchada de rímel, y añadió—: No me juzgues por mis muebles.

—Nunca lo haría.

—Eso es lo que dices ahora —dijo, abriendo la puerta de su apartamento, que no estaba cerrada con llave—, pero espera a verlo.

Cuando abrió la puerta, fue como entrar en el apartamento de la abuela de alguien. Tenía un sofá rosa, dos sillones de terciopelo rosa y dorado a juego, y un enorme cuadro de un jardín colgado en la pared que había detrás del sofá. Las dos mesitas auxiliares estaban cubiertas por tapetes de ganchillo, y me sorprendió ver un televisor normal al otro lado de la habitación, en lugar de un enorme aparato con muchos años.

—Te va lo retro —dije, mirando la interesante decoración de principios de siglo.

—Estás de broma, ¿verdad? —Dejó la toalla sobre una de las sillas y encendió una lámpara de pie—. Cuando me mudé, mi abuela me sorprendió amueblando todo el apartamento para mí; fue su regalo.

—¡Oh, Dios!

—¿Verdad? —Se cruzó de brazos, parecía diminuta con mi sudadera XL de los Bears, y añadió—: Te contaré toda la historia después de ducharme. El mando a distancia está en la mesita, la cerveza en la nevera y mi tarjeta de crédito en el bolso por si quieres pedir la pizza.

—Yo me encargo. —¿Solía dejar la puerta de su casa cerrada sin llave y que los extraños rebuscaran en su bolso?—. Ve a ducharte.

—Que Dios te bendiga —dijo, y luego desapareció por el pasillo y entró en la parte trasera del apartamento.

—¡¿Qué ingredientes?! —grité.

—Cualquier cosa menos piña.

—¿Combo?

—Sí, por favor, pero sin champiñones.

«¿Qué estoy haciendo?».

Pedí la pizza mientras ponía un partido de fútbol, y oí cómo empezaba a correr el agua de la ducha cuando entraba en su cocina y sacaba una cerveza de la nevera.

«¿Cómo puede vivir alguien solo con condimentos, batido de chocolate, refrescos *light* y cerveza en la nevera?».

Estaba a punto de volver a sentarme en el sofá cuando un tipo entró por la puerta del apartamento. Un tipo con barba, un pantalón de chándal Adidas, sin camiseta y descalzo.

Se detuvo en seco, sorprendido al verme.

«Lo mismo digo, colega».

Entonces sus ojos bajaron hasta mi cerveza.

—¿Te estás bebiendo mi cerveza? —preguntó.

Abrí la boca para responder, pero el tipo se rio.

—Solo estaba bromeando. ¿Dónde está Iz? —dijo.

—En la ducha —dije despacio, sin tener ni idea de cómo responder, porque no sabía qué tipo de relación tenía con ella ni a qué había venido.

—Vale. Necesito pillar algunas cosas. No se lo digas.

Vi cómo el tipo iba a la cocina, se llevaba tres cervezas y una bolsa sin abrir de Doritos, y luego se daba la vuelta y se dirigía a la puerta.

—¿Está de acuerdo con esto? —pregunté, sintiendo que debía intervenir o algo así.

—Sí, me lo debe —dijo el tipo, sonriendo como si no fuera para tanto—. Dile que el Oscuro ha vomitado hoy en mi cama, así que me lo estoy cobrando.

—¿Y tú eres… ?

—¡Dios mío, claramente un imbécil! —dijo, y cambió los objetos robados a su mano izquierda. Estiró la derecha y dijo—: Soy Josh, su primo. Vivo arriba.

—Blake —dije, odiando el alivio que sentí por que el tipo fuera de la familia de Izzy y no algo más complicado—. Se le averió el coche en la autopista…

—Eso explica las llamadas perdidas. —Josh sacudió la cabeza—. Cuando su motor de arranque se incendió ya le dije que tenía que cambiarse de coche antes de quedarse tirada. Pero ya sabes cómo es.

La verdad es que no tenía ni idea.

—Puede que ahora me escuche —dijo.

—Tal vez —me limité a decir, dándole la razón, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

—Bueno, ha sido un placer conocerte —dijo Josh, y luego añadió —: Oye, ¿vendrás a agarrar al gato?

«¿Estoy en un episodio de *La dimensión desconocida?*». Me levanté y seguí al tipo escaleras arriba por pura curiosidad. Y aunque me había pedido que «agarrara al gato», casi me puse a reír cuando el tipo me tiró un gato idiota (el muy idiota me subió por todo el pecho con sus garras) porque toda la situación era tan… extraña.

Para cuando ella (todavía no sabía si pensar en ella como Izzy o Amy, así que en ese momento era simplemente «ella») volvió a la sala de estar, el gato estaba ronroneando en mi regazo.

Se detuvo, mirándome con el ceño fruncido.

—El Oscuro está sentado en tu regazo.

—¿Por qué eso me trae la desafortunada imagen de Ben Barnes recostado sobre mis muslos?

Ella sonrió.

—Es que suele odiar a todo el mundo, incluso a mí.

No sabía cómo se las arreglaba para estar sexi con el pelo mojado, una sudadera y unos calcetines peludos, pero lo conseguía. Tal vez porque parecía tan… natural, recién duchada y lista para pasar la noche en casa.

«¿Qué demonios me pasa, que estoy pensando idioteces como esta?».

—Josh dijo que le debes una porque este tipo vomitó en su sofá.

—Ese imbécil aprovechado. —Sacudió la cabeza y añadió—: Si Josh no le diera de comer sushi todo el tiempo, no vomitaría. ¿Me ha quitado cerveza?

—Solo un par. ¿Te cuida el gato o algo así? —pregunté.

Sonó el timbre de la puerta y ella levantó un dedo.

—Te contaré toda la historia de este edificio después de recoger eso.

—La propina ya ha sido cargada a mi tarjeta, así que no hay que dar nada más.

—Vale, gracias. —Abrió la puerta del apartamento y salió a la entrada para reunirse con el repartidor de pizza—. Hola, Austin —dijo, y no me sorprendió en absoluto que el repartidor entablara conversación con ella como si fueran amigos de toda la vida.

No tenía ni idea de por qué su poco ortodoxo estilo de vida me encantaba. ¿No deberían haberme molestado o, al menos, desanimado un poco los primos a medio vestir y los apartamentos de anticuario? ¿Por qué esas cosas aumentaban mi curiosidad sobre ella?

No importaba.

Necesitaba dejar esa mierda y salir de allí. La había llevado para ser amable, pero nada bueno podía salir de pasar el rato en el

apartamento de Isabella Shay. Iba a meterme en el coche y olvidarme de que sabía dónde vivía.

Tan pronto como nos acabáramos la pizza.

10

Izzy

Llevé la pizza a la sala de estar con el estómago vacío de comida pero lleno de mariposas. Porque, maldita sea, el señor Pectoral estaba sentado en mi sofá con el Oscuro en su regazo.

Parecía la página central de un calendario de tíos buenos a los que les gustan los gatos.

Llevaba vaqueros y un jersey negro que se ceñía a esos impresionantes pectorales, y tuve que aclararme la garganta y concentrarme en cerrar la puerta porque de repente me ardían las mejillas.

«Tranquila, perdedora».

Pero ser guay resultaba difícil cuando el universo estaba jugando conmigo. Este hombre, increíblemente encantador y atractivo, se había cruzado en mi camino. Ya era difícil cuando nos encontrábamos al azar en lugares públicos, pero cuando apareció en el arcén de la autopista no pude dar crédito a lo que veían mis ojos.

Porque al principio, cuando se me estropeó el coche, estuve tranquila. Intenté llamar a mis primos y, cuando ninguno contestó, decidí esperar. Lo más probable es que pasara por allí algún policía, viera mis luces intermitentes y me ayudara.

Pero entonces mis intermitentes dejaron de funcionar y la batería de mi teléfono bajó al 2%. Eso lo cambió todo. De repente, me imaginé todo lo que podía pasar: un coche chocando contra el mío, un asesino en serie que se me echaba encima, un rayo cayéndome,

agua que subía en la cuneta junto al arcén hasta sumergir el coche. Empecé a entrar en pánico y al final decidí salir y ponerme a caminar.

Y después de cinco minutos dando tumbos bajo el aguacero, supe que había cometido un error. Había estado llorando muerta de miedo hasta que Blake me rescató de los truenos y los relámpagos. Así que si creyera en esas tonterías del destino (y no las creo), ahora mismo estaría flipando.

No tenía ni idea de qué decir mientras dejaba la caja de pizza sobre la mesita. Su impenetrable mirada me llegó al alma, así que, como la cobarde que era, fui a la cocina a buscar los platos. Sentía que tenía que abordar el tema de qué estábamos haciendo, pero no sabía ni cómo empezar.

Sin embargo, cuando me recompuse y salí de la cocina, Josh ya estaba allí. Estaba sentado junto a Pectoral, metiéndose media porción de pizza en la boca mientras le contaba a Blake lo del juego de las vallas publicitarias.

—¡Oh, vaya! Pero si eres tú. Deja de beberte mi cerveza y ponte una camiseta.

Dejé los platos sobre la mesita y puse los ojos en blanco mientras Josh me ignoraba y seguía hablando. Blake sonreía mientras el idiota de mi primo le explicaba las reglas de su ridículo juego, así que me serví un trozo.

Tenía demasiada hambre para esperar.

—Vale, eso suena divertidísimo —le dijo Blake a Josh, y me sorprendió que pudiera pensar eso. Había sido tan duro en la sala de conferencias del trabajo y tan seductor en Scooter's y en el ascensor, que nunca hubiera imaginado que le pareciera divertido ese juego inventado.

—Genial, porque ya estás jugando —dijo Josh.

—No, colega —le dije a Josh mientras le lanzaba una mirada de disculpa a Blake—. Él solo está aquí porque me salvó de ahogarme. No le pega nada el juego de las vallas publicitarias.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó Blake con una mirada interrogante.

—Porque lo sé. Hay mucho en juego y no ganarías.

—Vaya —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Qué te hace pensar que perdería?

Saqué una rodaja de *pepperoni* de mi porción de pizza.

—Nunca has jugado a esto. Confía en mí, perderías —dije.

—Pues yo creo que podrías ganar —dijo Josh, poniendo los ojos en blanco como si yo fuera idiota.

—¿Quieres parar? —le dije a Josh mientras me metía el *pepperoni* en la boca. Luego le dije a Blake—: Ven conmigo.

Me dirigí a la cocina y él me siguió sin preguntar, gracias a Dios.

—Tienes razón. No te conozco. Y estoy segura de que ganas en casi todo lo que haces. Pero no en este juego —dije cuando estuvimos fuera del alcance del oído de Josh.

Era tan alto que me miraba desde arriba; supongo que lo había olvidado. De repente me sentí inquieta, aunque probablemente tenía más que ver con mi instinto de supervivencia que con su atractivo.

«Claaaaro».

Una divertida mirada apareció en su cara mientras esbozaba una lenta sonrisa.

—Estoy seguro de que puedo…

—No me estás escuchando. —Le interrumpí porque necesitaba que lo entendiera—. Eres un director que lleva trajes que deben de costar más que nuestro alquiler mensual. El juego de las vallas publicitarias

no es para ti.

—Bueno, pues me apunto —espetó Blake, dirigiéndome una mirada tajante que me puso un poco más nerviosa. «¿No hace calor aquí?». Estaba tan cerca que podía oler su perfume y mirar fijamente su garganta; que, para ser una garganta, era muy atractiva—. Y tú vas a ser mi compañera de equipo.

—¿Estabais hablando de jugar en equipo a las vallas publicitarias? —Sacudí la cabeza y dije—: De ninguna manera; eso es aún peor. No puedo dejarte jugar.

—¿Qué estás…?

—Shhh… —Le interrumpí de nuevo. No tenía ni idea de lo que se traía entre manos—. Esos tipos piensan que solo es divertido si alguien pierde, así que hacen apuestas muy arriesgadas. Si pierdes, no hay manera de que te libres de pagar el precio.

—¿Intentas protegerme? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Algo así. —Me aclaré la garganta y dije—: Verás, hace unos años, Josh y sus amigos compraron unas cuantas vallas publicitarias por la ciudad como una inversión. Pero hay una valla que está en una ubicación horrible, así que nunca podrán alquilarla.

—Entonces… —dijo, arqueando las cejas.

—Así que la usan para su propio entretenimiento. —Me recogí el pelo mojado detrás de las orejas y dije—: Al perdedor del juego le ponen la cara en esa valla durante todo un mes.

—¡No me digas! —dijo mientras esbozaba con los labios una sonrisa. Vaya, realmente tenía un lado travieso que me encantaría explorar si él no fuera mi jefe y yo no fuera un esbirro de la empresa —. ¿Qué se lleva el ganador?

—Escribir el texto de la foto.

Se echó a reír, lo que me hizo sonreír, aunque seguía sin

entenderlo.

—Vale, es divertidísimo. Pero ahora puedes ver por qué alguien como tú no puede jugar.

Su sonrisa se hizo más ancha.

—Alguien como yo.

—Mi cara apareció en la valla publicitaria en agosto de 2021 con la frase «La cara del herpes puede adoptar cualquier forma: hazte la prueba».

Pareció horrorizado durante un momento, pero luego se echó a reír.

—¡Dios mío!

—No le pega a un director, ¿verdad?

—Bueno, no voy a perder —dijo Blake después de pensárselo un instante.

—Claro que sí —dije, aunque sabía que no iba a escucharme.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Es un juego muy complicado —dije—. Deberías confiar en mí.

—Ey. —Josh entró en la cocina y preguntó—: ¿Jugáis o no? Queremos empezar.

Miré a Blake, que me guiñó un ojo (¡Dios mío!).

—Nos apuntamos —dijo.



—Error. —Kyle, el mejor amigo de Josh, sonrió desde el otro lado de la mesa de la cocina y le dijo a Blake—: Haribo acabó teniendo éxito con los ositos de goma, pero el primer producto de Hans Riegel fueron unos caramelos duros e incoloros.

—Maldita sea —murmuré, impresionada por los conocimientos de Blake sobre trivialidades, pero molesta por que no consultara a su

compañera de equipo antes de dar una respuesta.

—Eso significa que el punto es para nosotros —dijo Kyle, con cara de suficiencia mientras volvía a meter la tarjeta en la caja—. A menos que aceptéis el desafío físico.

—Aceptamos el desafío físico —dijo Blake sin inmutarse. Debió de suponer que era algo fácil, una prueba atlética al azar que alguien en forma como él podría hacer mientras duerme.

—No, no lo aceptamos —corregí—. Solo perdemos por uno; no hay necesidad de entrar en pánico.

—Demasiado tarde; él ya lo ha dicho —dijo Kyle, buscando una tarjeta en la caja roja—. Será desafío físico.

Gemí.

—Yo me encargo, no te preocupes —dijo Blake.

Negué con la cabeza y suspiré. «El hombre típico que supone que sabe algo sobre algo de lo que no sabe nada».

—Vuestro desafío es el siguiente: debéis bajar las escaleras a paso de cangrejo, uno al lado del otro, sin caeros. Debéis tener las manos y los pies en los mismos escalones al mismo tiempo. Por ejemplo, cuatro manos deben estar en el mismo escalón en todo momento, así como cuatro pies en el mismo escalón. Además, no podéis hablaros durante todo el desafío; solo se acepta la comunicación no verbal —dijo Kyle.

—¿Has dicho «bajar las escaleras a paso de cangrejo»? —preguntó Blake.

—Además —continuó Kyle, ignorando a Blake—, debéis cantar «Someone like You» de Adele durante todo el desafío. ¿Alguna pregunta?

Blake parecía haberse quedado sin habla, lo que me dio ganas de gritar «¡Te lo dije!».

—¿Y si no me sé esa canción? —preguntó Blake.

—Solo tiene que cantar un miembro del equipo. Pero, ¿cómo no vas a saberte esa canción?

—¿Te la sabes? —me preguntó Blake tras mirarme.

—Claro que sí. ¿Cómo no puedes saberla tú?

Josh empezó a cantar la canción a pleno pulmón y todos le siguieron, excepto Blake y yo. Había un total de diez personas (conocía a cuatro de ellas) y, sin duda, habían bebido más que nosotros.

—¿Podemos tener una charla de un minuto antes de empezar? —pregunté.

—Cuarenta y cinco segundos —dijo Kyle.

—¿Puedes enseñarnos el paso del cangrejo? —Yo sabía qué era el paso del cangrejo, pero con suerte se trataba de una variante que iba hacia delante que no conocía.

Josh se tiró al suelo, se apoyó en los brazos y empezó a moverse hacia atrás. Estaba ridículo caminando como un cangrejo por mi sala de estar, pálido y sin camiseta, y si no estuviera tan tensa por las consecuencias que podría tener para Blake, me estaría riendo a carcajadas.

—Vas a morir —dijo Ella, sacudiendo la cabeza. Era la novia de Kyle y solía quedarse en casa las noches de partido—. No vas a poder hacerlo de espaldas por las escaleras.

—Sus piernas son mucho más cortas que las mías —dijo Blake, como si eso le importara a alguno de ellos. Nadie respondió siquiera, porque el juego consistía en tener que hacer lo imposible.

—De acuerdo —dijo Kyle—. ¿Listo para tus cuarenta y cinco segundos?

—Tenemos que hablar rápido toda la estrategia. ¿Entendido? —le

dije a Blake.

Asintió con la cabeza, tan serio como en la sala de juntas.

—Vale, estamos listos —dije.

Josh puso un cronómetro en su teléfono.

—La estrategia de los cuarenta y cinco segundos empieza… ¡ahora! —dijo Kyle.

—Vamos despacio —le dije en voz baja a Blake—. Asentiré con la cabeza cada vez que tengamos que bajar un escalón.

—Yo asentiré —corrigió Blake y, por alguna razón, confié en que era la decisión correcta—. Y apoyamos el culo en cada escalón; es la única forma de no caerse.

—Entonces, ¿manos abajo, culo apoyado, pies abajo y así sucesivamente? —quise saber.

—¡Bingo! —Blake flexionó la mandíbula, y añadió—: Y contacto visual total (solo mírame) para no marearnos.

«Como si mirarte no me mareara ya un poco».

—Vale —dije—. Y cantaré superlento para marcar el tempo.

—Si te empiezas a caer —dijo Blake—, olvídate del juego.

—Lo mismo digo.

—Se acabó el tiempo —dijo Kyle.

Todo el grupo salió del apartamento, dejando la puerta abierta de par en par, y se situó en el rellano para observar el desafío.

—Es solo un punto —dijo Josh, poniéndose serio por un segundo —. ¿Seguro que vale la pena?

—Cada punto cuenta —dije, concentrada y preparada. No podía dejar que Blake acabara en la valla, aunque se lo mereciera por ser demasiado ambicioso.

—De acuerdo —dijo Blake, asintiendo rápidamente con la cabeza.

Nos miramos y me entraron ganas de reír, porque era evidente que

él era tan estúpidamente competitivo como yo. Para ser tan poco atlética, me costaba mucho decir que no a un desafío.

De ahí el cartel del herpes.

Nos sentamos al principio de la escalera.

—El desafío empieza… ¡ahora! —gritó Kyle.

—He oído[*] —empecé a cantar, mirando a Blake. Él asintió y cada uno nos colocamos en posición antes de mover nuestras manos hacia abajo para dar el primer paso—. Que has sentado cabeza[**].

Volvió a asentir y ambos bajamos lentamente otro escalón. Sentí que iba a caerme de culo por las escaleras, pero le sostuve la mirada a Blake y me concentré en nuestros sincronizados movimientos.

Me superaba tanto en tamaño que yo apenas tenía espacio en el escalón. Disponía de una cuarta parte del espacio, y todo mi lado derecho estaba pegado a su lado izquierdo.

Seguí cantando y el grupo de arriba empezó a cantar conmigo, lo cual no me sorprendió, porque Josh y sus amigos iban al karaoke casi todos los fines de semana.

Blake asintió de nuevo y, lentamente, movimos nuestros culos para descansar en el siguiente escalón. Otra inclinación de cabeza y movimos nuestros pies despacio.

—*Old friend* —canté a pleno pulmón—, *why are you so shy?*

Miré a Blake, pero en lugar de asentir, sonrió al oír la canción; una sonrisa de oreja a oreja que mostraba todos sus dientes y esos preciosos hoyuelos.

De hecho, tenía unos hoyuelos tan bonitos que se me calentaron las mejillas y me eché a reír, lo que hizo que se me resbalara la mano y, en una fracción de segundo, cayera rápidamente hacia atrás por las escaleras.

—¡Izzy! —oí a Blake gritar mi nombre (¿había dicho mi verdadero

nombre alguna vez?).



Por suerte, a Blake se le daba bien el trivial. Después de perder ese punto (y de parar la partida durante diez minutos para que todo el grupo pudiera curarme el corte que tenía junto a la ceja), volvimos a la carga. Blake se sentó a mi lado en la mesa de la cocina y ganamos los ocho puntos siguientes.

El Equipo Bliz (el ingenioso nombre lo había elegido yo) estaba sincronizado de una forma sorprendente. Cada vez que nos hacían una pregunta, juntábamos las cabezas y hablábamos en voz baja durante quince segundos. Y, claro, cuanto más bebía, más consciente era de su envergadura, su olor y el profundo sonido de su voz.

Y también de su lado juguetón.

Estaba divirtiéndome con mi jefe, al que no conocía para nada, como si fuéramos amigos de toda la vida.

Raro, ¿verdad?

—Esto me lo sé —le dije a Blake cuando acabamos en el tema de los sabores de helado de Ted & Wally's.

—Tus conocimientos sobre comida basura son asombrosos. Me remito a tu genio —respondió.

Le hice la peseta, alargó la mano y me bajó el dedo, y entonces empecé a reír a carcajadas.

No éramos amigos, ¿verdad?

Sí, no. Para nada.

Justo después de la medianoche, la partida alcanzó su clímax al producirse un empate a tres.

—El desafío físico lo decide todo —dijo Josh, sonriendo a sus amigos—. Tal y como se concibió el juego.

Las personas congregadas se arrancaron en aplausos, aunque la mayoría de ellas no estaba jugando.

—Esta vez no te decepcionaré —le dije a Blake en voz baja, acercándome lo suficiente para respirar su perfume.

Sus ojos eran burlones cuando se acercó aún más a mí.

—Más te vale.

«¡Uf! Mierda».

Después de que se sortearan los números, Josh y Kyle fueron los primeros en empezar. Su desafío físico consistía en que una persona corriera hasta la señal de *stop* de la esquina en menos de diez segundos, llevando a cuestas a su compañero de equipo.

—Imposible —dijo Blake, mirando por el ventanal—. Eso es imposible.

—Nada es imposible si lo deseas lo suficiente —respondió Kyle, con cara de creerlo de verdad.

Blake me miró entonces, de una forma que hizo que me diera un vuelco el estómago.

Pero el momento desapareció cuando todos se levantaron y se dirigieron a la puerta. Blake fue con ellos y yo le seguí muy cerca.

La lluvia había amainado y ahora solo lloviznaba, y todo el grupo vitoreó cuando Kyle se subió a la espalda de Josh. Su estrategia consistía en que Josh se centrara solo en correr, no en sujetar a Kyle, mientras que este haría todo lo posible por aguantar.

—Es una estrategia decente —dijo Blake mientras observaba a los concursantes.

—Desde luego —dije mientras observaba cómo el idiota de mi primo se preparaba para correr por la manzana.

Mientras jugábamos al trivial me había dado cuenta de que no era solo su atractivo físico lo que me hacía flaquear las rodillas. Era su

inteligencia, confianza y encanto. Estaba segura de que si alguien gritaba «¡Socorro, es el apocalipsis zombi!», Blake sabría exactamente qué hacer para que todo el mundo estuviera a salvo.

Sin dejar de ser educado.

Naturalmente, en mi cabeza también tendría que cortar mucha leña sin camiseta. Nunca habría suficiente madera si los zombis estuvieran cerca.

—¡Vamos!

Josh echó a correr, resultando hilarante mientras movía los brazos con todas sus fuerzas. Kyle se esforzó por encontrar un punto de apoyo, estrangulando a Josh por un breve instante antes de agarrase a su espalda y empezar a caer. Derribó a Josh con el movimiento y al final ambos cayeron de bruces contra el pavimento.

Tras un buen minuto de gemidos, se incorporaron y comprobaron hasta qué punto se habían raspado las rodillas.

—¿Estás lista?

Aparté la mirada de ellos y la posé en Blake, que me observaba a mi derecha. Su voz era tranquila y profunda, y tuvo que ser la cerveza lo que hizo que me sonara tan seductora.

Tenía que serlo.

—Sí, estoy más que preparada —dije tras respirar hondo. Luego miré por encima de su hombro y añadí—: Todo lo preparada que puedo estar… mmm… cuando me enfrento a un desafío físico en el juego de las vallas publicitarias.

Su mirada se volvió más intensa cuando dije eso, como si mis palabras le mostraran exactamente lo que estaba pasando por mi pervertida mente. Hizo un ademán seco con la cabeza y murmuró algo que sonó como «¡Joder, qué bien!», pero no pude estar segura, porque se dio la vuelta y se dirigió hacia el edificio en cuanto las

palabras salieron de su boca.

«Vaaale».

—¿Y qué pasa si todos perdemos en el desafío físico? —preguntó Ella mientras el grupo volvía al apartamento.

—Piedra, papel o tijera —respondió Josh.

—¿Me tomas el pelo? —dije, tocándome la frente con el dedo índice—. Después de toda esta locura, ¿se reduce a un juego de patio de colegio de piedra, papel o tijera?

Se rio. Parecía satisfecho consigo mismo.

—Bueno, nuestra versión incluye una piedra de verdad, unas tijeras afiladas y una hoja de papel atrapamoscas del tamaño de una pared.

Claro que sí.

—Que Dios nos asista.

Cuando conseguimos entrar, el siguiente desafío físico fue el suelo es lava. Ella y su amiga Claire tenían que llegar a todas las habitaciones del apartamento sin que sus pies tocaran la dura madera. Parecía sencillo, pero no lo era. Se cayeron con tanta fuerza que hasta Blake se echó a reír mientras saltaban del sofá a la mesa de la cocina como torpes ardillas voladoras.

—Ya está —me dijo Blake mientras Josh sacaba nuestra tarjeta de desafío—. Los otros equipos han fallado, así que solo tenemos que completar este pequeño desafío y ganamos.

Quería burlarme de él, pero me pareció muy tierno que pensara que ganar un desafío físico era posible para mí. Era tan optimista…

—Vale, Equipo Bliz. —Josh leyó la tarjeta y sonrió—. Es supersimple. Un competidor hace cincuenta flexiones con el otro competidor en su espalda. Este último tiene que botar una pelota de tenis, un bote por flexión. Las flexiones deben ser continuas, al igual

que los botes de la pelota. Pierdes si te detienes o si pierdes el control de la pelota.

¡Mierda! Yo era malísima con la pelota. Nunca había sido una deportista, ni siquiera tenía una mínima coordinación. Si yo botaba una pelota, solía acabar persiguiéndola.

—Además, los espectadores te irán disparando balas de espuma.

—Ven aquí —dijo Blake, agarrándome de la manga y tirando de mí hacia un lado. Volvió a lanzarme una intensa mirada cuando añadió —: Puede parecer raro, pero creo que la mejor manera de hacer esto es que te coloques boca abajo encima de mí. Así no entorpecerás mis flexiones mientras haces equilibrios, ya que estarás pegada a mi cuerpo (ya sabes, la distribución uniforme del peso y todo eso) y podrás botar la pelota delante de ti sin problema.

—¿Crees que puedes hacer cincuenta flexiones cargándome a tu espalda? —le pregunté con escepticismo.

Se encogió de hombros con tranquilidad.

—Puede ser. Vamos.

—¿Cómo voy… esto… a subirme? —dije, sintiéndome muy incómoda.

Volvió a sonreír, aunque esta vez con más picardía. Me miró con intensidad con sus oscuros ojos.

—Me tumbo y luego te subes encima de mí. ¿Te parece bien? —dijo.

No me salían las palabras, así que me limité a asentir.

Blake se colocó en el suelo, tumbándose boca abajo con los brazos estirados a ambos lados. Me arrodillé a su lado y me costó no reírme de lo ridículo que resultaba. Seis personas se colocaron a nuestro alrededor, con pistolas de juguete apuntándonos a la cara, mientras yo intentaba averiguar la mejor manera de subirme al jefe de mi jefa.

—Podemos hacerlo, Iz —dijo Blake con una expresión llena de confianza.

—Ya van dos veces que me llamas por mi verdadero nombre —dije en voz baja para que nadie más pudiera oírme.

—Bueno, sube y lo repetiré cuando ganemos.

«No lo ha dicho de forma seductora, ¿verdad?». Sabía la respuesta, pero me hizo ser muy jodidamente consciente de su presencia.

—De acuerdo, subiendo —conseguí decir.

Me subí encima de él, con mis piernas sobre las suyas y mi pecho sobre su espalda. Josh me pasó la pelota de tenis y yo bajé mi boca hasta la oreja de Blake.

—¿Estás bien?

—Bien —dijo con tono tenso—. Empecemos ya.

—¡Atención! —dijo Josh alegremente, el muy imbécil—. ¡Tres, dos, uno, ya!

Blake empezó a hacer flexiones en el suelo con facilidad, y yo le di un pequeño bote a la pelota mientras los amigos de Josh nos lanzaban balas de espuma con sus pistolas. Blake se movía más rápido de lo que hubiera podido imaginar, y con cuidado le di otro bote a la pelota, contenta de que él hubiera pensado un plan tan bueno. La pelota estaba justo delante de mí, así que mientras la botara con cuidado, todo iría bien.

Las balas de espuma eran molestas, pero tan ligeras que rebotaban.

—¿Estás bien, Blake? —le pregunté.

—Mejor que nunca —dijo, y me pareció que lo decía en serio. Sus flexiones eran tan rápidas e impecables que dejé de sentirme culpable por tener todo mi peso encima de él; era evidente que podía soportarlo.

—Es injusto que este desafío se haga justo el día que Izzy se trae al

puñetero Witcher a la fiesta —dijo Josh a sus amigos mientras recargaban sus pistolas de juguete.

Yo seguía concentrada en la pelota de tenis, sintiéndome impresionada mientras él hacía las flexiones. Cuando llegó a las cuarenta, empecé a emocionarme. «¡Joder, vamos a ganar un desafío físico!». El grupo empezó a contar en voz alta y a dispararme más rápido a la cara cuando tuvo claro que Blake no iba a cometer ningún error.

Yo era el miembro débil del equipo.

Cuando llegamos a las cincuenta, Blake se desplomó sobre el suelo y yo me quedé estirada encima de él.

—Es usted un maldito héroe, señor Pectoral. Ahora di mi nombre —le dije al oído mientras me echaba a reír.

—¡Izzy! —gritó a pleno pulmón y echándose a reír, aún boca abajo.

—Así es, cariño. Lo has dicho —dije asintiendo con una sonrisa.

* *I heard*

** *That you settled down*

11

Blake

—No parece la misma noche que cuando viniste a rescatarme.

—No. —Saqué las llaves del bolsillo delantero mientras Izzy me acompañaba al coche. La fiesta había acabado tras una batalla muy reñida a piedra, papel o tijera, y la calle estaba muy tranquila—. Han sido unas horas de lo más surrealistas.

—Te lo advertí —dijo riendo, y yo me limité a mirar al frente para no mirarla a ella. No podía. Porque lo que había aprendido participando en el juego más ridículo del mundo era que la forma en que arrugaba la nariz cuando se reía conseguía distraerme. Me quedé mirándola fijamente, esperando esa encantadora arruguita.

Como un maldito idiota.

—Sí, lo hiciste —asentí—. Y no me arrepiento, pero ahora entiendo por qué lo intentaste.

Me aclaré la garganta y me detuve al lado de mi coche.

—Escucha, Blake. —Me puso la mano en el brazo, pidiéndome contacto visual sin palabras. La miré (maldita sea, era bajita) y sonrió de un modo que me hizo querer despeinarla—. Gracias por salvarme de la tormenta. No sabes lo asustada que estaba antes de que llegaras.

—De nada —dije, y mis ojos quedaron atrapados en su arco de cupido.

—Puede que te lo diga porque estoy eufórica —dijo, y sentí una oleada de satisfacción cuando arrugó la nariz—. Pero, incluso

abriéndome la cabeza, me lo he pasado genial esta noche.

—Esa no era mi intención, pero igualmente.

—Sé que tenemos las restricciones del trabajo, y me parece bien —dijo—. Pero ya que ambos estamos un poco achispados, me gustaría decir algo.

Yo no estaba nada achispado. En absoluto. Solo me había tomado una cerveza en su apartamento mientras ella se duchaba, pero tampoco iba a decírselo cuando me moría de ganas por escuchar lo que tuviera que decir.

—De acuerdo.

¿Era su labio superior diferente a los demás? ¿Qué tenía ese pequeño arco de cupido que tanto me obsesionaba? No podía dejar de mirarlo.

—Sé muy bien que no podemos tener ningún tipo de relación sentimental. —Su boca se quedó un poco abierta y parpadeó rápidamente, para luego añadir con torpeza—: Quiero decir, no relación, no quiero decir una relación como si yo quisiera una relación, solo quiero decir…

—Lo entiendo.

Ella suspiró y asintió. Esbozó una sonrisa nerviosa.

—Así que supongo que solo quería decirte que… esto… creo que deberíamos comportarnos como si esta noche nunca hubiera pasado, como si nunca hubiéramos salido del trabajo.

—De acuerdo —dije. Mi nariz encontró su delicado aroma entre el olor de la lluvia.

—Solo estabas siendo un buen samaritano. —Se acercó un paso, lo suficiente para que yo pudiera ver, a la luz de la farola, la peca más pequeña que había en el puente de su nariz. Luego dijo con voz suave y entrecortada—: Así que si esta noche nunca hubiera

ocurrido, ¿sería tan malo ver… solo por una vez… cómo habría sido…?

—¿Estás sugiriendo que nos besemos? —No me podía creer lo tranquila que sonaba mi voz cuando me estaba debatiendo entre decir «¡Sí, joder!» y «Me tengo que ir».

Se mordió el labio inferior y asintió.

Era una idea malísima. Era una idea malísima y yo tenía que darle fin. Pero miré su cara vuelta hacia arriba y sus ojos azules, que tenían los párpados un poco caídos.

—Joder. Sí. Joder —dije.

Izzy

Su boca mostraba tanta confianza como el resto de su persona. Sus grandes manos me acunaron la cara y sus dientes me mordisquearon el labio inferior antes de inclinar la cabeza y besarme apasionadamente.

Cuando abrió su boca sobre la mía, metió su lengua dentro y yo puse las manos sobre su pecho, clavándole los dedos en los pectorales. Emitió un gruñido que sentí bajo las palmas de las manos, mientras me daba besos de forma desenfrenada, como si intentara engullirme más que besarme, lo cual yo estaba deseando que hiciera. Nuestras respiraciones eran agitadas y ruidosas, y yo deseaba todo lo que su boca me estaba dando.

¡Dios mío! Estábamos ardiendo.

Sus manos bajaron hasta mi cintura y tiró de mí para acercarme aún más, sin dejarme otra opción que la de caer rendida ante él. Le rodeé el cuello con los brazos y volvió a mordisquearme el labio, provocándome un escalofrío, y me oí lanzar un gemido cuando me pasó la lengua por el labio superior.

«Más». Solo quería que me diera más, mientras su boca se movía sobre la mía, como si estuviéramos solos, en la oscuridad, estirados sobre una cama. Su beso era puro sexo, sexo del bueno, y le clavé las uñas en la nuca a la vez que apretaba mi cuerpo contra el suyo, contra el duro muro de su pecho.

Casi me flaquearon las rodillas cuando sus manos bajaron hasta la curva de mi culo y me estrecharon contra él.

¡Santo cielo!

—¡Joder! —dijo, levantando la cabeza y lanzándome una ardiente mirada. Parecía un villano de cuento, con esos intensos ojos oscuros, y yo quería tomar hasta la última partícula de esa oscuridad—. ¿Por qué son tan buenas las cosas entre nosotros?

—Ni idea —respiré, sin querer detenerme por la conversación, por un tren de mercancías que se nos echara encima o por una guerra mundial. Todo lo que quería era a Blake Phillips encima de mí.

Pero mis ojos volvieron a atrapar su torturada mirada y me di cuenta de que había sido una idiota. Nada bueno podía salir de meter los dedos de los pies en la piscina de «lo bien que podríamos haber estado». Solo hacía falta un minuto más de sexo en nuestras bocas para que nos fuéramos directos a mi apartamento; podía sentirlo sin ninguna duda. Y, aunque la noche sería puro fuego (y lo sería porque, joder, si podía hacer flexiones conmigo a su espalda, ¿qué más podría hacer?), solo estaríamos retrasando lo inevitable.

Blake Phillips tenía principios, y para él eran mucho más importantes que la química.

Dejé escapar un tembloroso suspiro y mis manos cayeron a los costados, zafándome de su abrazo.

—Vale. Bueno, ahora lo sabemos, ¿verdad?

Su expresión pasó de la intensidad a la confusión, y luego tragó

saliva. Asintió con la cabeza y se metió las manos en los bolsillos delanteros.

—Sí, lo sabemos —dijo con voz ronca.

—Gracias de nuevo por venir a buscarme. Y juro que esta noche nunca ha ocurrido.

—Mmm… De nada —dijo con expresión inescrutable.

Me di la vuelta y volví a mi edificio, sin atreverme a mirarle por encima del hombro. Me sentía ridícula y emocionada como una idiota. Lo único que quería era meterme en la cama y dormir todo el fin de semana. Cerré la puerta con llave y tiré la caja de pizza. Acababa de meterme en la cama y de apagar la luz cuando recibí un mensaje.

Busqué a tientas las gafas antes de tomar el teléfono de la mesilla. Lo leí en la oscuridad y luego lo volví a leer.

Señor Pectoral: He tenido la noche más extraña de toda mi vida, Amy de Scooter's. ¿Tienes tiempo para una historia absurda o estás ocupada?

Me senté en la cama y le envié un mensaje: En primer lugar, no seas idiota: SIEMPRE tengo tiempo para historias absurdas. En segundo lugar, ¿esto significa que podemos ser amigos, aunque nuestros homólogos hayan decidido seguir caminos distintos?

Tres segundos después, mi teléfono empezó a sonar. Blake me estaba llamando, y yo no sabía si debía contestar.

12

Blake

Mi teléfono vibró y lo saqué del bolsillo.

Izzy: Llego tarde. ¡Lo siento!

Me entraron ganas de reír, y respondí: Sí, ya lo veo. Habíamos quedado hace quince minutos.

Cuando llegué a Scooter's, se me pasó por la cabeza pedirle un *latte*, pero me lo pensé mejor. El objetivo de la cita era discutir si podíamos ser amigos fuera del trabajo, así que invitarla a algo no sería una buena idea.

Izzy: Pensé que era más rápida con la bicicleta de lo que soy en realidad. Llego en cinco minutos.

Dejé el teléfono sobre la mesa y tomé unos sorbos de mi café. En el poco tiempo que hacía que conocía a Izzy, no había dejado de sorprenderme.

Y eso era quedarme corto.

Doce horas antes, cuando la llamé después de nuestra locura de noche, ella había ignorado mi llamada y me había enviado un mensaje.

Agarré mi teléfono y revisé la conversación mientras la esperaba.

Izzy: No respondo porque necesito pensar.

Blake: ¿Mmm?

Izzy: Voy a ser sincer contig. M gustas y kiero ser t amiga.

Blake: ¿Qué ha pasado con tus mensajes de texto? ¿Ahora vas al instituto?

Izzy: Estaba apuntando algunas ideas antes de que se me olvidaran.

Blake: Pues yo repito mi anterior «¿Mmm?».

Izzy: Estoy tomando unas notas sobre cómo podríamos ser amigos sin poner en peligro nuestros trabajos. ¿Te gustaría quedar mañana por la mañana en Scooter's para que las repasemos?

Blake: ¿Qué tal a las 8 de la mañana?

Izzy: Perfecto. ¿En nuestro Scooter's?

Volví a dejar mi teléfono sobre la mesa. «Nuestro» Scooter's.

En ese momento, la vi a través del ventanal delantero. Estaba agachada, poniéndole un candado a una bicicleta que parecía de niño, y llevaba un jersey, unos *leggins* negros y un bolso bandolera colgado.

Cuando se enderezó y se quitó el casco, sentí algo en el estómago.

¡Mierda! ¿Eran mariposas? Lo eran. Eran putas mariposas.

¡Por Dios! Ahora parecía un adolescente con las hormonas alborotadas.

Izzy

Apenas podía caminar cuando entré en Scooter's. Tenía las piernas como si fueran de gelatina. Como mi coche estaba en el depósito

porque la grúa municipal se lo había llevado, me había quedado sin medio de transporte.

Había tenido una idea estúpida: «No pasa nada, le pediré prestada la bici a Daphne». Yo corría ocho kilómetros cada mañana, así que ir en bici hasta Scooter's no sería nada.

¿Verdad?

¡Qué equivocada estaba!

No sabía si era la bici, las cuestas o mis patéticos muslos, pero estuve a punto de rendirme tres veces durante el trayecto. Solo los malévolos ojos de Blake y sus divertidísimos mensajes de texto me obligaron a seguir adelante mientras me temblaban las piernas.

Me hacía ilusión volver a verle.

Me pasé una mano por la coleta y pedí un *latte*, negándome a buscarle con la mirada hasta que recogí el café. Tenía que centrarme en mi objetivo y no distraerme con su increíble atractivo.

Nota al margen: Había soñado con Blake la noche anterior. Vestía una larga y vaporosa túnica y tenía un aire de peligro que hizo que me despertara sintiéndome identificada con las tendencias vampíricas de Bella Swan.

No me preocupaba *en absoluto* que estuviera infiltrándose en mi cerebro incluso mientras dormía.

Y mi objetivo esa mañana, sin duda, era patético.

Triste de verdad.

Porque mi objetivo, en pocas palabras, era convencerle de que fuera mi amigo.

Eso era todo: «Por favor, sé mi amigo».

Volvía a ser como la Isabella del primer curso de primaria. Hay cosas que nunca cambian.

—¡¿Izzy?! —gritó el camarero, leyendo la etiqueta.

—Gracias. —Alcancé mi café y, al instante, vi a Blake sentado en una mesa del fondo.

Llevaba una sudadera negra con capucha, que debería haberle dado un aire informal, pero había algo en él que decía «IMPORTANTE». El reloj, el pulcro corte de pelo, las manos grandes… Bueno, vale, las manos grandes no le hacían importante por sí mismas, pero a mis ojos les encantaban. El conjunto decía «ÉXITO».

—Buenos días.

Blake me sonrió de un modo que me sacó una sonrisa, y me alegré de que no fuera uno de esos tipos que se levantan cuando se acerca una mujer. Sabía que lo hacían desde el respeto y en honor a la tradición, pero eso siempre me hacía sentir incómoda y como si yo fuera menos adulta que el hombre que se ponía de pie.

—Siento mucho llegar tarde. —Me quité el bolso, lo dejé en una de las sillas que había alrededor de la mesa y me senté—. Resulta que soy una ciclista horrible.

—Podría haberte recogido —dijo, con sus oscuros ojos llenos de amabilidad mientras agarraba su taza con la mano.

Tuve que obligarme a no pensar que, apenas unas horas antes, había tenido esas grandes manos en mi cara y en mi cintura mientras me besaba apasionadamente.

—*Nop* —alcancé a decir, abriendo la cremallera del bolso—. Va contra las normas.

—Tenemos normas —dijo enarcando una ceja.

—La parte más importante de mi plan —expliqué mientras sacaba mi portátil y lo encendía—. Son las normas.

—¿Dormiste algo anoche? —preguntó.

Levanté la mirada del ordenador, sorprendida por lo preocupada

que había sonado su voz. Y, caray, él también parecía preocupado. Me observaba como si lo último que quisiera en el mundo fuera que yo no durmiera bien por las noches.

Preguntas como esa (de él) podrían desarmarme totalmente.

Volví a concentrarme en mi portátil, sintiéndome temblorosa.

—Sí, yo solo necesito dormir cuatro horas, así que estoy bien.

Blake

Izzy no llevaba maquillaje.

Por alguna razón, me encantó verla sin maquillaje mientras clicaba en los archivos de su ordenador. No del modo sexista «Ella no lo necesita» o «Me gusta el *look* natural» (de hecho, me daba igual lo que hiciera la gente), pero me alegré de que no se sintiera obligada a maquillarse para quedar conmigo en Scooter's.

Tuve la sensación de que se sentía cómoda conmigo.

—Vale. —Giró su portátil para que yo pudiera ver la pantalla y dijo—: Acércate. —La obedecí, acercándome con la silla, y me entraron ganas de reír cuando añadió en voz baja—: Buen chico.

Abrió un PowerPoint y empezó a hablar.

—Como ambos sabemos, estás por encima de mí en el organigrama de Ellis, lo que significa que no podemos tener ningún tipo de relación o contacto sentimental.

—Correcto —asentí, aunque no me gustó lo que sentí. Era exacto al mil por cien, pero reconocerlo en voz alta resultaba deprimente.

Sin embargo, me gustó la X roja con que había tachado nuestros nombres en la diapositiva; era algo muy gracioso.

—Como eso no es negociable —dijo, clicando en otra diapositiva —, no podemos estar solos.

—Eso parece un poco exagerado, ¿no crees?

Me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mi boca, porque pareció avergonzada, pero continuó hablando antes de que yo pudiera retractarme.

—¿Crees que podríamos continuar, como si nada, esta reunión en tu coche? ¿O en mi apartamento? —dijo.

Nuestras miradas se cruzaron y, maldita sea, tuve que darle la razón: no podíamos estar solos. Llevaba mirándole la boca desde el momento en que se había sentado, recordando lo que había sentido cuando la besé.

—*¡Touché!* —dije, fingiendo despreocupación—. Tienes razón.

Asintió muy seria.

—Así que la regla número uno es «Nunca estaremos solos».

—De acuerdo —dije, preguntándome si ese olor afrutado vendría de su pelo o de su perfume.

—Anoche me leí todo el manual de la política de la empresa —continuó, lamiéndose los labios como si necesitara bálsamo—, y no hay ninguna norma que diga que un ejecutivo no puede ser amigo de un subordinado fuera de la oficina.

Observé su expresión decidida. «Me leí todo el manual».

—Así que si quieres que tengamos una simple amistad (y no pasa nada si no quieres), yo tengo algunas ideas para que la mantengamos separada del trabajo.

Su mirada azul se desplazó del ordenador a mi cara, y me pregunté si sería posible decirle que no. Había algo en la forma en que establecía contacto visual, en la franqueza de su bonita mirada, que hizo que quisiera darle todo lo que necesitara.

Y eso era jodidamente peligroso.

Izzy

Yo era una auténtica perdedora.

Allí estaba sentada, en una mesa de nuestro Scooter's, rogándole básicamente que fuera mi amigo.

Pero sabía que me arrepentiría si no lo hacía.

Porque la verdad era que yo no sabía hacer amigos. Quizá los había hecho en el pasado, pero no tenía ni idea de cómo hacerlos como adulta. Es como si me hubiera perdido alguna clase al respecto.

En el instituto tenía los mismos amigos que había hecho en la guardería. Y en la universidad, empecé a salir por ahí con mi compañera de habitación, que se convertiría en mi mejor amiga durante cuatro años.

Pero cuando me mudé a Omaha tras graduarme para empezar en un nuevo trabajo, las cosas se volvieron diferentes. Tenía un montón de compañeros de trabajo agradables, pero nunca se me pasó por la cabeza que se convirtieran en algo más que conocidos. ¿Cómo funcionaba eso? «Hola, ¿puedo jugar con vosotros?». La idea de hacer algo así me ponía ansiosa, así que me despedía de esa gente todos los días a las cinco y me iba a casa.

Y así había sido hasta ahora.

Gracias a Dios, mis primos eran personas simpáticas. Era patético que en ese momento fueran mis únicos amigos, pero así estaban las cosas.

Puede que por eso estuviera tan desesperada por aferrarme a mi nuevo amigo. Conectaba con Blake con mucha naturalidad, sobre todo cuando nos mensajeábamos. Me sentía yo misma con él, y no quería perder algo así.

Sus ojos estaban clavados en mí con tal intensidad que me ponían nerviosa.

—Sigue hablando, Iz —dijo.

«Iz». ¡Por Dios!

Me aclaré la garganta.

—Vengo a este Scooter's todas las mañanas a las siete. Así que si entre semana te apetece un café, te pasas por aquí y nos vemos, no pasa nada si nos tomamos un café juntos, ¿verdad?

Sus labios temblaron, como si quisiera sonreír, pero en lugar de eso asintió con la cabeza.

—Sigamos —dije, animada al ver que no me contradecía—. Voy a la librería del centro todos los martes después del trabajo para ver las novedades. Si me encontrara contigo allí y charláramos mientras compramos libros, bueno, eso sería totalmente legal.

—De acuerdo.

«¡De acuerdo!».

—De esta forma, no estamos diciendo ninguna mentira. Si vemos a un compañero de trabajo, podemos decir que nos hemos encontrado por casualidad, lo que sería totalmente legítimo —expliqué con tono tranquilo y despreocupado.

Blake sonrió.

—En el bar que hay frente a las oficinas tienen un *happy hour* increíble los jueves por la tarde. Suelo ir después del trabajo a tomar algo y cenar pizza, y si tú estuvieras comiendo algo en el taburete de al lado, también sería una casualidad.

—Me encanta ese bar —dije con el tono más neutro que me fue posible. Luego sonreí a mi nuevo e increíble amigo.

Me devolvió la sonrisa de tal forma que me faltó el oxígeno.

—Lo mismo digo.

Pasamos los diez minutos siguientes comentándonos nuestros horarios habituales y las ocasiones en que podríamos encontrarnos.

Las añadí todas a la hoja de cálculo y le envié una copia a Blake (a su correo electrónico personal, claro), por si quería consultarla más adelante.

—Así que ahora deberíamos hablar sobre los mensajes de texto —dije, dando un sorbo a mi *latte.*

—Tienes normas sobre los mensajes de texto. ¡Cómo no! —dijo, y su pequeña sonrisa me recordó a Edward negociando el precio de Vivian en *Pretty Woman.*

—Bueno, creo que si ambos acordamos no hablar nunca del trabajo, no hablar nunca de la gente del trabajo y no enviarnos mensajes durante las horas de trabajo, entonces los mensajes de texto deberían ser una forma de comunicación aceptable.

—¿Y las llamadas telefónicas? —preguntó, con los ojos oscuros brillantes.

«¿He mencionado lo guapo que es este hombre? En plan, quiero tomar fotos de cada una de sus expresiones y asignarles los adjetivos correctos».

«Sí, soy consciente de que parezco una friki».

Lo que es solo culpa de Blake.

Me alegré de que fuera él quien preguntara por las llamadas, porque me gustaba mucho hablar con él por teléfono, lo cual era raro porque normalmente odiaba hablar por teléfono.

—Creo que valdrían las mismas reglas, ¿no?

—Las mismas reglas —aceptó, asintiendo una vez más.

—Entonces —dije, cerrando el portátil y apoyando mi barbilla en una mano—. ¿Acabamos de convertirnos en mejores amigos?

—Depende —dijo, dedicándome una presuntuosa sonrisa.

—¿De qué?

—De lo que significa para ti. —Tenía las manos alrededor de la

taza y me di cuenta de que tenía unas uñas bonitas—. Si quieres a alguien que te saque de la cárcel o que sea tu hermano de sangre, yo no soy ese tipo.

—Yo tampoco —admití.

—Pero si significa que vaya a buscarte cuando tu coche se averíe bajo la lluvia, entonces sí.

—No, lo siento, amigo —dije, sacudiendo la cabeza—. No podemos estar solos.

—Vamos, tiene que haber excepciones —dijo frunciendo el ceño.

—No creo que sea prudente —insistí—. Tenemos que mantener cerrada esa caja de Pandora.

—¿Estás segura? —preguntó, mientras apoyaba también su barbilla en una mano—. Porque un mejor amigo que os llevara a casa a ti y a tu bicicleta ahora mismo sería muy práctico, ¿no?

¡Ay, Señor! Esas palabras eran pura seducción.

Blake

Vi cómo me dirigía una tierna mirada y esbozaba una soñadora sonrisa.

—Eso estaría bien, pero creo que no deberíamos cruzar esa línea.

—¿Me estás diciendo que si mi coche estuviera averiado en un arcén y yo te llamara, no vendrías a ayudarme?

Ella puso los ojos en blanco.

—Tienes un coche muy bonito, Blake. No me necesitas porque tienes asistencia en carretera —dijo.

Lo intenté de nuevo.

—¿Y si te llamara porque estuviera demasiado borracho para conducir…?

—Le pediría un Uber a mi mejor amigo Blake.

—Vale —dije molesto, aunque sabía que tenía razón—. Puedes hacer los seis kilómetros que hay hasta tu casa en esa bici de niño.

—¿La has visto? —Se acomodó en su silla y me dedicó una avergonzada sonrisa—. Está bastante mal, ¿verdad? Creo que debería hacer la mitad del trayecto de vuelta caminando.

—Izzy…

—No.

No estaba acostumbrado a sentirme impotente. De hecho, lo odiaba.

—¿No hay forma de convencerte?

Sacudió la cabeza.

—Me temo que no —dijo.

—Bueno, ¿y si me llevo tu bici a casa y luego te pido un Uber?

Mi parte obsesiva, que siempre necesitaba encontrarle la solución a un problema, estaba dando vueltas en círculos.

Me miró como si fuera a decir que sí.

—¿Te importaría dejar la bici donde vivo, y yo me voy corriendo a casa? —preguntó.

—Trato hecho.

—Eres un mejor amigo estupendo —dijo con una sonrisa, y yo no tuve ni idea de por qué estaba jugando con fuego de esa manera. Forzar los límites no era lo mío, pero me vi totalmente incapaz de echarme atrás.

—¡Ya lo sé!

Después nos tomamos otro café y nos relajamos un poco mientras hablábamos de los partidos de la NFL que habría el fin de semana y de los fichajes que haríamos nosotros. Izzy lanzó datos y estadísticas como si fuera una comentarista el día del partido, y yo me sentí muy contrariado cuando llegó la hora de irme.

—Izzy, ¿por qué no te sientas detrás? —pregunté mientras metía su bici en el maletero.

—¿Qué? —Puso su bolso bandolera junto a la bici, ya que no podía correr con él, y luego me miró—. ¿Qué quieres decir?

—Si vas en el asiento trasero, no podrá pasar nada entre nosotros.

Frunció el ceño e inclinó la cabeza, sopesando la idea.

—Mmm… No estoy segura.

—¡Por el amor de Dios, Iz! —dije, cerrando de golpe el maletero y mirándola como si fuera una niña—. Métete en el maldito asiento trasero.

Sus ojos se entrecerraron y pensé que iba a ponerse a debatir una vez más y hacerme perder la cabeza, pero entonces su boca (maldita sea esa boca) esbozó una seductora sonrisa. Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Mi mejor amigo me obliga a sentarme en el asiento trasero de su coche como si yo fuera un bebé. ¡Qué bien! —dijo.

Pasó por mi lado, abrió la puerta trasera del lado del pasajero y subió al coche.

Yo solo podía pensar en una cosa mientras ella subía y se abrochaba el cinturón: «Me encanta mi nueva mejor amiga».

13

Izzy

Consulté el reloj: era casi mediodía.

Ignoré el rugido de mi estómago, deseando que el tiempo pasara más rápido. Ya había digerido el desayuno (una lata de bebida energética y una galleta de chocolate) y necesitaba algo de sustento. Solía almorzar a las once, como una abuela, pero ese día quería aguantar hasta las doce y media.

«No lo hago por ningún motivo; simplemente me apetece esperar», pensé mientras sacaba la polvera y me ponía un poco de colorete y brillo de labios.

Treinta minutos después, cuando sonó la alarma en mi muñeca, metí la tarjeta de débito en el bolsillo de mi falda y me levanté. Agarré mi chaquetón negro y me lo puse mientras salía del despacho como si me ardiera el culo.

Las mariposas revoloteaban en mi estómago mientras bajaba en el ascensor, lo cual era ridículo porque solo iba a comprar comida. «Es lo que hace la gente a la hora de comer, ¿no?». No era nada raro. Solo porque supiera que a ciertas personas les gustaba lo que servían los lunes en el *food truck* Caniglia's y que solían comer entre las doce y media y la una…, bueno, eso no debería ponerme nerviosa. Mucha gente lo hacía.

Saqué el móvil mientras caminaba las dos manzanas que había hasta el restaurante italiano. Ningún mensaje. No me sorprendió que Blake guardara silencio durante la jornada laboral; al fin y al cabo,

era un hombre de negocios y habíamos establecido unas normas.

Pero, después de dejarnos a mí y a la bicicleta frente a mi edificio, habíamos mantenido una interminable conversación por mensajes de texto durante el resto del día.

Le había enviado mensajes mientras veíamos el mismo partido de fútbol; le había enviado mensajes mientras bajaba al sótano a hacer la colada, y le había enviado mensajes mientras bañaba al Oscuro. Para ser alguien tan serio en persona, la verdad es que era divertidísimo por teléfono.

Aquella mañana, mientras caminaba hacia la oficina (tuve que subirme en el autobús que iba al centro porque mi coche seguía en el depósito), sentí la vibración de mi teléfono en el bolso. Cuando lo saqué, vi que Blake me había escrito: Puedo verte desde mi ventana.

El edificio Ellis era un rascacielos totalmente acristalado y, aunque sabía que Blake trabajaba en la decimoquinta planta, no tenía ni idea de en qué parte de la fachada se encontraba. Así que me había detenido para responder: Estás mintiendo.

Blake: Leotardos negros, botas negras, abrigo negro, bolso rojo y… ¿Llevas comida en la mano?

Me reí y contesté: Una galleta de chocolate. Y deja de comportarte como un friki.

Blake: Estaba mirando por la ventana y te vi. Me sorprendió muchísimo, la verdad.

Izzy: ¿Puedes decirme qué estoy haciendo ahora?

Había cambiado la galleta de mano para poder levantar el brazo y enseñarle el dedo al edificio.

Blake: No es muy agradable.

Izzy: Estás interrumpiendo el paseo que hago para desayunar; ESO tampoco es muy agradable. ¿Se puede saber qué estoy haciendo AHORA?

Empecé a saltar sobre un pie.

Blake: Hacer el ridículo.

Izzy: Solo tú me estás mirando.

Blake: El hombre que tienes detrás no opina lo mismo.

Me di la vuelta, pero no había nadie.

Blake: Te he hecho mirar.

Sus ridículos mensajes me habían puesto de muy buen humor para cuando llegué a la oficina, y así había seguido todo el día. Pero ahora, por alguna razón, me sentía nerviosa por verlo. Aunque nos habíamos contado por dónde solíamos pasar con la única intención de vernos, ¿qué pasaba si no me quería ver allí? ¿Y si había cambiado de opinión y ya no quería ser mi amigo?

La verdad es que me ponía un poco nerviosa ser la primera en llegar a donde la otra persona había dicho que podría estar. Para ser sincera, me sentía como una acosadora.

«No es para tanto», me dije mientras doblaba la siguiente esquina.

Lo más probable es que él ni siquiera estuviera allí.

Blake

Me di cuenta de que era ella incluso a media manzana de distancia.

Me apoyé en la pared del edificio y pensé que era lo mismo que me había pasado esa mañana, cuando me había asomado por la ventana de mi oficina y la había visto al instante en la calle.

Raro de cojones.

Era como «¿Dónde está Wally?», solo que Izzy no vestía a rayas y mi superpoder era, al parecer, verla inmediatamente entre la multitud.

Me metí las manos en los bolsillos y me dediqué a observarla, sobre todo porque aún no podía verme. Llevaba el pelo suelto, ondeando con la brisa otoñal, y me recordaba a Meg Ryan en *Tienes un e-mail*, con sus medias oscuras, su falda, su abrigo de lana y su bufanda.

«Debería llevar una maldita calabaza bajo el brazo y un café en la mano».

Pero al verla caminar en mi dirección, volví a sentirlas.

Malditas mariposas.

¿Por qué demonios me pasaba eso?

No. ¡Y una mierda! Mariposas no, de ninguna manera. Si estuviera interesado en ella, lo que estaba sintiendo en el estómago podrían ser mariposas, pero yo no estaba interesado. Lo que sentía era… mierda… esto… alegría.

«En serio… ¿Alegría?».

Era patético, pero sí, simplemente me alegraba de ver a mi amiga. Almorzar con un amigo era mejor que hacerlo solo, así que me alegraba de verla.

Eso era todo.

Me enderecé, caminé hacia el *food truck* y me puse a la cola. Estuve mirando el menú durante diez segundos.

—¿Blake?

Me di la vuelta y… ¡mierda! Me estaba sonriendo con esa boca y esos labios, y el suave olor de su perfume me llegaba como una especie de… eh… algo que no podía ignorar. O algo así.

«¿Qué coño me pasa?».

Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, y sentí una pequeña opresión en el pecho al mirar su pintalabios.

—Pensé que eras tú —dijo con un brillo burlón en los ojos.

—Soy yo —respondí, devolviéndole la sonrisa—. ¿Tú también has venido a buscar un *calzone?*

Ella se me acercó un poco más.

—Para ser sincera, nunca he sido fan de esa pizza con tapadera que llaman «calzone». Me gustan las porciones grandes, abiertas y derretidas. Igual que mis hombres.

—¿En serio acabas de decir eso?

—Lo sé… Estaba probando algo. —Arrugó la nariz, entrecerró los ojos y dijo—: No creo que haya dado en el blanco.

—Yo tampoco lo creo. —Volví mi atención al menú y dije—: Los raviolis fritos están buenos.

—¿Están rellenos de queso *ricotta?* —preguntó.

—Creo que sí —dije mirándola—. ¿Por qué? ¿Está malo?

Ella asintió.

—El *ricotta* es grumoso y asqueroso, como leche cuajada mezclada con requesón. Pero disfrútalo, amigo.

—¡Oh, lo haré! —dije, pensando en sus galletas de chocolate (y en su nevera vacía) y preguntándome si sería muy quisquillosa con la comida.

Pero cuando la miré (cuando ella me miró con una sonrisita), sostuve su mirada más de lo necesario. Entonces pasó algo entre nosotros, un recuerdo o una toma de conciencia, hasta que ella se

aclaró la garganta y volvió su atención al menú.

—¿Los espaguetis están buenos? —dijo.

«¿Espaguetis? ¿Qué son los espaguetis?».

Me quedé mirando su perfil; a mi cerebro le costaba comprender sus palabras.

—Nadie tiene la respuesta a esa pregunta porque ¿quién sería tan idiota como para pedir espaguetis en un *food truck*?

—Yo lo haría —dijo, todavía mirando el menú—. Me encantan los espaguetis.

—Pero no puedes caminar y comer al mismo tiempo, idiota.

Eso provocó que me mirara con una nueva sonrisa.

—Ahora tengo que pedirlos (desafío aceptado), lo que será un error colosal del que estaré culpándote todo el día. Cada vez que alguien mire la mancha de salsa marinera de mi camisa, maldeciré tu nombre.

—Creía que era un vestido —dije, y la mirada que me dirigió (frunciendo el ceño) dejó claro que estaba tan sorprendida como yo de que me hubiera fijado en su atuendo. ¿Qué coño estaba pasando?

—Bueno, es una falda y un top —dijo, levantando una mano para recogerse el pelo detrás de la oreja.

—Ah —murmuré mientras me acercaba a la ventana del *food truck*, necesitando escapar de aquel momento de idiotez. Bajé la voz e hice el pedido—: ¿Podría ponerme los espaguetis?

Oí su risa tranquila y cómo se colocaba a mi lado.

—Yo quiero los espaguetis. Y también una porción de pizza con queso y un trozo de pan de ajo, por favor —le dijo a la segunda cajera.

Abrí la boca para comentar algo cuando Izzy volvió la cabeza hacia mí.

—No digas nada. Tengo hambre, ¿vale? —dijo señalándome con un dedo.

No sabía por qué, pero no pude evitar sonreír. Miré las pecas de su nariz.

—¿Qué podría decir, Iz? —dije.

Izzy

—A ver si lo entiendo —dijo Blake mientras caminaba a mi lado, con expresión relajada tras sus gafas de sol oscuras. Miraba al frente, con las manos en los bolsillos de unos pantalones de traje perfectamente planchados—. La casa en la que entrasteis «por accidente» para hacer una gamberrada estaba siendo vigilada por el FBI.

—Sí. —Tomé un trago de mi refresco de camino al trabajo—. Nos equivocamos de casa y resultó ser donde vivían los miembros de una secta satánica. Así que no solo nos detuvieron los federales, sino que nos interrogaron en comisaría y también nos multaron porque llevábamos una botella de vodka en el maletero.

—¡Vaya! —Me miró entonces y, aunque tenía los ojos ocultos por las gafas, supe que estaban entrecerrados porque se le veían los hoyuelos—. Tu experiencia en el instituto fue muy diferente a la mía.

—Phillips, cuando no tienes nada que hacer, haces que las cosas sucedan. —Vi el edificio Ellis al final de la manzana y me contrarió que ya fuera la hora de volver. Aunque Blake era mi polo opuesto y el tipo de hombre que solía ponerme nerviosa (atractivo y exitoso), me sentía muy cómoda a su lado.

Me divertía con él porque podía relajarme y ser yo misma.

—Se me olvidó preguntártelo —dijo, mirándome mientras esquivábamos a una mujer y a su *bulldog* francés, que estaba sentado en medio de la acera sin ninguna intención de moverse—. ¿Has

recuperado tu coche?

—No quiero hablar de eso —dije, poniendo los ojos en blanco—. Para sacarlo de la cárcel, tengo que llevar la documentación del coche al depósito y pagar varios cientos de pavos.

—¡Uf! —dijo.

—¡Uf, sí! —contesté—. Porque después tendré que remolcarlo hasta un mecánico que me dirá que va a costarme una fortuna arreglarlo.

—¿Ni idea de qué le pasa? —preguntó.

—No —dije, mirando la irregular acera mientras intentaba no pensar en el poco dinero que tenía en la cuenta corriente—. Pero hoy he pillado el autobús y no ha estado mal, así que quizá sea una oportunidad para valorar si realmente necesito un coche.

—Sí, pero ¿a qué distancia está la parada de autobús de tu apartamento?

—Solo a unas cuantas manzanas.

—¿De verdad quieres caminar varias manzanas con nieve? —Tenía la voz teñida de preocupación—. ¿En la oscuridad? ¿Con lluvia?

Aquello me recordó la noche oscura y lluviosa en la que había besado a Blake, y el estómago me dio un pequeño vuelco. Pensaba en ese beso todo el día. Me aclaré la garganta.

—No, pero tampoco voy a gastar un montón de dinero en un coche que tiene quince años.

Me miró (ahora podía ver sus ojos a través de las gafas porque el sol daba justo en los cristales) y me dio la impresión de que estaba teniendo una especie de conversación consigo mismo mientras me observaba. No dijo nada hasta que nos detuvimos en la esquina para esperar el semáforo.

—¿Cuáles son las normas sobre reparaciones de coches?

—¿Qué? —Tiré el vaso a la papelera que había junto al semáforo y me metí las manos en los bolsillos—. ¿Qué quieres decir?

El semáforo cambió de color y empezamos a caminar de nuevo.

—Si lo remolcaran hasta mi casa, podría echarle un vistazo —dijo Blake.

Eso provocó que tropezara en medio de la calle, lo que provocó que Blake me agarrara del brazo.

—Tranquila, Shay —dijo.

«Tranquila, Shay». ¡Dios mío! ¿Qué intentaba hacer conmigo? Desde el momento en que lo había conocido, todo lo relativo a él me había impresionado. ¿Y ahora iba a añadir a la ecuación de la dopamina arreglar coches y detener tropezones?

Necesitaba agua bendita o ajo inmediatamente, aunque ese pensamiento de tintes sarcásticos trajo a mi mente la imagen de Blake con el enorme pecho empapado de agua bendita, como una especie de participante en un concurso de camisetas mojadas.

Me sentí decepcionada cuando me soltó el brazo, lo que fue una reacción ridícula.

—Diría que eso no está permitido. Pero gracias igualmente —dije.

Él arqueó una ceja.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—No sé, me parece demasiado personal.

Me agarró de la manga del abrigo y tiró de ella. Me sobresaltó el brusco movimiento, que me acercó un poco más a él, pero su boca esbozó una sonrisa y empezó a llevarme tras él hacia un callejón que había a la derecha.

—¿Qué estás haciendo, Phillips?

—Hacerte entrar en razón antes de volver al trabajo, Shay.

Me soltó la manga cuando nos alejamos del tráfico. Se quitó las gafas de sol y vi los destellos dorados de sus intensos ojos marrones.

—Escúchame. Sigo estando totalmente de acuerdo con que sigamos las reglas, pero tú eres mi amiga, Iz. Si puedo arreglarte el coche y ahorrarte una fortuna, ¿por qué no estaría bien? —dijo.

«Porque parecería que hay… algo más. Algo como la fantasía de un novio arreglándole el coche a su novia».

Nota al margen: Cada vez que me llamaba «Iz», a un ángel del sexo le salían alas.

—¿Por el dinero, tal vez? —De repente no podía pensar, pero sabía que debía de haber una razón. «Razones… ¿Qué es eso?». Me aclaré la garganta—. Eres mi jefe, así que tiene que haber alguna norma sobre pagarte por tus servicios.

—Como si fuera a cobrarte —dijo con tono disgustado.

—Bueno, entonces yo pondría la regla, Blake —dije, recogiéndome el pelo detrás de las orejas y mirando su barba incipiente, que estaba perfectamente recortada—. De ninguna manera dejaría que me arreglaras el coche gratis.

—Entonces podrías hacerme un favor a cambio —dijo, y observé lo que sucedía. Lo había dicho con total inocencia, pero sus ojos se llenaron de lujuria cuando cayó en la cuenta—. Seguro que se me ocurre algo —añadió con voz más ronca.

De repente, el aire del callejón se volvió denso y silencioso, como si estuviéramos debajo del agua. Los sonidos de la ciudad desaparecieron y pude oír los latidos de mi propio corazón.

—Seguro que sí —dije también con la voz más ronca y después de tragar saliva.

—Si estuviéramos solos —dijo en un susurro, mientras su boca bajaba hasta mi oído—, creo que podríamos negociar un buen trato.

—Estoy segura —dije con los párpados pesados, sintiendo su aliento en mi cuello.

Cada terminación nerviosa de mi cuerpo chisporroteaba y se tensaba en su dirección, y casi me había abandonado a la sensación cuando oí el claxon de un coche a lo lejos.

«¡Sí, estás en un callejón, idiota!».

—Por eso tenemos que volver a la calle ahora mismo —murmuré mientras parpadeaba rápidamente.

—Estamos en el centro de la ciudad a la hora de comer en un día laborable, lo que no es estar solos. Creo que estamos a salvo —dijo con una sonrisa.

—¿No crees que este callejón es bastante privado? —Yo seguía parpadeando, algo desorientada por su intensa mirada—. Me siento como si estuviéramos solos en la oscuridad.

En cuanto esas palabras salieron de mi boca, me arrepentí de ellas, porque la lánguida sonrisa de Blake se desvaneció. Su mandíbula se tensó y me miró durante unos largos segundos.

—Izzy… —dijo finalmente.

«Ay. Dios. Mío».

—Tengo que volver. —Puse una sonrisa en mi cara y me alejé de él, mortificada. Obviamente, yo había sido la única que estuvo a punto de arder y necesitaba largarme de allí—. Puede que tú tengas mucho tiempo para almorzar porque eres el Sr. Director Elegante, pero esta humilde generalista debe ser puntual. Voy a volver corriendo. Hasta luego —dije con voz demasiado alegre.

Él volvió a bajar las cejas.

—Iz…

—¡Adiós! —Me di la vuelta y, literalmente, empecé a correr, sabiendo que parecía un idiota pero incapaz de detenerme porque

necesitaba poner espacio entre el señor Pectoral y yo.

Todo lo que quería para mi tranquila vida era conservar a mi amigo Blake y tener una prometedora carrera en Ellis. Pero, para que eso sucediera, debía encontrar la manera de ser guay cuando estuviera cerca de él.

Tenía que haber una forma de hablar con él sin derretirme en un charco de endorfinas, ¿no?

Hasta que no estuve de vuelta en la oficina, sudorosa y aún avergonzada, no vi que me había enviado un mensaje.

Blake: Iz, tengo un plan B, así que no te asustes. ¿Puedo llamarte a las seis?

¿Plan B? ¿Qué significaba eso? Suspiré y pensé en no responder, pero le acabé enviando un mensaje: Cenaré con el Oscuro, pero supongo que no le importará que atienda una llamada.

Blake: Excelente. Además, estabas MUY guay corriendo por el centro con botas de tacón alto.

Izzy: ¡Oh, lo sé!

Volví a conectarme a mi ordenador. Estaba empezando a redactar un informe cuando mi teléfono volvió a sonar.

Blake: Acabo de encontrar una mancha de salsa marinera en mi corbata, así que he demostrado que tengo razón con los espaguetis.

Sonreí y negué con la cabeza, aunque estaba sola en mi despacho.

Izzy: Te lo mereces, todo ha sido culpa tuya (no tenía por qué ser así). Yo tengo una mancha naranja con forma de Saturno en

medio de la camisa, así que lo de tu corbata no es nada. #SéAgradecido

Blake: Que tengas una buena tarde, Amy de Scooter's.

Izzy: Lo mismo digo, señor Pectoral.

14

Izzy

Di un mordisco a la pizza, dejé el plato y me llevé el teléfono a la oreja.

—Son las cinco y cincuenta y cinco, te has adelantado.

—¿Quieres que vuelva a llamar en cinco minutos? —preguntó Blake.

Me limpié la boca con una servilleta.

—No, pero vas a tener que escuchar cómo me acabo el último trozo de pizza —dije.

—¿Otra vez pizza? —Parecía que se estaba divirtiendo—. Solo han pasado unas horas desde que te comiste el último trozo.

—¿Y cuál es el problema?

—Olvídalo.

El Oscuro saltó a mi regazo y le pasé una mano por el suave lomo.

—¿Qué has cenado, Phillips? ¿Una col rizada? ¿Quince pechugas de pollo?

—¿En serio crees que comería eso?

—Solía trabajar con un tipo supercachas y, literalmente, se comía cinco pechugas de pollo todos los días. —No recordaba su nombre, pero una vez me había enseñado un vídeo suyo levantando pesas y se había cabreado porque me reí del ruido que hacía. Pero, para ser justos, era un ruido muy raro—. Se comía una pechuga en cada descanso de quince minutos y tres en el almuerzo.

—¿La gente todavía dice «cachas»?

—No lo sé, pero deberían. —Puse *La casa de la pradera* y añadí—: Así que apuesto a que has comido un burrito vegetariano y croquetas de boniato.

Su risa profunda y tranquila provocó que me acurrucara un poco más en los cojines del sofá.

—Eso es algo muy concreto.

—¿Me he equivocado?

—He comido un sándwich de pavo.

—Pues, básicamente, es lo mismo.

—Claro. —Podía oír el tintineo de los platos mientras decía—: Escucha. Estaba pensando en nosotros.

Me hormigueaban las yemas de los dedos y me latía el corazón. «Nosotros».

¡Dios! ¿Quería que hubiera un «nosotros»?

—¿Sí? —dije despreocupadamente, mordiéndome el labio y esperando que continuara. El Oscuro maulló disgustado porque había dejado de acariciarlo y saltó de mi regazo.

—Sí. Aprecio el plan que me enseñaste en Scooter's y creo que tiene mérito, pero estamos complicando demasiado las cosas.

—¿Sí?

Eché un vistazo al televisor y vi a Ma Ingalls entrando en Oleson's Mercantile*** con una cesta llena de huevos en el brazo.

—Claro —dijo Blake, y me pareció que estaba golpeando algo—. Ambos somos adultos, ¿verdad?

—¿Y bien…?

—Así que creo que podemos manejarlo. —Su voz estaba llena de confianza y tranquilidad—. El hecho de que tengamos un poco de química no significa que estemos a merced de nuestros instintos más básicos, ¿verdad? No somos animales.

«Animales», repetí, no muy segura de lo que intentaba decir.

—No hay razón por la que no podamos ser dos amigos que hacen cosas de amigos. Somos dos personas adultas que pueden resistirse perfectamente a un poco de química.

Así que veía nuestra intensa atracción como «un poco de química». Era bueno saberlo.

—¿Qué es ese ruido tan fuerte? —pregunté, ya que no sabía qué decir.

—¿Qué?

—El golpeteo —repetí, molesta conmigo misma por sentirme decepcionada. La conversación de Blake sobre «nosotros» no respondía al deseo de encontrar un «nosotros»—. ¿Qué es ese golpeteo?

—¡Oh! —exclamó Blake con confusión—. Estoy haciendo comida para gatos.

«Estoy jodida», pensé. Estaca de madera, agua bendita, ajo…; nada de eso sería suficiente jamás. El hombre estaba haciendo comida casera para gatos.

—¿Tus gatos son demasiado buenos para comer Whiskas?

—Demasiado viejos y propensos a vomitar para Whiskas —respondió.

—Ah.

—¿Hay alguna razón por la que hayas cambiado de tema, Shay? —me preguntó con voz tranquila.

—En absoluto —dije con demasiada alegría—. Estoy totalmente de acuerdo en que no somos animales.

Soltó una carcajada.

—Vale, pero ¿qué pasa con el resto?

—Pues… Sí, claro que podemos manejarlo —dije tras soltar el aire.

—Iz, tienes mi palabra de que, por muy solos que estemos, siempre me comportaré como si estuviéramos delante del consejo de administración —dijo con tono muy serio.

—¡Oh! —«Siempre»—. Eso me hace sentir mucho mejor. Gracias.

Blake

Pensé que soltarlo me haría sentir mejor, pero no fue así.

El tono que empleó al decir «Eso me hace sentir mucho mejor», confirmó lo que ya sospechaba: que Izzy nunca se sentiría cómoda siendo mi amiga si podía ocurrir algo físico entre nosotros. Quería que supiera que podía bajar la guardia, pero…, joder, que pareciera tan aliviada no me dejó indiferente.

—Ahora que nos hemos quitado ese peso de encima —dije, sacando la comida para gatos del vaso de la batidora y metiéndola en un recipiente hermético de cristal con una espátula de goma—, hablemos de tu coche.

Suspiró, y el altavoz extendió su aliento por mi cocina.

—Mejor que no.

—Iz, escúchame. No quiero meterme en tus asuntos, pero mi padre es mecánico. Me crie rodeado de coches. Lo más probable es que pueda arreglarlo.

—¡Dios mío! ¿Tienes padre? —dijo la muy sabelotodo.

—Ja, ja —dije, recordando al cretino del que lo aprendí todo sobre coches cuando hacía de «papá» los fines de semana que le tocaban.

—Blake, no puedo aceptarlo.

—He pensado en un favor que podrías hacerme —dije, alcanzando una gamuza para limpiar el exterior del recipiente de cristal—. Si es lo que necesitas para aceptar mi ayuda.

—Tengo miedo, pero suéltalo —dijo.

Metí la comida para gatos en la nevera, luego llevé el vaso de la batidora al fregadero y empecé a llenarlo de agua jabonosa.

—Tengo que ir a Boston el miércoles, así que podrías cuidar de mis gatos mientras estoy fuera.

No dijo nada, pero me pareció oírla lanzar un bufido.

—¿Me has oído?

—Sí. —Se aclaró la garganta y dijo—: ¿Y qué implicaría eso exactamente? Porque verter comida en un cuenco no equivale a reparar un coche.

—Oh, confía en mí. —Me lavé las manos, cerré el grifo y dejé el cuenco en remojo—. Son muy exigentes.

—Cuéntamelo todo —dijo. Parecía interesada, lo que me hizo sonreír. Era tan rara…

Fui a la sala de estar, me senté en el sofá y encendí la televisión. Los dos gatos se subieron inmediatamente a mi regazo; era como si estuvieran en guardia, esperando a que me sentara. Les gustaba dar zarpazos para ponerse cómodos, pero les puse las manos en la espalda y les ayudé a acomodarse para que no me volvieran loco.

—Goodyear es ciego, así que necesita rutinas o se pone a caminar en círculos maullando porque no entiende qué está pasando.

—¡Dios mío! Es lo más tierno que he oído nunca —dijo.

—Cuando entras por la puerta, tienes que llamarlo por su nombre varias veces, para que sepa que estás ahí. Cuando por fin aparece suelo levantarlo en brazos para que sepa que todo va bien.

Izzy lanzó un gritito, lo que me hizo extrañamente feliz mientras le rascaba la cabeza a Goodyear y buscaba algo que ver en la televisión.

—Le gusta que su comida, que guardo en la nevera, esté caliente. También necesita que su comida y su agua estén siempre en el mismo sitio o se pone a caminar en círculos.

—No te imaginas lo enamorada que estoy ya de tu gato, Phillips —dijo.

Lo que me hizo sonreír como un idiota en mi puñetera sala de estar.

—Toma unas pastillas que trituro y luego echo en una compota de manzana casera que él luego lame de una cuchara de plástico.

—¿Mientras lo sujetas? —preguntó.

—¿Por qué me da la sensación de que esto es una versión gatuna de sexo telefónico?

—¡Dios mío! Claro que lo es, Blake. «Dime qué llevas puesto mientras sujetas la cuchara. ¿La lame rápido o despacio?» —dijo.

Empezó a reírse a carcajadas, y yo no pude evitar reírme con ella mientras cambiaba de canal y le rascaba la barbilla a Agujero.

—Pequeña pervertida, no uses las necesidades de mi anciano gato para tus apetitos de bicho raro.

—Mis disculpas, señor Pectoral. —Se aclaró la garganta y dijo—: Por favor, continúa.

En mi zapeo me encontré con *La casa de la pradera* y me pregunté si ella la estaría viendo.

—Mi otro gato, Agujero, es diabético, así que necesita dos inyecciones al día.

—¿Me estás tomando el pelo? —dijo, todavía riéndose un poco.

—Me temo que no —dije, preguntándome si sería demasiado para ella.

—Esto es increíble. —Aún podía oír la sonrisa en su voz—. Por favor, explícame también los nombres de tus gatos.

Dejé de zapear en un programa deportivo.

—Encontré a Goodyear junto a uno de los neumáticos de mi coche en el aparcamiento, y a Agujero en un agujero que había detrás de

casa de mis padres —dije.

—Tu falta de inspiración para los nombres convencionales es asombrosa.

—Gracias.

—No es un cumplido.

—Claro que sí.

—Me muero de ganas por ver a tus pequeños —dijo emocionada —. Apúntame a lo de cuidar gatos, colega.

—Apenas puedo moverme ahora porque los tengo encima.

—¿De qué color son? ¿Son de pelo largo?

—Eres toda una mujer de gatos, ¿eh? —Miré a mis chicos y le dije —: ¿Quieres pasar a FaceTime para que puedas verlos?

Izzy

«Sí».

«No».

«¡No lo sé!».

Me moría de ganas por ver a sus gatos, pero ¿podría hacer FaceTime sin prepararme antes?

—¿Puedes hacerlo a mitad de la llamada? —dije, porque me había quedado bloqueada.

—Claro —dijo—. Solo tienes que pulsar el botón.

Me hice una autoevaluación rápida: moño desaliñado, gafas, camiseta vieja. Estaba hecha un desastre, pero como él había admitido que no sentía nada por mí, salvo amistad y un poco de química, ¿qué más daba?

—Vale, enséñame a los gatos —dije con nerviosismo mientras esperaba el cambio a la videollamada. Apple hizo su magia, Blake aceptó el FaceTime y entonces…

«¡Dios mío!».

Allí estaba Blake, solo que no se parecía en nada al director Blake. Llevaba el oscuro pelo alborotado, como si se hubiera cambiado de ropa y luego no se hubiera preocupado de arreglárselo. Estaba sentado en un sofá *beige*, con una camiseta roja descolorida de los Chiefs de Kansas City que ponía «0:13» en números amarillos. La camiseta de algodón tenía un aspecto suave y desgastado, y dejaba ver el precioso inicio de sus impresionantes pectorales.

Pero ¿podía haber algo incluso mejor que toda esa belleza? Había dos gatos acurrucados sobre sus abdominales, uno gris y otro negro, a los que sujetaba con su manaza.

¿No hacía mucho calor aquí? De repente tuve mucho calor.

—Bonita camiseta —dijo, sonriendo mientras aparecían unas arruguitas alrededor de sus oscuros ojos—. ¿Dónde está el Oscuro?

Levanté el teléfono para que pudiera ver al gato que había sentado detrás de mi nuca. Eso hizo que sus labios dibujaran una sonrisa de oreja a oreja.

—Dime cuál es cuál —dije.

—Este pequeño grano en el culo es Agujero —dijo, levantando suavemente la barbilla del gato gris hacia el teléfono—. Es una pesadilla a la que le gusta sentarse encima de mi oreja cuando estoy durmiendo, así que debería haberlo lanzado de vuelta al agujero hace mucho tiempo.

Solo escuché sus palabras a medias porque estaba obsesionada con su cara. La forma en que el grande y poderoso Blake miraba a su amigo felino me hacía flaquear las rodillas.

—Y este otro es Goodyear. —Blake levantó la peluda cara negra hacia el teléfono y dijo—: Estoy seguro de que el universo lo dejó al lado de mi neumático para castigarme por mis pecados.

—O como recompensa por la única cosa buena que has hecho en tu vida —dije.

—Eso es imposible. Y he hecho más de una —dijo.

—Lo dudo.

—Así que… —dijo, volviendo a acomodar los gatos en su sección abdominal—. ¿Estás viendo *La casa de la pradera?*

—Te acuerdas —dije, sorprendida de que lo recordara.

—¿Este es tu plan para el resto de la noche? —preguntó—. ¿Charles Ingalls y pizza?

—No, pronto cambiaré a alguna vieja temporada de *Top Chef*, pero Charles siempre estará en mi corazón.

Los gatos saltaron de su regazo y salieron de mi campo de visión.

—Un pájaro acaba de posarse en la barandilla de mi terraza. No sé cómo, Goodyear siempre sabe que algo está pasando y sigue ciegamente a Agujero —dijo sacudiendo la cabeza.

—Enséñame tu terraza —dije, y me reí cuando enarcó una ceja—. Te-rra-za**** —articulé.

—Ah —dijo, y luego se levantó y empezó a caminar mirando a la cámara—. Te voy a enseñar mi gran terraza, y luego vamos a hacer un plan para tu coche.

—Mandón —dije, un poco hipnotizada por el contacto visual a través de FaceTime y su voz profunda diciendo «mi gran terraza».

—Solo con testarudas —respondió.

Le oí abrir la puerta corredera y luego giró la cámara.

—¡Caray! —Como era de esperar, vivía en algún rascacielos del centro de la ciudad totalmente fuera de mi presupuesto—. Apuesto a que podrías matar a alguien si le tiraras una manzana desde esa altura.

Le dio la vuelta al teléfono y me miró con cara de «eres ridícula»

mientras volvía a entrar.

—Ahora, hablemos de tu coche.

—Vale, mi coche. Mañana después del trabajo llevaré la documentación y lo sacaré de la cárcel.

—Si quieres, puedo llevarte. —Se sentó de nuevo en el sofá y, en un segundo, los gatos ya estaban encima de él. Ni siquiera se inmutó y eso me pareció adorable—. Y luego lo remolcamos hasta mi garaje.

Todavía me sentía rara por que hiciera eso.

—Mmm… Está bien, pero solo si me aseguras que tus gatos serán horribles conmigo.

—Desde luego. Son toda una pesadilla —dijo, como si los odiara, mientras ellos ronroneaban adormilados encima de él.

Blake

—¿Qué demonios es eso que tienes detrás? —pregunté, sabiendo muy bien lo que era.

Ella miró por encima del hombro a la máquina de musculación.

—¿Eso? Es una cosa para entrenar —dijo.

—Una cosa, ¿eh? —Era casi medianoche y habíamos estado haciendo FaceTime durante horas. No fue planeado, pero habíamos empezado a ver el mismo episodio de *Top Chef* a eso de las nueve y, desde entonces, nos habíamos dado un atracón de episodios.

—Apuesto a que ni siquiera sabes usarlo —dije.

—Claro que sí —dijo, mirándome con el ceño fruncido.

—Tienes unos brazos escuálidos, no me lo creo. Lo siento.

Puso los ojos en blanco frente a la cámara y se levantó. Como sabía que iba a hacer.

—Mira y aprende, señor Pectoral.

La imagen se volvió borrosa durante un minuto y luego estaba

mirando la máquina, por lo que debió de apoyar el teléfono en algún sitio. Ella apareció con su vieja camiseta y unos *leggins* negros, y yo me recosté en el sofá para disfrutar del espectáculo.

—No te pongas celoso de mi fuerza, Blakey —dijo, moviéndose como un boxeador que se prepara para la pelea—. Esto no es algo que todo el mundo pueda hacer.

—De acuerdo.

«Esto es raro», pensé mientras ella hacía tonterías delante de la cámara con el pelo desaliñado y las gafas de empollona. Skye había sido encantadora de una manera perfecta (cuando no me estaba mintiendo). Era preciosa y elegante. Había estado loco por ella, quise casarme con ella, pero nunca me había sentido tan… «cautivado» por ella.

Puede que fuera porque me divertía con Izzy. Yo era su amigo, mientras que no lo había sido realmente de Skye.

«Hablando de una bandera roja para el matrimonio».

Izzy colocó las manos en los agarres de la máquina y levantó las piernas por delante de ella.

—Phillips, estiras las piernas y fortalece la zona abdominal. ¿Ves?

Ella subió y bajó las piernas.

—¿Así es como usas esa cosa? —Negué con la cabeza mientras ella sonreía con orgullo y se colgaba de la máquina—. ¿Y el otro lado?

—¿Qué? —Dejó los pies en el suelo y soltó las agarraderas.

—Tienes que agarrarte a la parte superior del otro lado y hacer dominadas.

Miró a la barra de dominadas y luego a la cámara.

—Supongo que podrías hacerlo si eres un patético musculitos, pero esta máquina sirve para la zona abdominal.

—No es para eso, idiota. —Me crucé de brazos y añadí—: Es para

hacer dominadas, y el lado que estás usando para las abdominales es para hacer jalones de espalda.

—No creo que los jalones de espalda ni siquiera existan —dijo, sujetando su teléfono y sentándose de nuevo—. No sabes de lo que estás hablando.

—Tengo la misma máquina, Shay —dije.

—Si quieres que te crea, demuéstramelo, Phillips —replicó ella, levantando la barbilla con altivez.

Me levanté y empecé a caminar hacia la habitación de invitados.

—De acuerdo, pero vas a sentirte muy idiota.

Izzy

«Mierda, su dormitorio».

Lo vi un segundo mientras él caminaba por el pasillo con la cámara al frente, pero fue suficiente para que me quedara con que había una cama muy grande.

Claro que tenía una cama grande.

Encendió las luces de otra habitación que parecía servir de oficina y sala de entrenamiento. Había un escritorio grande, una cinta de correr, una bicicleta estática y una máquina de musculación exactamente igual a la mía.

Debió de dejar el teléfono sobre el escritorio, porque enfocó a la máquina.

—¡Dios mío! ¿Voy a descubrir los secretos del pecho del señor Pectoral?

—Ya te gustaría —dijo Blake, y entonces levantó sus largos brazos y agarró la barra de dominadas. Sin mediar palabra, empezó a hacer dominadas como si fueran la cosa más fácil del mundo.

—¡Uhhhh! —dije, incapaz de reprimir una risita mientras mis ojos

disfrutaban con las exhibiciones de fuerza de Blake—. Eres muy flojo. Tienes sangre de horchata.

—No oía esa expresión desde el instituto —dijo sin bajar el ritmo de sus perfectos movimientos.

—Creo que no lo había dicho desde entonces.

No pude evitar fijarme en el duro abdomen que se le veía con los brazos levantados. No solo eso, sino que los pantalones cortos le colgaban de las caderas, tan abajo que se veían sus afrodisíacos músculos oblicuos.

«Menudos músculos oblicuos… Necesito sales aromáticas».

—Déjalo antes de que vomite —dije—. Tus movimientos son horribles.

Se tiró al suelo y sonrió a la cámara de una forma que me puso muy cachonda.

—Lo que tú digas.

—¿Y el otro lado? —pregunté, sintiéndome como una pervertida porque básicamente le estaba pidiendo que me hiciera otra exhibición de fuerza—. Creo que te inventaste algo llamado «jalón de espalda»…?

Se colocó al otro lado y empezó a hacer tales movimientos que me dieron ganas de morderle los bíceps, así que le dije:

—Ah, vale. Esta mañana hice un montón de esos.

—Vale, Iz —dijo tras salirse de la máquina y guiñarme un ojo.

Puse los ojos en blanco.

—¿No tienes que comer pechuga de pollo o algo así? —dije.

—¿Intentas librarte de mí? —preguntó, apagando la luz y dirigiéndose de nuevo a la sala de estar (o eso me imaginaba, ya que estaba viendo su apartamento por primera vez a través de FaceTime).

—Debería hacerlo, ya es tarde —dije, sin querer colgar el teléfono pero sabiendo que era lo más responsable.

—Sí, tienes razón —respondió, y una expresión seria cruzó su cara durante unos brevísimos segundos. Sus ojos buscaron los míos y dijo —: Seguro que tienes más pizza que comer.

—Sí, me han quedado unas sobras —coincidí con él, y había algo tan agradable en nuestras bromas que ya le echaba de menos, aunque aún no hubiéramos colgado el teléfono.

Hicimos planes para que me recogiera al día siguiente, después del trabajo, y empezar con el tema del coche. Pero, cuando colgamos, no pude relajarme lo suficiente para irme a dormir. Estaba tan excitada por el tiempo pasado con Blake que no sabía qué hacer.

Apagué las luces, me tumbé en la cama y, cuando me estaba obligando a dormir, mi teléfono vibró en la mesilla de noche.

Me di la vuelta y lo alcancé.

Blake: ¿Estás despierta?

Alcancé las gafas y me las volví a poner sobre la nariz antes de responder: Por desgracia, sí. Muy despierta.

Blake: Genial.

Izzy: Cruel.

Blake: Estaba pensando que podrías venir a mi casa mañana.

Jadeé y me senté erguida en la cama. «¿Queeeeeeé?». ¿Quería que fuera a su casa? ¿Cómo se suponía que debía responder a eso?

Blake: El miércoles por la mañana salgo muy temprano para Boston, así que debería ponerte al tanto del tema de los gatos.

Era cierto, los gatos. Me pasé los dedos por las cejas y suspiré. Le envié un mensaje: ¿Después de que hayamos ido al depósito?

Blake: Sí. Estaba pensando en pedir una pizza para que te la comas mientras conoces a los chicos.

Estaba intentando que mi cerebro no cortocircuitara, pero al día siguiente iba a cenar con Blake. Blake y yo, solos en su apartamento. Con su enorme cama cerca. Y sus abdominales.

«¡Aaaaay!»

Estaba en el proceso de controlarme cuando me envió otro mensaje.

Blake: ¿Podrías quedarte en mi apartamento mientras estoy fuera? Me siento fatal por pedírtelo, pero no me gusta dejar solo a Goodyear. Y así no tendrás que estar yendo y viniendo.

¡¿Quedarme en el apartamento de Blake?!

Respondí: Mmm…

Blake: Además, está cerca del trabajo, por lo que no tendrás que usar el autobús. Son tres minutos a pie.

Quería decir que sí, pero me parecía una mala idea. Una idea terrible. Una idea terrible de magnitudes estratosféricas. Mi teléfono volvió a vibrar y sentí que se me calentaban las mejillas mientras leía su mensaje.

Blake: TE LO SUPLICO. Hasta te dejaré dormir en mi nuevo y maravilloso colchón. Me lo entregan el miércoles y puedes cambiar la firmeza. Dicen que es como dormir en una nube. Así de desesperado estoy.

Quedarme en el apartamento de Blake. Durmiendo en la cama de Blake. «¿Qué demonios está pasando?». ¿Estaba soñando? Me di una palmadita en la mejilla y no, no era un sueño.

Izzy: ¿Puedo usar las instalaciones de tu edificio?

Blake: Claro.

Izzy: ¿Puedo comer pizza en tu nueva cama?

Blake: Claro que no.

Aparté las sábanas y salí de la cama. Debía ir a por un libro, porque no habría forma de que pudiera dormirme. La vida se había puesto muy interesante y mi cerebro estaba a punto de explotar.

Escribí mientras entraba en la sala de estar: Lo haré, pero tengo mucho miedo de enamorarme de tus gatos.

Blake tardó unos minutos en responder, y sus palabras provocaron algo en mi ya alborotado estómago.

Blake: No tengas miedo, Iz. Respira hondo y déjate llevar.

*** Tienda de productos de todo tipo que aparece en la serie *La casa de la pradera. (N. de la T.)*

**** Juego de palabras en el original. «Deck» es «terraza» en inglés, lo cual se parece mucho a «dick», que significa «pene», de ahí la aclaración. (N. de la T.)

15

Izzy

—¿Quiere el tique?

«¡Por Dios!», pensé, compungida por la cantidad de dinero que acababa de pagar para sacar a mi coche de la cárcel. Volví a meter la tarjeta de crédito en la cartera.

—No, gracias —le dije al tipo del mostrador.

—La grúa recogerá tu coche en una hora —dijo Blake con mucha seriedad, y le miré. ¿Cuándo había llamado a la grúa? Seguía llevando traje y corbata, con sus aires de director, y había algo muy atractivo en la autoridad que desprendía.

—Muy bien —dijo el encargado del depósito, asintiendo—. ¿La grúa sabe a dónde tiene que ir?

Blake respondió afirmativamente, pero también le dio la dirección de su garaje, por si acaso.

Miré mis sucias zapatillas deportivas, que estaban justo al lado de sus perfectos zapatos de vestir, confeccionados con una piel suave como la mantequilla. Sabía que yo parecía un desastre. Pero al llegar a casa del trabajo había decidido que lo más sensato sería ponerme ropa limpia, desmaquillarme y recogerme el pelo en una coleta.

Blake me había asegurado que nunca se me insinuaría (y yo le había creído), pero también supuse que yo misma le daría menos vueltas al tema de la química si me veía horrible.

—¿Preparada? —me preguntó con una ceja levantada, y yo asentí y me dirigí a la puerta.

—Vives en el centro, pero la dirección que has dado de tu garaje está en Springfield. ¿Por qué tan lejos? —dije cuando estuvimos en su coche.

—No reparo coches con tanta frecuencia —dijo mientras maniobraba entre el tráfico—, así que me decidí por la opción menos cara, que está un poco más lejos.

—Así que no es el garaje donde aparcas tu coche.

—No. —Sus grandes manos giraron el volante al doblar una esquina—. Mi edificio tiene un garaje para aparcar. En la bahía de Springfield tengo una pequeña caseta para hacer reparaciones.

—Oh —murmuré, intentando no imaginármelo inclinado sobre el capó de un coche con una llave inglesa en la mano—. ¿Tienes un mono de trabajo?

Me miró.

—No.

—¿Guantes? ¿Gafas de seguridad?

—¿Qué estás haciendo, Shay?

—Intento imaginarte reparando un coche, pero no puedo, porque eres tan… —dije encogiéndome de hombros.

Hice un ademán con la mano hacia su aspecto de revista masculina y el interior de su lujoso todoterreno.

—Bueno, no tendrás que imaginártelo por mucho tiempo —dijo, cambiando de carril—, porque tendrás que hacerme compañía mientras reparo tu bólido.

—¿Y si no me apetece? —dije entre risas y cruzándome de brazos.

—Lástima —dijo con una pequeña sonrisa mientras mantenía la atención en la carretera—. Espero que me alimentes, entretengas y asistas mientras devuelvo tu coche a la vida como si fuera un dios de la mecánica.

—Bueno, te haré algo mientras trabajas —dije, y al instante me di cuenta de cómo había sonado. No era eso lo que quería decir. Quería decir daño físico, ¡no actos sexuales!

No dijo ni una palabra, pero su mandíbula se tensó, y me di cuenta de que aclarar que no quería decir eso haría más seductora a mi seductora sugerencia.

O algo así.

«¡Mierda!».

—Pero ten cuidado con lo que deseas —espeté, negándome a que la situación se volviera incómoda—. Quizá lea en voz alta mi novela favorita o cante todas las canciones de *Hamilton.*

—¿Por qué no me sorprendería?

—¿Porque crees que soy una persona artística?

—Porque creo que te gusta molestarme.

Blake entró en un aparcamiento del centro de la ciudad, lo que me hizo suponer que vivía en un rascacielos. Cuando aparcó, salí del coche sin decir palabra, intentando comportarme como si no estuviera impresionada. Hizo un gesto hacia un ascensor y caminamos en esa dirección.

—¿Tus gatos pueden comer atún? —pregunté cuando hubo pulsado el botón de subida.

Me miró.

—¿Por qué?

—Solo es curiosidad —dije, sacando una bolsita de Whiskas del bolsillo de mi sudadera—. ¿Pueden?

—Sí —dijo—. Pero ya tienen comida.

—Esto hará que me quieran de forma instantánea —dije.

—Yo no estaría tan seguro.

Cuando el ascensor llegó, sonó una campanilla y las puertas se

abrieron.

—¿Por qué? —pregunté, mientras entraba detrás de mí y pulsaba el botón de la novena planta—. ¿No les gusta el atún?

—No les gusta la gente —dijo.

—Oh, bueno, yo no soy «gente» —contesté, mirando cómo se cerraban las puertas. Los números de planta empezaron a aparecer en la pantalla a medida que el ascensor subía—. Todos los gatos me adoran.

—Ya veremos —dijo, sacando el teléfono del bolsillo del pantalón y desbloqueando la pantalla.

—Desde luego —murmuré.

Eso provocó que Blake levantara los ojos de su teléfono. Los tenía entrecerrados, como si estuviera pensando mientras observaba mi cara.

—¿*Pepperoni* o combo? —preguntó.

—*Pepperoni* —dije, bajando la mirada porque su contacto visual me intimidaba.

Cuando el ascensor llegó a la novena planta, seguí a Blake por un largo pasillo con una moqueta de color gris y estampado de hiedra. Los modernos apliques de las paredes iluminaban nuestro camino como si fueran luces navideñas en un oscuro sendero ajardinado. Se detuvo frente a la puerta 964 y sacó las llaves del bolsillo.

—Me gusta tu puerta —dije, y estuve a punto de taparme la boca con la mano por parecer tan tonta. Pero es que la puerta tenía un pesado panelado de madera y una enorme aldaba de bronce, como si fuera la entrada de un caserón en vez de un apartamento.

—Gracias —dijo, abriendo la puerta y sujetándola para que entrara —. ¿Es raro si digo que, en cuanto la vi, supe que iba a alquilar el apartamento?

—Superraro, la verdad —dije, pasando por su lado y entrando en el apartamento—. Podría haber sido una puerta preciosa hecha a propósito, para disimular que se trataba de un portal al infierno.

—Es una puerta de madera. No tenía por qué preocuparme —dijo, y sentí un pequeño escalofrío en la espalda cuando se colocó detrás de mí. Oí que la puerta se cerraba e intenté convencerme de que estar a solas con él en su apartamento no era para tanto—. Si fuera un portal al infierno tendría que ser de metal ignífugo.

—Supongo —dije, haciéndome a un lado para que me guiara—. A menos que ellos quieran que pienses eso.

Se detuvo a mi lado y alzó una ceja de forma interrogante.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Ya sabes… ellos.

Parecía que iba a sonreír, pero en lugar de eso dejó las llaves sobre la mesa que había junto a la puerta.

—Hola, Goodyear —dijo.

Me giré y empecé a buscar al gato con la mirada. Blake entró en el apartamento y yo seguí sus pasos, metiendo la mano en el bolsillo de la sudadera para sacar la bolsa de atún.

—Estoy en casa, amigo —dijo Blake, y sacudí la cabeza. Ese hombre que llamaba a su gato con tanta delicadeza con su voz profunda era un auténtico peligro.

«¿Tal vez necesitaba unas balas de plata?». Quizá estas eran mi única oportunidad para sobrevivir.

El gato maulló y apareció por la esquina; un precioso peluche que fue directo hacia Blake cuando este bajó su fornido cuerpo hasta ponerse en cuclillas.

—Hola, colega —dijo.

Blake agarró al gato y se levantó, girándose para mirarme. Le acarició la cabeza y yo me acerqué un poco más.

—Hola, Goodyear —le dije, estirando una mano para acariciarlo.

Bufó y emitió un pequeño gruñido, lo que me hizo retroceder al instante.

—Te lo dije —dijo Blake mientras le acariciaba la cabeza.

—Es solo porque acabamos de conocernos —espeté, poniendo los ojos en blanco y sacándome el atún de la sudadera—. Pronto me querrá.

—No cuentes con ello.

—¿Me vas a enseñar tu apartamento o qué? —pregunté, agitando la bolsa de pescado con la esperanza de recibir una buena respuesta felina.

—Oh, no seas sarcástica —dijo, regalándome una sonrisa—. Si pudiera verte la cara, estoy seguro de que te adoraría.

—Me querrá de todos modos. —El gato parecía impasible ante el pescado—. ¿Dónde está la cocina?

—Sígueme.

Blake me guio a través de una sala de estar con unos ventanales enormes, un precioso sofá color *beige* de mediados de siglo, una pared llena de estanterías y una gruesa alfombra blanca que parecía perfecta para echarse una siesta.

—¡Menudas vistas! —murmuré para que no pudiese oírme, contemplando la ciudad mientras le seguía.

Cuando entramos en la cocina, pensé dos cosas.

La primera: Blake era un tipo de adulto totalmente distinto a mí. Su cocina era grande y moderna, y no tenía nada por medio. No había cajas vacías de Amazon, ni latas sobre la encimera a la espera de ser recicladas, ni un solo plato en el fregadero.

Necesitaba una máquina del tiempo para viajar a unos días atrás y avergonzarme mientras él visitaba mi pequeño y desastroso apartamento.

La segunda: debía de tener contratado un servicio de limpieza. Era imposible que un joven profesional tuviera tiempo para dejar su casa tan reluciente.

Yo creía mucho en la regla de los cinco segundos, pero en la cocina de Blake me pasaba a los treinta.

—Aquí es donde encontrarás su comida. —Abrió su nevera, a la altura de un chef, y señaló el estante inferior—. En los recipientes de color naranja.

—¿El color indica algo? ¿El naranja es un color de gatos?

—No —dijo, sacando un recipiente y abriéndolo.

—Pensé que quizá la «N» significaba algo como «No es para personas» o «No lo comas, esto es carne de caballo».

Eso le hizo esbozar una sonrisa.

—¿«Nada más que para felinos»?

—Exacto.

Me miró durante un largo instante con sus oscuros ojos, y yo estuve a punto de ponerme a parlotear para evitar la incomodidad del momento.

—A los chicos les gusta la comida caliente (lo que sé que es ridículo, así que ahórrate la burla). Así que la pongo en ese microondas durante cuarenta segundos —dijo.

Señaló el fregadero y, cuando seguí su dedo, vi que justo a la izquierda, debajo de la encimera, había un microondas empotrado que parecía muy cutre; tenía un dial giratorio, ¡por el amor de Dios! Abrió la puerta, metió la comida y puso en marcha el viejo y ruidoso aparato.

Levanté los ojos y le miré con incredulidad.

—¿Tienes… un microondas solo para ellos?

Se encogió de hombros. Parecía un poco cohibido.

—Me parecía mal hacer comida para gatos en el mismo sitio que la comida para humanos, así que compré un viejo microondas para calentarles la cena.

Me resistía a sonreírle, porque era realmente adorable.

—¿Sabías que, bajo tu elegante traje, hay una señora amante de los gatos?

—Claro que no —dijo, enseñándome el dedo antes de sacar la comida. Me impresionó que fuera capaz de sujetar a un gato con la mano izquierda mientras hacía otras cosas con la derecha.

—Oh, ya lo creo que sí. Este nivel de cuidado de mascotas es…

—No. —Arqueó las cejas y me lanzó una severa mirada—. Odio a estos pelmazos, pero es más fácil hacer lo que quieren para que se callen y me dejen en paz.

Me esforcé por no sonreír, pero fue imposible.

—Si tú lo dices…

—Claro —dijo con firmeza, y yo tosí para disimular mi risa.

Llevó la comida hasta un felpudo que había en un rincón y dejó allí el cuenco y el gato. Otro gato (supuse que Agujero) apareció de la nada para unirse a Goodyear en el festín.

—Creo que puedo manejarlo. No parece muy difícil —dije mientras los veía comer. Miré a Blake, que se estaba aflojando la corbata. Me quedé helada por un segundo, inmovilizada por aquel movimiento que parecía tan íntimo, como algo que no debería estar viendo.

—Si quieres ir a cambiarte de ropa, te aseguro que no cotillearé en tus cosas —dije.

—¿Pero puedo creerte? —bromeó, quitándose la corbata y desabrochándose el primer botón. Oí sus palabras, pero mis ojos estaban clavados en su garganta. Por alguna razón no querían moverse, así que parpadeé rápidamente y los obligué a hacerlo.

—Claro —logré decir, ligeramente mareada—. ¿Por qué no me creerías?

Enarcó una ceja, recordándome lo del café en Scooter's, y puse los ojos en blanco.

—De acuerdo —dijo—. Pero, si te pillo cotilleando, sufrirás las consecuencias.

—¡Qué miedo! —bromeé.

Su teléfono sonó y, cuando lo sacó del bolsillo y miró la pantalla, soltó un pequeño gemido.

—Tengo que responder, es trabajo.

—Perfecto. Vete a tu habitación y cierra la puerta para que pueda cotillear en paz.

Me dirigió una significativa mirada antes de llevarse el teléfono al oído.

—Soy Blake.

Blake

Cuando entré en la cocina veinte minutos después, no esperaba ver lo que vi.

Izzy estaba sentada sobre la isla, moviendo las piernas de un lado a otro mientras se comía un trozo de pizza y veía otro viejo episodio de *Top Chef* en mi televisor.

No es que estuviera haciendo nada malo o extraño, sino que parecía que se sentía como en casa. Como si perteneciera a ese lugar.

Cuando me acerqué a ella, sentí ese maldito revoloteo en el

estómago que había estado interpretando como una señal de alarma: «No seas idiota».

—Me gusta tu camiseta —dijo, dedicándome una presuntuosa sonrisa mientras clavaba los ojos en mi camiseta de Frank Reynolds con su frase más mítica.

—Esta noche tengo baloncesto, y este es nuestro uniforme —expliqué.

—Entonces la cosa va en serio —dijo, agarrando una botella medio vacía de cerveza de la encimera y llevándosela a la boca—. ¿Quieres una de tus cervezas?

—Sí. Muchas gracias.

Fui hasta la nevera, saqué una cerveza y volví a la isla. El abridor estaba a su lado, y me sentí embriagado por su olor mientras lo alcanzaba y destapaba la botella.

¿Qué coño era eso? ¿Champú? ¿Crema? ¿Perfume? Era como vainilla y talco de bebé, pero en versión excitante.

—Por cierto, tus gatos ya me adoran —dijo, y yo no tenía ni idea de si estaba bromeando o no.

Pero siempre era así con ella.

—¿Ah, sí? —dije, abriendo la caja de pizza y agarrando un trozo.

—Bueno, no, pero lo harán. Tengo un plan —dijo, haciéndose con una corteza de su plato.

—¿Y eso sería… ? —pregunté, llevándome el trozo a la boca mientras observaba cómo arrugaba la nariz al sonreírme. Todavía estaba obsesionado con las arrugas de su nariz.

Ladeó la cabeza.

—Eso es entre los chicos y yo.

—¡No me digas! —Alguien en la tele estaba llorando porque su panceta de cerdo estaba demasiado hecha, y Agujero serpenteaba

entre mis pies, pero lo único que yo podía hacer era mirar fijamente su sonriente cara.

¡Dios mío! Era tan jodidamente guapa.

Pero no me gustaba solo por su apariencia, por muy ridículo que sonara. Era guapa porque estaba llena de energía y era caótica, simpática e inteligente. Sus ojos brillaban, su nariz se arrugaba y su boca formaba sonrisas de forma espontánea.

Miré sus labios y recordé lo que se sentía al besarla. Lo que sentí cuando suspiró en mi boca y se aferró a mí como si ella también estuviera librando una batalla con fantasías infinitas.

—¿Cuándo le das la medicina al peludo? —preguntó con voz entrecortada mientras sus ojos recorrían mi cara.

—Cuando yo quiera —respondí, instigándome a detenerme mientras me inclinaba un poco más y colocaba mis palmas a ambos lados de su cuerpo.

—¿Crees que me dejará dársela? —preguntó con la voz aún más baja.

—Joder, sí —dije, hipnotizado por su boca y sus palabras, y por la forma en que sus ojos seguían bajando por mi cara.

—Bien —dijo en un susurro, y pude sentir la suavidad de su aliento en mis labios.

—Así que… —dijo, parpadeando rápidamente antes de romper el contacto visual para mirar a la televisión—. Mmm… ¿Dónde guardas la compota de manzana?

«Compota de manzana. Compota de manzana. ¿Qué es la compota de manzana?». Me enderecé, di un paso atrás y me sentí como si despertara de un sueño.

—Compota de manzana —repetí. Mi cerebro estaba esforzándose por ponerse al día—. Está en la nevera.

¿Qué demonios acababa de pasar? ¿Cuándo se me había caído el trozo de pizza en la puta encimera?

Me acerqué a la nevera, abrí la puerta y saqué el bote de compota de manzana y la medicina de Goodyear. Sin volver a mirarla, me hice con una cuchara de plástico y un envase de yogur del cajón y fui a buscar al gato.

—Está aquí —dije, encontrando a Goodyear en mi silla. Respiré hondo. «No ha pasado nada. Izzy ni se habrá dado cuenta de que has estado a punto de besarla».

Oí que saltaba de la isla, y no me pareció asustada cuando salió de la cocina y caminó en mi dirección. Sí, tenía las mejillas sonrosadas, pero hacía calor.

Mucho calor.

—Vale, enséñame cómo consigues hacerle tragar la medicina al gato.

Ella cambió su peso de pierna y se cruzó de brazos.

—Vale.

Le enseñé cómo tenía que aplastar una pastilla en el fondo del recipiente de yogur y mezclarla con el puré de manzana.

—Espera, ¿haces esto sobre una silla de color blanco? —dijo Izzy cuando levanté en brazos a Goodyear y me senté en la silla. Parecía horrorizada—. ¿Y si se te vierte?

—No se me vierte —dije, a punto de reírme por su cara de espanto.

—Nota para Iz: siéntate en el suelo cuando hagas esto —murmuró —. Continúa, por favor.

—Gracias. —Llené la cuchara de compota de manzana mezclada con la medicina y se la tendí a Goodyear, que levantó inmediatamente su carita peluda y empezó a lamer. Le encantaba la compota.

—Le gusta de verdad —dijo, poniéndose en cuclillas a mi lado y observando cómo Goodyear lamía la cuchara. Estiró una mano y le acarició la cabeza, lo que hizo que el gato le gruñera con la boca cerrada mientras la miraba, pero continuó lamiendo.

Me reí y ella me miró, sonriendo y arrugando la nariz.

«¡Mierda!». De repente sentí que no podía respirar.

Y, cuando me quitó la cuchara para intentar darle de comer, me di cuenta de que yo había cometido un error.

Un grave error de cálculo.

Porque tenerla en mi casa, rodeada de mis cosas, durmiendo en mi cama y dejando su increíble olor por todas partes podría cambiarlo todo, con independencia de que pasara algo físico entre nosotros.

Y había una pequeña parte de mí que no odiaba esa posibilidad.

«¡Maldita sea!», pensé mientras ese gato traidor empezaba a ronronear.

Hacía mucho calor en ese apartamento.

¿No?

Estaba tan concentrado en ella que no oí el tintineo de una llave en la puerta, y casi me dio un infarto cuando Jason y AJ irrumpieron en mi sala de estar instantes después.

—¿Por qué no estás listo? —dijo Jason, mirando a Izzy con los ojos entrecerrados, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—Te envié como cinco mensajes para avisarte —me dijo AJ, sacudiendo la cabeza en señal de disculpa—. Los Bricks juegan antes que nosotros, así que Jace quiere ir temprano para interrumpir.

—Venga, ¿estás bromeando? —dije. Jason podía ser tan odioso…

Miré a Izzy, que miraba a mis hermanos con curiosidad.

—Izzy, estos son mis hermanos. El follonero es Jason, y el que es un poco menos follonero es AJ. Chicos, ella es Izzy.

—Encantado de conocerte —dijo AJ.

—Encantada de conocerte a ti también —respondió ella con una sonrisa.

—¿Le estás dando a Goodyear su medicación y el muy psicópata no te bufa? —dijo Jason con incredulidad, viendo cómo mi gato comía la compota de manzana de su cuchara—. ¿Quién coño eres, Izzy?

Cuando estaba a punto de intervenir y justificar su comportamiento, ella habló con una satisfecha sonrisa.

—Eres un hombre adulto que lleva una camiseta a juego con la de sus hermanos. ¿Quién coño eres tú, Jason?

16

Blake

—¿No te he dicho ya suficiente?

—No —dijo Kylie, levantando la mano para pedirle al camarero otra cerveza—. Porque todavía no tiene sentido para mí.

Suspiré y miré a Jason.

—¿No puedes hacer algo con tu mujer?

—Sabes que no —dijo—. Y no quiero. Tu idiotez me está dando la vida.

—¿Mi idiotez? —repetí—. ¿Te importaría explicarme por qué mi amistad con esa persona es una idiotez?

Como mis hermanos habían llegado pronto, mi plan de llevar a Iz tranquilamente a casa se había desvanecido, y los cuatro acabamos apretujados en la vieja camioneta de Jason. Habían convencido a Izzy para que fuera primero a nuestro partido, en el que pareció divertirse, y luego la convencieron para que nos acompañara a comer alitas.

Habían estado bastante tranquilos toda la noche, pero en los cinco minutos que Izzy había estado de pie junto a la puerta, atendiendo una llamada telefónica, me habían sometido a una rápida ronda de interrogatorios.

Kylie me había obligado a contarles cada pequeño detalle de mi nueva y extraña amistad.

La forma en que nos conocimos, la forma en que nos hicimos amigos, la forma en que, con toda la intención, fuimos labrando un

camino que nunca nos llevaría a una relación romántica porque iría contra las reglas.

—Es obvio que tenéis química y que eres su jefe —dijo Jason con naturalidad, haciéndose con un nacho de la montaña que había en medio de la mesa—. Así que vuestras estúpidas reglas y planes son una idiotez. Solo hará falta un momento para que todo cambie.

—No, no cambiará —dije con irritación—. No somos animales, ¡por el amor de Dios! Podemos controlar nuestro comportamiento y nuestro entorno.

—Oh, ¿en serio? —replicó, arqueando las cejas y mirándome con escepticismo.

—En serio —dije a la defensiva. «Claro que podemos controlarlos; tenemos que hacerlo»—. Y tienes migas en la barba.

—¿En serio? —dijo, levantando la barbilla y sin limpiarse los asquerosos restos de la barba.

—Oh, ¿en serio? —se burló AJ desde el otro extremo de la mesa, sonriendo mientras se llevaba un nacho a la boca.

—Eres jodidamente pesado —dije, riendo a mi pesar—. De verdad.

—Vale, pero escúchame —dijo Jason, levantando una mano—. Las cosas con Skye iban genial hasta que aparecieron los secretos y las intrigas, ¿verdad? Sé que en este caso tú e Izzy estáis maquinando juntos en lugar de hacerlo ella a tus espaldas, pero jugar con la verdad siempre acaba siendo un lío.

Me lanzó una mirada, esa mirada, la que lo decía todo.

—Siempre —añadió AJ, asintiendo.

Y no se equivocaban.

Nos habíamos criado con un padre que jugaba con la verdad todo el tiempo. Mis padres se habían divorciado justo después de que yo naciera, y no puedo recordar un solo momento en que él no nos

ocultara lo que estaba pasando. Mentía sobre por qué no podía recogernos el día que le tocaba, mentía sobre por qué no podía hacer frente a los pagos de la pensión alimentaria, mentía sobre las vacaciones prometidas que nunca llegaban y mentía sobre el montón de novias que entraban y salían de nuestras vidas.

Mintió sobre cosas pequeñas y mintió sobre cosas muy importantes.

Sin embargo, nuestra madre siempre fue sólida como una roca.

Nunca nos había hablado mal de él, pero en cuanto tuvimos edad suficiente para ver su falta de honradez por nosotros mismos, ella convirtió su mal comportamiento en una lección que nos serviría para toda la vida.

Nos enseñó que nada era tan importante como la confianza.

Y en parte por eso resultó tan irónico que el año anterior hubiera aparecido de la nada para quedarse con el dinero del seguro que ella había dejado al morir, pero eso era otro tema.

—Bueno, la parte que no entiendo es por qué os reprimís. —Kylie se encogió de hombros y añadió—: Sois adultos, los dos queréis y tu empresa no es tu mamá, ¿verdad? Salid en secreto; nadie tiene por qué enterarse.

—No —dijo AJ, sacudiendo la cabeza—. Esa es una manera horrible de empezar una relación.

—No es una buena jugada —Jason estuvo de acuerdo—. En absoluto.

—Eso no es ético, Ky —añadí, sabiendo que nunca podría hacer algo que no toleraría en otro empleado de Ellis—. No puedo.

—Bueno, esa moral no va a acurrucarse contigo por las noches, Blakey —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Agarré mi cerveza, disgustado por aquel comentario. Se parecía

muchísimo a lo que me había dicho Skye la noche que rompí el compromiso.

«Todo lo ves con el filtro de tu estricta moral, Blake, pero es solo control: "Hazlo a mi manera o se acabó". Sinceramente, eres tan controlador como decías que era tu padre. Él controlaba el relato con mentiras, mientras que tú lo haces con tu incapacidad para perdonar. Diviértete durmiendo con esa ineptitud el resto de tu vida. Solo».

—Shhh… —dijo AJ cuando Izzy empezó a caminar hacia la mesa —. Aquí viene.

Sus ojos se clavaron en los míos mientras rodeaba la mesa y se sentaba a mi lado, y algo en su forma de sonreírme provocó que quisiera sentarme más cerca de ella.

En lugar de eso, miré a mis hermanos.

—Daos prisa y acabad; tengo un vuelo mañana temprano —les dije.

17

Izzy

Blake: Dato curioso: odio volar.

Miré el teléfono y sonreí mientras esperaba en la cola de Scooter's. Le envié un mensaje: Eso es porque eres un fanático del control.

Blake: A. No lo soy. B. No necesito un diagnóstico, sino una distracción.

Izzy: ¿Crees que puedo dejar lo que estoy haciendo para entretenerte?

Blake: Sé sincera. Estás en la cola del café, ¿verdad?

Izzy: Esto da miedo. ¿Has metido un dispositivo de localización en mi bolso?

Blake: No, te lo pegué en la espalda. Además, la primera vez que nos vimos me dijiste que derrochas tu dinero en Scooter's todas las mañanas.

Pedí mi café, pasé la tarjeta y me dirigí a la zona de espera. Josh me había dejado en la cafetería porque yo no había querido ir en autobús cargada con la bolsa de viaje; la bolsa que llevaba al trabajo porque luego iría directa al lujoso apartamento de Blake.

Estaba entusiasmada con las vistas, con el reto de conseguir que sus gatos me quisieran y con ir caminando al trabajo por la mañana

como si fuera la protagonista de una telecomedia sobre Nueva York, pero también estaba nerviosa por alguna inexplicable razón.

Bajé la mirada al teléfono y le envié un mensaje: ¿Tienes asiento junto a la ventanilla?

Blake: No. Estoy encajado entre un tipo que no deja de hablar y otro que tatarea.

Resoplé y le envié un mensaje: Un hablador, un pectoral y un tatareador entran a un bar…

Blake: Chica simpática.

Izzy: Gracias. ¿A qué hora entregan el colchón?

Blake: Antes de las dos; el portero les dejará entrar. NO PIZZA en la cama.

Izzy: Si una pizza cae sobre una cama y el dueño de la cama no está ahí para verlo, ¿ha sucedido?

Blake: No importa porque no vas a comer en la cama, Shay.

Izzy: Tranquilo, colega. Es por hablar.

Blake: LO SABRÉ.

Izzy: Eres adorable cuando usas todas las mayúsculas. MUY POTENTE.

Blake: Voy a hacer un FaceTime contigo esta noche a las 6:01 y espero que me enseñes mi cama en detalle.

Izzy: Voy a hacer un FaceTime contigo esta noche a las 6:01 y

espero que me enseñes tu culo en detalle.

Le envié rápidamente otro mensaje.

Izzy: NO LITERALMENTE. Si me enseñas el culo por FaceTime, te denunciaré a la Comisión Federal de Comunicaciones.

Blake: No creo que necesites ese café.

Izzy: No eres mi jefe.

Blake: Yo soy, literalmente, tu jefe.

Izzy: No creo que necesite este café. Tengo que ir a trabajar.

Blake: Que tengas un buen día, Iz.

Usar un apodo, en mi opinión, era de lo más excitante. Llama a Isabella Shay por su apellido o Iz, ¡por el amor de Dios!, y se derretirá como un trocito de mantequilla sobre un montón de patatas calientes. Dejé escapar un soñador suspiro en respuesta a su «Iz» antes de responderle: Tú también, jefe.



—Sigo sin entender por qué son las diez allí y el plástico sigue puesto —dijo Blake—. ¿A qué estás esperando? ¿Es que eres un ave nocturna?

Yo no era un ave nocturna, y me estaba quedando dormida en su cómodo sofá con sus gatos acurrucados en mi regazo, pero no había sido capaz de sacarle el plástico protector a su nuevo colchón. Me parecía… indiscreto. Debería ser él quien lo hiciera, no yo.

—No, pero estoy demasiado cómoda en este sofá para levantarme. Y estos chicos podrían rebelarse si lo hago.

—Pequeños traidores. —Me hizo una mueca (habíamos estado haciendo FaceTime durante exactamente una hora y cuarenta y dos minutos) y recostó la cabeza en el cabecero de la cama—. Tiene que hacer un calor del demonio ahí dentro si todavía tienes la chimenea encendida y los chicos están encima de ti.

—No, tengo la puerta corredera del patio abierta —dije, deseando que nuestra llamada no acabara pronto. Porque, además de que era mi persona favorita con la que hablar en ese momento, me lo estaba pasando muy bien con las vistas.

Sí, era guapo. El hombre tenía una cara que inspiraba cartas eróticas al editor. «Era tarde y la única persona que había en la oficina era el multimillonario CEO». Pero yo estaba obsesionada con el hecho de que, cuando el elegante director Blake no estaba trabajando, era un desastre. Llevaba siempre el pelo alborotado, como si se olvidara de él en cuanto se quitaba la corbata, y parecía vivir entre camisetas descoloridas y sudaderas con capucha.

Era tan contradictorio como Superman, que también era un reportero empollón, por lo que me sentía afortunada de poder ver su lado más relajado.

Sospechaba que no mucha gente lo hacía.

O quizá solo esperaba que no lo hiciera mucha gente.

—¿En serio abres las ventanas y pones la calefacción al mismo tiempo? —dijo entrecerrando los ojos.

—Me encanta el sonido de la ciudad, pero odio el frío —dije encogiéndome de hombros y mirando a las ventanas. Había algo en las luces y los sonidos del centro que provocaba que no quisiera volver a casa.

Bueno, eso y el hecho de que su apartamento era simplemente increíble.

Para empezar, tenía una bañera enorme, así como una ducha del tamaño de todo mi cuarto de baño. Por si fuera poco, tenía altavoces estéreo Bluetooth integrados por toda la casa, así que podía poner mi lista de reproducción favorita y escucharla en cada metro cuadrado de aquel apartamento de ensueño.

Un televisor monstruosamente grande, los gatos más monos del mundo, una cocina enorme; ¿por qué iba a querer irme? En lugar de irme cuando Blake volviera, podría atrincherarme en el número 964. Seguro que podría pasarme doce o catorce horas más disfrutando del lujo antes de que las fuerzas especiales de la policía derribaran de una patada aquella preciosa puerta y me sacaran de allí.

—Es una genialidad, si lo piensas —dije, acurrucándome bajo la manta mientras la brisa otoñal soplaba por todo el apartamento—. Por cierto, olvidé decírtelo: tu hermano y su mujer estaban aquí cuando llegué del trabajo.

Estaba buscando las llaves parada en el pasillo cuando se abrió la puerta. Casi me morí del susto, pero Jason y Kylie eran tan simpáticos y amables que acabamos charlando en el pasillo durante media hora.

Lo cual era raro, porque yo no sabía hablar con extraños.

Pero eran tan auténticos…

Me daba un poco de envidia ver lo unidos que parecían estar todos. Yo solo hablaba con Alex un par de veces al año, e incluso así parecíamos unos simples conocidos.

Blake y sus hermanos, sin embargo, parecían saberlo todo los unos de los otros.

—¿Ah, sí? —Parecía sorprendido—. Lo siento mucho, Iz. A veces se pasan para usar la piscina cubierta del edificio, pero suelen avisarme antes.

—No, no —dije, lamentando habérselo dicho porque parecía muy arrepentido—. No fue para tanto. Al parecer has estado reteniendo uno de los trofeos de Jason como rehén, y él quería recuperarlo mientras estabas fuera.

—Maldito perdedor —dijo, sacudiendo la cabeza y sonriendo—. No es suyo. Es el trofeo itinerante de fútbol *fantasy* que gané el año pasado, pero aún no ha podido aceptarlo.

—Según él, hubo un poco de polémica con el final.

—Es un mal perdedor, esa es la única polémica.

Empezó a hablarme del conflicto comercial, pero me di cuenta de que estaba cansado. Lo que fuera que estuviera haciendo en Boston era confidencial (no podía contarme nada) e importante, así que supe que debía dejarle ir a dormir.

—Escucha, tengo que irme a inundar tu cuarto de baño llenando demasiado esa enorme bañera. ¿Mañana también vas a bombardearme con mensajes o lo de hoy no volverá a pasar?

«Por favor, di que sí». Nos habíamos pasado todo el día mensajeándonos y enviándonos memes, y había sido increíble.

Se sentó en la cama e inclinó el teléfono de forma que su cara ocupó toda la pantalla.

—Si paro ahora, podrías pensar que estoy siendo amable contigo. Y no podemos permitir eso, ¿verdad? —dijo.

Intenté disimular, pero fracasé estrepitosamente.

—¡No, por Dios! Eso sería lo peor —dije con una sonrisa radiante al teléfono.

18

Blake

Nunca me había alegrado tanto de ver el edificio donde vivía. Coloqué la tarjeta de acceso frente al dispositivo, recorrí el vestíbulo con la maleta y esperé impaciente a que llegara el ascensor, que iba demasiado lento. El viaje de negocios había ido bien y la fusión empresarial ya era oficial; todo había ido según lo planeado a nivel laboral.

Lo que no había ido según lo planeado era Izzy.

Le había enviado aquel primer mensaje para tomarle el pelo y evadirme un poco del vuelo, sin pretender dar un paso más en nuestra relación. Aunque antes de mi viaje chateábamos de vez en cuando, las conversaciones siempre empezaban por alguna razón.

Ahora, en cambio, éramos amigos de chat.

Odiaba esa etiqueta tan idiota, pero Iz lo había dicho como quince veces los últimos días, solo para molestarme, y ahí se había quedado. Ella era una idiota, y ahora yo decía cosas como «amigos de chat». Obviamente, nuestra amistad me estaba haciendo perder las neuronas.

Me envió mensajes sobre lo que llevaba puesto, el ruido que hacía su compañera de trabajo al masticar patatas fritas, los macarrones con queso que había hecho en mi cocina y su opinión sobre el proyecto de tranvía que el alcalde había propuesto.

Yo le envié mensajes sobre los hinchas de los Patriots, los secadores de manos de los baños de los aeropuertos, el libro que estaba

leyendo, las llamadas de mi abuela y mi opinión contraria al proyecto de tranvía del alcalde.

Nos habíamos enviado mensajes de texto durante los tres días que estuve en Boston y habíamos hablado por FaceTime cada noche. Incluso me puse en contacto con ella por FaceTime cuando llamé a mi abuela por el teléfono de la habitación del hotel, para que se enterara de lo original que era mi pariente favorita.

Básicamente, se había convertido en una amiga más. Diablos, me sentía tan cómodo hablando con ella como con mis hermanos, solo que con ella me daba un vuelco el estómago cuando hacía ciertas cosas. Sonreía, reía, hablaba de mi bañera, se acurrucaba con mis gatos; esas cosas me provocaron un dolor punzante justo encima de los riñones.

Que ignoré porque me pareció irrelevante.

Saqué mi teléfono e intenté enviarle otro mensaje mientras entraba en el ascensor. Ya estoy en el edificio.

Llevaba enviándole mensajes desde las cinco de la mañana, cuando decidí cambiar mi vuelo y volver a casa un par de horas antes. Pero ella no había respondido. No quería asustarla apareciendo por sorpresa, pero también me moría de ganas de llegar a casa y empezar el fin de semana.

Claro que los únicos planes que tenía eran salir a correr, ver el fútbol y arreglar el coche de Izzy, pero tras el trabajo extenuante de los últimos días, eso sonaba de puta madre.

Metí la llave en la puerta y la abrí despacio.

—¿Izzy? —Entré y cerré la puerta tras de mí. Oía la televisión, pero no había movimiento—. ¿Izzy? Soy yo. Tomé un vuelo que salía más temprano —dije alzando la voz.

¿Estaba dormida? Tal vez el nuevo colchón era tan cómodo que te

dejaba en estado de coma. «Por favor, dios del insomnio, que así sea».

—Iz, he llega… —dije mientras daba dos pasos hacia la sala de estar.

Me quedé boquiabierto cuando la vi.

Por alguna razón, verla durmiendo en mi sofá provocó que esa sensación en el estómago se volviera tan intensa que me dolió. Joder. Me acerqué en silencio mientras me ardía todo el cuerpo.

Tenía las manos recogidas bajo la mejilla, el pelo alborotado sobre la almohada (mi almohada) y, mientras la miraba, una emoción que no supe identificar se instaló en mi pecho como un pesado ladrillo. ¿Protección? ¿Añoranza? ¿Amor?

Verla allí, cubierta por mi manta y dormida en mi sofá, me hizo añorar… algo.

Joder, yo era un desastre, y también un baboso por mirarla mientras dormía, como si fuera el maldito Joe Goldberg.

—Izzy. —Me puse en cuclillas, acerqué mi boca un poco más a su oído y le dije—: Estoy en casa, Iz.

—Pectoral. —Su boca esbozó una sonrisa, aunque sus ojos permanecieron cerrados, y giró su cabeza y puso sus labios sobre los míos.

«Mierda, mierda, mierda».

—Iz —dije, apartando mi cara de la suya—, despierta.

—Estoy despierta —ronroneó, acercando mi cara a la suya agarrándome por las mejillas.

Antes de que pudiera reaccionar, me besó. Sentí su boca suave y cálida cuando abrió sus labios sobre los míos. Me quedé quieto, sin saber qué hacer, con la cabeza a punto de estallar.

¿Estaba despierta?

—Bésame, señor Pectoral —dijo con diversión sobre mis labios—. A menos que no quieras.

Bajó las manos hasta mi cuello y el movimiento me desequilibró al estar en cuclillas. Me agarré con una mano al respaldo del sofá y con la otra a la parte delantera, e Izzy lo interpretó como que yo estaba accediendo. Me pasó un brazo por detrás de los hombros y me acercó a ella, por lo que de repente me vi de rodillas junto al sofá, con el torso inclinado hacia ella mientras me mordía el labio inferior.

«Estoy acabado», pensé (puede que lo dijera en voz alta) mientras abría mi boca sobre la suya, deseando devorarla. Emitió un sonido gutural que aumentó mi excitación, mientras sus manos acariciaban mi pecho y su boca se movía con frenesí.

Besaba como el sexo y la guerra, como la dominación y la competición, como ir a por todas y no dejar nada pendiente, joder. Yo quise más, lo quise todo, cuando sentí sus dedos agarrándome la parte delantera de la camisa.

Mis manos se aferraron al sofá mientras su olor (vainilla y algo excitante) se apoderaba de mis sentidos y me embriagaba. Abrí los ojos porque necesitaba confirmar que realmente era Izzy, destrozándome como la había imaginado hacerlo cientos de veces.

«Claro que es ella».

Le mordisqueé el labio inferior y dije su nombre (no, balbuceé su nombre, porque al parecer había perdido la capacidad de hablar con claridad), y sus ojos se abrieron.

Tenían un azul intenso mientras parpadeaba, con una soñolienta sonrisa en la boca.

Pero entonces frunció un poco el ceño y la sonrisa desapareció.

—¡Dios mío, Blake! —dijo, parpadeando rápidamente y apartando las manos de mi cuerpo como si le quemara. Se sentó en el sofá,

sacudió un poco la cabeza y añadió—: Mierda, mierda, mierda. Lo siento mucho.

19

Izzy

Me aparté el pelo de la cara sin saber qué decir.

«Mieeeeeerda».

¿En serio acababa de besar a Blake sin su consentimiento? ¿En serio? Él se sentó tranquilamente a mi lado, como si yo no acabara de comportarme como una loca, y me pregunté qué hora sería.

Y qué demonios acababa de pasar.

Estaba teniendo un sueño erótico con él, donde me besaba (el beso más excitante del mundo, para que conste) y decía mi nombre de una forma muy lujuriosa.

Pero entonces abrí los ojos y allí estaba él, inclinado sobre el sofá, mirándome con esos ojos oscuros e inescrutables mientras yo le arañaba el pecho como… mierda… como un animal agresivo con garras al que no podía poner nombre porque mi cerebro ya no funcionaba.

Quería morirme de vergüenza.

—Estaba teniendo un sueño y era muy realista —solté, sin esperar que me creyera pero desesperada por convencerle. No quería perderlo, así que tenía que hacerle entender que nada había cambiado entre nosotros.

Tenía la mandíbula tensa y los ojos clavados en mí.

—No sé cómo has llegado hasta aquí, pero de algún modo mi cerebro pensó que formabas parte del sueño. Te besé, pero estaba besando a otra persona en mi sueño, lo juro. Por favor, créeme que

nunca, nunca haría algo así contigo —dije.

Él no dijo nada, solo tragó saliva, y supe que lo había estropeado todo.

—Vamos, Blake, di algo. Dime que no estás molesto, o asqueado, o que no has sentido que te estaba violando. Solo ha sido un malentendido de proporciones épicas, y las cosas entre nosotros no son diferentes a como lo eran anoche, cuando vimos *Top Chef* juntos por FaceTime.

—Izzy.

—Lo decía en serio cuando estuve de acuerdo contigo en que ambos somos adultos y podemos controlarnos. Lo que ha pasado es culpa de mi subconsciente.

Me miró durante un largo rato, con su mandíbula tensándose y relajándose, y odié haberle provocado aquella expresión tan seria.

—Si pudiera retractarme, lo haría. Lo juro… —dije tras aclararme la garganta.

—¿Quién era? —interrumpió.

—¿Qué?

—¿A quién estabas besando en el sueño? —Parecía un poco molesto. Percibí algo de ego en su contrariada reacción a mi manoseo, pero decidí ignorarlo.

Me miraba fijamente mientras esperaba mi respuesta, y yo sabía que todo volvería a la normalidad si era capaz de soltar un nombre. «Piensa, piensa, piensa». Pero, en ese momento, todos los nombres del planeta se habían borrado de mi mente. Bueno, todos los nombres excepto Ronald McDonald, pero eso no funcionaría.

—Tú no… no lo conoces —dije tras aclararme la garganta.

Puse los ojos en blanco.

—¿Pero tú sí? —preguntó.

Me senté más erguida en el sofá y me giré para quedar frente a él.

—Es solo un famoso. No es gran cosa…

Ladeó la cabeza.

—¿Qué famoso?

—¿Vas a obligarme a decirlo? —pregunté, queriendo salir del atolladero pero también dispuesta a hacer cualquier cosa para que olvidara lo que acababa de pasar.

—Dilo.

—¿Quieres un nombre? ¿Quieres que te diga su nombre? —Me había quedado bloqueada.

—Dilo, Shay.

—Vamos, Phillips —gemí.

—Si no me dices su nombre…

—De acuerdo. ¡Tom Colicchio! —grité, y luego crucé los brazos sobre el pecho. Asentí con la cabeza y dije—: Sí, estaba besando al Top Chef.

—Tom Colicchio. —Me lanzó una significativa mirada. Sabía que estaba mintiendo.

Así que asentí de nuevo, duplicando la apuesta.

—Se podría decir que estábamos provocando un pequeño incendio juntos —añadí tras morderme el labio inferior.

—¿Estás lista?

—¿Qué?

Se levantó y me di cuenta de que ya no parecía molesto. Se sacó el teléfono del bolsillo y miró la pantalla.

—Me muero de hambre. He pensado que podríamos pasar por Bruegger's de camino a tu casa. ¿Te apetece un *bagel?*

Parecía que tenía prisa por sacarme de su apartamento.

—Entonces, ¿va todo bien? —no pude evitar decir, pese a haber

asentido.

—Claro. —Dejó el teléfono y me tendió una mano para ayudarme a levantarme.

—¡Gracias a Dios!

Le agarré la mano y dejé que me pusiera de pie, pero cada célula de mi cuerpo dejó de existir excepto las de mis dedos. Su mano grande y cálida engulló la mía, y el contacto de su piel fue eléctrico y excitante y… ¡Mierda!

Miré nuestras manos y las solté rápidamente.

«¡Por Dios!».

—Pero… Iz.

—¿Sí? —Sacudí los dedos a mi lado.

—La forma en que besaste a Tom Colicchio fue jodidamente pecaminosa —dijo con sus oscuros ojos llenos de lujuria.



—Vamos, colega. —Josh puso sus brazos a los costados antes de estirar la pierna hacia arriba—. Eso me parece una mierda. Una razón muy débil para que no estéis a solas.

Agaché la cabeza mientras mi primo hacía giros con la pierna. Yo estaba sentada en el césped de nuestro jardín delantero mientras Josh y seis de sus amigos practicaban una especie de arte marcial-yoga-estiramientos. Todos permanecían en silencio mientras seguían a rajatabla los movimientos del líder del grupo, así que aproveché para sentarme a su lado y contarle toda mi situación.

No tenía más remedio que escucharme.

—Sé que suena así, pero en realidad no lo es —expliqué—. Es un pez gordo que cree totalmente en la ética profesional. Nunca se liaría con alguien que está por debajo de él porque está mal.

—¿Es religioso?

—No, quiero decir, no lo creo. Creo que solo es una buena persona.

—Bueno, si todo es tan perfecto entre vosotros dos, ¿por qué no buscas trabajo en otra empresa? —dijo el tipo que estaba a mi derecha. Siseó sus palabras mientras bajaba lentamente hasta la posición de sentadilla.

—No te metas, Stan —dijo Josh, levantando la pierna izquierda y girándola—. No debería dejar su trabajo.

—Pero como ella es nueva en la empresa, tiene sentido —murmuró Stan, lanzándome una presuntuosa mirada.

—Pero como ella es nueva en la empresa —replicó Josh, bajando también su cuerpo hacia el suelo—, necesita más que él esta oportunidad, ¿verdad?

Me rodeé las piernas con los brazos y apoyé la barbilla en las rodillas.

—Habéis hecho un gran trabajo yendo al grano. Pero os habéis perdido lo más importante.

—¿Ah, sí? —preguntó Stan, con sus miembros temblando mientras mantenía la postura.

—¿Qué nos hemos perdido? —dijo Josh, dejando escapar un largo y silencioso gemido mientras le daba el sol en la frente.

—Si dejara mi trabajo, cosa que no quiero hacer porque me encanta y creo que allí puedo hacer carrera, ¿qué mensaje le estaría dando a Blake? —Recordé su cara cuando estaba sobre mí en el sofá, y suspiré—. ¿No parecería desesperada? ¿Que estoy dispuesta a dejar mi trabajo por él, aunque no hayamos tenido ni una cita?

—No —dijo Josh.

—Sí, totalmente —dijo Stan en el mismo instante.

Miré a Josh, que señaló a su amigo.

—Nadie le hace caso a Stan. Siempre se equivoca —dijo.

Stan arqueó las cejas y me dirigió una larga y significativa mirada.

«Stan tiene razón».

—Por cierto, ¿puedo usar tu excusa de «juro que fue un sueño»? —preguntó el líder del grupo, sonriendo mientras se ponía la pierna en la oreja sin ningún esfuerzo, como si fuera un bailarín de ballet—. Parece una jugada propia de Roy.

—¿Quién es Roy? —pregunté.

—Es él —dijo Josh, señalando al líder.

—Cállate la boca y respira, Roy —dijo Stan antes de hacer lo que parecían ser las aperturas de piernas.

20

Blake

Me había puesto las Nike y estaba buscando las llaves cuando sonó el móvil. De un vistazo pude ver de quién era el correo electrónico, y no quise abrirlo por muchas razones.

Para empezar, era sábado por la mañana. «¿Nunca has oído hablar del equilibrio entre trabajo y vida personal, Brad?». Yo respetaba mucho a mi jefe, pero él trabajaba 24 horas al día y 7 días a la semana. Yo también me mataba a trabajar, pero valoraba mi tiempo libre y me negaba a que se viera afectado por correos electrónicos y llamadas telefónicas constantes.

Pero lo más importante era que tenía que recoger a Iz y arreglar su coche. Estaba un poco disgustado por cómo habían acabado las cosas el día anterior y quería enmendarlo. Me enfadé muchísimo cuando Izzy no quiso decirme la verdad sobre con quién había estado soñando (lo cual sabía que era irracional), pero entonces caí en la cuenta.

Me había llamado «Pectoral». Me llamó por mi nombre. Más o menos.

Puede que estuviera soñando cuando nos besamos, pero soñaba conmigo, no con Tom Colicchio.

Y eso me había hecho feliz como a un maldito elfo todo el día. Volví a enviarle mensajes de texto como si nada hubiera pasado, e incluso ella me llamó por FaceTime esa noche como si yo todavía estuviera en Boston.

Pero el beso… ¡Santo cielo! ¡Qué beso!

El beso había estado repitiéndose en bucle en mi cabeza, y mentiría si dijera que no quería olvidarme de todo y hacer lo posible para que volviera a suceder otra vez. Y luego otra.

Pero eso no era posible, y estaba bien que así fuera.

Estábamos destinados a ser amigos o cualquier otra mierda platónica que me mataría.

Agarré las llaves y salí, recordando el comentario de Iz de «Me gusta tu puerta» mientras cerraba el pestillo.

Abrí Outlook y empecé a leer el correo electrónico mientras caminaba por el pasillo, y seguí leyendo mientras entraba en el ascensor. Pulsé el botón «0», las puertas se cerraron y cliqué en el documento adjunto.

Tras la fusión, había un nuevo organigrama. La dirección había reorganizado las unidades de negocio, lo cual tenía sentido, ya que la empresa había duplicado su tamaño.

Pero cuando se abrió la tabla codificada por colores y miré mi división, me empezaron a zumbar los oídos.

En Recursos Humanos había habido cambios, y el departamento ya no dependía de mí.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, corrí hacia mi coche.

21

Izzy

—Acaba de llegar. —Vi por la ventana que Blake salía de su coche y daba un portazo. Llevaba vaqueros y una sudadera gris que le hacía un pecho muy ancho. Y, cómo no, el pelo como si hubiera conducido todo el camino con las ventanillas bajadas. Solté las cortinas por las que había estado mirando y me di la vuelta—. Está aquí.

—¿Te sorprende? —preguntó Josh, sin apartar la mirada del monitor que tenía delante. El Oscuro estaba en su regazo, y él estaba sentado en la silla de mi escritorio, jugando a algún estúpido juego en mi ordenador porque el suyo no funcionaba—. ¿Que apareciera cuando dijo que iba a hacerlo?

—No, pero yo no…

Blake llamó a la puerta principal.

—¡Ay! —Me quedé paralizada y jadeé—. ¿Qué hago?

—Abre la puerta, idiota —dijo Josh—. No es tan difícil.

—Claro que sí. —Me tiré de la parte de abajo del jersey rojo (que había combinado con unos vaqueros) y me recogí el pelo detrás de las orejas—. ¿Y si quiere hablar de lo que pasó?

—Me acabas de decir que ayer os estuvisteis enviando mensajes todo el día.

—Sí, pero enviar mensajes es diferente —expliqué, inclinándome para recoger el mando a distancia que el gato había tirado al suelo—. Hablar cara a cara, después de atacarlo en su sofá, es…

—Deja de ser una llorica —dijo Josh, con los ojos todavía puestos

en el ordenador—. Y abre la maldita puerta.

—Vale. —Me acerqué, le quité al gato de su regazo y me volví hacia la puerta—. Pero me llevo al Oscuro como protección.

—¿Qué sentido tiene llevarte el gato a la puerta?

—Porque no sé si podría soportar que me mirara como si le hubiera hecho una jugarreta —dije, apretando al gato contra mi hombro mientras él intentaba soltarse—. El Oscuro podrá distraerle.

—Eres tonta del culo —murmuró mientras me acercaba a la puerta y agarraba el picaporte. Cambié al gato de brazo y abrí.

—Hola. —Era una palabra pequeña, pero la forma en que Blake la pronunció me dejó sin aliento. Sus oscuros ojos recorrían toda mi cara, como si buscaran algo en concreto. Parecía tenso, y no pude evitar mirar su boca y recordar cómo la había sentido sobre la mía.

—Hola —respondí, volviendo mi atención al gato que tenía en mis brazos. No quería que Blake pudiera confundir mi contacto visual con el deseo de hablar.

—Escucha, Iz, necesito hablar contigo…

—¡¿Qué pasa, Desafío Físico?! —gritó Josh detrás de mí.

«Gracias, Josh».

—Josh. —Blake pareció sorprendido por la presencia de Josh, pero yo no iba a mirarlo—. ¿Cómo va todo?

—Ya sabes —dijo Josh.

No tenía ni idea de qué hacer, así que miré a Josh.

—Estaba a punto… —dijo, pulsando teclas rápidamente y murmurando «Sí, cabrón». Luego levantó la mirada, nos sonrió y añadió—: de irme.

—No —solté. No quería quedarme a solas con Blake por nada del mundo—. No tienes que irte.

Josh apartó el teclado inalámbrico y se levantó.

—Arriba tengo un sándwich de beicon esperándome.

—Tengo beicon —dije, volviendo a mirar a Blake, que me observaba con los ojos entrecerrados.

—Sí, pero ¿qué tipo de pan tienes? —preguntó Josh, pasándose una mano por la barriga—. Solo me gusta el beicon con pan de molde de rebanada grande.

—Yo tengo ese pan —solté, aliviada porque tenía el pan que quería mi primo.

—¿Tienes mayonesa? —preguntó.

—Creo que tengo…

—Se le acabó la mayonesa —interrumpió Blake, con voz firme—. Y el pan.

En la cara de Josh apareció una enorme sonrisa mientras paseaba su mirada de Blake a mí.

—Mensaje recibido.

—Pero… yo tengo ambas cosas —dije, aunque ya era demasiado tarde. Josh, el muy idiota, me había traicionado. Pasó por mi lado y cruzó la puerta sin mirar atrás.

«¡Mierda!».

No miré a Blake mientras cerraba la puerta detrás de Josh, pero cuando me di la vuelta, allí estaba él, apretujándome contra la puerta.

—¿Por qué me estás evitando? —dijo con voz ronca y profunda mientras me miraba.

—Yo no… —dije tras morderme el labio inferior.

—Isabella Shay.

Se movió y, antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, me quitó al gato de los brazos y lo puso en el suelo.

—Blake Phillips. —Quise añadir algo, pero mi corazón empezó a

latir con fuerza cuando él se acercó un poco más.

Levanté los ojos hacia su ardiente mirada, y me sentí un poco mareada.

—Voy a perder la puta cabeza si no me dejas hablar contigo —dijo.

—Pues habla —dije, intentando sonar indiferente pero sin conseguirlo, pues mi voz salió en un susurro.

—El lunes te enterarás de que Ellis ha comprado una empresa llamada Everett Holdings en Boston; por eso estuve allí.

—Vale —dije, intentando prestar atención, pero la proximidad de su cuerpo era lo único en lo que podía concentrarme.

—Ellis ha reconfigurado su organigrama para absorber a los nuevos empleados bajo el paraguas de la dirección.

No estaba segura de por qué me hablaba de trabajo, pero me alegré. Tal vez centrarme en el trabajo me ayudaría a dejar de centrarme en él y en lo que sentía al tenerlo tan cerca.

—He visto el organigrama esta mañana, y Recursos Humanos ya no está en mi división.

—¿Qué? ¿De quién dependemos ahora? —pregunté. Me gustaba mi trabajo, pero un nuevo jefe podría echarlo todo a perder—. ¿De alguien de Everett o…?

—De mí, no.

—Oh, eso es muy concreto —bromeé, preguntándome cómo afectaría a mi trabajo—. ¿No tienes ni idea?

—Izzy. —Puso las palmas de las manos en la puerta, una a cada lado de mí—. Estoy intentando decirte que podemos ser más que amigos. Si queremos, claro.

—¿Qué? —jadeé.

Su nuez de Adán subió al tragar saliva.

—Me parece bien que sigamos como estamos, así que sin presiones

si eso es lo que quieres —dijo.

Me miró y ¡Dios, qué mirada! Su mandíbula se relajó, nuestras respiraciones se entremezclaron y el mundo se detuvo cuando nuestras miradas se cruzaron. Nos movimos juntos muy poco a poco, un balanceo casi imperceptible, como si él fuera un imán y yo de acero.

Se me secó la garganta mientras recorría su cara con los ojos, pero logré soltar el aire.

—Me gustaría mucho probar eso de ser más que… —empecé a decir.

Su boca me interrumpió, cayendo con fuerza sobre la mía mientras inspiraba con brusquedad, como si se hubiera despertado de un sueño. Inclinó la cabeza y me besó más apasionadamente, y olvidé lo que había sentido con todos los besos anteriores. No podía oír, ver ni respirar más que a él; él era el centro de todo.

Su boca devoró la mía, besándome como si se lo hubiera estado negando a sí mismo y por fin lo hubiera logrado. Y yo levanté las manos y las puse sobre su pecho. Le agarré de la sudadera para acercármelo más. Necesitaba más de él.

Mantuvo las palmas apoyadas en la puerta mientras su cuerpo se apretaba contra el mío. Podía sentir su calor, el de aquel cuerpo grande y fuerte, y sentí hambre. Estaba hambrienta de él. Le agarré la capucha con fuerza y le mordí el labio inferior, lo que le hizo gruñir y acercarse aún más.

—El beso de ayer me dejó loco —dijo sobre mis labios—. Y es lo único en lo que he podido pensar desde entonces.

—Tengo que confesar —dije, mirando a sus oscuros ojos— que el sueño era sobre ti, no sobre el Chef Tom.

—¡Oh, lo sé! —dijo, y sus labios esbozaron una malévola sonrisa.

Eso me envalentonó.

—Y sobre el beso —dije, emocionada por la idea de que estuviera la mitad de obsesionado que yo—, soñé con eso anoche.

—Cuéntamelo —dijo, bajando la boca para lamerme el cuello.

—No puedo —dije, derritiéndome mientras me mordisqueaba la piel y me hacía arder por todas partes—. Me daría demasiada vergüenza.

—¿Excitante? —preguntó, pasando la lengua por donde me había mordido.

—¡Oh, sí! —dije con un suspiro, echando la cabeza hacia atrás para darle un mejor acceso.

—Dímelo de todos modos —gruñó con voz ronca mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja—. ¿Dónde estábamos?

—En tu habitación —dije, esforzándome por hablar mientras me besaba la garganta—. En tu nueva cama.

Levantó la cabeza y me miró con ojos desenfocados.

—¿Desnuda?

—Muy desnuda —dije, y su expresión me dejó claro que estábamos a punto de tener sexo contra la puerta de mi casa.

Y nunca había deseado nada tanto.

Mis manos encontraron el borde de su sudadera y se metieron por debajo, tocando la piel firme y cálida de su tonificado vientre… ¡Joder! Tomó aire mientras sus antebrazos sustituían a sus palmas en la puerta, estrechando su cuerpo contra el mío sin dejar ni el más mínimo espacio entre nosotros.

—Iz.

Sentí la lujuria de su mirada antes de que su boca volviera a la mía, dándome apasionados besos que provocaron que quisiera apretarme más contra él. Me levantó y rodeé su cintura con las piernas,

aceptando cada excitante beso mientras me llevaba al vestíbulo. Mis dedos se metieron entre su pelo y me pregunté cómo era posible sentir con tanta intensidad.

Me sentía desfallecer por el poder de mi deseo y, al mismo tiempo, sentía la fuerza del contacto de nuestras bocas. No quería nada en el mundo excepto a Blake, nada en el mundo excepto a nosotros dos viviendo eso. Aunque me pareciera imposible, él lo era todo para mí en aquel momento de pasión.

Emitió un gruñido y, en lugar de entrar en mi dormitorio, se dio la vuelta.

Cruzó lo que debía de ser la cocina, porque yo estaba tan perdida en sus labios y en la forma en que sus dientes jugueteaban con mi labio inferior que no habría podido confirmarlo, y luego…

Luego me dejó sobre la mesa de la cocina.

Abrí los ojos (lo que me costó mucho más de lo que hubiera creído) y le vi mirarme con tanta lujuria que me sentí mareada.

—Tengo una idea —dijo con la cara sonrojada.

¡Mierda! ¿El señor Pectoral quería marcha en la mesa de la cocina? Intenté parecer relajada cuando retiré mis dedos de su abundante pelo, aunque mi presión sanguínea debía de estar altísima, porque mis manos empezaron a temblar y sentí un cosquilleo en los labios.

—¿Cambio de planes, Phillips?

—Sí. —Me pasó un pulgar por la mejilla—. Quiero sacarte a pasear.

Blake

Vi cómo se le formaba una arruguita en el entrecejo, como si estuviera confusa.

Sí, lo entendía. Estaba a solas con Izzy y por fin éramos libres de

hacer lo que nos diera la gana, pero yo estaba pisando el freno. ¿Acaso era idiota?

Pero el caso es que Iz me caía muy bien. Me gustaba ser su amigo, con independencia de su perfecto cuerpo y de su preciosa cara. Me gustaba el olor de su pelo y la forma en que arrugaba la nariz cuando sonreía, pero me gustaba aún más su insolencia.

Tanto era así que ahora, en vísperas de que nuestra relación tuviera luz verde, me ponía nervioso la idea de que tener sexo demasiado pronto lo estropeara todo.

—No me puedo creer que esté diciendo esto, pero pasar de cero a cien me parece poco inteligente. ¿Deberíamos hacer una pausa para cenar? —dije.

Izzy parpadeó.

—Espera, ¿tienes hambre? —dijo.

—No, tonta del culo —dije, disfrutando de la sonrisa que se dibujó en sus labios cuando se dio cuenta de que yo había oído a su primo desde el otro lado de la puerta—. Te estoy preguntando si quieres cenar conmigo esta noche.

—Pues no lo sé —dijo, ladeando la cabeza y lanzándome esa juguetona mirada que hacía que me entrasen ganas de revolverle el pelo o hacerle cosquillas hasta que acabara retorciéndose—. ¿A dónde me vas a llevar?

—A donde quieras —dije, sabiendo que lo decía en serio. Miré su expresión insolente y me sentí desconcertado por lo dispuesto que estaba a darle lo que quisiera y hacer lo que me pidiera.

—Cenar en París estaría bien —dijo, estirando una mano para tirar de los cordones de mi sudadera—. Pero solo si llevamos boinas.

—Negativo. A nadie le queda bien una boina.

—A Audrey Hepburn, sí —dijo, y yo estaba tan jodidamente

acostumbrado a que nunca supiera lo que iba a salir de su boca que se había vuelto un problema. Le enviaba mensajes y la llamaba demasiado a menudo, pero, sinceramente, hablar con ella era lo único que quería hacer.

—Discutible, pero sin boinas.

—Vale. —Ella empezó a sonreír, brindándome una amplia sonrisa mientras se recostaba sobre sus brazos—. ¿Qué tal una cena en la Toscana?

—Eres exigente —dije, inclinándome para pasarle la nariz por la clavícula, porque tenía algo que me volvía loco—. Pero los espaguetis de verdad no se parecen en nada a los que tú comes. Me temo que te morirías de hambre.

Levanté la cabeza y me pregunté cómo podía desquiciarme tanto su arrogante sonrisa.

—Entonces Italia está descartada porque los espaguetis son la única cena posible. —Frunció los labios, como si estuviera sopesando nuestras opciones, y luego dijo—: Entonces supongo que lo único que nos queda es Johnny's en la calle L.

—Perfecto —dije, necesitando besarla de nuevo.

Bajé la boca, hipnotizado por la forma en que me miraba.

—Pero ya no puedo ir contigo a tu garaje —dijo justo cuando mis labios rozaron los suyos.

Me aparté de sus labios.

—¿Por qué no?

—Ya sabes.

Se encogió de hombros y me rozó suavemente la nariz con la suya, mientras su aliento llegaba a mis labios, y eso me provocó una extraña reacción física. El contacto me provocó una punzada en el pecho, y me convencí de que estaba perdiendo la cabeza. Lo más

probable es que fuera cosa de mi libido, porque las punzadas en el pecho por el simple contacto físico no eran algo habitual entre los adultos.

—No lo sé —logré decir, alejándome un poco más—. ¿Me estás dejando tirado?

—Esta es la cuestión, señor Pectoral —dijo, moviéndose sobre la mesa hasta tocar el suelo con los pies y levantarse. Se recogió el pelo detrás de las orejas, luego respiró hondo y espetó—: Si te veo con un mono de trabajo y una llave inglesa en la mano, no sé cómo acabaremos la tarde. Y por muy tentadora que me parezca la idea, lo que quiero es tener una cita contigo esta noche.

Al principio no lo entendí, pero entonces ella ladeó la cabeza y enarcó una ceja.

—¡Maldita sea, Shay! —dije entre dientes mientras me llegaban imágenes eróticas de nosotros dos sobre el capó de su coche—. Ya te he dicho que no tengo mono.

Eso la hizo resoplar y golpetearse la frente con el dedo índice.

—Pero lo tienes aquí arriba.

No pude contener la sonrisa, igual que no pude evitar estirar la mano y darle un tirón de la coleta.

—¿Así que tengo que ir solo a Springfield porque eres una pequeña pervertida?

Volvió a encogerse de hombros.

—Eso parece —dijo entre risitas.

—Eso no es justo.

—La vida no es justa.

—Eres una idiota —dije, sacando mis llaves del bolsillo delantero —. ¿Lo sabías?

—Una idiota que te hará FaceTime durante toda la reparación. —

Entrelazó sus dedos con los míos y me llevó tras ella por la cocina hasta llegar a la puerta. Que tirara de mí con su pequeña mano volvió a provocarme esa ridícula punzada en el pecho, lo que me habría cabreado si no me hubiera hecho reír al decir—: La única diferencia será que no podré tocarte el culo digitalmente mientras te inclinas sobre el motor.

—¿Me habrías tocado el culo? —pregunté, soltándole la mano para que pudiera arreglarse los mechones que se le habían caído de la coleta—. ¿Digitalmente?

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo riéndose y dándome un manotazo en las manos—. Me refería al método de comunicación, no a tocar el culo.

Entonces se puso de puntillas y me besó, y yo seguía sonriendo como un idiota cuando subí al coche y metí las llaves en el contacto. Estaba a punto de arrancar cuando me vibró el teléfono en el bolsillo.

Esperaba que fuera mi pequeña sabelotodo, enviándome sus típicas tonterías desde la ventana, pero era un correo de mi jefe. No me apetecía nada leerlo (estaba fuera de horario, ¡por el amor de Dios!), pero entonces vi el asunto.

Re: Organigrama reconfigurado-V.2 (revisado)

—Hijo de puta.

Tuve esa sensación en el estómago, la que me decía que iba a odiar ese jodido archivo adjunto, y me froté las sienes con los dedos. «Mierda, mierda, mierda».

Pero justo cuando iba a hacer clic en el documento, me salí de la aplicación de correo electrónico.

—No —dije para mis adentros, y volví a guardar el teléfono en el bolsillo y me abroché el cinturón de seguridad. Me alejé del bordillo,

pisé el acelerador y decidí ignorar mis correos hasta el lunes por la mañana.

22

Izzy

—Sí, cariño, justo ahí —gemí.

—Cállate —gruñó entre dientes.

—Pero, cielo, es que se te levanta la camiseta y puedo verte la parte baja de la espalda —dije, esforzándome por parecer una babosa—. Sé que te dije que pararía, pero me es imposible controlarme cuando me estás poniendo enfrente todo este porno de reparación de coches.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un grano enorme en el culo? —jadeó Blake mientras intentaba instalarme un nuevo alternador en el motor del coche.

—¡Oh, todo el tiempo! Pero no cambies de tema.

Se rio, pero siguió trabajando.

—¿Cuál es el tema exactamente? ¿Tu idiotez?

—¡Qué regalo para la vista es este videochat! —Miré la pantalla de FaceTime y vi que llevábamos hablando casi dos horas, básicamente todo el tiempo que había estado trabajando en mi coche.

Me habían parecido cinco minutos.

Nunca en mi vida me había divertido tanto como con él. Era como si nuestros cerebros estuvieran sincronizados. Blake siempre entendía mi extraño sentido del humor y jugaba conmigo de la forma más encantadora, lo que probablemente hacía que dar un paso más en nuestra relación fuera tan terrorífico. ¿Y si lo echábamos todo a perder?

—No sabes cuánto me alegro de que mi trabajo te excite —dijo, y

me dio un vuelco el estómago.

De alguna manera, escucharlo decir «te excite» ya era en sí excitante.

—Escucha, tengo que irme —dije, sin saber qué me iba a poner para la cena. Quería estar bien, pero tampoco demasiado bien—. Tengo una cita esta noche con un tipo que conocí en Scooter's, y quiero tener tiempo para arreglarme.

—¿Ah, sí? —Apartó la mirada del motor y la dirigió al teléfono, que había colocado encima de su caja de herramientas con ruedas—. ¿Un tipo guapo?

—Yo diría que sí —dije, sonriendo como una adolescente enamorada.

—¿Inteligente? —Dejó la herramienta y se limpió las manos en los muslos.

—Oh, para nada —bromeé, riéndome cuando me miró sorprendido—. Pidió el desafío físico en el juego de las vallas, si puedes creértelo, y además le pone semillas de chía a todo. Quiero decir, ¿quién hace eso, verdad?

—¿Cómo demonios sabes lo de las semillas de chía? —preguntó con expresión divertida.

Me encogí de hombros.

—Cuando cuidé de tus gatos, vi que tenías una bolsa de tamaño industrial en la despensa.

—Menuda cotilla —dijo, agarrando el teléfono para acercárselo. Le brillaron los ojos—. ¿Qué más has descubierto?

—Vale, voy a confesar —dije sin sentirme avergonzada en absoluto. Nunca me había sentido así con él—. Estuve cotilleando, pero solo eché un vistazo rápido a los cajones, no toqué ni revolví nada.

No parecía creerme.

—¿Qué es lo más interesante que encontraste?

—Un cajón lleno de gafas. Me hice una foto con cada par —dije tras pensármelo un segundo.

—Eres una mentirosa de pacotilla. Acabas de decirme que no has tocado nada. —Su boca esbozó una sonrisa burlona, que era mi favorita de todas sus sonrisas. (Las cinco mejores eran: sonrisa burlona, sonrisa sexi, sonrisa sarcástica, sonrisa radiante y la de «Eres una idiota, pero me diviertes»). Luego añadió—: ¿De verdad te has puesto mis gafas, rarita?

—No me las he puesto, solo me las he probado —aclaré—. ¿Y quién tiene ocho pares de gafas? Podrías ser un sociópata.

—Llevo gafas todos los días, aunque use lentillas unas cuantas horas, así que ocho pares para trescientos sesenta y cinco días me parece lo mínimo. —Ladeó la cabeza y dijo—: En mi opinión, la persona que solo tiene un par es la que está chiflada.

—No hace falta que me insultes, y nadie te ha preguntado.

—Entonces, ¿qué es lo menos interesante que encontraste?

—¿Aparte del montón de chía?

—¿Cuánta chía es un montón, Shay?

—Cuenta la que tienes en la despensa y esa es la respuesta, Phillips.

—Lo menos interesante. Venga.

—Vale, lo que encontré inquietante en tu apartamento fue el libro de sexo geriátrico.

—¿Perdón? —dijo entre toses.

Sonreí ante su horror.

—Hay un libro en el armario de tu pasillo que parece de los años cincuenta y se llama *Sexo Delicioso.* Quiero decir, estoy a favor de que

perfecciones tu arte y descubras cosas nuevas, pero no creo…

—¡Joder! ¿Estaba en el fondo del armario, en esa pila de libros del suelo? —preguntó, apretándose las sienes con los dedos.

—Sí.

—¡Por Dios! Esos libros son de mis abuelos. —Entrecerró los ojos, parecía mareado—. ¿En serio hay un libro de sexo en esa pila?

Me eché a reír. Estuve a punto de decirle que estaba mintiendo, pero parecía demasiado disgustado como para no creerle.

—No solo es un libro sobre sexo, sino un libro sobre sexo deli… —dije.

—Basta ya. —Sacudió la cabeza y me señaló—. Tu cotilleo ha echado a perder la imagen que tenía de mis abuelos.

—Vale, ya me voy —dije entre risas—. ¿Nos vemos a las seis?

Su fingido enfado se transformó en una cariñosa sonrisa.

—Nos vemos a las seis.



Blake: Puedo ver que estás espiando detrás de las cortinas.

Sonreí al ver que se acercaba a la puerta del edificio mientras miraba su teléfono. Me alejé de la ventana y le respondí: Estaba viendo cómo se casaban dos ardillas, egocéntrico.

Blake: Claro que sí. Abre la maldita puerta.

Respiré hondo con nerviosismo. Unas horas antes, había estado nerviosa porque me daba vergüenza besarle. Ahora estaba nerviosa porque íbamos a tener una cita de verdad y probablemente nos besaríamos aún más al final de la noche. Tenía muchas expectativas, excitación y miedo porque había algo en esa noche que me parecía importante.

Metí el teléfono en el bolsillo de mi falda de *tweed* (una bonita falda que combinaba a la perfección con una camisa pirata blanca con volantes y una rebeca abierta), crucé la sala de estar y abrí de un tirón la puerta principal.

Blake estaba allí de pie, guapísimo, lo cual no era ninguna novedad. Llevaba el pelo perfectamente peinado, un perfume que me hacía flaquear las rodillas y una combinación de suéter con cuello en «V» y camisa abotonada que resaltaba al máximo su ancho pecho y sus espectaculares pectorales.

Pero esas cosas no eran nada comparadas con la forma en que me miraba. Me miraba como yo me sentía, como si también tuviera muchas expectativas, y eso bastaba para que me entraran ganas de desmayarme.

Especialmente llevando un ramo de narcisos amarillos en la mano.

Y oliendo a algo que quería morder.

—Hola —dije, sin aliento.

Sonrió y me tendió las flores.

—Hola.

—Me encantan los narcisos. ¿Lo sabías? —Intenté recordar si alguna vez se lo había dicho—. Gracias.

—No lo sabía —dijo, con la voz un poco más baja de lo habitual—. Pero de nada. Mi madre siempre decía que los narcisos son como dos flores en una, así que supongo que por eso los elegí.

Asentí con la cabeza.

—Déjame ponerlos en agua —dije, alejándome de él e intentando tranquilizarme mientras me dirigía a la cocina—. Y luego podemos irnos.

—Claro —dijo. Se aclaró la garganta y luego añadió—: También tengo otras flores que me recomendó la florista. Yo… esto… no creo

que sean apropiadas para la cena de una cita, pero insistió tanto en que te gustarían que yo…

Y se quedó callado.

Eso hizo que me detuviera en la puerta de la cocina y me diera la vuelta. Blake seguía de pie justo detrás de la puerta, sujetando un… ¿ramillete de muñeca?

—¿Es para mí? —pregunté.

Se encogió de hombros; parecía avergonzado.

—Sí, pero no pasa nada si no lo quieres. La señora…

—¡Oh! Claro que lo quiero. —Volví corriendo a donde estaba y miré las bonitas rosas amarillas y blancas. No había ido a ningún baile en el instituto, y siempre había querido un ramillete—. Es precioso.

—¿En serio? —Me miró con el ceño fruncido—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No —dije, despistándome un poco con sus negras y rizadas pestañas—. Me encanta.

—Bueno, deja que te lo ponga —dijo, con sus ojos clavados en los míos mientras me levantaba la muñeca con la mano libre e intentaba ponerme el ramillete. Sin embargo, la banda elástica se enganchó en mi anillo y luego en mi dedo meñique.

Miré hacia abajo y vi un pequeño temblor en su mano.

—¿Estás… nervioso? —pregunté con incredulidad mientras le miraba a los ojos.

—No —dijo con desdén, y añadió al instante—: En realidad, sí. Joder.

Eso me hizo sonreír a pesar de los nervios.

—Yo también.

—Es que me parece importante —dijo, bajando la mirada y

enderezando las flores de mi muñeca—. Esta noche.

Asentí con la cabeza.

—Es raro, ¿verdad?

Volvió a mirarme a los ojos.

—Mucho.

—Pero eso es una tontería —dije, presa de la ansiedad—. Porque no lo es.

—¿Ah, no?

—No —dije, mordiéndome el labio inferior—. Solo me das de comer para que no te arranque el brazo de un mordisco, y resulta que me he puesto maquillaje y un sujetador adecuado para la ocasión.

Enarcó una ceja.

—¿Un sujetador adecuado?

—Una prenda interior —expliqué, cambiando mi peso al otro pie mientras mi bocaza se hacía cargo de todo—. Con alambres en su interior para empujar los pechos de las mujeres hacia arriba y hacerlas más atractivas a la mirada masculina.

Parecía que quería sonreír.

—Y tú no sueles…

—Sí, no. —Hice un ademán con la mano y añadí—: No tengo mucho con lo que jugar ahí arriba, así que lo mío es la comodidad. Sujetadores deportivos y sin aro es lo que uso.

«¡Cállate, idiota!». Siempre parloteaba cuando estaba nerviosa, pero esta era la primera vez que hablaba de los sujetadores que usaba.

Blake se aclaró la garganta.

—Ya veo.

—¡Oh, Dios! ¿Acabo de destruir tus ilusiones? —¿Por qué mi boca

decía tantas tonterías todo el tiempo?—. ¿Mi confesión sería equivalente a que un hombre empezara una cita hablando de su micropene? ¿Deberíamos cancelarlo, para que no tengas que gastarte tu dinero en una cena cuando sabes que no quieres un micropene?

—¡Por el amor de Dios, Iz! —dijo, medio sonriendo con el ceño fruncido.

—¡Oh, Dios! ¡Lo he hecho!

—Me importa una mierda tu micropene, ¿vale? —Agarró la parte delantera de mi rebeca con ambas manos y tiró de mí para acercarme, con sus ojos marrones brillando de frustración y diversión a la vez—. Me paso todas las horas del día obsesionado contigo y con tus pequeñas tetas.

—¿En serio? —dije sin apenas voz.

—Sí, joder —dijo él con una exhalación—. Así que no puedes hablar de tu ropa interior sin volverme loco. Sin hacerme pensar en tu piel y en tu cuerpo y en qué aspecto tendrías vestida de maldito encaje.

¡Dios mío! Me quedé sin aliento por el erotismo de sus palabras.

Coloqué las manos sobre su pecho.

—¿Cómo te las arreglas para decir que mis tetas son pequeñas y que tengo un micropene, y que, aun así, quiera hacerte la ola?

—Soy un orador muy bueno.

—Yo diría que sí —dije—. No me extraña que enviaran al director Blake a Boston para que se encargara de la fusión.

—Sí. —Frunció el ceño, como si se hubiera distraído con sus pensamientos, y tragó saliva.

—Ya estoy lista para que me den de comer —dije, y eso hizo que se olvidara del trabajo.

Salimos del apartamento y, cuando Blake me abrió la puerta, puse

los ojos en blanco.

—Te agradezco el gesto caballeroso, Phillips, pero te aseguro que sé abrir la puerta de un coche.

Eso hizo que abriera su boca de par en par.

—¡Alabado sea Dios! Una mujer que sabe tirar de una manivela.

Su cara estaba justo ahí, encima de la mía, y yo deseaba desesperadamente que me besara.

—Por cierto —dijo, levantando un dedo y pasándolo por mi ceja con delicadeza—. Me muero de ganas por besarte, pero no quiero estropear tu bonito pintalabios rojo.

—Por favor, estropéalo —solté—. A menos que seas un cobarde…

Sus diez dedos se metieron entre mi pelo y me besó con desesperación. Llevé las manos hasta su afilada mandíbula y le devolví el beso con todas mis fuerzas, con la esperanza de hacerle sentir la mitad de lo que yo sentía cada vez que sus labios se encontraban con los míos.

Me puse de puntillas y le acerqué la cabeza, tomando la iniciativa para devorar cada pedacito del adictivo Blake que pudiera conseguir. Gruñó en mi boca, me clavó los dedos y el calor de la situación hizo arder todo mi cuerpo.

Besar a Blake era mucho más que besar, y pensé que nada podría comparársele. Eran dientes y lengua y labios y aliento, gemidos y un caos bucal absoluto; sin duda, la actividad más erótica en la que había participado jamás.

Aparte del sexo en sí.

—Mete el culo en el coche antes de que nos arresten —dijo, con sus labios sobre los míos, tan cerca que aún podía sentir su contacto.

—Besar no es ilegal —susurré, rozando mis labios con los suyos.

—No, pero lo que quiero hacerte contra el lateral de mi coche por

culpa de tus besos sí lo es.

Blake

—Estaba pensando… —dijo Izzy, y pude ver con mi visión periférica que se estaba girando hacia mí en el asiento del pasajero.

—Que Dios se apiade de mí.

—En una primera cita normal, las dos personas se van conociendo poco a poco. Pero como ya nos conocemos, quizá deberíamos tener una ronda rápida de información.

Su mente siempre estaba maquinando algo. Era acelerada y fascinante a la vez.

—Explícate, por favor —dije.

—Vale, normalmente la gente quiere saber cosas que no se atreve a preguntar. Sobre exparejas, asuntos de familia, cuántos hijos quiere tener el otro…; temas prohibidos que te hacen parecer loco o desesperado si los preguntas.

—¿Y bien…?

—Entonces, ¿qué tal si en la cena permitimos todas las preguntas? Porque, si por ejemplo, me preguntas por un ex, ya sé que no eres un posible psicópata. Y si yo te pregunto si quieres casarte algún día, ya sabes que no intento llevarte al altar y hacerte un bebé.

—No creo que esa expresión sea correcta.

—Pero me entiendes, ¿verdad?

—Claro. —Me detuve en el semáforo en rojo y miré a Izzy.

Tenía un aspecto tan increíble que tuve que obligarme a dejar de mirarla después de cada frase que intercambiábamos. Si no hacía un esfuerzo consciente, nunca dejaría de mirarla, y no quería que pensara que la Izzy de la cita era mejor que cualquier otra versión.

Porque Iz era la persona más atractiva que había conocido nunca.

Tanto con sus coletas deshechas y gafas manchadas, como con sus faldas y tacones en el trabajo, me sentía atraído por ella en cualquier circunstancia.

Pero tenía mucho más que ver con su cerebro y su corazón que con su apariencia.

Era inteligente y simpática, cariñosa y dulce.

Cada día (caray, cada conversación) me daba más detalles sobre el funcionamiento de su cerebro, y no dejaba de sorprenderme. Tenía su propia forma de generosidad, basada en la amabilidad y la aceptación, y yo empezaba a preguntarme cómo había tenido la suerte de conocerla y, además, invitarla a cenar.

Pero esta noche… ¡Maldita sea! Su pelo largo, ese pintalabios, sus piernas con esa falda; todo junto tentaría a cualquiera que tuviera ojos. Pero si le añadía el toque de su delicado perfume y el hecho de que se había vestido así para salir conmigo, me ponía de los nervios.

—Vale —dijo, inclinándose hacia delante para subir el volumen de la radio—. Tan pronto como pidamos la comida, empezamos.

23

Izzy

—Es evidente que estás muy unido a tus hermanos. ¿Es así con el resto de tu familia? —pregunté, cortando mi rollito por la mitad—. Me estoy imaginando un clan entero de Jasons barbudos.

—Es una idea terrorífica —dijo, alzando su copa de balón—. Y Jason y AJ son una excepción en la familia. No me hablo con mi padre, y mi madre falleció el año pasado. Estoy bastante unido a mis abuelos por parte de madre, pero solo hablo con los padres de mi padre en vacaciones.

—Así que sois la típica familia estadounidense —dije, imaginándome a Tom Hanks y Meg Ryan en una librería.

Enarcó una ceja.

—¿En serio acabas de soltar una frase de *Tienes un e-mail*?

—¿En serio te has dado cuenta? —dije entre risas—. Es una locura, Phillips.

—En absoluto —dijo, y bebió un trago de su *whisky.*

—Por cierto, siento lo de tu madre —añadí, odiando la idea de que pudiera estar triste.

Se encogió de hombros.

—El cáncer es una mierda. Siguiente pregunta.

Me alegré de que su expresión fuera dulce, porque si no, esa respuesta me habría hecho sentir como una cotilla.

—Vale, siguiente pregunta —repetí, intentando que se me ocurriera una buena—. Mmm… ¿Alguna vez has estado

enamorado?

Dejó su copa sobre la mesa.

—No.

Eso me sorprendió.

—¿En serio?

Sacudió un poco la cabeza.

—Estuve prometido hasta no hace mucho, pero después de romper, me di cuenta de que no había sido de verdad.

—¿En serio? —Me acerqué mi copa de vino, fascinada con la idea de que Blake hubiera llevado un anillo—. ¿Qué pasó después de romper?

Me miró fijamente durante un largo minuto, como si estuviera decidiendo qué decir.

—Me di cuenta de que tenía sentimientos más fuertes por una de mis amigas de los que nunca había tenido por ella —dijo finalmente.

—Oh. —Le devolví la mirada, con el corazón latiéndome en la garganta mientras aparentaba tranquilidad—. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—Interesante —logré decir, sintiéndome tan nerviosa que apenas podía hilvanar las palabras. Tenía la sensación de que él estaba diciendo algo importante, pero ¿y si solo era mi cerebro, que estaba sufriendo un cortocircuito por tenerle tan cerca? ¿Y si estaba metiéndome a mí misma en la conversación porque estaba absorta en su cara? Me aclaré la garganta y dije—: Bueno, en aquel momento debiste de pensar que estabas enamorado.

—Así es. —Me miró fijamente, sin evitar en absoluto mi mirada, y me lo contó todo—: Skye y yo nos llevábamos genial y todo iba bien, pero luego las cosas cambiaron. No quiero entrar en detalles sobre una relación pasada, pero se podría decir que acabamos teniendo

valores diferentes.

—Valores —dije, asintiendo—. ¿Cómo que ella estaba supermetida en los *rallies* y tú eres más de F1?

Sonrió y se me acercó un poco más.

—Como que a ella le gustaba mucho mentir y a mí no.

—¡Ah! —Me moría de ganas por saber qué aspecto tendría ella—. Por favor, dime que no era del tipo «Tengo prisa, así que estoy robando un *latte*».

Puso los ojos en blanco de una forma adorable.

—No, era del tipo «Me mensajeo y salgo con mi ex, pero miento al respecto».

—Oh. —Tragué saliva y me sentí mal por entrometerme—. ¿Te engañó?

—Ni idea. La mentira acabó con la relación —dijo mientras se encogía de hombros.

—Ya veo —dije, más que nada porque no sabía qué decir.

—Mi turno. —Blake se inclinó un poco hacia delante. La luz de la vela de la mesa se reflejaba en sus oscuros ojos—. ¿Alguna vez has estado enamorada, Iz?

Esa era fácil.

—No. Jamás. Ni siquiera he estado cerca.

Arqueó las cejas, esperando que le contara una historia, y yo deseé tener una. De algún modo, una trágica historia de desamor me parecería más interesante que la verdad.

—Desde el instituto no he salido con nadie más de dos veces, así que, como diría Halsey, soy mala en el amor.

—¿Quién? —preguntó.

—Halsey —respondí, dándole un mordisco a mi rollito.

—¿Es una amiga tuya?

—¡Dios mío! Es una cantante —dije, intentando hablar educadamente con el rollito en la boca—. ¿En serio nunca has oído hablar de Halsey?

—¿Canta algo que yo conozca?

—Mmm… Para empezar, *Bad at Love*.

Eso le hizo sonreír mientras yo masticaba.

—Que es tu canción. Y aquí se cierra el círculo, damas y caballeros.

—Entrañable —dije.

—¿Por qué no sales con alguien? —preguntó entonces.

Si el juego no hubiera sido idea mía, la pregunta me habría parecido muy indiscreta.

—No me gusta hablar con gente que no conozco —dije, encogiéndome de hombros.

—Pero si nunca te callas.

—Porque te conozco.

—¿Y las aplicaciones de citas?

—Tengo algunas, pero nunca he pasado del *scroll.* —Me sentí como una perdedora, como si fuera evidente que era una solitaria, así que tuve que lanzar la siguiente pregunta—: Mi turno. Hijos y matrimonio, ¿sí o no?

—¿Intentas llevarme al altar y hacerme un bebé, Shay?

—No creo que esa expresión sea correcta —dije entre risas. Lo que provocó que Blake también se riera, y me encantó que fuera así entre nosotros. Era muy cómodo, y yo no solía sentirme cómoda con nadie.

—Bueno, supongo que me gustaría tener pareja e hijos algún día —dijo tan despreocupadamente como si le hubiera preguntado qué le parecía cenar espaguetis—. No tengo ninguna prisa, pero me encantan los hijos de Jason y Kylie.

—Así que te gustaría tener hijos si son tan guays como los suyos —dije, intentando imaginarme a Jason como padre.

—Entonces me apunto del todo —dijo con una sonrisa—. Pero si son horribles, seguro que no.

—Claro.

Así acabó la ronda de preguntas de la cita. A partir de ese momento, nos dejamos llevar por el sarcasmo que nos caracterizaba mientras hablábamos de todo y de nada en particular.

Descubrí que le encantaban los documentales de animales (aunque le aterrorizaban los monos), que odiaba la nieve y que era «vigilante» voluntario en el colegio de su sobrina, lo que básicamente significaba que tenía que ser voluntario un día al año para hacer lo que le dijera el director. La sonrisa que apareció en sus labios mientras hablaba de la pequeña Ellie me mareó un poco.

No fue hasta que nos recogieron los platos y disfrutamos de una copa de vino después de cenar que las cosas cambiaron. Blake estaba hablando de una de las nuevas máquinas del gimnasio.

—¿Sabes? No he vuelto desde el día que te vi en el ascensor —dije.

—¿Por qué no?

Sabía que debía callarme, pero el vino me había soltado la lengua. Pasé un dedo por el borde de la copa.

—Porque si voy siempre al gimnasio, se irá difuminando el recuerdo de aquella primera vez. Y no quiero olvidar nunca ese viaje en ascensor.

Su sonrisa desapareció y su expresión se volvió seria.

—Quiero decir, sé que ahora no tenemos gran cosa; tú eres Blake y yo soy Izzy. Somos amigos. Pero en aquel momento me pareció cosa del destino que me encontrara con el señor Pectoral de Scooter's, y quiero quedarme con ese recuerdo tan emocionante.

No dijo nada. En absoluto. Se limitó a mirarme.

—Es evidente que estoy borracha —bromeé, poniendo los ojos en blanco y llevándome la copa a los labios—. Ya me callo.

—No lo hagas —dijo—. Yo pienso en ello cada vez que entro en ese ascensor.

—¿Ah, sí? —pregunté, incapaz de mostrarme tranquila—. ¿En serio?

—Claro que sí —dijo—. Me debato entre el recuerdo de lo que fue y la fantasía de lo que podría haber sido.

—¿Fantaseas con el ascensor? —Me apoyé en los codos—. Yo también. Todo el tiempo.

—¿Sobre lo de darle al botón de parada? —dijo mientras sus ojos bajaban hasta mi boca.

Me pasé la lengua por el labio inferior.

—Ahí es donde empieza.

—Dime dónde acaba, Shay —dijo con voz profunda y tranquila. Nadie a nuestro alrededor podría imaginar que él me estaba pidiendo que le contara una fantasía sexual. Nadie que me conociera podría imaginar que yo lo haría.

—Con las manos en la pared —dije, atrapada entre la timidez y la euforia al atreverme a soltarlo todo—. Y contigo detrás de mí, la mayor parte del tiempo.

Arqueó las cejas como si le hiciera gracia, pero su mandíbula estaba tensa.

—La mayor parte del tiempo.

—Va cambiando, ¿sabes?

—Sí, lo sé, joder —dijo, y me dio un vuelco el estómago.

—Entonces dime —dije, intimidada y totalmente excitada por su ardiente mirada—. ¿Dónde acaba para ti?

No sé qué había esperado; Blake no era el tipo de hombre que se echaba atrás ante una provocación, así que claro que respondería, pero no esperaba «Con tu espalda contra la pared del ascensor, tus piernas alrededor de mi cintura y tú gritando mi nombre».

—¡Ah! —logré decir, sin saber muy bien cómo comportarme mientras mi cuerpo ardía espontáneamente por las copas de vino que había tomado después de cenar—. Yo… esto… creo que me gusta más tu fantasía.

—¿Quieres más vino? —preguntó.

—No, gracias.

—¿Quieres irte?

—Sí, por favor.

Blake

Entré en el aparcamiento mientras Iz parloteaba sobre la canción de la radio. Habíamos hecho el trayecto hasta mi casa sumidos en un extraño silencio, mientras el recuerdo de las fantasías sexuales flotaba en el aire.

Izzy intentó iniciar una conversación, pero no podía salir bien. Yo era jodidamente incapaz de pensar en otra cosa que no fuera la imagen que ella había puesto en mi depravado cerebro. Después de aparcar y apagar el motor, por fin me atreví a mirarla.

—Solo me llevará un minuto —dije, refiriéndome a nuestra parada para ponerle la inyección al gato.

—Como si no lo supiera —se burló—. Lo hice la semana pasada, ¿recuerdas?

Tragué saliva. Tenía la garganta seca como el infierno. Sí, lo recordaba. Salimos del coche y nos dirigimos al ascensor, y no pude evitarlo. La tomé de la mano y entrelacé mis dedos con los suyos,

necesitaba tocarla.

—No podías quedarte lejos, ¿eh? Tenías que tocarme —dijo con una sonrisa.

Ni siquiera me molesté en negarlo.

Izzy pulsó el botón de subida y su pulgar rozó el mío mientras esperábamos.

—Creo que los chicos se alegrarán de verme.

—No, te volverán a odiar. Memoria gatuna a corto plazo.

Las puertas se abrieron y entramos.

—Eso no existe. Y esos dos están ya locos por mí*****.

Las puertas se cerraron.

—Por favor, no cantes *Grease.*

Izzy pulsó el botón de mi planta con la mano libre.

—Ojalá tuviera atún en el bolso.

—¡Sí, claro! —respondí.

El ascensor empezó a moverse y aquello me golpeó como un tren de mercancías. Miré cómo se iluminaban los números, muy consciente del olor de Izzy y de lo cerca que estaba, y de lo pequeña que era su mano comparada con la mía. En el puñetero ascensor. Entonces me miró, y vi algo diferente en sus ojos.

—Blake —susurró, como si fuera a decir algo, pero no lo hizo.

Me volví hacia ella, solo un poco, y supe que estaba pensando lo mismo. Podía sentirlo en la forma en que me miraba. El aire chisporroteó, nos miramos fijamente durante un largo segundo, y entonces todo saltó por los aires.

Izzy

Las grandes manos de Blake se acercaron a mi cara mientras su boca

se posaba sobre la mía. Le devolví el beso con fiereza, mientras estrechaba mi cuerpo contra el suyo, acercándonos a ambos al botón de parada.

—Iz, joder, sí —dijo sobre mis labios, mientras yo le rodeaba y pulsaba el botón. El ascensor se detuvo bruscamente, haciéndonos tropezar. Blake aprovechó el impulso para girarse y empujarme contra la pared.

¿Esto estaba pasando de verdad? ¿Realmente estaba apretada contra él en el ascensor mientras me besaba como si quisiera comerme entera? Le devolví el beso con la misma pasión que él, loca de lujuria, mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

—¿Te parece bien? —susurró mientras sus manos bajaban por la parte posterior de mis muslos y se detenían en el dobladillo de mi falda.

—Ni se te ocurra parar —dije, necesitándole como necesitaba oxígeno en aquel momento. Cada nervio de mi cuerpo vibraba y se conectaba a los puntos de mi piel donde estaban sus manos.

—Shay —jadeó, clavándome los dedos antes de subir las manos. Le mordí el labio y gemí en su boca cuando me tocó (maldita sea, ese hombre sabía qué hacer con las manos) y perdí la capacidad de pensar.

La situación se volvió frenética cuando empezó a sonar la alarma, recordándonos que disponíamos de poco tiempo antes de que llegara el personal de mantenimiento. Un caos de cremalleras, manos moviéndose salvajemente y envoltorios rasgados se unió a la alarma del ascensor cuando me levantó con sus manos y entonces… ahí estaba él.

Blake

—¡Oh, Dios! —gimió Izzy, acercándome con sus tacones mientras echaba la cabeza contra la pared del ascensor.

—Hostia puta. —Apreté los dientes y me quedé inmóvil, con las rodillas temblándome por la increíble sensación de estar dentro de Izzy. Nunca me había encontrado tan bien, y cuando abrió los ojos, sentí su mirada en cada una de mis células.

—Blake —gimió mientras yo empezaba a moverme, cerrando los ojos mientras seguía cada uno de mis movimientos. Podía sentir cómo me clavaba los dedos a través de la camisa y el jersey, y eso me hizo arder. Izzy había estado en todas mis fantasías desde el día en que nos conocimos, pero el sexo con ella era mil veces mejor.

—No lo haces nada mal, Phillips —jadeó.

—Tú tampoco —bromeé, con todo mi cuerpo invadido por ese molesto revoloteo de mariposas mientras la miraba a la cara. Estaba en medio del sexo más excitante de toda mi vida, una aventura alucinante contra la pared de un ascensor, y aun así deseaba con desesperación besarle la punta a su pecosa nariz.

—¿Ah, no? —preguntó mientras esbozaba una sonrisa. Lo dijo en broma, pero había algo de desconfianza en sus ojos que me recordó lo que había confesado antes: que no salía con nadie.

—Iz —dije, sabiendo que parecía un idiota intentando hablar con la mandíbula apretada. Pero cada puñetero músculo de mi cuerpo se tensaba más a medida que nuestro ritmo se hacía más rápido e intenso—. Juro por Dios que esto es lo mejor que he tenido nunca, y eso que todavía no hemos acabado.

Me acercó la cara a la suya y empezó a besarme con desesperación, hambrienta y salvajemente. Dejé de oír la ensordecedora alarma cuando mis cinco sentidos, toda mi consciencia, se concentraron en el punto por el que estábamos unidos.

—Creo que deberíamos parar —dijo jadeando y sin ninguna credibilidad—. Antes de que nos arresten.

—Solo quiero… —empecé a decir, necesitando que se corriera, y entonces, como una diosa del sexo, me dio exactamente lo que había estado esperando. Sus diez uñas se clavaron en mis hombros mientras todo su cuerpo se tensaba y contorsionaba, haciéndome gruñir hasta que seguí su ejemplo—. Joder… ¡Hostia puta!



—Él lo sabía perfectamente —dijo Izzy, riendo a mi lado en el pasillo mientras yo sacaba las llaves.

—Claro que lo sabía —respondí, aliviado de que pudiera reírse de la situación: el personal de seguridad había abierto las puertas del ascensor solo tres segundos después de que nos hubiéramos puesto la ropa. Metí la llave en la cerradura y añadí—: Yo estaba sonriendo todo el rato como un idiota, lo que hacía muy difícil creer lo del ascensor atascado.

—Sí, mentir se te da fatal —dijo riéndose.

—Totalmente —asentí, girando la llave.

Me sonrió arrugando la nariz y entonces supe que la amaba. No tenía ningún sentido, pero la quería tanto que me daba miedo.

Era una locura.

Era demasiado pronto para sentir tanto (era imposible que ya la amara), pero lo sabía con absoluta certeza.

—Por cierto, señor Pectoral —dijo, dedicándome una presuntuosa sonrisa que provocó que quisiera echármela al hombro—. ¿Te he dicho lo feliz que me hace que ya no seas mi jefe?

***** La frase original es «those two are hopelessly devoted to me», y una de las canciones del musical Grease se titula «Hopelessly Devoted to You», de ahí que él le pida que no la cante. (N. de la T.)

24

Izzy

Le rasqué la cabeza a Goodyear y vi que Blake se volvía loco.

En teoría, solo estaba de pie a mi lado en la sala de estar, sujetando a su gato tras haberle inyectado la insulina. Pero no dejaba de apretar la mandíbula y tironearse el cuello de la camisa, y no me había hecho ni caso desde que habíamos entrado.

De hecho, había sido increíblemente educado conmigo.

—¿Quieres beber algo? —preguntó, para luego añadir—: Avísame si cambias de opinión.

¿Qué demonios significaba eso? Me estaba volviendo loca. Obviamente, se estaba arrepintiendo de nuestra fogosa aventura en el ascensor, y estaba pensando en cómo decirme amablemente que no quería que me quedara a dormir.

—¿Sabes qué? —dijo, sin mirarme apenas mientras sacaba al gato del alcance de mi brazo y lo dejaba en el suelo—. Esta camisa me está volviendo loco. Debe de ser por el detergente. Voy a cambiarme.

—Vale —dije, entrecerrando los ojos y observando que prácticamente salía corriendo hacia su dormitorio.

Me sentí mareada mientras me preguntaba qué le estaría pasando. ¿No le había gustado el sexo en el ascensor? ¿Yo lo había hecho mal? ¿Ya no me respetaba? (Si era así, que se jodiera, pero aun así…).

¿Estaba nervioso por que yo quisiera tener una relación?

Empecé a pasearme por la sala de estar y, mientras caminaba hacia los ventanales con sus preciosas vistas, me di cuenta de que me

importaba mucho. Se me ocurrían mil razones para su extraño comportamiento y sentía que el mundo se acabaría si él seguía comportándose de forma distante.

¡Caray! Me importaba mucho lo que él pensara. «No, no, no». Me preocupaba mucho y también sentía un poco de pánico ante la idea de que se hubiera echado a perder lo que tenía con él.

Espera, ¿estaba enamorada de él?

Imposible.

—No —murmuré en la sala de estar vacía mientras sacudía la cabeza. «Más que amigos» estaba a años luz de «enamorada», y me estaba confundiendo porque hacía una eternidad que no era «más que amigos» con nadie.

No lo conocía lo suficiente para saber si podría compartir con él mi bizcocho de plátano favorito, mucho menos mi corazón.

No. Estaba flipando porque era la persona más atractiva con la que había sido «más que amiga», eso era todo.

«Tranquilízate, idiota, y actúa normal».

Blake

Me quité la camisa de un tirón, como si fuera la culpable, aunque mi irritación no tenía nada que ver con ella. No, mi irritación tenía que ver con mi conciencia y con el hecho de que tenía que abrir ese puñetero *email* para seguir adelante con Izzy.

Por muy feliz que me hubiera hecho la ignorancia (en serio, el día había sido increíble), no podía utilizarla como excusa.

Sobre todo cuando Izzy no tenía ni idea de que todo estaba a punto de cambiar.

Saqué una camiseta de manga larga del armario, me la pasé por la cabeza y, en cuanto metí los brazos en las mangas, agarré el teléfono.

«Es hora de echar un vistazo».

Abrí el correo electrónico y sentí los nervios en el estómago. De alguna manera, sabía que no iba a ser nada bueno. Hice clic en el archivo adjunto y…

—No puedo —murmuré entre dientes, apartándome del aparato antes de que tuviera oportunidad de verlo. Puse el teléfono boca abajo sobre la cómoda y me alejé de él con las manos en alto, como si fuera un arma cargada.

Sabía que mirar el correo era lo correcto, pero esa parte de mí que quería dormir con Izzy no me lo permitía. Estaba demasiado borracho de ella, demasiado perdido en cada arruguita de su pecosa nariz, para renunciar a la oportunidad de acabar un día perfecto con una noche larga y perfecta. Era perezoso y egoísta, lo sabía, pero no tenía fuerzas para detenerme.

Me pasé una mano por el pelo antes de abrir la puerta de la habitación y dirigirme a la sala de estar.

—Ya era hora, colega —dijo Izzy, y me sorprendió verla de pie junto a la puerta, mirando el móvil con el bolso colgado al hombro, como si estuviera a punto de irse—. Mi abuela con artritis se cambia más rápido que tú —dijo sin levantar la mirada.

—¿Te… te vas? —pregunté, con la decepción golpeándome el pecho.

—Sí —contestó, mirándome al fin. Sus labios se levantaron en una presuntuosa sonrisa que no le llegó a los ojos y su nariz no se arrugó. Aun así, consiguió bromear—: Nuestro entrenamiento en el ascensor me ha dado sueño, así que ahora tengo que irme a dormir. Y hay que dar de comer al Oscuro.

La recorrí con la mirada, observando cada centímetro que esperaba explorar.

—¿No le diste de comer justo antes de irnos?

—Bueno, sí —dijo ella, mordiéndose distraídamente el labio inferior —. Pero… come mucho.

—Ah. —Me pasé una mano por el pelo. Por lo que parecía, Izzy y yo teníamos opiniones muy diferentes sobre lo que había pasado esa noche. Anotado—. Déjame ir a por mi teléfono y te llevo a casa.

Volví a mi habitación y me metí el teléfono en el bolsillo. Cuando entré de nuevo en la sala de estar, Izzy estaba agachada, acariciando a mis dos gatos mientras les hablaba con la voz más dulce.

La punzada en el corazón volvió con tanta fuerza que casi me caí de rodillas, y no pude evitar soltarle: «Joder, pero qué guapa eres».

25

Izzy

Blake me asustó tanto que me desequilibré y me caí de espaldas.

Pero, por Dios, la forma en que lo había dicho…

Había soltado esas palabras apretando los dientes, como si lo dijera en serio. Y su intensa expresión no se suavizó cuando sonreí por mi propia torpeza. Su boca era firme y sus ojos tan intensos que sentí su mirada de la cabeza a los pies.

—Querrás decir «elegante» —me burlé, porque no estaba preparada para recibir cumplidos incendiarios de alguien como Blake.

—Te equivocas —dijo, cruzando la habitación hasta plantarse frente a mí. Me tendió una mano para ayudarme a levantarme y, cuando dejé que me pusiera de pie, me agarró la mano y no me la soltó—. Eres tan jodidamente guapa que me cuesta muchísimo no mirarte. Obsesivamente. Cada segundo que estoy contigo.

—Phillips —dije, parpadeando y esperando no sonar tan nerviosa como me sentía—, no puedes decirme esas cosas.

—¿Por qué no? —Dejó caer mi mano y me pasó un nudillo por la mejilla, matándome con el contacto visual mientras su cuerpo parecía flotar delante de mí y su olor serpenteaba alrededor de mi cabeza y me hacía muy consciente de su presencia.

Mis ojos se cerraron por voluntad propia, y me balanceé un segundo antes de obligarlos a abrirse.

—Porque me dan ganas de creérmelo —dije en un susurro.

—Créetelo, Shay —dijo con voz tranquila mientras se acercaba—. Desde que me tiraste tu *latte* en el pecho, solo he podido pensar en tu cara.

—El *latte* de Amy —corregí, con el corazón latiéndome desbocado cuando sus manos me agarraron la cintura y tiraron de mí para acercarme a él. Tragué saliva y dije—: ¿Significa esto que no te arrepientes de haber tenido sexo en el ascensor?

—¿Arrepentirme de lo más excitante que me ha pasado nunca? —Frunció el ceño de golpe y me miró como si le hubiera insultado—. Claro que no. ¿Tú sí te arrepientes?

No pude evitar sonreírle mientras el alivio se apoderaba de mí como si fuera una suave manta.

—Para nada.

—Bien. Ahora, Izzy, estaré más que encantado de llevarte a casa —dijo, bajando la cabeza para darme un suave beso en el cuello—. Pero si quieres quedarte a dormir, nada en el mundo me haría más feliz.

—¿Y qué hay de ganar la lotería? —pregunté, moviendo mi cabeza para darle un mejor acceso a mi cuello—. Apuesto a que eso te haría más feliz.

—Error —gruñó, rozándome la piel con los dientes—. Te deseo más que a millones de dólares, aunque es muy probable que mañana me arrepienta de esta decisión.

Eso me hizo sonreír y le puse las manos en la nuca.

—La paz mundial sí que te haría más feliz.

—No puedes responsabilizarme de la paz mundial —dijo con falsa indignación, mientras me desabrochaba el primer botón de la blusa pirata y me lamía la garganta con la lengua—. La paz mundial sería algo increíble, claro, y la elegiría antes que a ti porque no soy un

monstruo egoísta. Pero todo lo que quiero esta noche, Isabella Clarence, es a ti.

—No me puedo creer que recuerdes mi segundo nombre —dije entre risas.

—Es tan extraño que es imposible olvidarlo. —Me desabrochó otro botón—. Igual que tú.

Di un paso atrás (bueno, todo lo que él me dejó).

—Bueno, antes de decidir si me quedo a dormir, tendría que ver el pecho del señor Pectoral.

Sus manos dejaron de manipular mis botones y levantó la cabeza.

—¿Mi pecho es un obstáculo?

—No, pero quiero verlo —dije, sintiendo que pisaba suelo más firme cuando no hablábamos en serio—. Siento que, cuando empecemos a estar ocupados, estaré demasiado distraída para mirar.

—¿Acabas de decir «estar ocupados»? —preguntó, levantando los brazos para agarrarse la parte trasera de la camiseta.

—Es mejor que la alternativa.

—¿Cuál es? —Se sacó la camiseta por la cabeza y la tiró al suelo.

—Hacer guarradas —dije, apretando los dientes antes de quedarme, literalmente, con la boca abierta. El pecho del señor Pectoral era de una perfección absoluta.

—Hacer guarradas no es ninguna alternativa —dijo, estirando la mano para volver a su tarea de desabrocharme los botones.

—¿Qué tal «echar un polvo»? —pregunté, poniendo mis manos sobre su pecho y llevándolas lentamente hacia sus hombros. Era pecaminoso e incorrecto que estuviera tan bueno. Era como si el universo hubiera aumentado sus genes del atractivo cuando lo estaba ensamblando o algo así.

Era un bicho raro, la verdad.

—Demasiado vulgar —dijo—. Somos demasiado buenos para «echar un polvo».

—Por favor, no digas «hacer el amor» —repliqué, mientras veía a mis dedos moverse sobre sus esculpidos pectorales—. Es tan hortera…

—Nunca lo haría —dijo, abriéndome los botones que quedaban—. ¿Acaso parezco un idiota?

—Pareces una fantasía sexual —dije, y luego dejé escapar un suspiro cuando se acercó y me dio un excitante beso en el escote.

—Como tú. —Levantó la cabeza, con una pícara sonrisa en los labios—. Este sujetador adecuado para la ocasión es superexcitante, por cierto.

—Una ilusión óptica que hace que mis… ya sabes… parezcan más grandes.

—Está bien —dijo, agarrándome por la cintura y echándome al hombro como si yo fuera… bueno, algo que uno llevaría al hombro. Lancé un grito, mirando fijamente su musculosa espalda mientras él decía—: Si vuelves a llamar a tus pechos «micropene»…

—Ahora no lo he dicho —dije, sin dejar de reírme mientras mi sedosa camisa resbalaba por mi torso y caía al suelo de madera—. ¿Qué vas a hacer, Phillips?

—No estoy seguro —dijo, apretando con su brazo la parte trasera de mis piernas mientras empezaba a caminar—. ¿Te tapo la boca con cinta, tal vez?

No podía parar de reírme mientras cruzaba la puerta de su habitación.

—Pero entonces se estará negando a sí mismo la magia de mi boca, señor Pectoral, y no debería hacer eso —dije entre carcajadas.

Lo dije como una desenfadada broma entre besos, pero me di

cuenta de que sonaba muy sucio.

Blake detuvo sus pasos y me puso de pie bruscamente. Su ardiente mirada me quemó la piel.

—Tu boca es lo mejor de ti —dijo. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo se las arreglaba para decir cosas que hacían salírseme el corazón del pecho? Intenté tranquilizarme.

—Diría lo mismo, Blake, pero esos abdominales…

—Izzy.

Dejé de parlotear.

—¿Sí?

—Sin bromas. —Sus ojos estaban justo encima de los míos. Su cara se convirtió en el centro de mi existencia mientras añadía—: Intento decirte que yo…

Un gran estruendo le interrumpió. El sonido de cerámica haciéndose añicos al otro lado de la puerta nos hizo girar las cabezas en esa dirección.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, consciente de repente de que no llevaba puesta la camisa.

—Jodidos gatos —gruñó. Me puso las manos en los brazos y me cambió un poco de posición. Sus ojos estaban llenos de lujuria mientras acercaba su cara para que su nariz tocara la mía—. Quédate aquí y no te muevas, Shay.

—Haré lo que quiera, Phillips —dije, echando a perder mis intentos de ser descarada cuando no pude mirarle a la cara.

Sus labios temblaron.

—Si a mi vuelta llevas la camisa puesta, me lo pagarás.

—No me asustas —le dije mientras salía de la habitación, y entonces volví a perder los nervios cuando levantó una mano y me dio la espalda sin mirar atrás.

«No, no tengo miedo», pensé mientras le veía entrar en la cocina.

Estaba aterrorizada.

Blake

—Cuidado con las zarpas —murmuré mientras barría los pedazos del cuenco de cristal. Con una mano sujetaba a los dos gamberros para que no pisaran los cristales y con la otra intentaba barrer con la escoba el desastre que habían dejado. El reflejo que me devolvía la nevera se burlaba de mí.

Pantalones de vestir, descamisado, dos gatos… «Genial, colega».

Y, hablando de la mala sincronización, por fin había conseguido que Izzy volviera a sonreír. Tuve la tentación de ignorar el ruido de algo rompiéndose y esperar lo mejor, pero luego recordé que Goodyear caminaba en círculos y no quería que se hiciera sangre en las patas.

Malditos gatos.

El teléfono me vibró en el bolsillo, pero no consulté la notificación. Un correo electrónico de la oficina echaría por tierra mi decisión de no atender temas de trabajo hasta el lunes.

Pero la maldita cosa volvió a vibrar. Y otra vez. Y otra vez más.

—Joder —gruñí, apoyando la escoba en la despensa y sacando el teléfono.

Pero no era un correo electrónico. Era un mensaje. Muchos mensajes. De Izzy.

Izzy: Estoy haciendo una encuesta. ¿Tienes entre 20 y 40 años?

¿Qué coño estaba haciendo?

Respondí: Sí.

Izzy: ¿Te llamas Blake Phillips?

Blake: Sí.

Izzy: Bueno, pues pregunta aleatoria: ¿Todavía estás nervioso?

Miré hacia el dormitorio, pero solo vi la puerta.

Era tan rara… Nunca sabía de qué demonios hablaba. Pero, por alguna razón, eso me volvía loco por ella. Estaba obsesionado con la imprevisibilidad de su cerebro.

Respondí con sinceridad: No.

Izzy: Oh.

Pasó un segundo.

Izzy: Ya, yo tampoco.

No iba a dejar que se librara tan fácilmente. Le envié un mensaje: ¿Por qué estás nerviosa?

Izzy: Bueno, no estoy nerviosa exactamente. Tal vez solo un poco tímida.

Me agaché, rasqué entre las orejas a Goodyear y le envié un mensaje: Soy YO. La semana pasada me llamaste por FaceTime para demostrarme que sabes hacer el baile de Napoleon Dynamite. Si puedes hacerlo delante de una cámara, no eres una persona tímida.

Izzy: Creo que ese es el problema: nosotros, en tu apartamento después de una «cita», es algo nuevo. No se parece en nada a nosotros en nuestro hábitat.

Me detuve. Respondí: Lo entiendo. ¿Entonces…?

Izzy: Así que si vamos a hacer temblar las paredes cuando vuelvas, tal vez deberíamos mensajearnos un poco, para recordar las raíces de nuestra amistad Iz/Blake.

Volví a sonreír como un maldito idiota. ¿Quieres que te envíe un mensaje antes de acostarme contigo?

Izzy: Tal vez.

Le envié un mensaje: Ok. Oye, idiota, no te habrás vuelto a poner la camisa, ¿verdad?

Izzy: ¿Este es tu mensaje previo al sexo?

Blake: Sí.

Izzy: De hecho, acabo de meterme bajo tus sábanas tal cual.

Sentí que la sangre se me salía de la cabeza. Le envié un mensaje: Para que quede claro, ¿estás medio desnuda en mi cama?

Izzy: Correcto. Me sentía muy incómoda esperándote sin camisa, así que el siguiente paso lógico era cavar un hoyo y meterme dentro.

Blake: Eso suena muy canino.

Izzy: No voy a hacer una broma sobre el estilo perrito.

Intenté concentrarme en el teléfono y no en las imágenes que ella me estaba metiendo en la cabeza. Le envié un mensaje: Sabia decisión, teniendo en cuenta tu estado de desnudez y ubicación geográfica.

Izzy: Que esté medio amordazada en tu cama no significa que

esté a tu merced.

Otra vez hacía calor en el apartamento. Créeme, lo sé. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Izzy: Te lo permitiré.

Blake: ¿Cómo quieres que proceda? ¿Me meto contigo bajo la montaña de mantas, o ese caótico cerebro está planeando otra cosa?

Izzy: Confesión: cuando me imagino a nosotros dos en esta cama, me cuesta respirar.

Algo en su confesión provocó que el corazón me diera una punzada en el pecho; quizá el hecho de que yo sentía lo mismo. Le envié un mensaje: Confesión: Cuando pienso en nosotros dos en mi cama también me cuesta respirar.

Izzy: ¿En serio?

Blake: Y tanto.

Me dirigí al dormitorio, pero me detuve en la entrada. Izzy estaba tumbada boca abajo en la cama mirando el móvil. Estaba cubierta por el edredón, pero tenía los hombros y la parte superior de la espalda desnudos. Tan solo una fina tira de color negro cruzaba su espalda.

¡Santo cielo! La deseaba tanto… No solo por lo obvio, sino por lo cotidiano. Quería que Izzy estuviera en mi cama, navegando en su teléfono, todo el tiempo.

Le envié un mensaje: Te reto a que te quites el sujetador.

La oí tomar aire antes de responder: ¿Estás en la puerta?

Blake: Sí.

Se aclaró la garganta y envió un mensaje: No puedo resistirme a un reto, ¿verdad?

Blake: Estoy segurísimo de que no.

Se me calentó toda la piel cuando vi que sus delgados dedos iban hacia su espalda, desabrochaban el sujetador y lo tiraban por el borde de la cama. Luego se apoyó sobre los codos y envió un mensaje: ¿Mejor?

Mis ojos se clavaron en su espalda desnuda y en su pálida piel, que incendiaba cada una de mis fantasías.

La Izzy de verdad era mil veces mejor.

Le envié un mensaje: Mucho mejor. ¿Es raro que quiera lamer cada bultito de tu columna?

Izzy: No tanto como las ganas que tengo de poner mi cara contra tu almohada y dejar que lo hagas.

Blake: ¿Todavía llevas esa falda?

Izzy: Shhh… Mi turno, Phillips. Te reto a quitarte los pantalones.

Nunca me había desabrochado el pantalón tan rápido en toda mi vida. La habitación estaba tan silenciosa que el golpe de la hebilla del cinturón contra el suelo confirmó que había hecho lo que me había pedido. Ella respondió: Buen chico.

Quería tirar el teléfono y lanzarme sobre ella en la cama, pero si eso era lo que necesitaba para tranquilizarse, lo haría. Además, había algo que me ponía cachondo. El aroma a vainilla de su perfume me envolvió mientras escribía: Necesito ver cómo te quitas la falda, Iz.

Izzy: Confesión: Ya está quitada. Cuando fuiste a la cocina, me quité toda la ropa excepto la interior.

Blake: Pues dime qué llevas puesto ahora mismo.

Izzy: Bóxers y calcetines de viejo.

—Suficiente —dije, soltando el teléfono y dirigiéndome a la cama —. Voy a entrar.

Izzy

Cuando Blake me agarró el tobillo con su manaza, lancé una sonora carcajada. Se metió bajo las sábanas y trepó por mi cuerpo, pero dejé de reír cuando sentí sus manos en mis caderas y su boca en la parte baja de mi espalda.

Me estremecí y dejé escapar un suspiro que bien podría haber sido un gemido cuando sus labios y su lengua recorrieron mi columna vertebral.

—Esas bragas negras de encaje no son unos bóxers precisamente —susurró cuando su boca alcanzó mi nuca.

Jadeé cuando me la mordió (¡por Dios!).

—Supongo que estaba pensando en la ropa interior de ayer —dije.

—¿De verdad?

Podía sentir el rumor de su voz en mi piel, y quería ver su cara. Necesitaba vérsela. Me di la vuelta bajo sus brazos y, al verle encima de mí, con el pelo alborotado y los ojos con una mirada ardiente, me di cuenta de que era la primera vez que me quedaba sin aliento con solo mirar a alguien.

—Ey —dije en un susurro.

—Ey —dijo tragando saliva.

Me mordí el labio inferior, intentando pensar en las palabras adecuadas, pero él me interrumpió con un beso. Movió los labios de un modo diferente (una vez más) a todas las veces que nos habíamos besado.

Al parecer, Blake Phillips tenía todo un *dossier* de besos a su disposición y los dispensaba con sumo cuidado. Hasta ahora los había tenido dulces y excitantes, pero este era lujurioso. Había pensado que el beso que nos dimos en el juego de las vallas publicitarias había sido erótico, pero no.

Este era un beso erótico.

Su boca estaba igual de excitada y hambrienta, pero tenía la paciencia que daba el tener toda la noche para nosotros. Me sentí como en un maratón de juegos preliminares y sexo tántrico a la vez, dejé de pensar y me aferré a él con todas mis fuerzas. Levanté los brazos y lo abracé, dejando que mis dedos se clavaran en los músculos de su espalda, necesitada de tenerlo más cerca de mí.

Un sonido salió del fondo de su pecho (un gruñido o un gemido) cuando nuestros cuerpos se unieron. Sentía cada centímetro de él (pecho, vientre, muslos) y le mordí el labio inferior, impaciente por todo lo que su cuerpo podía ofrecerme.

Al parecer, esa era la luz verde que él necesitaba. Su codiciosa boca bajó, lamiéndome la garganta de una forma que me hizo desear más. Mis brazos se desplomaron sobre la cama cuando su boca se movió hasta mis pechos, porque me lamía y besaba con tal adoración y entusiasmo que me sentí como una chica de revista.

—Estás obsesionado con mi micro… —dije, metiendo mis dedos entre su pelo.

—No. —Me dio un pellizco a modo de castigo que me hizo gritar; un grito que se convirtió en un gemido cuando su boca continuó

volviéndome loca. ¿Cómo podía ser tan bueno? Y mejoró a medida que descendía por mi cuerpo, despojándome de la última prenda de ropa, besando cada parte de mi cuerpo y haciéndome retorcer, temblar, jadear y gritar.

Y no se trataba solo de que él fuera hábil en todo lo que hacía o de que yo estuviera segura de que tenía un chupetón enorme en el hueso de la cadera. No, era que todo lo que hacía, cada uno de sus movimientos, parecían ser solo nuestros en ese momento.

Ninguna de esas cosas se había hecho antes, no así.

Era magia que solo existía para nosotros y para esa conexión salvajemente perfecta.

Sus dedos se movieron sobre mi piel, y los sentí donde me estaba tocando, pero también en las profundidades de mi pecho, en la aceleración de mi corazón y en el calor de mis mejillas.

Cuando me besó el vientre, sentí el calor de su boca en mi carne, pero también en la boca del estómago.

Y, Dios me asista, cuando por fin subió y nuestros ojos se encontraron, su mirada estaba tan llena de adoración que la sentí en el fondo de mis ojos.

Sí, cuando este hombre me miró, quise llorar porque estaba coladísima por él.

Blake tragó saliva, abrió la boca como si quisiera decir algo y me di cuenta de que yo estaba esperando una declaración de amor. Sus fosas nasales dilatadas y sus mejillas sonrosadas le hacían parecer un hombre que estaba a punto de recitar un poema, y sentí que no podría soportar la decepción si no lo hacía.

Así que le agarré la cara y la acerqué a la mía con fuerza, e intenté demostrarle lo que sentía besándole hasta la saciedad, tragándome las estúpidas lágrimas que, por alguna razón, estaban a punto de

brotar.

Tomó aire y se excitó todavía más, besándome como una tormenta, envolviéndome en una pasión ineludible y salvaje en la que no había refugio.

No estaba segura de conseguirlo.

Le solté la mandíbula, bajé mis manos por la parte delantera de su cuerpo y lo toqué. Por fin. Siseó mi nombre y se quedó inmóvil, con la tensión atenazando cada músculo de su enorme cuerpo. Luego consiguió decir: «Hostia. Puta. Sí. Iz. Joder».

Sus manos me abandonaron solo para abrir un cajón y rasgar un envoltorio y, en cuestión de segundos, estaba dentro de mi cuerpo. Cerré los ojos con fuerza y me sumergí en el placer. Era tan increíblemente bueno y correcto y pleno y excitante que me sentí abrumada.

Pero entonces dijo mi nombre.

—Iz.

Abrí los ojos y me estaba mirando, como en todas las perversas fantasías que había tenido con él.

—Ey —dije tras tragar saliva.

Me dedicó una cariñosa sonrisa.

—Te quiero, joder —dijo.

Me ardía el pecho y me zumbaban los oídos. Quería detener ese momento para siempre.

Pero entonces Blake empezó a moverse, dominando mi cuerpo con esa pericia suya, y perdí la capacidad de pensar. Lo rodeé con mis brazos y me aferré con fuerza mientras todo mi cuerpo ardía. Puede que me desmayara en algún momento, y sin duda me quedé sin capacidad de hablar durante diez segundos, pero no quería que acabara nunca.

Nada en mi vida me había parecido nunca tan exquisito.

Bueno, hasta quince minutos después, cuando Blake apretó su cuerpo contra el mío, nos cubrió con el pesado edredón, me besó en la coronilla y apagó la luz.

Me sentía como en casa.

Y así, sin más, desaparecieron las preocupaciones que me habían estado atormentando. Era demasiado tarde para dar marcha atrás, así que iba a escuchar a Blake.

«No tengas miedo, Iz. Respira hondo y déjate llevar».

Porque, ¿qué otra cosa podía hacer, ahora que me estaba enamorando de él?

26

Blake

Me senté en un taburete de la cocina y abrí Outlook.

El reloj del microondas marcaba las dos y cuarto, pero yo seguía despierto porque mi mala conciencia no me dejaba dormir. Izzy, en cambio, se había quedado frita, y tenía un aspecto adorable con la cara contra la almohada y mi camiseta puesta.

Verla allí, profundamente dormida bajo el edredón, me hizo desear un montón de cosas.

Pero no podía tenerlas. Todavía no.

Respiré hondo y abrí el archivo adjunto del correo electrónico, dispuesto a aceptar lo que me encontrara. Había pensado un plan mientras tenía mi cara contra su pelo con aroma a vainilla, y ahora tocaba llevar a cabo la estrategia y esperar que ella pudiera perdonarme más tarde.

Mis ojos se movieron rápidamente por el organigrama (mierda, mierda, mierda) y la decepción me formó un nudo en el estómago. Su nombre volvía a estar debajo del mío; volvía a estar en mi equipo. Lo había sospechado, pero al verlo sentí como si me dieran un puñetazo.

Me paseé por la cocina mientras escribía: ¿Hay alguna forma de que quedemos mañana? Es importante. Tu oficina, Scooter's, tu casa… donde sea.

Sabía que Brad no respondería en mitad de la noche, pero el hombre me había molestado a deshoras tantas veces que ni siquiera

me sentí mal por enviarle un mensaje tan tarde.

El teléfono vibró. «¡Joder, qué rápido!». Abrí el mensaje.

Brad: ¿Va todo bien?

Suspiré y respondí: Todo va bien, solo necesito hablar contigo cuanto antes.

Brad: Podemos vernos en Scooter's a las seis.

Yo solía ser la segunda persona en llegar a la oficina cada día; Brad siempre era el primero. Las seis y media era su hora habitual de entrada, y tal vez por eso el hombre se había casado por tercera vez y tenía hipertensión crónica. Contesté: A las seis en punto, pero que conste que te envié un mensaje un minuto después de abrir el nuevo organigrama.

Brad: Tomo nota.

Salí de mis mensajes y enchufé el teléfono al cargador. Le di al interruptor de la luz y salí de la cocina mientras la habitación se sumía en la penumbra. Las luces de la ciudad que había al otro lado de la ventana daban algo de iluminación, lo que me hacía sentir menos solo cuando no podía dormir.

Pero esta noche las luces eran lo de menos.

Porque Izzy estaba bajo mi edredón, con mi camiseta y mis calcetines puestos. Me sentía…, joder, completo. Parecía demasiado dramático, pero cuando estaba con ella, no quería nada más. No pensaba en otra cosa. Todo lo demás dejaba de existir.

Cuando estaba con Izzy, estaba con la única persona que me importaba.

Caminé por la sala de estar, e incluso eso me pareció diferente

ahora que ella estaba allí. Su bolso estaba en el sofá, sus zapatos en el suelo, su camisa en la alfombra, como si se hubiera desnudado de camino a la cama.

Normalmente me encantaba el orden. Sin embargo, ver sus cosas desperdigadas por mi apartamento me hacía sentir jodidamente bien.

Cuando entré en el dormitorio, esa sensación aumentó al máximo. Porque allí, en la mesilla de noche donde suelo dejar mis gafas cuando me acuesto, estaban las suyas. Me quedé paralizado cuando vi su montura torcida con los cristales manchados, y sentí el irrefrenable impulso de hacer cualquier cosa para tenerlas siempre allí.

Sí, estaba perdiendo la cabeza.

Rodeé la cama y me metí dentro, haciendo lo posible por no despertarla. Estaba profundamente dormida, con las manos puestas bajo la mejilla. Quería verla dormir, pero estaba seguro de que hacer eso sería dar otro terrorífico paso. Así que me di la vuelta, me acomodé en la otra almohada y cerré los ojos.

—¿Va todo bien? —preguntó, arrastrando la somnolienta voz.

—Sí —respondí, con los ojos aún cerrados.

—Me quitaste el calor cuando te fuiste —dijo, acercándose hasta quedar acurrucada en mi espalda. Sentí su aliento en mi nuca y su rodilla serpenteando entre las mías mientras murmuraba—: Mmm… Así está mejor.

Juro por Dios que cada músculo de mi cuerpo se relajó como si me hubieran dado el somnífero más potente, y tomé una profunda respiración del aire de Izzy.

Tenía razón; así era mucho mejor.

27

Izzy

No me podía creer que el director Blake siguiera durmiendo.

Eran las siete y yo estaba vestida (con una camiseta grande de las suyas y uno de sus pantalones cortos, que había tenido que remangar dos veces) y lista para salir a correr, mientras que Blake yacía boca abajo en la cama como si estuviera en estado de coma. Yo me lo había imaginado como uno de esos tipos que hacen flexiones a las cinco de la mañana, pero por lo visto le gustaba dormir hasta tarde.

Y esa contradicción me parecía tan adorable… Quería saltar sobre su espalda y no parar de dar botes, solo para despertarlo y ver su ceño fruncido.

Después de dar de comer a los gatos, le dejé una nota para que no le diera una sobredosis a Goodyear y salí tranquilamente del apartamento. Todavía tenía su código de cuando iba a cuidar a los gatos, así que no me molesté en llevarme la llave. No tuve noticias suyas hasta el segundo kilómetro. Su mensaje silenció a Post Malone, que sonaba a todo volumen en mis AirPods.

Blake: ¿A dónde has ido?

Me detuve y respondí: Estoy debajo de la cama.

Blake: No pensarás en serio que voy a mirar, ¿verdad?

Izzy: En mi cabeza, ya lo has hecho.

Blake: ¿Llevaba mono de trabajo, pequeña pervertida?

Resoplé y me salí de la acera para sentarme en un banco. Le envié un mensaje: No, ahora no llevabas mono. Solo ese bonito pecho y una sábana muy inestable.

Blake: ¿Qué la hace tan inestable?

Sonreí y me imaginé a Blake desnudo y profundamente dormido en la cama. Le envié un mensaje: Que esté a punto de resbalarse y dejar al descubierto tu pene.

Blake: ¿Alguna vez te he dicho que utilizas muy bien las palabras?

Izzy: No hace falta, ya lo sé.

Blake: Entonces, ¿a dónde has ido de verdad?

Izzy: Estoy corriendo. Bueno, estaba corriendo hasta que me enviaste el mensaje. Ahora estoy sentada en un banco fuera de una barbería.

Blake: ¿Vas con la falda?

Me pregunté dónde estaría la falda. Blake me la había quitado y no la había vuelto a ver. Le envié un mensaje: Con tus pantalones. Juro que no te los he robado, pero tenías un par de pantalones cortos de entrenamiento doblados encima de la secadora, así que te los pedí prestados.

Blake: ¿No se te están cayendo? Deben de quedarte enormes.

Izzy: Eso es lo que dijo ella.

Blake: Eso no tiene sentido.

Izzy: ¿Eso es lo que dijo ÉL?

Blake: Aún no lo pillo.

Izzy: ¿Y si eso fue lo que tú dijiste cuando yo dije que llevaba puestos tus pantalones cortos?

Blake: Por favor, Shay. ¿Cuánto tiempo más vas a estar corriendo?

Resoplé. Había algo tan agradable en irritar al director Blake… Le envié un mensaje: Dos kilómetros más. Pero el tiempo varía ENORMEMENTE.

Blake: ¿Enormemente?

Izzy: Bueno, depende de si hoy estoy perezosa, si veo un perro o si me dieron una paliza anoche y no estoy en forma por eso; ese tipo de cosas.

Blake: ¿Una paliza?

Sonreí y observé que un hombre sentado en la parada del autobús me miraba como si estuviera loca. «Lo entiendo, colega». Le envié un mensaje: En serio, Pectoral, no te imaginas la noche que he pasado.

Blake: ¿Buena?

Izzy: No me gustaría que lo supiera y se le subiera a la cabeza, pero este hombre es realmente bueno.

Blake: Ya lo sabe.

Izzy: Oh, claro que no.

Blake: Confía en mí. Cuando haces ese ruido que se parece a una cobaya sexi y no paras de morder, un hombre sabe que lo está haciendo bien.

Izzy: Así que sabes que me gustó porque parecía una alimaña.

Blake: SIP.

Le envié un mensaje: Tú haces un ruido que retumba en tu pecho y tus dedos se agarrotan, así que sé que te ha gustado porque te has convertido en un gato.

Blake: También sabes que me gustó porque me corrí tan fuerte que casi me desmayé.

—¡Dios mío! —dije en voz alta con un grito, y el tipo de la parada del autobús agarró su bolsa de la compra como si pensara que iba a quitársela. Le respondí que tenía que salir corriendo antes de que el hombre de la parada llamara a la policía.

Blake: ¿Por qué? ¿Qué haces?

Izzy: Es esta risita pervertida, como si estuviera excitada y también muy entretenida. Imagino que resulta un poco inquietante para un desconocido.

Blake: ¿Quieres compañía en tu carrera, bicho raro?

Izzy: Bueno, sí, pero creo que serás más lento que yo y me frenarás.

Blake: Prometo esforzarme al máximo.

Izzy: Estoy sentada frente a la barbería Alliance.
Tienes 20 minutos.

Blake: Todavía estoy en la cama. ¿Cómo voy a estar ahí en veinte minutos si tengo que correr dos kilómetros?

Izzy: Haz un sprint, idiota. O conduce.

Blake: Conduce, dice.

Izzy: ¡Sí! Conduce hasta aquí, corremos y después nos vamos a desayunar.

Blake: Te iba a hacer el desayuno.

Me sentí empalagosa por dentro, como si estuviera a punto de derretirme en un espeso y feliz charco de miel. Le envié un mensaje: ¿En serio?

Blake: Pizza casera, porque sé que odias el típico desayuno.

Izzy: ¡Ups! Acabo de hacer el sonido de la cobaya.

Blake: Sí, ¡oder, estoy en camino.

Izzy: SÍÍÍÍÍÍÍÍ.

Blake: Creo recordar que anoche dijiste eso mucho.

Izzy: Casi lo coreé.

Blake: Fue una noche increíble, Shay.

Izzy: Estoy de acuerdo, Phillips.

Blake: Estoy bastante seguro de que vi a Dios la última vez.

Izzy: No, esa era yo, idiota.

Blake: Lo siento, Diosa.

Izzy: #nuevoapodo

Blake: #comodesees

Izzy: #conduceconcuidado

Blake: #loharé

Blake

—¿Cuántos años tenías? —pregunté.

—Cinco —dijo, quitándose los zapatos en la entrada mientras yo cerraba la puerta.

—Pues parece que ya eras lo bastante mayor para saberlo —dije, preguntándome cuándo me había convertido en el tipo de hombre al que le gustaban las historias de la infancia. Por alguna razón, quería escuchar todas y cada una de las anécdotas que llevaron a Iz a convertirse en la persona que era.

Me recordó la letra de Taylor Swift: *You told me 'bout your past, thinking your future was me*[******].

—Tal vez Scotty era un mierdecilla… ¿Se te ha ocurrido alguna vez? —preguntó, arrugando la nariz mientras fingía estar cabreada —. ¿Se le ocurrió a alguien?

Vi que se quitaba la coleta y se ahuecaba el pelo con los dedos. De repente, esos pequeños gestos me llamaban la atención. Quería aprendérmelos de memoria.

—¿Pero no decías que lloraba cada vez que te veía venir? —dije

mientras me cruzaba de brazos.

—¿Vas a estar hablando todo el día de Scotty el Mierdas, que probablemente se merecía mis críticas, o vas a enseñarme cómo funciona tu elegante alcachofa de ducha?

La tomé de la mano, entrelacé mis dedos con los suyos y tiré de ella hacia el cuarto de baño principal.

La carrera había sido entretenida, con Izzy hablando todo el tiempo sobre lo rápida que era mientras me decía, al mismo tiempo, que fuera más despacio. Después desayunamos mientras paseábamos por el mercado de agricultores (tenía demasiada hambre para esperar hasta llegar a casa). Yo devoré un sándwich que me vendió un apicultor que también enseñaba yoga, e Izzy devoró un dónut glaseado que había comprado en la gasolinera de enfrente.

Se produjo un momento vergonzoso cuando la florista le contó a Izzy la «adorable» historia de cómo yo había necesitado encontrar el día anterior las flores perfectas y cómo eso la había vuelto un poco loca, pero cuando los labios de Iz se curvaron en una amplia sonrisa, me batió las pestañas exageradamente y se puso las manos sobre el corazón, dejó de importarme.

—¿Sabes? —dijo mientras encendía la luz del cuarto de baño—. Creo que sería mejor para el planeta que nos ducháramos juntos.

—Me encanta el planeta —dije, abriendo la puerta de cristal y abriendo el grifo.

—Lo sabía —dijo, yendo directa al lavabo para lavarse los dientes con el cepillo de viaje que le di anoche.

—Aunque creo que solo quieres verme desnudo. —Me puse también frente al lavabo con mi cepillo de dientes.

—Tiene usted un ego muy grande, señor —dijo con la boca llena de pasta de dientes y sacudiendo la cabeza.

—Creo que quieres ver mi enorme…

—Shhh… —interrumpió ella, con unas arruguitas alrededor de los ojos—. No lo digas.

—¿Decir qué? —pregunté mientras empezaba a cepillarme los dientes, fingiendo ignorancia aunque ambos recordábamos bien la noche anterior.

Las cosas que ella había dicho.

Las cosas que yo había dicho.

Me dirigió una mirada de advertencia en el espejo, pero la sonrisa de sus ojos estropeó el efecto.

—¿No puedes decirlo ahora? —bromeé, dándole a mi boca un cepillado más rápido, porque esa ducha me estaba llamando—. Porque creo recordar que esa boca tan bonita dijo algunas guarradas en mi habitación.

Sus ojos brillaron desafiantes y con humor, mientras acababa de cepillarse y cerraba el grifo. Luego se quitó los pantalones cortos, la camiseta y se quedó completamente desnuda.

—Prefiero usar mi boca para otras cosas. ¿Vienes?

Pasó por mi lado y se metió en la ducha. Me quedé allí de pie, paralizado, con el cepillo de dientes en la mano, mirando a Izzy desnuda mientras se apartaba del chorro de la ducha para que el agua le diera en la espalda y echaba la cabeza hacia atrás para mojarse el pelo.

—Deja de mirar y entra —dijo con los ojos cerrados.

Me metí desnudo en la ducha en un segundo, poniendo las manos en su cintura para acercarme a ella. Murmuré algo, pero me interrumpió agarrándome por la nuca, tirando de mí hasta ponerme a su altura y besándome apasionadamente. Tenía tantas ganas de ella que me flaqueaban las rodillas mientras la agarraba de la cintura e

intentaba seguirle el ritmo.

El agua caliente nos caía encima y el calor corría por mis venas. Podría hacer esto el resto de mi vida. La agarré con una mano para alcanzar el gel de baño, sin romper el contacto con su boca mientras apretaba el bote y empezaba a enjabonarle la espalda. Mis manos recorrieron su resbaladiza piel, de atrás hacia delante, de la cabeza a los pies.

Y yo era un puñetero adicto a sus reacciones. Un suspiro me parecía maravilloso al principio, pero luego necesitaba arrancarle un gemido. Cuando mis manos la hacían gemir, mi adrenalina se disparaba y apenas podía respirar por la ardiente necesidad que me invadía de oírla gritar. Y, cuando su boca emitió ese excitante sonido, por fin sentí que tenía mi dosis.

Hasta que ella bajó por mi cuerpo, arañándome los muslos con las uñas, y se dispuso a hacerme perder la capacidad de pensar.

****** «Me hablaste sobre tu pasado, pensando que tu futuro era yo».

28

Blake

—Te dije que esta sería una cita estupenda.

—Y tenías razón —dije, haciendo todo lo posible por beberme mi IPA, aunque era dificilísimo cuando Izzy caminaba tan rápido. Después de la ducha, había decidido que quería tener una cita conmigo y ¿quién era yo para impedírselo?

«La cita de anoche fue tan perfecta que quiero tener la oportunidad de superarla, Phillips».

En mi humilde opinión, eso sonaba de puta madre.

¿Me sorprendió que acabáramos en el zoo? Sí. ¿Fue sin duda la mejor cita de mi vida? También. Quiero decir, ¿hay algo mejor que cerveza, *food trucks* y animales salvajes? Me invitó a tentempiés, me llevó en el tren y me obligó a tumbarme en el túnel de los tiburones para que pudiera tener «una experiencia totalmente diferente de visión submarina».

Todo parecía mejor cuando se estaba cerca de ella. Más divertido. Más jodidamente feliz.

—¿Por qué tienes tanta prisa, Shay? —Estábamos prácticamente corriendo—. El zoo no cierra hasta dentro de una hora.

—Lo sé, pero el Skyfari cierra en veinte minutos.

—¿El Sky qué?

En cuanto soltó esas palabras, esbozó una sonrisa y señaló algo con el dedo. Seguí su dedo y, joder, era uno de esos teleféricos en los que ves el zoo desde arriba.

Ni de coña.

Odiaba las alturas. Odiaba las alturas desde que Jason y yo nos quedamos atascados en un teleférico cuando yo tenía nueve años y tuvimos que quedarnos quietos, colgando de la ladera de una montaña, durante más de una hora.

Había sido terrorífico.

Lo había superado y lidiaba con las alturas cuando era necesario, pero de ninguna manera iba a meterme en esa pequeña atracción zoológica de pesadilla que probablemente estaba a cargo de un personal de dieciséis años que pasaba de todo.

No, gracias, prefería comer cristales a subirme en esa cosa.

—No creo que… —dije mientras me pasaba una mano por la frente.

—Esto es lo que más me gusta del zoo —dijo Izzy entusiasmada, sonriéndome y dando saltitos—. Mis abuelos se enfadaban conmigo cuando veníamos porque lo único que quería era montarme ahí, una y otra vez. Subían conmigo solo una vez, pero yo lloraba desconsoladamente y acabábamos montando durante horas.

—Qué mala —dije, enamorado de cómo le brillaban los ojos cuando contaba esa historia.

—¿Verdad? —Me tomó del brazo y entrecerró los ojos con una sonrisa—. Creo que será la forma perfecta de acabar un fin de semana perfecto, ¿no crees? Los dos solos, viendo la puesta de sol desde nuestra tranquila cima del mundo.

Abrí la boca para negarme con educación, para explicarle que ni por todo el oro del mundo me montaría en el Skyfari, pero entonces me besó en el brazo. Fue un besito del que, probablemente, ni se dio cuenta, pero ese gesto inconsciente derribó todas mis defensas.

—Estoy de acuerdo. Vamos —dije como un idiota mientras la

miraba.

«No es para tanto», me dije mientras compraba las entradas y se las entregaba al chico de la puerta. Solo era un paseo rápido por el zoo; pan comido. Joder, había niños pequeños allí arriba; ¿por qué coño sentía náuseas?

Yo era un hombre adulto.

Izzy hablaba a mil por hora mientras esperábamos en la cola y, aunque yo escuchaba y respondía, no me quedaba con nada. Mis ojos estaban demasiado concentrados en las cabinas del teleférico que no paraban de llegar.

Cuando llegamos al principio de la cola, Izzy sonrió.

—Allá vamos.

—Sí —dije, obligándome a sonreír mientras caminábamos y nos colocábamos en la línea blanca para subir. La cabina dio la vuelta y nos recogió, y entonces un chico rubio que no aparentaba más de catorce años (llamado Ryker) nos echó el pestillo de la barra.

«Sí, es una idea malísima poner nuestras vidas en manos de un Ryker».

Agarré la barra con ambas manos y miré al frente; necesitaba ver algo más que el suelo.

—Eh, Blakey —dijo Izzy cuando el chico dio un paso atrás y nuestra cabina empezó a subir por el cable—. Acércate.

Y entonces se acercó un poco más a mí, provocando que la cabina se balanceara.

—Deja eso —siseé mientras la miraba de reojo.

—¿Qué? —Ella me miraba confundida. Había sonado como un loco.

—Había un cartel que decía que no se podían balancear las cabinas —dije con calma, forzándome a sonar normal—. Así que deberíamos

seguir las reglas.

—Creo que se refieren a que no la muevas de un lado a otro a propósito —bromeó, sonando (con razón) como si le divirtiera la seriedad con la que yo estaba tomándome las normas de Skyfari—. Estoy segura de que uno puede moverse.

—Sí, pero es mejor no hacerlo —dije, inyectando una dosis de aburrimiento a mi voz—. Sentarse quieto es lo que se supone que hay que hacer.

—Blake. —Su voz sonaba ahora más preocupada—. ¿Estás bien?

—Claro —dije, obligándome a girar la cabeza y sonreírle—. ¿Y tú?

—Yo estoy bien —dijo, observándome con los ojos entrecerrados —. ¿Tú te estás divirtiendo?

—Sí —dije, tragando saliva al ver que las otras cabinas, las que volvían hacia la puerta de salida, se alejaban hacia su derecha.

Cuando vi lo alto que estábamos, se me revolvió el estómago.

«¿Por qué demonios estoy siendo tan cobarde?».

—¡Oh! Mira el rinoceronte —dijo, mirando hacia abajo—. Esa cosa es enorme.

—Sí —dije, girando la cabeza hacia delante, agarrando la barra y cerrando los ojos tras las gafas de sol—. Enorme.

—¿Eso es un avestruz? —preguntó, y sentí que la cabina se ladeaba cuando miró hacia abajo—. Nunca habría imaginado que pudieran ser amigos.

—Sí, estoy de acuerdo —logré decir, paralizando cada músculo de mi cuerpo para contrarrestar sus movimientos y sin mirar en absoluto a los animales.

—Blake.

—¿Mmm?

—No hay avestruces. ¿Tienes los ojos cerrados?

Suspiré, pero los mantuve cerrados.

—Bueno, un poco. Estoy cansado.

—Los tienes cerrados, mentiroso —dijo—. ¿Qué te pasa?

Suspiré de nuevo, pero continué sin abrirlos porque además de que no quería ver lo alto que estábamos, no quería verla mirándome como si estuviera loco.

—Puede que no me gusten los teleféricos.

—¿Qué?

—No es para tanto —dije, esforzándome por parecer relajado—; simplemente no son lo mío.

—Entonces, ¿por qué te has subido en uno?

«Porque me diste un beso en el brazo». Pero esa no era una respuesta racional, así que le di otra.

—Porque tú querías subir y pensé que quizá me gustaría ahora.

—Mírame —dijo, y sonaba como si quisiera reírse—. Blake.

—No quiero —dije, manteniendo los ojos cerrados. Sinceramente, no estaba seguro de que eso mejorara las cosas, pero conocía un poco el zoo e imaginaba que estaríamos acercándonos a la isla de los monos, un lugar sobre el que no quería caerme de ninguna manera.

—Vale —dijo ella, aclarándose la garganta—. Mmm… Tal vez si tú…

Ella no dejó de hablar, pero mi capacidad para escucharla sí que lo hizo porque el teleférico se detuvo.

Joder, se detuvo.

No se suponía que fuera a detenerse, se suponía que seguiría dando vueltas. Ese era su trabajo, ¿no? Moverse en bucle. No estaba seguro de lo que estaba sucediendo, pero ¿por qué se había detenido el teleférico?

«Ryker, ¿pero qué coño?».

—¿Por qué no intentas abrir los ojos?

—Estoy bien —dije, tragando saliva—. De verdad. No te preocupes por mí, estoy bien, solo echa un vistazo al zoo y diviértete mientras esperamos a que esta cosa empiece a moverse. Estoy bien, te lo aseguro.

—Pues no lo parece —dijo con delicadeza—. Tienes los nudillos blancos y estás sudando aunque empieza a hacer frío. ¿Cómo puedo ayudarte?

En ese momento la amaba más de lo que podría imaginarse, y me moría de ganas por abrir los ojos y mirarla a la cara.

Pero eso me parecía físicamente imposible en ese momento.

Era como si tuviera los ojos pegados.

—Estoy bien, Iz —dije—. Solo necesito que esta cosa empiece a moverse. ¿Por qué no se mueve?

—Oh, esto pasa todo el tiempo —dijo con calma—. No pasa nada, te lo aseguro. A veces tienen que parar, por ejemplo, para limpiar una cabina porque un niño la ha ensuciado. Lo sé porque yo misma dejé una cabina echa un asco con un cucurucho de helado cuando tenía siete años.

Eso me hizo sonreír pese al infierno por el que estaba pasando.

—Es tan propio de ti.

—¿A que sí? —dijo, y pude percibir la sonrisa que había en su voz —. Hacía un calor horrible, estaba con mi hermano y se me cayó el cucurucho en cuanto salimos. Cuando volvimos, teníamos helado derretido en los pantalones y en el asiento, y el chocolate goteaba encima de la gente que iba caminando debajo.

—¡Qué bien!

—¿Saben tus hermanos que odias las alturas? —preguntó.

—¡Oh, sí! —dije—. Jason es igual que yo.

—Vale, ¿cuál es su número de teléfono?

Era evidente que iba a llamarle, lo cual no me ayudaría en absoluto, pero yo era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera «Ryker, ¿pero qué coño?», así que le di el número de mi hermano.

Un segundo después, oí el tono de llamada de FaceTime.

«¡Oh, mierda! Está haciendo FaceTime con él».

Pensé que no contestaría porque no iba a reconocer su número, pero no fue así.

—¿Sí? —oí.

—Hola, Jason. Mmm… Siento llamarte por FaceTime, pero estoy con tu hermano y tenemos un pequeño problema.

Me obligué a abrir los ojos y giré la cabeza lo mínimo para ver la cara de Jason en el teléfono de Izzy.

—¿Qué pasa? ¿Está bien? —dijo.

—Sí, está bien —dijo, y luego giró el teléfono hacia mí—. Pero estamos en el Skyfari del zoo, se ha parado un rato y parece un poco tenso. Pensé…

—¡Blake, ¿por qué coño te has subido a esa cosa?! —empezó a gritar Jason (¿cuándo no lo hacía?), que parecía muy ofendido por la situación—. ¿Es que quieres morirte? ¿Alguien te ha obligado a subir a punta de pistola?

—No estamos a tanta altura, Jason —dijo Izzy con tranquilidad—. Te he llamado porque pensé que podría ayudar a Blake.

—Sí, idiota —dije, sorprendido de que pudiera hacerme un poco de gracia—. Ayuda a Blake.

—Blakey es idiota y no se le puede ayudar —dijo Jason, pero estaba sacudiendo la cabeza y sonriendo—. Venga, colega, que te has subido a un teleférico porque has querido.

—¿No vas a decirle que no es para tanto y que todo va a salir bien?

—dijo Izzy.

—Sabrá que es mentira —dijo Jason—. ¿No te ha contado lo que nos pasó la última vez que estuvimos en uno?

—Jace —le advertí, y casi me dio un infarto cuando el teleférico empezó a moverse de nuevo—. No sigas.

—Sí, sigue —dijo Izzy con diversión.

Jason se lanzó a contar la historia como solo él podía hacerlo, dándole espectacularidad con adjetivos, adverbios e incluso nombres propios.

—Nuestro padre, «el Puñetero Amo», nos dejó subir solos. ¿Puedes creértelo?

Me quedé mirando su cara de idiota mientras él contaba la historia e Izzy se partía de risa.

—Blakey no paraba de gritar y llorar, y los berreos de este mierdecilla me estaban volviendo loco. Yo también estaba aterrorizado, pero él aullaba tan fuerte que quería arrancarme los tímpanos. Así que empecé a inventarme una historia sobre la chica de la que él estaba pillado.

—Rachel Devos —dije, riendo porque me había olvidado por completo de la historia—. Joder, me dijiste que le encantaban los retos, y que si no nos moríamos, lo del teleférico iba a hacer que se volviera loca por mí.

Izzy se echó a reír, y Jason continuó hablando.

—Pero funcionó, porque dejaste de lloriquear y empezaste a hacer planes, ¿verdad? —Luego le dijo a Izzy—: Este idiota empezó a planear cómo hablaríamos casualmente sobre eso cuando fuéramos de camino a la escuela, porque la madre de Rachel la obligaba a ir con nosotros.

—Pobre chica —dijo Izzy.

—No, creo que aprendió mucho de nosotros —espetó Jason, lo que hizo reír aún más a Izzy.

—Lo más probable es que esté intentando olvidar muchas cosas —dije riendo.

—Lo único que sé es que cuando nos rescataron, teníamos los pantalones de esquí congelados y pegados al cuerpo de las veces que nos habíamos meado. A ver, habían pasado varias horas y justo antes nos habíamos puesto hasta arriba en la máquina de Coca-Cola.

—Pero esa cosa era genial —añadí.

—Mamá la odiaba porque papá nos dejaba beber tanta como quisiéramos.

—Oye, Jason, tenemos que irnos —dijo Izzy, volviendo a ponerse enfrente el teléfono—. Estamos llegando a la puerta.

Miré frente a nosotros y vi a Ryker. Casi habíamos acabado, ¡gracias a Dios!

—Bueno, dile a mi hermano que deje de hacer tonterías —dijo Jason—. Y tú deja de llevarlo a citas que pueden matarle, ¿vale?

—Vale —dijo, sonriendo—. Adiós, Jason.

Cuando bajamos de la atracción me temblaban un poco las rodillas y, la verdad, me sentía como si despertara de un largo sueño. Parecía que el sol del atardecer, la gente, el ruido… Todo había desaparecido por un momento.

Pero lo único que no había desaparecido era ella. No quería pensar demasiado en lo que había ocurrido y lo que ella había hecho, porque eso me obligaría a reconocer que yo había sido patético, pero lo cierto era que me había salvado.

Izzy me había visto vulnerable y me había salvado.

—Ey. —La tomé de la mano y tiré de ella, alejándola de la acera del zoo y metiéndola entre los árboles. No paré hasta que tuvo la

espalda contra un árbol y la cara entre mis manos. Dejé que mis ojos absorbieran cada detalle de su cara (esos ojos, esas pecas, esa boca) y luego dije—: Gracias.

Parpadeó, con sus largas pestañas moviéndose como alas de mariposa, y sus labios se curvaron.

—De nada.

—¿Te avergonzaría que te diera un beso en el zoo?

Entrecerró los ojos, sonrió y sacudió la cabeza.

—Adelante, Blakey.

29

Izzy

—¿En serio? ¿De verdad crees que Patrick Mahomes es el hombre?

—La semana pasada hizo trescientos ochenta y ocho metros de pase —dijo Blake, abriendo un cacahuete—. No hay ninguna duda.

—La semana pasada es la semana pasada. Esta semana es esta semana —repliqué, tirándome del borde de la camiseta de los Beastie Boys que le había robado a Blake del armario esa mañana y que llevaba puesta desde que habíamos vuelto del zoo. Hacía frío y pronto tendría que ponerme unos pantalones, pero el partido acababa de empezar y estaba demasiado cómoda para ir al dormitorio.

—¡Guau! —Blake me miró y me lanzó una cáscara—. ¡Qué profundo!

—La hondura es mi fuerte.

—«Hondura» es una palabra que no existe.

—Voy a buscarlo en Google, imbécil.

Me reí y abrí Google. Estábamos sentados a ambos extremos de mi sofá porque le había obligado a moverse como castigo por haber llamado «pésimo» a mi equipo de fútbol *fantasy,* pero el Oscuro lo había estropeado todo colocándose en el regazo de Blake e impidiendo que pudiera acercárseme de nuevo.

Me encantaba lo amante que era de los gatos a su pesar.

—¡Bum! Hondura —dije, y empecé a leer la definición en voz alta. Él se limitó a negar con la cabeza y a lanzarme más cáscaras de

cacahuete.

Después del zoo, me había traído a casa para que pudiera darle de comer al gato y, bueno, ir a casa. Pero, en lugar de despedirme, le había invitado a ver el fútbol, y es lo que habíamos hecho desde entonces.

Parecía que ambos intentábamos alargar las últimas horas del fin de semana.

Había sido tan perfecto que daba miedo.

—Necesito un refresco —dije mientras me levantaba—. ¿Quieres algo?

Me miró con sus oscuros ojos y una sonrisa en los labios. Yo murmuré «pervertido» antes de poner los ojos en blanco y entrar en la cocina. Blake entró cuando estaba cerrando la nevera, y ver sus calcetines en mi pegajoso suelo de linóleo me hizo feliz.

Increíblemente feliz.

Era muy raro, pero ver al director Blake en calcetines me parecía todo un espectáculo.

Porque sentía que había llegado a conocer a una persona totalmente diferente durante el fin de semana; una persona que me interesaba incluso más que el director Blake y el señor Pectoral. Aunque resultara extraño, verle tan vulnerable por su miedo a las alturas me había hecho sentirme muy conectada con él.

Como si le conociera de verdad.

—¿Quieres una cola? —pregunté.

—Creo que debería irme. Mañana va a ser un día estresante en el trabajo, así que debería ser buen chico y dormir una noche entera. Quien yo me sé me ha tenido despierto toda la noche.

La decepción se apoderó de mí pese a que, mientras comíamos pizza en la sala de estar, habíamos estado de acuerdo en que cada

uno dormiría en su apartamento al tener que trabajar al día siguiente.

—Sí, vete —dije—. He acabado contigo de todos modos.

—No. —Me rodeó con sus brazos y me apretó con fuerza, levantándome del suelo mientras añadía—: Solo hemos empezado.

Intenté mantener la calma, pero era imposible no sonreír ante aquello porque lo adoraba. Lo adoraba y lo quería todo.

Así que aparté la mirada antes de que pudiera ver mi adoración absoluta, y cambié de tema.

—¿Sabías que ayer, cuando me pusiste sobre la isla de madera de la cocina, pensé que querías tener sexo conmigo?

Me miró a la cara, como si quisiera saber si hablaba en serio, y luego me levantó y me llevó hasta la cocina. Se me aceleró el corazón cuando, tras dejarme sentada sobre la isla de madera, me miró, me separó las rodillas y se acercó.

—¿Te apetecía, Iz? —dijo con un gruñido mientras me pasaba los dientes por la mandíbula y sus manos subían poco a poco la camiseta extragrande por mis muslos. Levantó la cabeza y preguntó —: ¿Te apetecía un poco de acción sobre la isla?

—Sí —suspiré, mirándole fijamente a los ojos—. Parece que me apetece todo cuando se trata de ti.

Algo cambió en su cara cuando lo dije. De repente se volvió serio, se inclinó más hacia mí y apoyó su frente en la mía.

—Conozco esa sensación —dijo mientras tragaba saliva.

—Es raro, ¿verdad? —susurré, levantando una mano hacia su mandíbula.

Cerró los ojos durante un segundo, inclinándose hacia mi mano. Cuando los abrió, brillaban de lujuria.

—Es jodidamente extraño y jodidamente perfecto.

Su boca encontró la mía mientras sus manos se ocupaban rápidamente de mi ropa y yo hacía lo mismo con sus pantalones, sin romper nunca el contacto con ese poderoso beso.

En cuestión de segundos estaba justo donde yo lo necesitaba, consumiendo mi boca mientras me embestía sobre la mesa de la cocina. Me embargó la emoción cuando clavé mis ojos en los suyos, añorándolo en ese preciso instante aunque el momento aún no hubiera pasado. Entraba y salía de mí, y yo le rodeaba con más fuerza con mis piernas, para intentar quedarme con su cuerpo igual que él se había quedado con mi corazón.

—Joder —siseó, bajando las manos por mi cuerpo y cambiando el ángulo hasta que me fue imposible dejar los ojos abiertos. O pensar. Era tan bueno y estábamos tan sintonizados con cada pequeña cosa que me hacía y que yo ni siquiera sabía que quería, que simplemente le clavé los talones y las uñas y me dejé llevar por el placer.

30

Blake

Izzy: ¿Estás despierto?

Sonreí al leer su mensaje. Sí, estaba tumbado en la cama, a oscuras, pero seguía despierto. Le escribí: Hemos colgado el teléfono hace cuatro minutos.

Izzy: Bueno, te dormiste muy rápido anoche, así que…

Blake: No, esa fuiste tú, Princesa Ronquido.

Izzy: Yo no ronco.

Blake: Sin comentarios.

Izzy: No seas mentiroso.

Me la imaginé boca abajo y profundamente dormida a mi lado. Le envié un mensaje: Isabella Shay, no digo que ronques, pero si lo hicieras, sería el sonido más adorable del mundo. Como un maldito gatito.

Izzy: Te estoy enseñando el dedo.

Blake: Estoy agarrando tu dedo y chupándotelo.

Izzy: ¡ABORTAR MISIÓN! ¡ASÍ ES IMPOSIBLE CONCILIAR EL SUEÑO!

Me incorporé, sonriendo como un idiota, y mullí la almohada. Le envié un mensaje: ¿Para eso me enviaste el mensaje? ¿Para que te diera sueño?

Izzy: No. Te envié el mensaje para decir que, pase lo que pase, este fin de semana ha sido perfecto.

¿A qué se refería? ¿Sabía lo de la nueva reorganización? Le envié: ¿Pase lo que pase?

Izzy: Solo quiero decir que, sin importar lo que suceda en mi vida, en el mundo o en el universo, conservaré este fin de semana en mi corazón como algo perfecto.

¡Ay, mierda! Lo sentí en mi estómago, en mi corazón y en mi mente, porque era exactamente como me sentía yo también.

«Te quiero». Quería decírselo, pero no como el «Te quiero, joder» que le había dicho la primera vez que nos acostamos. Estaba seguro de que, en aquella ocasión, se había debido a mi alegría por tener su cuerpo en mi cama, el equivalente a decir: «Me encanta acostarme contigo».

No, quería decirle cien veces que, aunque era demasiado pronto, estaba enamorado de ella.

Tal vez se lo dijera al día siguiente, cuando todo hubiera pasado. Sí, era demasiado pronto, pero estaba dejando de importarme que nada de lo nuestro tuviera sentido.

«Te quiero, Iz». Es lo que sentía en mi interior, pero en vez de eso le envié un mensaje: Me encanta tu hondura, Iz.

Izzy: Y a mí me encanta que reconozcas que existe la palabra «hondura». Buenas noches, señor Pectoral.

Me recosté en la almohada, miré las luces de la ciudad y le envié un mensaje: Buenas noches, Amy de Scooter's.

31

Blake

Izzy: Dos cosas. Número 1: Echo de menos los dónuts de gasolinera y las duchas mixtas.

«Yo también», pensé mientras salía del coche y apretaba el botón de bloqueo en el llavero. El aire de primera hora de la mañana era frío, el sutil aviso otoñal de que el invierno estaba en camino, y por una vez me alegré de llevar un traje de chaqueta.

Izzy: Número 2: Espero que tu estresante día vaya mejor de lo esperado. No quiero entrometerme, pero supongo que tiene que ver con la fusión y el organigrama resultante. En cuyo caso siento tu malestar, aunque tampoco lo lamento.

Me metí las llaves en el bolsillo y le envié un mensaje: Yo tampoco.

No quería decir mucho, pero tampoco quería que se preocupara por la mierda que iba a pasar en Ellis; ese era mi problema. Añadí: Es un lío, pero que sepas que NO dejaré que el trabajo se interponga entre nosotros.

Izzy: ¿NOSOTROS? 😉

Crucé las puertas de Scooter's, más decidido que nunca a encontrar la manera de que funcionara. Le envié un mensaje: NOSOTROS.

—¿Me estás tomando el pelo? —Brad se recostó en su silla, mirándome como si me hubiera vuelto loco, mientras el sonido del espumador de leche me resultaba ensordecedor. Me había parecido agradable mientras charlaba con Izzy, al darnos una ruidosa y espumosa capa de privacidad, pero ahora solo aumentaba la tensión de mi cuello.

—¿A qué parte te refieres exactamente? —pregunté.

—A todo… ¡Mierda! —El hombre sonrió y sacudió la cabeza—. Fuiste muy rápido después de la primera versión, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé —dije, recordando que, literalmente, había salido corriendo del edificio cuando pensé que ya podría salir con Izzy. Levanté la mano y me tiré del cuello de la camisa, que de repente sentía demasiado apretado. Odiaba contarle mi vida personal a alguien del trabajo, pero como no estaba dispuesto a mentir, era la única manera. Se lo había contado todo a Brad, y solo esperaba que Izzy me perdonara por no haberle preguntado a ella antes.

Consideraba a Brad un amigo; sabía que era una persona discreta, con independencia de la decisión empresarial que tomara al respecto.

Aun así, estaba nervioso. Era un territorio nuevo para mí.

—Nunca hablas de tu vida personal, así que supongo que esto es importante para ti —dijo Brad.

Asentí con la cabeza.

—Así es.

—De acuerdo —dijo Brad, acomodándose de nuevo en su silla y cruzándose de brazos—. Tengo buenas y malas noticias.

Apreté los dientes (los rechiné, en realidad).

—¿Cuál es la mala noticia? —dije.

Brad entrecerró los ojos y se me quedó mirando.

—Lo mismo que las buenas noticias. Como sabes, tras la fusión, estamos eliminando algunos puestos duplicados —dijo.

—Sí. —Nunca me había gustado despedir a nadie, pero la realidad era que cuando Ellis compraba empresas más pequeñas, normalmente acababan teniendo demasiados empleados en determinadas funciones y tenían que reducir personal.

—Bueno, la sucursal de Boston tenía mucho personal administrativo, así que la mayoría de los recortes se harán allí. Pero mantendremos algunos altos cargos.

Ya lo sabía.

—Brad, yo fui quien…

—Isabella Shay es una nueva empleada, con mucha menos experiencia que los generalistas de Boston, pero su salario es el mismo. Así que tiene sentido que eliminemos su puesto.

Me sentí como si me hubiera quedado sin respiración.

—¿Qué?

—Blake, firmaste el plan cuando estuviste en Boston—. Brad esbozó una paciente sonrisa mientras se quitaba las gafas y se ajustaba una de las patillas—. Pero la hoja de cálculo solo tenía números de empleados, no nombres.

«Joder, joder, joder».

—Mierda, no lo sabía.

—Así es, no lo sabías. —Brad volvió a ponerse las gafas y consultó el reloj—. Piénsalo. Sabías (y sigues sabiendo) que es la decisión empresarial correcta si eliminas las emociones de la ecuación. No hay ni una sola razón de peso para que cambiemos el plan.

Me pasé una mano por el pelo, frustrado porque, mierda, Brad tenía razón. Era la decisión correcta. Si no estuviera saliendo con ella, pondría a Izzy la primera de la lista sin ninguna duda.

Cualquiera en mi puesto lo haría.

—No te lo tomes a mal, pero si realmente te gusta esa chica, tal vez esto sea lo mejor. Ya no tendrás que preocuparte de que el trabajo se interponga entre vosotros.

Eso no me ayudaba. Se me revolvió el estómago porque sabía que no podía hacer nada. Si intentaba salvaguardar su trabajo, sería visto (con razón) como un conflicto de intereses y fruto de mis sentimientos. Brad podía ser mi amigo, pero no lo pasaría por alto.

—Escucha, tengo que irme. —Brad agarró su café y se levantó—. No tengo que recordarte que, con independencia de tu relación, esto es confidencial hasta que Recursos Humanos se haga cargo mañana. Confío en que te lo guardes para ti.

Asentí con la cabeza.

—Por supuesto.

Vi a Brad irse y luego me quedé sentado a la mesa, entumecido.

Los recortes se producirían mañana por la mañana. Lo sabía porque yo mismo había estado analizando la hoja de cálculo durante horas antes de tomar las decisiones. Fui yo quien llamó a Pam y programó cuándo y cómo se gestionarían los despidos y las indemnizaciones.

Ellis era una empresa generosa con las indemnizaciones por despido y yo estaba orgulloso del trato que Recursos Humanos daba a los empleados que tenían que irse. Odiaba los despidos, pero la forma en que la empresa se ocupaba de la gente siempre me había hecho sentir algo mejor.

La forma en que funcionaba (la forma en que siempre lo había hecho) era que todos los que estaban al tanto mantenían los despidos en secreto hasta que se producían. Yo sabía de primera mano que la clave para que los despidos se desarrollaran sin problemas era

mantenerlos en secreto.

¿Pero cómo coño iba a hacerlo? ¿Cómo no iba a decírselo a Izzy?

Siempre había visto la integridad como parte de mi puesto de trabajo. No era extraño que tuviera que declarar bajo juramento o lidiar con reclamaciones por la indemnización laboral, acoso, despidos improcedentes… El tipo de cosas que ocurrían bajo el amparo de Administración y Recursos Humanos.

Así que siempre me comporté como si cada decisión que tomaba pudiera ser cuestionada bajo juramento. Porque podría suceder. Si era honesto y seguía las reglas, nunca tendría nada que ocultar.

Siempre me había parecido que se trataba de blanco o negro. Podría declarar bajo juramento que nunca le había contado información confidencial a un empleado de Ellis, porque nunca lo había hecho.

Pero ¿cómo iba a seguir las normas y mantener la confidencialidad cuando lo único que quería era proteger a Iz?

Izzy

Entré en la sala de conferencias esforzándome por no parecer demasiado feliz, como si fuera una duendecilla trastornada o algo así.

Pero fue duro.

Porque sentía que mi mundo había cambiado durante el fin de semana, que se había hecho más grande y sus colores más brillantes. Estaba ridículamente excitada por la promesa que implicaba todo eso.

Sin embargo, sabía que Blake solo era un hombre y que tal vez no funcionara.

Sinceramente, si me guiase por las probabilidades en el juego de

las citas, tenía muchas papeletas de que no funcionara.

Pero ¿por qué no lanzarse a este momento de salvaje promesa y revolcarse en él? Iba a hacer ángeles de nieve enamorados en estos momentos de embelesamiento y no iba a permitir que las probabilidades y la realidad se colaran para acabar con la magia.

Pam entró en la sala de conferencias y empezó a hablar de la fusión, lo que ya me había esperado. Me sentí muy bien por saberlo de antemano (aunque, para ser justos, parecía como si la mitad del departamento hubiera participado en el papeleo de la fusión).

Pam empezó a hablar de los beneficios que tendrían los empleados de Boston que se incorporaban a la empresa, así que tuve que tomar muchas notas. Esto me iba a dar bastante trabajo, pero yo seguía enamorada de mi nuevo puesto, así que estaba entusiasmada. Pero cuando parecía evidente que la mujer estaba dando por concluida la reunión, no pude evitar percatarme de que aún no había mencionado el organigrama.

Tuve la tentación de preguntar, pero no quería decir algo que aún no se hubiera anunciado. Lo último que quería era sabotearme a mí misma. Después de la reunión, me libré de tener que preguntar cuando Heather, la asistente de Recursos Humanos, se dirigió a Pam.

—¿Tengo que fusionar los dos organigramas? —preguntó.

Pam sacudió la cabeza.

—Blake ya lo hizo esta mañana. Está en la unidad compartida —respondió.

Me quedé allí, esperando a que Pam dijera que ya no era nuestro jefe, pero no lo hizo.

«¡Qué raro!».

Volví a mi despacho y abrí la hoja de cálculo Excel con los nuevos empleados a los que tenía que contactar, dispuesta a ponerme manos

a la obra. Pero no pude evitar consultar la unidad compartida. Abrí el organigrama y solo tardé cinco segundos en ver que Blake seguía arriba, Pam debajo de él y yo debajo de Pam.

—¿Qué? —dije para mí misma. Tal vez no estaba actualizado. No, parecía haber sido actualizado por Blake a las siete de la mañana.

«¡Oh, no!».

Dejé caer las manos sobre el escritorio. ¿Qué significaba aquello? ¿Era mi jefe otra vez? Y si lo era, ¿significaba que lo nuestro se había acabado? ¿Después de dos días?

¿Por qué había cambiado? ¿Por qué no me lo había dicho?

Saqué el teléfono y no había mensajes, lo cual no me sorprendió, ya que no hablábamos en horas de trabajo. Pero… ¿qué significaba?

¿Qué le estaba pasando a Blake por la cabeza?

Me hubiera gustado enviarle un mensaje y preguntarle, pero no quería interrumpir su estresante día con preguntas egocéntricas sobre cómo me afectaba aquello a mí.

Seguro que todo iba bien.

Seguro que él estaba al tanto.

Tomé aire por la nariz, obligándome a relajarme. Confiaba en Blake y en que todo saldría bien.

Después me perdí en los informes, olvidándome de todo menos del trabajo. Pam estaba reunida en otra parte del edificio, así que me fue fácil concentrarme en el trabajo sin interrupciones. Pero cuando me rugió el estómago y consulté el reloj, volví a pensar en Blake. Porque era lunes, día del *food truck* Caniglia's.

Me levanté, tomé el abrigo y busqué el bolso. Lo más probable es que no estuviera allí, pero si me lo encontraba y almorzábamos juntos, tal vez le apeteciera informarme.

Si no, simplemente comería por estrés hasta vomitar.

Las seis en punto.

Me quedé mirando el reloj que había encima del televisor, todavía empachada por el atracón por estrés que me había dado sin Blake. Aunque lo más probable es que él aún estuviera en la oficina, en teoría ya no eran horas de trabajo y podría escribirle, ¿verdad?

Le envié un mensaje: ¿Sigues trabajando, Pectoral?

Blake: Yep

No me gustaban las respuestas de una sola palabra sin puntuación; eso me ponía muy nerviosa. Respondí: ¿El día ha sido tan estresante como esperabas?

Blake: Peor

De verdad, de verdad, de verdad que necesitaba un emoji o una exclamación superflua para asegurarme de que todo iba bien. Escribí: Bueno, dejaré de molestarte para que puedas irte.

Blake: Grax

Odiaba ser ese tipo de chica, pero escribir con abreviaturas no era nuestro modo habitual de conversación. No podía quitarme la sensación de que algo iba mal, de que se estaba distanciando de mí.

Sobre todo cuando no se había tomado un descanso para almorzar en el *food truck* Caniglia's, ni siquiera para enviarme un mensaje, cuando sabría que yo iría a pegarme un festín de comida italiana.

Me zampé un trozo de pizza que había sobrado antes de salir a correr con Josh, que siempre estaba dispuesto a acompañarme si se hacía demasiado de noche. Normalmente llevábamos auriculares y

nos desconectábamos el uno del otro, pero esa noche se lo conté todo, más que nada porque sabía que le gustaba Blake, así que me sentía segura en ese sentido.

—¡Mierda! El Desafío Físico ya no pinta tan bien —dijo.

—¿Qué? —Casi me tropecé y caí de bruces cuando dijo esas palabras con toda la naturalidad del mundo.

—Piénsalo —dijo, mirando su Apple Watch—. O Blake te mintió sobre el organigrama para meterse en tus bragas el pasado fin de semana… —empezó a decir, haciéndome poner los ojos en blanco ante su asquerosidad—, o se ha enterado hoy de los cambios en el trabajo y está cagado, esperando que volváis a ser solo compañeros.

—Esas no son las únicas opciones —dije a la defensiva, porque me había estado obligando a no pensar lo mismo—. Podría estar tan ocupado que no ha tenido tiempo de hablarlo conmigo.

—Eso no cambia lo que he dicho —respondió Josh con ese tono de sabelotodo que me daba ganas de darle una bofetada. Una hora después, cuando ya me había duchado y mirado el teléfono quince veces, sus palabras se repetían en mi cabeza.

Y, por mucho que quisiera negarlo, no podía. Porque, con independencia de lo que ocurriera con el organigrama, Blake volvía a ser mi jefe, así que era muy probable que pusiera fin a lo nuestro.

Al final cedí y le envié un mensaje inofensivo: El Oscuro vomitó en el sofá de Josh y ahora tiene mis almohadas y mantas como rehenes hasta que le pague la lavandería.

Era verdad (menudo imbécil), y era algo que divertiría a Blake.

Pero, una hora más tarde, todavía no había recibido ningún mensaje.

Y eso me cabreó. Entendía que hubiera tenido un día estresante y también que su obsesión por la moral le impidiera continuar con

nuestra relación, pero no tenía por qué evitarme. Había asumido que, tras lo que había pasado el fin de semana, el *ghosting* ya no era una posibilidad. Obviamente, ya había vuelto del trabajo y podía usar sus enormes dedos para escribir una respuesta educada.

«Imbécil».

Después de dedicar unas horas al papeleo de las prestaciones, enchufé el teléfono al cargador y me fui a la cama. Mientras colocaba la cabeza sobre un cojín del sofá y me tapaba solo con la sábana (maldito Josh), decidí que si Blake me enviaba un mensaje durante la noche, no quería saberlo. Puse esa cosa en silencio y apagué las luces.

Pese a todo, me habría encantado poder desahogarme sobre él con mi mejor amigo, Blake.

Blake

—¿Qué coño estáis mirando? —Miré fijamente a los gatos, que estaban acurrucados en el sofá y mirándome como si estuvieran enfadados conmigo. Estaba sentado en mi escritorio, bebiendo *whisky* (como había hecho desde que llegué a casa) mientras intentaba averiguar cómo demonios iba a actuar.

No podía decírselo. No podía. Iba en contra de mis principios empresariales, y probablemente Iz lo entendería. Lo entendería, ¿verdad? Izzy lo entendería perfectamente.

Sin embargo, había ignorado sus mensajes durante toda la noche porque no podía comportarme de forma normal justo antes de despedirla. No podía bromear con ella sabiendo lo que le esperaba a la mañana siguiente.

Así que el silencio era mi única opción.

Era casi medianoche y yo aún no sabía qué hacer. Porque, aunque

la siguiera evitando después de su despido, ella sabría que yo lo había sabido. Lo sabría, y había muchas probabilidades de que se enfadara porque no la hubiera avisado o, al menos, respondido a sus mensajes.

¿Cuál era mi plan? Esperar hasta que supiera que había salido del edificio con sus papeles del despido y luego enviarle un mensaje: ¿Cómo estás?

Lo único que sabía con certeza era que la echaba de menos. Solo habían pasado veinticuatro horas, pero me moría de ganas por ver su cara, oler su pelo y escuchar sus extravagantes opiniones sobre el mundo.

¡A la mierda! Izzy era más importante que la moral.

Agarré el teléfono y le envié un mensaje: Necesito hablar contigo mañana antes del trabajo. Es muy importante.

32

Izzy

Me despertó la vibración del teléfono, a pesar de que había tenido un sueño muy ligero desde que me había acostado. Lo miré en la oscuridad y era él.

Me incorporé y pasé el dedo por la pantalla de bloqueo.

Blake: Necesito hablar contigo mañana antes del trabajo. Es muy importante.

—¡Que te jodan! —espeté, apagando el teléfono y dejándolo de nuevo sobre la mesilla. Me di la vuelta y dejé caer unas lágrimas de decepción, lamentando la muerte de una relación que apenas había empezado. Llevaba todo el día pensando que iba a ocurrir, pero eso no lo hacía menos doloroso.

Tomé aire de forma profunda y entrecortada. Respondería, porque no era una capulla, pero no esta noche y probablemente tampoco antes de irme a trabajar.

Si él podía ignorarme durante horas, yo podía hacer lo mismo.

Tan solo que, cuando sonó mi alarma a las seis, él me había enviado tres mensajes más.

Dos de la mañana: Por favor, llámame a primera hora.

Cuatro y cuarto de la mañana: Ya estoy levantado, así que puedes llamarme cuando quieras.

Cinco y media de la mañana: Es importante, Iz.

¡Vaya! Sentí el «Iz» en el fondo de mi corazón. Me había ignorado

todo el día anterior y ahora, cuando quería asegurarse de que en el trabajo todo iría bien, ¿utilizaba ese apodo?

«¡Que le den!».

Silencié el teléfono y lo metí en el bolso cuando fui a la sala de estar a sacar ropa interior limpia del cesto de la colada. La verdad es que no necesitaba tener el teléfono a mano porque Blake era la única persona que me enviaba mensajes. Me duché y me preparé para ir a trabajar, sintiéndome deprimida todo el tiempo.

Era patético.

Pero cuando llegué a Ellis y entré en el ascensor, me di cuenta de que quería enviarle un mensaje. Escuchar lo que tuviera que decir y darle la oportunidad de explicarse. Blake siempre había sido un buen amigo (era una buena persona, eso estaba claro), así que merecía mi confianza y paciencia.

No había razón para pensar lo peor.

Rebusqué en mi bolso hasta que encontré mi teléfono. Le envié un mensaje: ¿Qué pasa? ¿Te has cansado de hacerme *ghosting* y necesitas una dosis de Izzy?

Mantuve el teléfono en la mano, esperando una respuesta rápida. Sin embargo, lo que no me imaginaba es que al salir del ascensor vería a Pam en la puerta de mi despacho, paseándose como si estuviera esperándome.

—Hola, Pam —dije, esperando no haber olvidado una reunión a primera hora—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Puedo hablar contigo en tu despacho? —dijo frunciendo el ceño.

Blake

Saqué el teléfono del bolsillo al salir de la sala de conferencias.

Izzy: ¿Qué pasa? ¿Te has cansado de hacerme *ghosting* y necesitas una dosis de Izzy?

¡Mierda! Había respondido. Sentí que se me aceleraba el pulso al pulsar el botón de llamada.

Fui enviado directamente al buzón de voz. «Mierda».

Consulté el reloj; eran las nueve y media, y me di cuenta de que probablemente ya era demasiado tarde. A Pam le gustaba quitarse de encima los despidos a primera hora de la mañana, así que Iz probablemente ya se habría ido.

Abrí de un empujón la puerta que daba a la escalera y empecé a bajar hasta la planta de Izzy. Era una idiotez ir corriendo a su despacho, pero tenía que saberlo en ese puñetero instante. Bajé corriendo cuatro tramos de escaleras antes de arreglarme la corbata, mirar el móvil y pisar la planta de Recursos Humanos, esforzándome por parecer informal y profesional.

—Blake —dijo con un ademán de cabeza Adam Carter, uno de los nuevos informáticos, caminando por el pasillo como si fuera de lo más normal que yo anduviera merodeando por las escaleras.

—Adam —murmuré en respuesta antes de doblar la esquina.

—Hola, Blake. —Pam dejó de caminar—. Venía a verte.

—¿Sí? —dije, mirando por encima de su hombro, hacia la oficina de Izzy.

—Sí, hemos acabado con los doce despidos.

Eso me provocó un nudo en el estómago, lo cual era una estupidez porque sabía lo que estaba pasando.

—¿Va todo bien? —dije, intentando mantener la calma.

Asintió con la cabeza.

—La mayoría de los empleados de Boston no parecían sorprendidos, y creo que han quedado contentos con la

indemnización.

—Bien —dije.

—Sin embargo, me sentí muy mal por mi nueva generalista —dijo frunciendo los labios—. Se quedó en *shock*.

Me rasqué la nuca y me pregunté si tendría antiácido en el cajón de mi escritorio.

—Nunca es fácil, ¿verdad? —dije.

—No, pero creo que es muy joven y estaba poniendo mucho interés en el trabajo.

—Ah. —Quería vomitar.

—Había sido una candidata tan… entusiasta en su entrevista que tuve que contratarla. Parecía que le encantaba trabajar aquí.

Tragué saliva, deseando que dejara de hablar.

—¿Qué te trae a nuestra planta? —preguntó.

—Ah. —Me tiré de la corbata, incapaz de articular palabra. ¿Qué coño me pasaba?—. Perdí el teléfono y estaba comprobando que no estuviera aquí abajo.

Me miró los pantalones, donde estaba seguro de que se veía la forma de mi teléfono.

—Tengo que irme ya —dije.

Una vez en el ascensor, saqué el teléfono y le envié un mensaje a Izzy: ¿Estás bien?

No me había dado cuenta de lo seguro que estaba de que no me respondería hasta que la vibración del teléfono me dio un susto de muerte.

Izzy: Bien. ¿TQT?

«¿TQT?». Respondí: Acabo de ver a Pam.

Izzy: Ja ja, igual

Odiaba esto. No quería que el trabajo echara a perder lo que teníamos. No quería que esto se interpusiera entre nosotros. Le envié un mensaje: Así que, otra vez: ¿Estás bien?

Izzy: Estoy bien. Ellis es muy generoso con sus indemnizaciones.

No supe qué responder. Le envié un mensaje: ¿Puedo llamarte?

En vez de contestar, mi teléfono empezó a sonar. Izzy me estaba llamando.

Me acerqué el teléfono a la oreja.

—Hola.

—Tengo dos preguntas —dijo, y el sonido de su voz me hizo extrañarla como si no la hubiera visto en años—. No quiero ser dura, especialmente porque has sido mi persona favorita últimamente, pero necesito respuestas.

«Joder, joder, joder».

—De acuerdo…

—De acuerdo. —Se aclaró la garganta—. ¿Cuándo te enteraste de que Ellis iba a despedirme?

—No te han despedido. Formabas parte de una reducción de plantilla…

—Blake. —Notaba la tensión en su voz—. ¿Cuándo?

Joder, no quería contestar a eso.

—Ayer por la mañana —dije tras lanzar un suspiro.

—¡Oh, vaya! —Lanzó entre una tos y una risa que no auguraba nada bueno—. Más de veinticuatro horas.

—Bueno, yo estaba…

—Segunda pregunta —me interrumpió. Sonaba como si estuviera apretando los dientes—. ¿Tuviste algo que ver en que yo fuera uno de los despedidos?

Me sentí aún más mareado que antes.

—Sí. —Oí que tomaba aire—. Pero yo no sabía que…

—No, Blake —dijo elevando la voz, que sonaba tensa y distante—. No sabes cuánto respeto tu sinceridad. Estoy segura de que tomaste la decisión empresarial correcta y no dejaste que tus sentimientos interfirieran.

No sabía si estaba siendo sincera o sarcástica, así que le dije lo que sentía.

—Por favor, déjame traerte una pizza.

—No. —Se aclaró la garganta de nuevo y añadió—: Quiero decir «No, gracias». Me tengo que ir.

—Espera.

—¿Qué?

—¿Va todo bien entre nosotros? —pregunté, sintiendo que necesitaba apoyar los brazos en las rodillas y meter la cabeza entre las piernas para no desmayarme.

—No lo sé. Pero no lo creo.

—Iz —dije por tercera vez ese día, porque no tenía ni puta idea de qué decir—. Por favor, dime que podemos estar bien.

—No puedo. —Su voz era más fuerte ahora—. Porque, lo mire como lo mire, no estamos bien. Josh cree que me despediste para que pudiéramos salir, algo que no me acabo de creer, pero que sería una situación horrible. Yo creo que el director Blake despidió a su empleada más prescindible, que no le gustaba tanto como para decírselo o, al menos, para avisarla antes de que se quedara hasta tarde trabajando en informes que nunca se mirarían. Así que todo esto me da asco.

—Te envié un mensaje.

—En mitad de la noche —espetó—. Y todo lo que dijiste fue que te

llamara. Eso no es ningún aviso.

—Yo no sabía que estabas en la lista hasta que Brad me lo dijo ayer por la mañana. Tienes que creerme.

—Pero dijiste…

—Cuando tomé la decisión me fijé en las cifras y los datos de los empleados, pero no había nombres. Hasta que no hablé con él de nosotros dos, no me di cuenta de que te afectaba directamente.

—Espera. ¿Qué? ¿Le has hablado de nosotros?

—Sí —dije, percatándome de que aún no había querido contárselo —. Me reuní con él ayer por la mañana para discutirlo.

—¡Dios mío, Blake! ¿Y si es por eso? —Parecía aún más enfadada —. ¿Le dijiste que estábamos liados? ¿Y si me puso en la lista por eso?

—Vamos, así no funciona. Ya estaba decidido antes de que supiera lo nuestro.

—¿Lo nuestro? —Me pareció oírla suspirar, lo que me hizo sentirme como una mierda, y luego añadió—: Lo nuestro ya no existe, Blake.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo, y ni siquiera estaba seguro de haberla oído bien. En el fondo sabía que sí, pero no podía decirlo en serio.

—No digas eso —dije, sabiendo que parecía desesperado—. Por favor, déjame ir a verte para que podamos hablar.

—Tengo que irme.

Me quedé allí mucho tiempo, mirando el teléfono que tenía en la mano después de que ella colgara la llamada.

33

Izzy

—¡Por Izzy! —gritó Josh, levantando su vaso de chupito.

—¡Por Izzy! —repitieron sus amigos, y todos tomaron un trago.

Cuando llegué a casa en pleno día, llorando y cargando con mi pequeña caja de pertenencias, mi primo se puso en plan bestia solidaria. Me llevó de compras para ayudarme a olvidar el despido y luego convocó a todos sus amigos frikis para hacer una cena que pasara a la historia.

Había sido una buena distracción, pero no había evitado que pensara en Blake.

Porque, ¿por qué no me lo había dicho?

No dejaba de darle vueltas a todo lo que había pasado entre nosotros, y no encontraba la manera de aceptar que no me hubiera avisado del despido.

—¡Bébetelo, Iz! —gritó Josh por encima del ruido del bar, y así lo hice. Me tomé el chupito de tequila de un trago, esperando que el puntillo que tenía se convirtiera en una borrachera a gran escala.

Porque había sido un día de mierda que quería olvidar.

Josh y sus amigos me obligaron a jugar a los dardos con ellos y luego a las cartas, y, no fue hasta que estuve borracha y me entró el sueño, de camino a casa, que la conversación giró cien por cien en mi dirección.

Todo el grupo estaba amontonado en la parte trasera del monovolumen cuando Chuck, el amigo de Josh, se dio la vuelta en

su asiento y me dijo por encima del reposacabezas que yo era demasiado buena para Blake.

—Me gusta la moral tanto como al que más, pero no puedes guardar un secreto así. No si realmente te importa la otra persona. —Se acarició el bigote, fino como un lápiz, y añadió—: Te mereces algo mejor.

Josh asintió a mi lado, en la fila de atrás.

—Y debería haberte preguntado antes de hablarle a su jefe sobre vuestra relación. Fue una estupidez que no hablara contigo primero —dijo arrastrando las palabras.

Asentí con la cabeza.

—La verdad es que me muero de ganas por saber qué le dijo. Me gustaría saberlo palabra por palabra.

—Pues pregúntaselo —dijo Chuck, señalando mi teléfono—. Obliga al muy imbécil a que te lo cuente.

Eso me hizo soltar una risita.

—¿Debería?

—¡Sí!

Me mordí el labio antes de desbloquear el teléfono y enviarle un mensaje: ¿Qué le dijiste exactamente a Brad sobre nosotros?

Su respuesta fue casi inmediata.

Blake: Le dije que empecé a salir contigo en cuanto vi el organigrama actualizado, porque por fin podía hacerlo.

Eso me pareció bien, a pesar de que Chuck y Josh estaban diciendo que era una estupidez.

Blake: ¿Puedo llamarte, por favor?

Estaba a punto de escribir «sí» cuando Josh gritó:

—¡No! Dame eso —dijo, arrebatándome el teléfono de los dedos—. No importa lo que acabes decidiendo; mientras tanto tienes que mostrarte distante. No puedes dejar que ese cretino piense que eres tan fácil.

Me imaginé la cara de Blake y sentí que me derretía. «Sí, soy muy fácil».

—Pero no quiero perderlo —dije.

—No lo harás —dijo Chuck—. Pero deja que se pase la noche pensando que podría perderte. Confía en nosotros.

Miré de Chuck a Josh y decidí que sí, que confiaría en ellos. Yo era pésima en el amor y en las relaciones, así que tenían que saber más que yo, ¿no?

—De acuerdo. Quédate con mi teléfono y no me lo devuelvas, aunque te lo suplique.

—Eso está hecho.



Me arrepentí en cuanto me desperté a la mañana siguiente. Busqué el teléfono y descubrí que no me lo habían devuelto.

«Impresionante».

Me incorporé y miré por la ventana. Efectivamente, el monovolumen había desaparecido. Josh se había ido a trabajar y me había dejado sin teléfono.

—¡Maldita sea! —gemí, con la cabeza dolorida mientras me dejaba caer sobre la almohada.

Me quedé tumbada un rato, sintiéndome deprimida por no tener trabajo, pero al cabo de media hora decidí levantarme y comer algo. Tenía un poco de resaca y la única cura podía ser una pizza fría. Salí de la cama y me dirigí a la cocina.

Joder, me sentía como una mierda.

Saqué una porción y un Red Bull de la nevera y me los llevé a la mesa. Tras poner en marcha el portátil, que siempre olvidaba apagar, me dejé caer en la silla e inicié sesión en LinkedIn.

Porque, por mucho que quisiera pasar el día holgazaneando, el ínfimo saldo de mi cuenta de ahorros me empujaba a empezar a buscar trabajo inmediatamente.

Hice clic en la ventana de búsqueda y escribí «H-R-Gen» antes de fijarme en la pequeña bandeja de entrada que había en el lateral de la pantalla: **25 mensajes nuevos**. Me imaginaba que todos serían *spam*, pero hice clic en la bandeja de todos modos.

El primer mensaje había sido enviado a las ocho de la mañana por una tal Ashley Lea, de MOA. Conocía la enorme compañía de seguros, pero no a ninguna Ashley.

> Hola, Isabella. Actualmente tenemos una vacante para un generalista de RR. HH., y un pajarito me ha dicho que podrías estar buscando trabajo. Si estás interesada, llámame, me encantaría charlar contigo.

Tomé un bocado de pizza y volví a leer el mensaje. Parecía un mensaje auténtico, pero parecía demasiado bueno para ser verdad.

Pasé al siguiente mensaje, que también había sido enviado esa misma mañana.

> Me llamo Emily Fitzgerald y trabajo para Price-Harper Corporation. Estamos buscando un generalista sénior de RR. HH., y nos han dado su nombre acompañado de una gran recomendación. ¿Le interesaría hablar del tema?

Dejé caer la fría porción sobre la mesa y me acerqué a la pantalla

del portátil. ¿Pero qué demonios?

Empecé a leer el resto de los mensajes y TODOS eran de empresas que se ponían en contacto conmigo para ofrecerme trabajo. No me lo podía creer. Pam debía de haber hecho algunas llamadas en mi nombre, era la única explicación. Esa mujer era un encanto y se había sentido fatal cuando me despidió, así que tenía que ser eso.

Me acerqué el viejo y pesado teléfono de disco que había sobre la mesa; una reliquia que mis abuelos mantenían conectada a una línea terrestre porque nunca se sabía qué podía pasar. Desde que vivía allí, nunca había usado el viejo teléfono. Ni una sola vez.

Ahora, sin embargo, estaba muy agradecida por su existencia.

Me acerqué el teléfono a la oreja y marqué el primer número. Era una línea directa con Ashley, la directora de Recursos Humanos de MOA, y, cuando la mujer contestó, se comportó como si se muriera de ganas de conocerme.

Dos horas más tarde, tenía programadas seis entrevistas muy prometedoras. No podía creerme mi buena suerte. ¿Qué probabilidades había de que esto estuviera sucediendo?

Pero, cuando estaba al teléfono con la séptima persona, una tal Mary Cartwright de Citibank, que iba a reorganizar toda su agenda para hacerme un hueco, todo empezó a cobrar sentido. Mary patinó y mencionó el nombre de Blake («cuando Blake me llamó») y la obligué a contármelo todo.

Y en ese momento lo supe.

34

Blake

Paré delante del edificio de Izzy, apagué el coche y le envié un mensaje: Tengo pizza, McDonald's, flores, un *pack* de seis cervezas, un kilo de helado de chocolate, una botella de vino y mil disculpas. Si me dejas entrar, te lo daré todo.

No me había respondido desde la noche anterior, cuando le confesé que le había contado a Brad lo nuestro. Y, sinceramente, no podía culparla por estar enfadada. Debería haberle pedido permiso antes de soltar que estábamos juntos, pero había estado tan jodidamente desesperado por conservar tanto a Izzy como mi integridad que me había comportado de forma impulsiva.

Y yo nunca era impulsivo.

Aunque, para ser justos, en ese momento me sentía muy desesperado e impulsivo, sentado en un coche lleno de regalos para sobornarla y con un nudo en el estómago que empeoraba cada vez que mi cerebro decía: «Es demasiado tarde, ya la has perdido».

«La has perdido». Como si alguna vez la hubiera tenido. Había tenido un fin de semana perfecto con ella, pero eso era todo.

Miré hacia la ventana de su apartamento. Ni siquiera sabía si estaba en casa. Su coche seguía en mi garaje, pero ella también era muy hábil para encontrar medios de transporte alternativos para llegar a donde tuviera que ir.

Me encantaba eso de ella. ¡Mierda! Me gustaba tanto…

Cuando Skye me mintió, me enfadé, me decepcioné y me sentí

como un idiota.

Pero, por alguna razón, la posibilidad de haber perdido a una chica de la que solo había sido amigo hasta hacía unos días me parecía mucho más devastadora que la pérdida de una prometida.

Salí del coche, agarré la montaña de cosas del asiento del copiloto y me acerqué a la entrada. No estaría de más probar con el timbre, ¿no? En teoría tenía el código del edificio, pero no iba a ser el típico asqueroso que entra sin permiso en el apartamento de otra persona.

Me cambié de brazo la pila de cosas y le di al timbre, pero después de hacerlo tres veces, me di por vencido. Me senté en el suelo, sabiendo que si volvía al trabajo solo pensaría en Izzy y no conseguiría hacer nada. Más me valía esperarla.

No podía estar fuera tanto tiempo, ¿verdad? Estiré las piernas delante de mí y me dispuse a esperarla.



—¿Qué demonios le ha pasado, Sr. Phillips? —Bob, el portero, sonrió y se quedó mirando mi corbata aflojada, mis mangas arremangadas y mi camisa de vestir empapada.

Negué con la cabeza y seguí caminando.

Porque me había sentado en la entrada del edificio de Izzy durante dos horas, como un tonto, esperando a verla, hablar con ella cara a cara y convencerla.

Pero no volvió a casa.

Y puede que me hubiera engañado, pensando que tal vez no recibía mis mensajes, pero justo cuando empezaba a llover, vi las burbujas del chat. Finalmente, ella me devolvía los mensajes.

Me había quedado allí, bajo la lluvia, con el corazón saliéndoseme del pecho mientras miraba el teléfono esperando sus palabras.

Solo que esas palabras nunca llegaron. Las burbujas desaparecieron y ella me dejó más claro su silencio, lo que provocó que yo lo acabara tirando todo al contenedor de la basura y me fuera a casa.

Cuando entré en el ascensor y subí a mi planta, tenía frío y estaba jodidamente triste. Apenas eran las cinco, pero lo único que quería era darme una larga ducha caliente y meterme en la cama. Me desabroché la camisa mojada, me quité la corbata y me la metí en el bolsillo en el momento en que se abrían las puertas y salí.

Estaba en piloto automático, perdido en mi propia cabeza, mientras caminaba por el pasillo. En mis patéticos pensamientos a un millón de kilómetros de distancia.

Estaba tan trastornado que casi pisé a Izzy.

—Mierda —murmuré, a punto de pasar por encima de ella.

Estaba sentada frente a mi apartamento, con la espalda apoyada en la puerta y las piernas estiradas delante de ella. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Estaba dormida.

Mientras me ponía en cuclillas, temí que fuera un espejismo.

¿Cómo es que estaba allí? Solo un instante antes, había estado invadido por la decepción y el agotamiento, y ahora la adrenalina corría por mis venas y estaba jodidamente despierto.

Hiperconcentrado.

En ella.

Su respiración era suave y su aroma a vainilla me hizo inspirar hondo mientras la miraba a la cara. Estiré una mano y tracé la curva de su mejilla con las yemas de los dedos.

—Izzy.

Sus ojos se abrieron, brillantes y azules con sus pestañas de

mariposa. Parecía… pensativa. Sus ojos recorrieron toda mi cara; mi nariz, mi barbilla, mis labios, mi frente.

—¿Dónde demonios has estado? —dijo finalmente.

35

Izzy

La expresión de Blake permaneció inescrutable mientras sus ojos marrones recorrían mi cara. Finalmente posó la mirada en mis ojos.

—Acabo de estar en tu apartamento.

—¿En serio? —No podía apartarme de su intenso contacto visual. Sus ojos estaban exactamente a mi altura porque estaba agachado frente a mí—. ¿Por qué?

Frunció un poco el ceño.

—¿No recibiste mis mensajes?

¿Había estado enviándome mensajes?

—Josh tiene mi teléfono desde anoche —dije.

—Ah. —Tensó la mandíbula y se puso muy serio—. Pensé que me estabas ignorando —dijo con voz baja y profunda.

—¿Por qué has llamado a toda esa gente, Blake? —No quería soltarlo así, pero la pregunta me corroía por dentro—. Te ha tenido que llevar horas contactar con todos esos negocios. ¿Por qué demonios has hecho eso por mí?

Me miró la boca y tragó saliva. El movimiento de su nuez de Adán acentuaba la profundidad de sus pensamientos.

—¿Acaso no lo sabes?

—¿Culpa? —pregunté, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda.

—Inténtalo de nuevo.

Respiré entrecortadamente y me arrepentí de haberme puesto un

vestido camisero, porque la piel de las piernas se me estaba poniendo de gallina. La cara de Blake tenía tal capacidad de provocar escalofríos, que una prenda cómoda y bonita acababa resultando totalmente inapropiada para la climatología.

—¿Lástima?

—Iz. —Blake se acercó un poco más y sus labios se quedaron muy cerca de los míos. Luego murmuró—: ¿No sabes que haría cualquier cosa para hacerte feliz?

Sentí que el mundo se tambaleaba cuando miré la sincera expresión de Blake y supe que lo decía en serio.

—Deberías quitarte esa ropa mojada. —Me puse de pie, le tomé de la mano y tiré de él hacia arriba—. ¿Estabas en un concurso de camisas de vestir mojadas o algo así? Dame las llaves.

Me miró, sacó las llaves de su bolsillo y me las entregó.

—Gracias —dije, tomándolas de sus dedos, aunque me sentí un poco ridícula cuando me temblaron las manos al abrir la puerta.

El olor que me recibió en su apartamento cuando abrí la puerta de madera me pareció una bienvenida.

—Voy a cambiarme —dijo, todavía con aspecto solemne—. No te vayas a ninguna parte.

—No lo haré.

—Mejor que no. No quiero tener que placarte, pero lo haré si no me das otra opción —dijo con los ojos brillantes.

—¿Sabes? —dije, recordando que había dicho que me había estado enviando mensajes—. Mientras espero podrías dejarme tu teléfono para leer los mensajes que me he perdido.

Él se quedó paralizado y yo me arrepentí al instante de haberlo dicho.

—Olvídalo. No importa…

—No. —Sacó el teléfono del bolsillo y pasó el pulgar por la pantalla—. Yo solo… Supongo que estaba muy metido en mis sentimientos mientras te esperaba.

Eso me hizo sonreír.

—No me puedo creer que acabes de decir eso, Phillips.

—¿A que no? —Dejó escapar una carcajada—. Ahora soy un maldito idiota.

—¿Ahora?

Por fin parecía que iba a sonreír, pero no lo hizo. Hizo una pausa, mientras paseaba sus ojos por toda mi cara.

—No me juzgues con demasiada dureza hasta que tenga la oportunidad de defenderme —dijo mientras me entregaba el teléfono.

Agarré su teléfono sintiendo que había ganado algo.

—Trato hecho.

Desapareció por el pasillo, así que entré en la sala de estar y apoyé el culo en el reposabrazos del sofá. Busqué mi nombre en sus mensajes (SBUX AMY) y empecé a leer el último mensaje que recordaba haber recibido de él anoche.

¿Puedo llamarte, por favor? Ese era el mensaje que había recibido mientras estaba en el monovolumen con Josh y sus amigos, justo antes de que me quitaran el teléfono.

El siguiente mensaje era de las ocho de esta mañana. ¿Estás despierta?

Una hora más tarde: ¿Puedo invitarte a desayunar y hablamos?

Una hora después de eso: Entiendo que no quieras hablar conmigo y lo respeto. Pero me gustaría que me dieras cinco minutos. Escúchame y luego puedes volver a odiarme si quieres.

Dos horas después: Tengo pizza, McDonald's, flores, un *pack* de

seis cervezas, un kilo de helado de chocolate, una botella de vino y mil disculpas. Si me dejas entrar, te lo daré todo.

Veinte minutos después de eso: Estoy esperando en tu entrada. Por favor, no pienses que soy un acosador, pero no puedo concentrarme en nada más que en ti, en nosotros, así que mejor espero a que llegues.

Diez minutos después: Se acerca una ardilla y parece hambrienta. Tengo miedo.

Diez minutos después de eso: Joder, así está la cosa, Iz. Me gustas más de lo que nunca me ha gustado nadie, ¿vale? Me encanta el lenguaje que usas y la forma tan rara en la que piensas y el olor de tu pelo y la forma en la que me haces reír y que comas más pizza de lo que ningún humano debería y te echo de menos.

Un minuto después: Mis disculpas por el embrollado mensaje. También SÉ que es una estupidez echarte de menos cuando solo ha pasado un día, pero así es.

Dos minutos después: Haré lo que sea para arreglar esto porque creo que te amo. Sé que es demasiado pronto y juro por Dios que no soy un patético dependiente, pero…

—¿Sigues leyendo?

Levanté la mirada del teléfono y allí estaba Blake, con unos pantalones de chándal grises y una camiseta de los Cubs. Me miraba con cara de… nerviosismo y me sentí un poco mareada.

Así que me limité a asentir.

—Si necesitas más tiempo… —dijo.

—Creo que yo también te quiero —le solté.

Si no fuera por cómo se movía su nuez de Adán al tragar (sí, estaba obsesionada con eso), podría haber pensado que no me había oído.

—¿Qué acabas de decir? —dijo sin alterar su expresión.

—Bueno, estoy segura…

—Joder, dilo otra vez —dijo, acortando la distancia que nos separaba. En un segundo me había pasado los brazos por la cintura —. Pero más despacio, Iz. Por favor.

Puse mis manos sobre su pecho; el pecho donde todo había empezado.

—Yo. También. Creo. Que. Te. Amo —repetí.

Apoyó su frente en la mía.

—Es raro, ¿verdad?

Dejé que se me cerraran los ojos.

—Lo nuestro siempre ha sido raro. Desde el principio —susurré.

Me dio un pequeño beso en la punta de la nariz.

—¿Dónde están mis cosas? —pregunté con un ronroneo, mientras él rozaba mi nariz con la suya.

Sus labios, finalmente, se curvaron en una amplia sonrisa.

—En el contenedor de basura que hay detrás de tu edificio —dijo.

—¿Qué? —Me aparté, frunciéndole el ceño—. ¿Lo has tirado todo?

—Nena, estaba deprimido de cojones y llovía a cántaros —dijo, bromeando pero también con seriedad—. Tiré tus cosas con todas mis fuerzas y lanzando una retahíla de maldiciones.

Eso me pareció divertidísimo, aunque me supo mal por él.

—Espera, ¿ahora soy tu nena? —dije, ladeando la cabeza.

Entrecerró los ojos.

—¿Quieres serlo?

—¿Podrías preguntarme «¿Te has perdido, nena?»? —dije para molestarle—. Solo para ver si me gusta…

—Pequeña pervertida —dijo, agarrándome de la cintura y lanzándome una mirada de fingido enfado—. No voy a comportarme como en tu película porno favorita.

Eso me hizo reír, porque creía que no se acordaría de nuestra pequeña discusión sobre la película erótica de Netflix.

—Esa película no es porno, ya te lo he dicho.

—Que digas algo no significa que sea cierto.

—Claro que no.

—Iz.

—¿Sí?

—¿Podemos dejar ya de hablar?

—No sé si puedo…

Me interrumpió con las manos, apretándome con más fuerza contra su cuerpo, y con la boca, que posó de forma salvaje sobre la mía.

«Sí, no tienes que decírmelo dos veces, nene». Le devolví el beso como una loca, con el cuerpo impregnado de un embriagador cóctel de alivio, gratitud y lujuria. Jadeé como si estuviera corriendo mientras él abría su boca sobre la mía. Sus grandes manos subieron hasta ambos lados de mi cara y sus dedos se clavaron en mi piel, lo que me hizo gruñir.

—Tu vestido es muy mono —dijo sobre mis labios—, pero tiene que desaparecer. Yo mismo me encargaría, pero creo que te lo acabaría arrancando.

Me llevé las manos a la espalda y me desabroché la cremallera, dejando que el vestido cayera al suelo mientras seguíamos besándonos como si hubiéramos estado separados durante décadas. Mis manos encontraron el camino hacia su espesa cabellera y entonces me levantó, con su boca dándome besos ardientes mientras le rodeaba la cintura con las piernas y me llevaba por el pasillo.

—Me encanta lo grandes que son tus manos —respiré, sintiendo sus palmas bajo mi culo mientras me cargaba como si yo no pesara

nada—. Son tan sexis…

—Me encanta lo fuertes que son tus muslos —dijo, levantando su boca de la mía y dedicándome una lujuriosa sonrisa—. Y cómo los aprietas cada vez que hago esto.

Bajó la cabeza y me mordió el cuello, lo que me hizo tensar todos los músculos del cuerpo y a él reír y gemir al mismo tiempo. Me las arreglé para quitarle la camiseta mientras me llevaba al dormitorio, y cuando subió a la cama conmigo agarrada a su cuerpo como si fuera un bebé koala, mis pies alcanzaron la parte posterior de sus pantorrillas y le bajaron los pantalones de chándal.

—¡Qué eficiente! —dijo. Se rio mientras se colocaba de espaldas, llevándome con él, y con sus propios pies acabó de quitarse los pantalones—. ¿Ves? Por esto creo que te quiero.

Sentí que me calentaba desde la punta de los pies hasta la cabeza mientras me sonreía. Me acomodé encima de él, sentándome y colocando mis rodillas a ambos lados de sus caderas mientras le devolvía la sonrisa.

—Porque puedo quitarte los pantalones con los pies.

—No. —Se le borró la sonrisa y llevó sus manos a mi nuca para acercar mi cara a la suya. Sentí que sus oscuros ojos eran todo mi mundo mientras sus dedos me quemaban la piel. Tragó saliva y dijo —: Porque eres una friki jodidamente guapa y dulce con la que estoy obsesionado.

Se me formó un nudo en la garganta porque, por alguna razón, me pareció la declaración de amor más perfecta que jamás hubiera podido imaginar.

—Quizá es demasiado pronto para decirlo, pero sé que te amo igual que sé que Goodyear necesita insulina para vivir y que soy alérgico a los anacardos. —Me pareció bello y serio a la vez cuando

me miró a los ojos y añadió—: No espero que tú…

—Pero yo te amo. —Parpadeé para contener las lágrimas y asentí —. Yo también lo sé.

Su mandíbula se tensó y sus fosas nasales se dilataron antes de acercar mi boca a la suya.

Y entonces todo cambió.

Seguía provocándome un hambre insoportable con los labios y la lengua, pero de algún modo ahora parecía más profundo, como si estuviéramos firmando un acuerdo tácito, comprometiéndonos a algo más grande a través de besos y suspiros. Sus manos se enredaron en mi pelo y se incorporó, como si no tuviera suficiente y necesitara tenerme más cerca, y me pregunté si podría morir de una sobredosis de lujuria.

Sentía que sí podría y también que me parecería maravilloso.

Blake Phillips me estaba matando y no quería que parara jamás. Volvió a girarnos para colocarse encima de mí y me deleité con su tacto: el peso de su enorme cuerpo sobre el mío, la fricción del vello de sus piernas contra mi suavidad, el calor de su piel.

La dureza de su cuerpo, con cada músculo en tensión, me volvía loca de deseo.

Recorrí con mis dedos su espalda ancha y esculpida, clavándole las uñas en la carne mientras le apremiaba a acercarse. Más. Necesitaba más.

Ahora.

—Blake —dije sobre sus labios, clavando con fuerza los talones en sus suaves sábanas y restregándome contra él. Él seguía tratando mi boca como si fuera un plato *gourmet* y llevara un mes sin comer—. Ahora, por favor —logré jadear, sin interrumpir su delicioso ataque —. Síííííí —siseé luego, cuando oí que su mano rebuscaba en la

mesita de noche.

Pero Blake no se detuvo. No, siguió aspirándome, devorándome, incluso mientras se colocaba el condón. «¡Maldita sea!», pensé, delirando de deseo. El director Blake era una maldita estrella del rock haciendo varias cosas a la vez. Cerré los ojos y le devolví el beso con todo mi ser, y cuando me penetró, llenándome tan perfectamente, ya no pude recordar lo que se sentía no amando a Blake Phillips.

36

Blake

—¡Vamos, Shay! No te quieres ir a casa, ¿verdad? —grité desde la cama mientras ella iba a por unos tentempiés a la cocina. Era medianoche y no solo estaba agotado, sino que quería que Izzy durmiera en mi cama toda la noche.

—¡Claro que no! —gritó, manipulando unos platos—. Pero el Oscuro necesita comer.

—¿No puedes llamar a Josh?

—Todavía está molesto por lo del vómito —dijo—. No va a ayudarme.

Aparté las sábanas, me levanté y entré en la cocina.

—¿Cuál es su número?

—¿El número de quién? —Izzy me miró mientras esparcía queso rallado sobre un montón de nachos—. Por cierto, ¿te he dicho alguna vez lo bien que te quedan los calzoncillos?

—No lo has hecho, y gracias. Ahora, tu primo. —Observé que flexionaba las rodillas, se colocaba a la altura de los nachos y los examinaba—. ¿Cuál es su número?

Ella me lo dijo, todavía concentrada en los tentempiés, y yo le envié un mensaje a Josh: ¿Puedes darle de comer al gato de Izzy?

La respuesta fue casi inmediata. No sé quién eres, pero hasta que no me pague una indemnización por el vómito, la respuesta es no.

Me gustaba mucho el primo raro de Izzy. Le envié un mensaje mientras iba a buscar a Goodyear: Te daré cincuenta pavos.

Josh: No, estoy cabreado contigo. Imbécil.

Eso me hizo sonreír a mi pesar. Levanté a Goodyear y le envié un mensaje: Izzy se queda a dormir, ya lo hemos solucionado.

Josh: Si me aseguras que no la joderás, yo invito.

Le contesté: Eres muy amable.

Josh: Dime algo que no sepa.

Le envié un mensaje: Recalentar el puré de patatas puede provocar botulismo.

Josh: ¿Es eso cierto?

Le envié un mensaje: Sí.

Josh: Bueno, pues gracias. Hasta luego, Desafío Físico.

Le envié: Hasta luego, Josh.

Coloqué a Goodyear en el sillón reclinable de cuero (al gato le encantaba dormir allí, pero no podía levantarse sin ayuda) y vi a Izzy a través de la puerta del patio. Estaba de pie en el balcón, contemplando la ciudad, y parecía una fantasía, tan solo vestida con mi larga camiseta y mis calcetines de rombos.

Vale, era mi idea de fantasía.

Cuando abrí la puerta, no se volvió. Se apoyó en la barandilla.

—Me encanta estar aquí fuera —dijo.

—Lo mismo digo. —Me acerqué más a ella, le rodeé la cintura con mis brazos y la dejé atrapada entre mi cuerpo y la barandilla. Bajé la cabeza, inhalando el delicado olor de su cuello, y le dije—: ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —dijo ella con diversión mientras me restregaba el culo.

—Cariño —murmuré, mordisqueándole el cuello—, ¿crees que podrías quedarte calladita si te levanto la camiseta, te bajo las bragas y te inclino sobre la barandilla del balcón?

—Claro que sí —dijo en un susurro. Parecía que estaba pasándoselo bien, pero también excitada.

—¿Estás segura? —pregunté, mordiéndole el lóbulo de la oreja mientras mis manos encontraban sus suaves muslos. Bajé lentamente mis dedos por la parte trasera de sus piernas (joder, tenía la piel tan suave…), hasta que alcancé el borde de la camiseta y lo subí por encima de su perfecto culo—. Porque eres bastante escandalosa y no quiero que el guarda de seguridad me eche.

—Bueno —dijo con una voz ronca que me hizo hervir la sangre—. Supongo que tienes que elegir, Pectoral. Riesgo contra recompensa.

Y entonces, ¡Dios mío!, lo hizo ella misma.

Se quitó las bragas de encaje y me ofreció unas vistas deliciosas.

—Si ahora mismo te digo que te amo…. —empecé a decir, sintiéndome mareado por la lujuria.

—No cuenta —dijo, abriéndose de piernas y acabando con la irrigación sanguínea de mi cerebro.

—Agárrate a la barandilla —dije, dando por finalizado el juego. En un segundo me había desnudado—. E inclínate un poco.

—Ya no eres mi jefe, ¿recuerdas? —dijo, mirándome por encima del hombro y gimiendo cuando la penetré.

No, no fue un gemido. Suspiró, pero muy fuerte.

No sabía cómo se llamaba ese sonido, pero sí que siempre me ponía a mil.

—¿Tienes idea de cuántas veces me he imaginado haciéndote esto en mi despacho, encima de mi mesa, siendo tu jefe? —pregunté,

apretando la mandíbula mientras la agarraba por las caderas y empezaba a moverme.

Respiraba de forma entrecortada y agarraba la barandilla fuertemente con los dedos.

—El director Blake no es muy ético en sus pervertidas fantasías —se las arregló para decir con arrogancia.

—Solo porque sales tú —dije, y luego no dije nada más. El sexo se volvió demasiado excitante, demasiado bueno, demasiado abrumador para que pudiera recordar qué demonios significaban esas palabras.

37

Izzy

¿Cómo podía ser la cama de Blake tan cómoda?

Abrí los ojos y suspiré feliz, con la cabeza apoyada en la suave almohada y el cuerpo sepultado por el pesado edredón de plumas. Estaba flotando en un mar de ropa de cama de ensueño, meciéndome en un océano de cálida comodidad que olía a sábanas frescas, y no quería levantarme nunca.

Me di la vuelta, tomé las gafas de la mesilla y me las puse. Estaba oscuro y yo estaba sola en la cama, pero, cuando me incorporé, pude ver que Blake estaba en el enorme vestidor que había al otro lado de la habitación.

Estaba de pie frente a un espejo de cuerpo entero, con pantalones de traje y camisa de vestir, anudándose la corbata. «¡Dios mío, qué pecho tan perfecto!». Tenía el pelo húmedo y los pies descalzos, y me sentí cautivada mientras le veía vestirse.

«Así es como Blake se transforma en el director Blake».

Había algo tan… íntimo en verle prepararse para el trabajo. Me quedé inmóvil, con cuidado de no mover ni un solo músculo e interrumpirle. Quería memorizar cada una de sus tareas rutinarias para reproducirlas en mi mente más adelante. Se volvió hacia unos cajones del armario y sacó un par de calcetines enrollados.

—Buenos días, Shay —dijo sin mirarme. Tenía la voz ronca, como si aún no la hubiera utilizado, y algo en ella me hizo sentir mucho calor.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté, levantando las rodillas y rodeándome las piernas con los brazos—. Estaba tan callada…

Salió del vestidor y me miró con diversión mientras se dirigía a la cama.

—Así es como lo he sabido. ¿Eres consciente de que nunca te estás quieta cuando duermes?

Me encogí de hombros.

—Puede que dé algunas vueltas en la cama.

—Casi me mareo —bromeó, sentándose en el borde de la cama a mi lado.

—¿Te he desvelado? —Me pregunté cómo podía estar tan perfecto a las seis y veintitrés de la mañana.

—No. Tus constantes movimientos solo me recordaban que Isabella Shay estaba en mi cama, lo que me hacía dormir como un puñetero bebé.

Eso me hizo sonreír, y luego el corazón casi se me salió del pecho cuando se acercó más a mí y me dio un beso en los labios; el tipo de beso que un hombre da a su pareja cada mañana antes de que empiecen sus ocupados días.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó, volviendo su atención a los calcetines. Blake desenrolló el par, apoyó el pie izquierdo en la rodilla derecha y se puso el primer calcetín—. ¿Comer pizza en la cama?

Encendí la lámpara y me levanté, estirándome antes de dirigirme al cuarto de baño principal.

—Voy a echar una solicitud a todos los trabajos que pueda, salir a correr un rato y quizá echarme una siesta porque anoche alguien no me dejó dormir.

Encendí la luz del cuarto de baño y me miré en el espejo. Tenía el

pelo totalmente revuelto. Agarré el cepillo de Blake e intenté arreglármelo un poco.

—No lo siento. Y, además, estaba pensando que podría ir caminando al trabajo para dejarte a ti el coche.

Lo miré a través de la puerta.

—No voy a llevar tu coche.

—¿Por qué no? —Se levantó de la cama y se acercó al armario—. Puedes usarlo todo el día, y luego te obligaré a que me recojas del trabajo y te quedes en mi casa otra vez.

Mentiría si dijera que eso no me hizo feliz.

—No deberías ir caminando al trabajo. Además, tu coche es un Audi.

—¿Y? —dijo mientras trasteaba en su armario.

Abrí el grifo y me puse jabón en las manos.

—Pues que es demasiado agradable.

Empecé a lavarme la cara, encantada con el olor de su jabón, el minimalismo de su cuarto de baño e, incluso, con el hecho de que su caro reloj estuviera sobre el tocador, junto a un frasco de perfume. Me sentía rodeada de Blake, y era perfecto.

Me estaba inclinando para echarme agua en la cara y quitarme la espuma cuando apareció detrás de mí en el espejo.

—¿Es raro que me guste la idea de prestarte mi coche? —Tenía los ojos entrecerrados y la boca relajada cuando me miró por el espejo—. Sí, es raro.

Me di la vuelta, con la cara cubierta de espuma.

—¿Sabes lo ocupada que me gusta estar contigo cuando eres raro? —dije.

Eso le hizo sonreír de oreja a oreja y sacudir la cabeza.

—¿No habíamos hablado ya de la frase «estar ocupados»?

Le pasé una mano por la corbata y el duro pecho que tenía debajo.

—Lo siento. Lo que quería decir era… ¿Sabes lo follable que eres cuando te metes conmigo?

Blake puso su mano sobre la mía, aferrándola contra su esternón.

—¿Qué tal si me llevas al trabajo en coche y luego conduces hasta tu casa?

Podría haberme muerto de felicidad cuando Blake se quedó allí de pie, aparentando tranquilidad mientras me pedía volver a verme.

—Supongo que funciona, pero solo si me prometes no enfadarte si conduzco demasiado rápido —dije.

Lanzó una risita que salió de lo más profundo de su pecho.

—No puedo prometerte eso.

—Bueno, entonces no puedo…

—¡Por el amor de Dios, Iz! Enjuágate el jabón —me interrumpió, riéndose mientras me ponía las manos en los hombros y me daba la vuelta—. Antes de que eches espuma por todas partes.

Yo también me reí al ver el jabón, que estaba a punto de escurrírseme por la cara. Pero la risa se me atascó en la garganta cuando levanté los ojos para mirar los suyos. Había cariño y algo más (maravilloso y perfecto) flotando sobre nosotros.

—Voy a ocuparme de los chicos antes de que me distraigas y llegue tarde al trabajo —dijo, besándome la parte superior de la cabeza—. ¿Crees que estarás lista para salir en veinte minutos?

Asentí y volví a abrir el grifo.

—Sí.

—¿Quieres parar de camino para comprar un *latte*, Amy?

—Sabes que sí, Pectoral.

38

Blake e Izzy

7:45 a.m.

Blake: ¿Estás en casa?

Izzy: Sip. Acabo de llegar.

Blake: ¿Y mi coche…?

Izzy: Destrozado.

Blake: Gracias por cuidar tan bien de él.

Izzy: Estoy obsesionada con él. Lo único que quiero hacer es conducir.

Blake: Sabes que puedes hacerlo.

Izzy: Temo acabar robándolo y desaparecer si paso más tiempo con él.

Blake: ¿ÉL?

Izzy: Ese coche es un cabrón elegante, rápido y sexi. Es todo un machote.

Blake: Siento no estar de acuerdo.

Izzy: ¿Cómo va el trabajo?

Blake: Bien. Creo que voy a echarte de menos (o eso o necesito un antiácido).

Izzy: ¿No puedes echarme de menos y también necesitar un antiácido?

Blake: Te echo de menos y necesito un antiácido.

Izzy: Te puedo llevar uno.

Blake: ¿Sin la tentación de robarme el coche?

Izzy: Mmm…

Blake: Solo han pasado 30 minutos desde que nos despedimos. Yo digo que pospongamos la entrega de antiácido.

Izzy: Dímelo si cambias de opinión.

Blake: Lo haré. Tengo una reunión ahora, así que debería irme.

Izzy: Creo que voy a echarte de menos. O necesito un antiácido.

Blake: No lo «crees», Iz; lo SABES. Inténtalo de nuevo, esta vez todo junto.

Izzy: Sé que voy a echarte de menos, Phillips.

Blake: Lo mismo digo, Shay.

11.15 h

Izzy: Deberías venir a comer. Te prepararé algo con el kétchup, la salsa de soja y el queso en lonchas que tengo en la nevera si te portas bien.

Blake: ¡Maldita sea! Sabes cómo tentar a un hombre.

Izzy: ¿A que sí? Y además llevo puesta la bata de mi abuela, así que estaré muy sexi mientras cocino.

Blake: Es muy tentador, pero no tengo coche, ¿recuerdas?

Izzy: Podría ir a buscarte…

Blake: Tengo una reunión a la 13.15, así que no tendríamos tiempo.

Izzy: ¿Y si te hago comida DE VERDAD y me pongo ropa DE VERDAD? ¿Entonces te interesaría?

Blake: Nena, podrías ponerte cualquier cosa y servir cualquier comida, y yo seguiría estando interesado.

Izzy: ¡Oh! Soy «nena» de nuevo. ¿Vas a decírmelo AHORA?

Blake: NO.

Izzy: Por favooooooooor.

Blake: ¿Qué saco si te lo digo?

Izzy: Mi boca en tu… 😉

Blake: ¿¿Mi qué?? ¿¿¿¿ Mi QUÉ, SHAY????

Izzy: Dilo y te lo diré.

Blake: Ejem. «¿Te has perdido, nena?».

Izzy: ¡Dios mío! 😈 Trae aquí tu culo, señor Pectoral.

Blake: Sin coche y reunión a la una, ¿recuerdas?

Izzy: Sí, es verdad. Escucha, no te lo tomes a mal, Phillips, pero no puedo esperar a verte a las cinco. Estoy contando las horas hasta que pueda recogerte. Raro, ¿verdad?

Blake: Muy raro, sin embargo, me siento exactamente igual. Creo que podríamos haber comido carne en mal estado o algo así.

Izzy: Claro. Todo esto es amor o carne en mal estado.

Blake: Bueno, entonces te he echado a perder la carne*******.

Izzy: Yo también.

Blake

11.45 h

Pulsé el timbre y esperé.

Y esperé.

Sabía que estaba en casa porque mi coche estaba aparcado enfrente, pero no abría la puerta.

Le envié un mensaje: ¿Qué estás haciendo?

Izzy: Solicitudes de empleo.

Blake: ¿No vas a abrir la puerta?

Izzy: ¿Eres tú?

Blake: Sip.

La puerta se abrió y allí estaba ella, mirándome con el ceño

fruncido.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Me enderecé y le tendí el ramo de margaritas.

—Se ha cancelado mi reunión de la una y cuarto, así que he decidido tomarme la tarde libre. La pizza está en camino.

No dejaba de mirarme.

—¿Con quién era la reunión?

—Con Brad —dije.

—¿Por qué la ha cancelado?

—No lo ha hecho —dije, preguntándome qué estaría pensando mientras sus ojos azules recorrían toda mi cara—. Lo hice yo.

—Cancelaste tu reunión. —Su expresión cambió y pasó de la confusión a la alegría. Su nariz se arrugó, sus ojos se entrecerraron y sus labios se curvaron en una amplia sonrisa—. Trae aquí tu culo, Pectoral.

Tomó las flores y entró. Yo la seguí.

—Voy a buscar un jarrón —dijo, caminando hacia la cocina—. Vuelvo enseguida.

Empecé a seguirla, pero me detuvo con un ademán de la mano.

—Puedes encender la tele o algo. Ahora vuelvo —dijo.

—Va-le —dije, observando cómo desaparecía en la otra habitación.

Me paseé por la sala de estar durante un minuto, pero no pude ignorar los ruidos de la cocina. Sonaba como si estuviera persiguiendo un ratón, como si corriera y chocara contra las paredes y tirara cosas.

Me acerqué en silencio a la puerta y entonces volví a tener esa sensación en el pecho, la punzada, solo que más fuerte que nunca. Esa maldita punzada casi me hizo llorar cuando vi que intentaba ocultarlo… todo.

—Iz —dije, y se quedó paralizada.

—Esto… Mmm… Es solo… —Miró alrededor de la cocina, intentando darme alguna explicación lógica—. Es un intento de arreglar…

—¿Has ido a buscar todo esto? —pregunté, sin querer parecer brusco.

Me miró como si no quisiera admitirlo, pero también como si supiera que yo ya lo sabía.

—No creo que eso sea de tu incumbencia.

—¿Por qué? —Caminé hacia ella, simplemente porque necesitaba estar más cerca. Ella dio un paso atrás, pero yo no me detuve hasta que su espalda estuvo contra la encimera y su frente pegada a la mía —. ¿De verdad te metiste en el contenedor?

Se mordió el labio inferior y se encogió de hombros.

Le agarré la barbilla entre el pulgar y el índice, obligándola a levantar la mirada, adorando cada expresión que aparecía en su cara.

—¿Es esa la botella de vino? ¿Y la caja de pizza?

Al parecer, había sacado del contenedor de basura algunas de las cosas que le llevé ayer (el vino, el kilo de helado, las flores).

Las flores estaban marchitas y se inclinaban sobre el jarrón en el que las había puesto. La botella de vino estaba en el fregadero, con la etiqueta empapada porque claramente la había lavado; aún quedaba un poco de jabón dentro del oscuro cristal. El recipiente del helado y la caja de la pizza estaban sobre la encimera, fregados y secándose.

Izzy suspiró avergonzada.

—Solo quería recuperarlo, ¿vale?

Esa sensación de punzada, joder, iba a matarme. Porque amenazaba con dejarme caer mientras miraba a la chica de mis sueños, rodeada de los regalos que había sacado de un contenedor

porque quería guardarlos. Porque yo los había comprado para ella.

«Que Dios me asista».

—Isabella Clarence, te quiero tanto que apenas puedo respirar. Por favor, no cambies nunca, ¿vale?

—No lo haré si tú no lo haces, Blakey. ¡Mierda! Ni siquiera sé tu segundo nombre. ¿Cuál es? —dijo esbozando una dulce sonrisa.

—Clarence.

Bajé la mirada hacia su cara e intenté contar la constelación de pecas de su nariz. «Una. Dos. Tres. Cuatro…».

—¡Cállate, estás mintiendo!

Eso me hizo reír, porque yo aún estaba sorprendido de que nuestro segundo nombre fuera el mismo. Observé sus ojos llenos de excitación y supe que nunca me cansaría de las vivarachas expresiones de su cara. Me miró con su bonita boca abierta.

—Lo juro por Dios —dije.

Parpadeó rápidamente, sacudió la cabeza y luego agarró mi corbata con la mano y le dio un tirón.

—Esto es lo más fuerte que he oído nunca. ¿Cree en el destino, señor Pectoral?

Pasé los pulgares por la suave piel de sus mejillas (cinco, seis, siete) y dije lo que sentía con toda mi alma.

—No hasta que te conocí, Amy de Scooter's.

******* En inglés original, «I spoiled meat you». Sustituye «love» por «spoiled meat» para continuar con la broma pero el sentido de la frase no cambia así que le está diciendo que la quiere. (N. de la T.)

Epílogo

Seis meses después

Izzy

—Me niego. No lo haré, digas lo que digas.

—Vamos, Iz —dijo Blake, arrodillándose frente a mí—. Solo di que sí.

—Antes muerta —dije, apartando la cabeza. No podía mirarle cuando estaba así, guapísimo, a medio vestir y dirigiéndome una esperanzada mirada a la que era casi imposible resistirse—. Y probablemente me moriré si lo hago.

—No dejaré que te mueras. —Blake miró su reloj antes de añadir —: Por favor…

Sacudí la cabeza.

—¿Por qué te daría el número de Josh?

—Porque querías tener sexo toda la noche y lo necesitabas para darle de comer al Oscuro, si mal no recuerdo. —Blake se levantó tras haber estado agachado junto al sofá y estiró una mano—. Levántate y ven conmigo.

—¿Te he dicho alguna vez lo bien que te quedan los calzoncillos? —pregunté, dejando que me pusiera de pie.

—Cien veces, pero los halagos no te sacarán de esta. Ven a ducharte conmigo y luego vamos a patear algunos culos.

—¿Cómo puede alguien tan inteligente ser tan incapaz de aprender? —dije para mis adentros mientras Blake me conducía hacia el dormitorio.

Me había mudado con él hacía unos meses, quizá demasiado pronto para la gente normal, pero perfecto para nosotros. Todo había sido maravilloso desde el día en que colgué en el armario mis prendas de ropa económicas junto a sus carísimos trajes de chaqueta, y nunca me había arrepentido de ello.

Yo tenía un buen trabajo en el Departamento de Recursos Humanos de Google, y Blake había sido ascendido a director ejecutivo en Ellis. Nuestros edificios de oficinas no estaban muy lejos, así que la mayoría de los lunes quedábamos en el *food truck* Caniglia's para comer pizza y *calzone*.

Sinceramente, la mayor dificultad que habíamos tenido hasta el momento habían sido los gatos. Al Oscuro no le gustaba ninguno de los gatos de Blake, y el pobre Goodyear se escondió aterrorizado bajo una silla durante la primera semana que estuve viviendo allí. A partir del mes siguiente, los felinos empezaron a coexistir, básicamente porque el Oscuro nunca salía del dormitorio, así que la paz se había restablecido.

Josh se mudó a mi antiguo apartamento, encantado de tener uno en la planta de arriba y otro en la de abajo, como un auténtico jefazo. No hablaba con él tan a menudo desde que me había ido, pero él y Blake se enviaban mensajes todo el tiempo.

De ahí el reto del juego de las vallas publicitarias que, al parecer, mi novio era demasiado débil para rechazar.

—Los idiotas de los amigos de tu primo no paran de decir chorradas. Dicen que amañamos nuestra victoria porque soy bueno haciendo flexiones o alguna gilipollez por el estilo. Josh necesita limpiar su nombre ante su escuadrón de frikis, y nosotros necesitamos demostrar que podemos vencerlos en cualquier desafío.

—Pero no podemos —dije, y cuando Blake se detuvo junto a la

puerta del baño, levanté los brazos para que pudiera quitarme la camiseta—. Ese juego es imposible.

—Shay. —Me dedicó una sonrisa, una de esas pacientes sonrisas, y me quitó el *top* con delicadeza—. Ganamos antes, y podemos ganar de nuevo.

—Lo dudo —dije, pero entonces me llegó el turno de quitarle la camiseta. Le subí la camiseta de los Chiefs, dejando que mis ojos y las yemas de mis dedos disfrutaran con su pectoral. Una vez fuera, sonreí y dije—: Aunque… ahora me siento como si estuviera ganando.

—Yo igual. ¿Y la noche que ganamos en el juego de las vallas publicitarias? —Me acercó a él, con sus grandes manos agarrando mi culo y estrechándome contra él—. No ganamos el juego, sino el beso.

El recuerdo me sacó una sonrisa.

—Ese iba a ser nuestro único beso, solo para ver cómo era.

Hizo un sonido de burla ante nuestra estupidez.

—Era solo la droga de entrada.

—¿Estás diciendo que mi beso te enganchó?

Levantó una mano y me apartó el pelo de la cara.

—Cariño, me enganché a ti en cuanto me manoseaste en Scooter's, buscando un tercer pezón con esas gafas sucias como si estuvieras loca.

Me reí, pues me sentía exactamente igual. Había pertenecido a Blake desde el mismo instante en que robé un *latte* y me convertí en Amy de Scooter's por error.



#SíSoyRomántica